

Davinia Palacios

ALMAS



editorial
cingo **orange**

ALMAS

Escrita por

DAVINIA PALACIOS

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com ; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Almas

© Davinia Palacios García

© Editorial Ringo Rango, S.L.

C/Poema Sinfónico, 25

28054 Madrid

ISBN: 978-84-946403-6-0

Depósito legal: M-9229-2017

A mi marido y mis hijos. Sois el motor de mi vida.

A Alba, por estar siempre ahí y ser MI AMIGA, en mayúsculas.

A mis padres, en especial a mi madre, por todo lo que me has
aguantado.

A Loli, por animarme a seguir escribiendo y a dar este gran paso para
mí aunque no para la humanidad ;)

A mis abuelas. A las tres.

Aunque no lo vayan a leer sé que estarán orgullosas de su nieta.

Y cómo no, a todos los que dediquéis un tiempo de vuestras preciadas
vidas a leer las siguientes páginas.

Prólogo

Septiembre de 1827, en algún lugar del estado de Nueva York.

Lo había conseguido. Aunque el padre de su amada había puesto reticencias, había conseguido su permiso para casarse con ella. Y ahí estaban los dos, en la pequeña parroquia de su pequeña comunidad. Enfrente el párroco estaba pronunciando unas palabras que apenas llegaban a sus oídos, ya que solo tenía capacidad para prestar atención a la más bella de las mujeres, la más dulce, la única a la que había amado. La única a la que amaría.

—Sí, quiero.

—Puede besar a la novia.

Fue lo único que escuchó. Una vez salió de sus labios aquel monosílabo se sintió pletórico, ya era suya. En cuerpo y alma. Esta noche unirían sus cuerpos, otorgándole plena validez a su unión.

Ella era tan pura como el agua que baja fresca de los arroyos en las montañas. Él tenía alguna ligera idea de lo que tenía que hacer y estaba deseoso de hacerlo.

Cuando por fin llegó el momento, los dos solos en la pequeña cabaña de madera que él mismo había construido para que formaran su hogar, se acercó a ella y con todo el cuidado del mundo la besó. Empezó con un dulce y casto beso, hasta que ella enlazó las manos en su cuello y gimió rogándole más, más pasión, más unión, más cercanía. La ayudó a deshacerse de su pesada falda. Deshizo las ligaduras de su corsé, dejándola solamente con aquel pequeño y fino camisón blanco de algodón. Ella por su parte también se deshizo de su cobardía y de su timidez, ya que se encontraba ante el amor de su vida.

Varios habían sido los chicos que la habían pretendido, y alguno con más posibilidades económicas que su querido Henry, al que su padre no quería entregar. Hasta que finalmente ella sentenció que o se casaba con Henry o se ahorcaría en el primer árbol del camino que llevaba a casa de sus padres. Su padre, aun considerándose un hombre firme en sus decisiones y buscando siempre lo mejor para sus cuatro hijas, supo que la más pequeña de todas, su Catherine, su tozuda y tenaz hija, sería capaz de cometer aquel pecado si no la entregaba al hombre del cual se había enamorado. Un pobre leñador, con una sola vaca y dos cerdos, que no tenía más tierras que las que había heredado de su desaparecida familia, en las que solo había una cuadra y la pequeña cabaña que él mismo había construido antes de ir a pedirle su mano. Esto último lo hizo para poder decirle a su padre que tenía un lugar donde cobijar a su hija y a sus futuros nietos.

Sus manos temblorosas fueron desabrochando los pocos botones de su

camisa hasta que la temperatura de la piel de uno se unió con la piel del otro. Así cayeron sobre la pequeña cama con colchón de pelo de coco y lana, y las sencillas pero limpias sábanas blancas que su madre le había regalado para su ajuar. Los momentos más íntimos no tardaron en llegar. Ella, dentro de su inocencia, se dejó hacer sin apartar las manos del cuerpo de su amado. El cuerpo de Henry estaba sobre el tierno y cálido cuerpo de Catherine cuando ella se percató de que el feliz momento de entregarle su máspreciado bien había llegado. Él sostuvo su peso sobre los codos, encajó la cabeza en el cuello de ella y, después de llenarla de dulces besos, aspiró hondo el aroma que desprendía su amada en aquel pequeño punto debajo de su oreja, y así llenó sus pulmones con su esencia mientras ella se llenaba de... su amor.

Siempre, en cada unión, el amante esposo inspiraba su olor antes de penetrarla. A ella le encantaba aquel gesto y él era el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra entregándose totalmente a su mujer.

Trabajando duro consiguió ampliar su pequeña cabaña, pronto nacería su primer hijo. Llevaban casi un año casados y todos los días disfrutaban de su amor. Después de trabajar, él salía de su pequeña choza, en la que tallaba las más bellas maderas para las grandes casas que se construían en los alrededores. Era el mejor ebanista de toda la zona, le llegaban los encargos desde varios kilómetros. Ella se encargaba de la casa, de alimentar a los animales y de su jardín. Sobre todo, de dibujar con sus pinceles prados, bosques y las flores de su jardín. Era su mayor ocupación. A veces sin que Henry se diera cuenta lo miraba desde la ventana trasera y lo dibujaba mientras él estaba tallando algún mueble.

Era el momento perfecto para los dos. Ambos deseaban que cayera la noche para asearse después de un largo día y entregarse completamente al otro.

En el pequeño pueblo los cuchicheos iban y venían. Todos sabían que el amor entre Henry y Catherine era algo especial y que ninguna otra pareja conocida del lugar era, ni de lejos, como la que formaban ellos dos. Los rodeaba un áurea de felicidad, luminosa y transparente que parecía cegar a los demás.

Mayo de 1830

Despertó de repente con un terrible estruendo y tosiendo ante la cantidad paralizante de humo que había en su pequeña alcoba. Saltó de la cama a la vez que ella despertaba tosiendo y llevándose las manos a la boca.

—¿Qué pasa, Henry? ¡Dios mío, los niños!

Él salió corriendo escaleras arriba para ver de dónde salía aquel humo. El crepitar del fuego le llevó hasta el lugar correcto: la planta donde dormía su hijo mayor que ahora tenía casi dos años. La pequeña Jane dormía en el

dormitorio de sus padres, ya que demandaba comida cada pocas horas durante la noche, lo normal con sus dos meses de vida.

Catherine salió corriendo con la pequeña en brazos y escuchó lo peor que podría escuchar una madre: a su pequeño hijo llorando dentro de la habitación detrás de las llamas. Sin pensarlo dos veces le puso a la niña en los brazos a su amado y se deslizó entre medio de las dos vigas que habían caído del techo ante el fuego. Henry intentó hacerlo primero, pero era demasiado grande para pasar entre aquellas y estas demasiado pesadas como para poder moverlas.

—¡No lo hagas, mi amor! —gritó él, en vano.

—¿No lo estás escuchando? ¡¡No puedo dejarlo ahí!! —dijo ella, sin mirar atrás, mientras pasaba por debajo de las dos largas maderas.

—Espera abajo, saltaremos por la ventana.

Él salió de la casa. Bajó tan rápido como pudo y en contra de su voluntad, por dejar allí dentro a dos trozos de su alma, su primogénito y su amada esposa.

Esperó bajo la ventana del dormitorio del pequeño lo que le pareció una eternidad, hasta que por fin vio la pequeña cara de su hijo y las manos de ella. Cógelo, escuchó antes de ver caer al pequeño los poco más de dos metros que había en aquella parte de la casa. Lo cogió con sus fuertes y duras manos, y lo calmó pegado a su pecho, mientras no quitaba la vista de la ventana por la

que tenía que saltar ahora su Catherine.

De repente un estruendo hizo temer lo peor. El techo de la casa cedió y las llamas comenzaron a salir por la parte alta de la casa. Fue lo único que salió. Las llamas y un grito que hizo temblar el mismo cielo y la tierra, cuando Henry comprendió que su amada no podría ya salir de allí con vida.

Nunca volvió a estar con ninguna mujer. Tuvo una larga vida hasta los setenta y seis años, cuando en el lecho de su muerte dijo ante sus hijos ya mayores:

—Mi amor, ya vamos a estar juntos de nuevo. Te buscaré y te encontraré, así muera mil veces antes de lograrlo.

CHOCOLATE

Septiembre de 2015

Iba en el vagón de metro que menos me gustaba, el repleto de pasajeros hasta las barras, todos apretujados.

Percibía claramente los olores que me rodeaban, era el sentido que más desarrollado tenía. Los olores podían transportarme a muchos lugares: campo, playa, bosque, montañas... estercoleros... Sí, en este caso había por allí cerca alguno que trabajaba en una granja y se había pasado por el forro la ducha, ya no de la mañana, ni de la noche anterior, sino la de toooda la semana, ¡por lo menos!

Decidí ponerme los cascos como pude, ya que no tenía mucho sitio para mover libremente los brazos de abajo arriba y poner en marcha la lista de Spotify que quería escoger.

“Favoritos” en esa la lista tenía de todo, y cuando digo todo es literal. Al igual que Grey, también tenía unos gustos eclécticos: desde Beyoncé o Bob Marley a Metallica, pasando por The Cranberries, Coldplay, Amy Winehouse, alguna rumba y alguna banda sonora de alguna película y serie de televisión.

Por fin, la parada en la que medio se vacía el vagón, ¡y sí! Justo detrás de mí se levantan tres personas, por lo que me espabilo en sentarme. Todavía me quedan algunas paradas y ya estoy cansada, después de estar todo el día de pie. Miro por encima y entre los pasajeros no hay ninguna persona mayor que necesite sentarse.

Me siento en el sitio que está más cercano a la puerta para poder salir cuando llegue a mi parada. Los otros dos asientos se ocupan al momento, ni me molesto en ver por quién.

Abro el bolso y saco mi ejemplar de *Real* de Katy Evans. Me tiene enganchada, bueno muy enganchada. La historia entre Remy y Brooke... Mmmm... Remy, Remy, si yo te viera por aquí...

Spotify y su sistema aleatorio han decidido que suene Chocolate de Kylie Minogue... apropiado para la lectura. Sigo leyendo completamente ajena a los movimientos del vagón, al resto de pasajeros, a la vida en general, hasta que de pronto noto en mi hombro derecho un poco más de calor.

Me molesto porque me parece una falta de respeto y de educación mirar tan descaradamente la lectura de otra persona y más rozándose así.

Giro la cabeza, molesta por la intromisión en mi lectura, para encontrarme con él.

¡Diossss! Si Remy existe, es este pedazo de moreno de ojos azul turquesa, rasgados y rodeados por unas pestañas negras que me dejan sin respiración.

Todo lo que tenía pensado decir desaparece de mi mente en cero coma y me quedo pasmada, mirándolo fijamente, con su nariz cerca de la mía, viendo cómo sus ojos están clavados en el texto de mi libro.

De repente, levanta la mirada y sostiene la mía. En ese momento diviso un movimiento en unos carnosos labios que empiezan a levantar sus comisuras para acabar siendo una sonrisa, que Oh My God qué sonrisa. Y ese hoyuelo en la barbilla... Es como Henry Cavill.

Automáticamente mi mente, lenta y espesa por momentos, recuerda qué estaba leyendo, y que los protagonistas lo estaban pasando muy, pero que muy bien.

Empiezo a notar mis mejillas un par de grados por encima de la temperatura natural de un cuerpo vivo y sano. Sin saber cómo, mis labios se elevan en contra de mi voluntad, y le devuelven la sonrisa con un movimiento de cejas que significa: “Sí, se lo están montando muy pero que muy bien, y me has pillado con mi lectura erótica.”

—Es lo que hay... —le digo mirándolo con un movimiento de cejas y encogiéndome de hombros.

—Que lo disfrutes, morena.

Me suelta la frase, se levanta sin apartar su penetrante mirada y sin dejar

que esos labios deshagan la preciosa sonrisa, se acerca a las puertas y me guiña un ojo mientras se apea del tren. Me he encontrado con Superman en el metro de Nueva York y he mojado las bragas, literalmente. Y esa voz, Dios mío, ¡qué voz tan perturbadora!

Yo, todavía con los unicornios de crines rosas, lilas, verdes y amarillas saltando de nube en nube dentro de mi cabeza, giro cuando el tren comienza a moverse y me fijo bien en él: alto, más de metro noventa, espalda fuerte y musculosa, cuello de acero y brazos para rodearse en ellos y no salir ni para respirar. Lleva un pantalón tejano corto desgastado y una camiseta de tiras blancas que resalta su piel morena.

Y así es como me quedo, sin respirar, mirando como sube las escaleras hacia la calle.

Me repongo como puedo, cojo el libro que he soltado en su asiento e intento seguir leyendo.

Intento, porque ahora, la cara que veo en el personaje de mi lectura es la de este hombre que me ha dejado sin respiración y cuatro grados más en el cuerpo.

Y sin poder evitarlo me imagino a la protagonista con mi cara, en ese encuentro sexual del cual están disfrutando ello. Me deshago por estar entre sus brazos y sentirme como se siente Brooke en los brazos de Remy.

—Que sí, Alba. Te prometo que me apunto y no fallo ni un día.

—Eso espero, porque ya he reservado hora para las dos en clase de zumba y aqua zumba.

—Zumba y aqua zumba, ¿no es lo mismo?

—No, tonta, uno es fuera del agua y el otro dentro. Probaremos las dos a ver cuál te gusta más y así me aseguro que vendrás y no me dejarás tirada.

—Ok. Lo que tú digas, cansina —digo resignada.

—Me quieres y lo sabes.

—Y tú también lo sabes, si no no me harías lo que me haces siempre, engatusadora. Por cierto, ¿qué línea tengo que coger y en qué parada me bajo? Ya sabes que todavía no domino los trayectos.

—La roja y te bajas en Canal St.. Yo te estaré esperando fuera.

—¡Hasta luego, corazón!

—¡Muuuaks!

Y una vez más me veo haciendo algo, no muy convencida, gracias a mi querida Alba, amiga, hermana, prima, *todapersona* conocida en Nueva York ahora mismo para mí.

Hace dos semanas que he llegado a la Gran Manzana, sola completamente.

Sola, con mis libros, mis fotos, mi música y muchas ganas de que este sea EL AÑO, en mayúsculas.

Con veintisiete años estaba harta de estar en casa de mis padres, a los que adoro, pero me saturan, lo que se dice saturar, muy mucho.

Nunca había volado lejos del nido y ahora no puedo estar más alejada.

No me he marchado por falta de amor familiar. La relación con mis padres no era perfecta, pero tampoco mala. Pareja no tengo desde hace más de un año, aunque ese es otro tema. Trabajaba para una agencia como fotógrafa hasta que me cansé de aguantar todas las putadas que me hicieron:

me despedí hace cinco meses. Necesitaba un cambio radical en mi vida.

Y gracias a la nueva dependienta de la papelería, que solía visitar en mi ciudad natal, me tocó una primitiva... Todavía no me lo creo, muy poca gente lo sabe. Y digo gracias a ella porque yo nunca he comprado lotería ni he hecho una quiniela (no me gusta el fútbol ni lo entiendo, como para hacer una quiniela).

Sandra, que así se llama la dependienta, después de cobrarme el libro que había escogido me ofreció probar suerte. Supongo que se sintió en la obligación de intentar venderme algo más al estar delante su jefa, una mujer metomentodo, observando todos sus movimientos.

Cuando llegué a casa dejé el recibo de la apuesta encima del mueble del comedor de mis padres. El día que recibí la histérica llamada de mi madre diciendo que nos había tocado la lotería no podré olvidarlo jamás.

Ahí empecé a ver la luz que necesitaba para realizar todos los cambios en mi vida.

De eso hace tres meses y ahora empiezo a disfrutar de mi libertad. Me gusta mi independencia, no sentirme atada a nada ni a nadie. Quiero a mi familia, me gusta disfrutar de ella, pero ahora siento que es mi momento. Tengo que disfrutar de la vida, de mí misma y lo voy a hacer.

Desde que tengo uso de razón recuerdo querer venir a Nueva York. Siempre le pedía a mis padres que viniéramos de vacaciones, cosa que por

nuestra situación económica era imposible. Soñaba y fantaseaba que paseaba por sus calles. Conforme fui creciendo los sueños y anhelos cambiaban. Además de pasear por las calles de la *Big Apple*, encontraba el amor en ellas. Esa romántica que hay en mi interior se dejaba querer viendo los capítulos de *Sexo en Nueva York*. Aprendí inglés mucho antes que mis amigas, Alba incluida. Siempre tuve mucha facilidad para el idioma y aprendía todas las lecciones muy fácilmente.

Siendo una niña ya sentía en mi interior la necesidad, la urgencia, una fuerza en lo más hondo de mi ser que me empujaba de una u otra manera hacia este continente, y más concretamente a la costa este. No podía explicarlo y la única que me entendía cuando explicaba mis anhelos era mi querida Alba.

Ella llegó cuando cursaba quinto de primaria. Fue la chica a la que todos los niños querían ligarse. Media melena, lisa y rubia, con sus ojos color avellana y siempre una sonrisa en los labios, le caía bien a todo el mundo. A todos menos a la niña repelente de la clase, que la aborreció sin conocerla por el simple hecho de que Alba decidió sentarse a mi lado y no al suyo, la popular y repelente de la clase. Según ella le hubiera abierto las puertas del paraíso... Hay que ver qué tontonas somos las chicas a ciertas edades.

Cuando la llamé para darle la noticia de que me mudaba a Nueva York, se alegró tanto por mí que se le escaparon algunas lágrimas. Ella sabía mejor que nadie lo que yo sentía hacia esta ciudad, pese a que no lo pudiera explicar de forma racional.

He alquilado un apartamento en la zona que más me enamora de Nueva York: Greenwich Village. Me siento Carrie Bradshaw, solo que en lugar de tres amigas entrañables tengo una que vale por diez, siempre y cuando no

esté viajando por el país.

Por su trabajo pasa largas temporadas fuera de su casa. Ahora lleva dos años viviendo en la Gran Manzana y estos quince días he podido disfrutar de ella.

Mientras tanto me dedico a pasear por la isla de Manhattan, a conocer cada barrio en profundidad. Llevo solo dos semanas aquí, pero tengo previsto estar unos 6 meses... o hasta que me canse... cosa que dudo. Después volveré a casa unas semanas para estar con mis padres y pensar qué quiero hacer con mi vida.

Soy fotógrafa de profesión y quiero apuntar con mi objetivo a muchas partes del mundo. Hasta hace unos meses mis reportajes se centraban en animalillos del parque cercano a casa o como mucho moverme por mi comunidad autónoma, poco más. No me daban mucho margen de maniobra para poder hacer algo más... divertido.

“La otra” es la que siempre iba de país en país, haciendo todo tipo de reportajes mientras yo me aburría como una ostra.

Pero eso ya cambió. Ahora estoy aquí, en Nueva York, disfrutando de la ciudad que nunca duerme, de sus puestos de comida ambulante por cada esquina, del continuo ir y venir de gente, de los miles de taxis amarillos... y preparando la mochila para hacer algo de deporte.

En toda mi vida he ido una semana a un gimnasio. El día que el monitor

me dijo que tenía que ir a la sala de *fitness* para hacer bici, cinta y máquinas varias para brazos y piernas, no fui más.

La verdad es que no me gustaba mucho el ambiente de cachitas presumiendo delante de las chicas de cintura estrecha (y mente estrecha también), por lo menos eso es lo que yo me encontré en su momento. Prefiero que la gente se ría conmigo, no a mi costa. Tengo unos pechos bastante generosos, muslos grandes y no tengo mucho equilibrio que digamos... Un poco patosa sí soy, lo reconozco. Me siento bien con mis curvas, las prefiero a que se me marquen todos los huesos en la piel.

Todo eso pasó cuando tenía 19 años. Era joven e insegura y quería gustarle a un chico, que finalmente me amargó unos años de mi vida.

Ahora, con el paso del tiempo, sé que si voy a un gimnasio para hacer algún tipo de deporte voy a pasar completamente de lo que puedan opinar los demás. Al que no le guste, simplemente que no mire.

Metó todo lo que necesito: neceser, bañador y el insufrible gorro de la piscina. Lo odio.

LAS DUCHAS

Saco el iPhone del reproductor y deja de sonar *Hymn for the weekend* de Coldplay y Beyoncé. Me encanta la energía que desprende esta canción.

Cuando voy hacia la parada de metro, me llega un whatsapp de Alba: me dice que la espere fuera de la parada, que ella no tardará en llegar.

Después de dos intentos con la *metrocard*, consigo meterla por el lado correcto y espero en el andén a que llegue mi tren.

Por la vía que va hacia Uptown llega un tren y veo a través de las ventanillas una zanahoria gigante. Vuelvo a mirar: sí, efectivamente es una superzanahoria. Empiezo a sonreír. Cómo me gusta Nueva York. Les da igual que su uniforme sea de lo más estrambótico y pasearse así por media ciudad

hasta llegar a su puesto de trabajo. No están para fijarse en lo que pensarán los demás y eso me encanta. Distraída pienso en que, como le queden muchas paradas hasta salir del vagón, saldrá como una zanahoria cocida. La temperatura del exterior con la de los pasillos del metro varia considerablemente, y es bochornosa ahora mismo.

Llega mi tren. Menos mal que no viene lleno hasta arriba. Me coloco de pie, cerca de la puerta, ya que solo son dos paradas.

Me fijo en las demás personas que viajan conmigo en el vagón: un hombre trajeado con un maletín y unos zapatos que tienen pinta de ser carísimos; dos chicas de diecisiete o dieciocho años mirando la pantalla del teléfono de una de ellas y sonriendo como lo que son, unas crías en la flor de la vida; al fondo veo a una mujer. Va poco aseada, con un saco cargado a cuestras del que sobresalen todo tipo de prendas y objetos, posiblemente sean todas sus pertenencias.

En la siguiente entra un tipo con un radiocasete ochentero. Lo pone en marcha y comienza a bailar cogido a una de las barras, en el suelo, cerca de mí y con movimientos sensuales. ¡Ja, ja, ja! No puedo aguantar más y río emocionada una vez más por haber venido a esta ciudad.

Llego a mi parada y salgo feliz de estar aquí, feliz por ver lo diferente que se vive en esta gran urbe y feliz por poder disfrutarlo. Subo las escaleras y salgo a la calle. Ya está anocheciendo y Alba no tardará en llegar. Cuando voy a poner un pie en la acera me tropiezo y caigo sobre alguien, en sus brazos. Levanto los ojos mientras me disculpo y es un chico negro, guapísimo, trajeado y con maletín. Acepta mis disculpas, pero tiene esa mirada de “mira por donde pisas”. Parece que llevo un cartelito en la frente que diga: “Turista”

Me coloco en un lateral y espero. Entonces, unas pequeñas manos me tapan los ojos desde detrás de mí. Sé que es ella.

—¡Por fin llegas! Llevo media hora esperándote —miento.

—No seas mentirosa, que te visto salir de la boca del metro. Por cierto, casi te caes encima del tío buenorro ese que entraba.

—¿Quién? ¿El dios negro que me ha cogido del codo amablemente mientras pensaba “uff, casi me rompe un pie”?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué exagerada eres, mujer! —nos reímos las dos a carcajadas.

Un par de calles más abajo entramos en un edificio y veo que en la segunda planta se encuentra el gimnasio en cuestión.

Nos acercamos al mostrador, donde una rubia con ojazos verdes y melones tiesos como un cañón nos pide nuestros carnets de socias. Alba le entrega el suyo; yo pasaré gratuitamente para hacer una sesión de prueba.

La rubia amablemente me explica las normas del centro, los horarios, los precios de los abonos por si decido hacerme socia. Después su sonrisa

mengua para decirnos con cara lastimosa que por un problema mayor de última hora las duchas serán compartidas, una zona del vestuario de las chicas la ocuparán los chicos y lo mismo pasa con ciertas duchas.

Yo alucino. No sé ocultar las emociones demasiado bien y debo tener cara de susto con lo que nos dice. Soy de esas personas que tienen una cara fácil de leer.

Según parece, el vestuario de los chicos se ha inundado y no han conseguido que lo dejen listo para hoy. Nos aclara que hay unos biombos/cortinillas que separan la zona donde se duchan los chicos de la zona donde lo hacen las chicas.

Directamente le digo a Alba que prefiero ducharme en casa cuando lleguemos. Hoy dormimos juntas. Ella, feliz, me dice que no, que se duchará aquí porque no le importa y no quiere ir con el pelo lleno del cloro de la piscina. Y si hay esos biombos no hay posibilidad de que nadie del sexo masculino la vea desnuda.

Llegamos a los vestuarios. Veo al final en la zona de las duchas los famosos biombos/cortinillas y lo único que se ve por debajo son pies y algunas piernas masculinas cubiertas de vello. La zona de las taquillas es enorme. No entiendo por qué, ya que tampoco he visto a tanta gente en las instalaciones, la verdad, así que no temo que “alguien” traspase la “línea” entre una zona y la otra. Empiezo a desnudarme para ponerme el bañador, con el gorrito de las narices y las chanclas.

Voy hacia los espejos cerca de las duchas y compruebo que el pelo está

dentro del gorro. Hay un mechón revoltoso de la nuca que se ha quedado fuera. Lo meto dentro del gorro. Y el bañador también está bien colocado, todo en su sitio.

Por el hilo musical suena *Alive* de Sia y empiezo a tararearla.

Alba se hace una pequeña cola con su pelo rubio y se coloca el gorro con una facilidad pasmosa. ¡Qué *jodía!*

—¿Lista? —pregunta con una sonrisa.

—¡Por supuesto! —Le saco la lengua y arrugo la nariz. Sabe que no me gusta hacer deporte.

Entre nosotras hablamos en español, me sale por naturaleza. Mi inglés no es malo, pero llevo mi acento por todas partes.

Nos encaminamos hacia la salida que da a las piscinas, pasando cerca de la zona habilitada para los chicos. Se escucha a uno cantar. Digo cantar por decir algo, porque vaya berridos que está dando. Otros están hablando de la fiesta de este viernes.

Llegamos a la puerta y salimos al caluroso y húmedo espacio de las piscinas cubiertas. Hay dos: una honda y otra de solo ciento treinta centímetros de alto especial para hacer ejercicios y nadar.

Hay unas diez mujeres dentro, y dos chicos y la monitora en la zona de fuera. Esta está preparando, supongo, la música para los cincuenta minutos siguientes.

Vamos a las duchas que hay al fondo para rociarnos antes de entrar en el agua y veo que también hay unas saunas en esa zona. Las instalaciones no son muy nuevas, pero las mantienen bien y limpias, que es lo importante.

Entramos en los agradables veintiséis grados del agua y nos vamos deslizándonos hasta colocarnos en la parte central, donde están todos los demás.

Alba quiere colocarse delante, pero la retengo y nos quedamos en una agradable tercera fila. Justo detrás de mí está la línea que separa el resto de los carriles de la piscina, habilitados para nadar.

Hay tres ocupados, el más cercano a nosotras está libre.

Empieza la clase. La monitora nos lanza unas pesas para que nos las coloquemos en los tobillos y en las muñecas. Una escapa entre mis manos y la cojo con los dedos de los pies, por no meter la cabeza bajo agua y cogerlo con las manos.

Ahora sí, la coloco correctamente. Empieza la clase con una versión tecno de *Hello* de Adele. La monitora nos va enseñando los pasos, a ella le salen estupendamente bien.

Alba me mira para ver cómo voy. Le guiño un ojo y sonrío para decirle que me voy defendiendo con la clase. ¿Tan poca confianza tiene en mí? Si acabamos de empezar y ya cree que no voy a ser capaz de seguir estos pasos, no sé qué espera que haga cuando llevemos diez minutos más.

Seguro que ha visto cómo se me caía la pesa. ¡La madre que la parió, está en todo!

Empiezo a notar el calorcito en los músculos y la respiración acelerarse. Todavía la controlo bien, no es tan agotador como pensaba.

Me gusta el aqua zumba. Alba se pondrá contenta cuando le diga que quiero repetir.

Sigo bailando y sin darme cuenta me he ido echando hacia atrás, tanto que la tira que separa los carriles de natación está pegada en mi espalda. De repente, algo me da en la nalga derecha.

Me giro y veo que hay un chico nadando. Consigo ver sus hombros, fuertes y musculosos. Un tatuaje en el hombro izquierdo, moreno, nada a estilo mariposa, el agua resbalando por su piel... Se me acelera el pulso. Me sorprende a mí misma pensando en cómo será el resto de su anatomía. Me esfuerzo en parar el ritmo que están tomando mis pensamientos.

Definitivamente llevo mucho tiempo sin tener sexo, sin tener un orgasmo,

y mi cuerpo empieza a pedirme uno a gritos.

Seguimos con los movimientos, las patadas, los puños, varios movimientos sexys de cadera, y llegamos al final de la clase. Ahora toca relajarse y estirar. Empieza a sonar *Chocolate* de Kylie Minogue, mientras hacemos los estiramientos antes de salir. Hasta hace tres días me encantaba esta canción, ahora me sigue encantando, pero me hace pensar en unos ojos azul turquesa y en una sonrisa carnosa.

He soñado con él dos noches. Es lo que tiene leer en la cama a Katy Evans e imaginarme a mi Remy particular tocándome el cuerpo mientras pasan las páginas.

Acaba la canción y Alba me mira con cara rara.

—¿Qué te pasa?

—¿A mi? Nada —le digo. Me sorprende su pregunta.

—Pues tu cara dice lo contrario.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Catherine, estás roja como un tomate y antes de los estiramientos no

estabas así.

¡Mierda! ¿Tanto se me nota? No puede ser, solo he pensado en él ¿cuánto? ¿Media canción? ¿Tres cuartos de canción?

—Será por el esfuerzo, ¿no? ¿Cuánto hace que yo no hacia deporte? — digo defendiéndome.

—Si tú lo dices, bonita. Estás rara.

—Alba deja de ver donde no hay. Tendrías que ser escritora con esa imaginación que tienes —ella se ríe y yo la sigo.

Salimos del agua, comentando qué nos ha parecido la clase. Una de las chicas que había delante se queja de lo floja que ha sido la sesión. Los chicos, por el contrario, parecen estar encantados con la monitora, su clase y sus tetas rebotonas. Menos mal que nos hemos puesto detrás.

Nos dirigimos a la zona de taquillas a por las toallas. Alba coge de su maleta todo lo que necesita para la ducha mientras yo espero en un banquillo y me voy secando.

Lo hago despacio para no desvestirme delante de las dos modelos que tengo delante. Parecen simpáticas. Me han sonreído un par de veces mientras le decía a Alba que no me iba a duchar aquí. Ellas tampoco lo han hecho.

Por fin se van. Me quito el bañador como puedo sin que se me caiga la toalla que envuelve mi cuerpo. Entonces escucho de lejos unas carcajadas de hombres, allí al final del pasillo, en la “zona de biombos”. “Bromas de chicos”, pienso para mí misma.

Una vez fuera el bañador me doy prisa en secarme lo mejor que puedo antes de ponerme el sujetador de color rosa palo, con aros, sin relleno, sencillo y que se adapta bien a mis pechos abundantes.

Sigo por las piernas pensando en que tendré que buscar un centro de estética que me guste para ir a depilarme. Todavía no se notan los pelitos, pero no tardarán en salir cual tallos de mala hierba.

Me seco bien las piernas, los pies y busco la ropa para vestirme. Saco una camiseta del mismo color que los sujetadores, con una libélula plateada en el centro, un *culotte* rosa con un poco de encaje en la parte delantera y unos tejanos que me hacen culazo. Me encanta como me quedan.

Ahora las sandalias planas. Aunque tenga unos cuantos ceros en mi cuenta bancaria, todavía no me he acostumbrado al hecho de que puedo gastar, cosa que no hago. Sigo actuando como cuando dependía de mi sueldo. Nunca he soñado con tener tanto dinero y me gusta seguir siendo yo misma, en todos los sentidos: comprar en el Zara, H&M..., en los mismos sitios a los que solía ir “antes de”. Disfruto ayudando a los que más lo necesitan. Colaboro con varias fundaciones y asociaciones, hice donaciones a varias de ellas y me preocupo porque no le falte de nada a una familia de Mauritania que vive en mi barrio de siempre. Sin contar que espero que ese dinero me sirva para no tener que depender de un trabajo que me obligue a dejar a mis

hijos, el día que los tenga, en una guardería. Siempre he sabido que quiero ser madre, a ser posible una madre joven, y quiero poder disfrutar de la crianza de mis hijos. Mi madre lo pasó muy mal cuando yo era pequeña: tenía que dejarme aquí y allá para ir a ganar el dinero que nos daba de comer. Mi padre no tuvo mucha suerte en el trabajo y normalmente era ella la que nos mantenía a los tres.

Consigo quitarme el gorro maldito sin arrancarme la cabellera y me voy hacia la zona de los espejos con mi neceser. Le doy una voz a Alba para que no tarde más de la cuenta. Me dice que se acaba de poner la mascarilla en el pelo. ¿Será?

Cuando llego a los tocadores, me arreglo el pelo lo mejor que puedo y me hago una cola alta de caballo. Aun así, las puntas de mi negra melena llegan a media espalda. Me miro detenidamente la cara. Antes apenas tenía tiempo para hacerlo. Tengo una piel sana y todavía dura el bronceado de verano. Soy morena, pero con unos rayos extra, mejor. Saco del neceser la crema facial y me la aplico tranquilamente.

Cojo los pendientes, dos finos aros de oro, me pongo el derecho. Cuando voy a coger el otro para colocármelo en la oreja izquierda, me resbala de los dedos y sale rodando por el suelo hasta pasar por debajo de los biombos, a la zona de los chicos.

¡¡Diossss!! ¿Cómo puedo ser tan torpe? ¿Ahora qué hago? No quiero perderlo, me los regalaron mis padres cuando cumplí los veinticinco.

Escucho atentamente, pero no oigo a nadie hablar. Me acerco poco a poco

al biombo en cuestión. Al final del pasillo a mi derecha están las duchas y Alba en una de ellas, con la mascarilla en el pelo seguramente.

Miro a un lado y a otro de la zona de las chicas y me agacho.

Me agacho y me acerco más al biombo. Voy mirando sin ver pies ni piernas peludas de ningún tío, ni el dichoso aro de oro.

Decido arrodillarme y meter un poco la cabeza por debajo antes de pasar la mano y palpar a ver si doy con el pendiente. Cuando ya estoy de rodillas paso la cabeza por debajo, con cuidado de no chocarme la cola contra el biombo y tirarlo entero. Escucho un chorro de agua a presión. No sé si había alguna chica más o es Alba poniendo en marcha su ducha para aclararse el pelo, eso espero.

Paso la cabeza, empiezo a levantarla y veo las duchas justo delante de mí. Y en la primera, sin ningún tipo de cortinilla ni toalla que tape, una espalda musculosa, bronceada, un tatuaje en el hombro izquierdo, cuello ancho y fuerte. Volviendo a bajar por la maravillosa espalda, mis ojos se quedan mirando un fabuloso, que digo fabuloso, un culo perfecto, redondo, fuerte, prieto... Mmmmm.

No sé cuánto tiempo pasa: segundos, minutos, años. Me quedo encantada mirando. Entonces escucho una voz ronca y fuerte que me llega por mi lado izquierdo.

—Espiendo, ¿eh?

¡Dios mío de mi alma! ¡¡No!! ¡¡¡Me-han-pillado-literalmente!!!

Mientras acaba la frase veo que la figura de la ducha se mueve. Pierdo de vista el maravilloso culo y empieza a darse la vuelta. Solo consigo ver unos ojos azul turquesa, con gotas de agua que caen del pelo negro y mojado que tiene en la frente. Su mirada fija en mí, mientras sus manos siguen repartiendo jabón por su duro, musculoso y fuerte cuerpo. Clava su penetrante mirada en mí mientras empieza a formarse una divertida sonrisa en su preciosa boca.

En mí, ahora que estoy a cuatro patas, de rodillas en el suelo, debajo de un biombo que separa la zona de chicos y chicas del gym.

Es ÉL. Sí, él, el mismo dios que miró mi libro, que me comió con la mirada y ahora está mirándome fijamente, alucinando con lo que estoy haciendo. Se gira completamente y lo veo entero..., entero, entero. De arriba a abajo, pasando por toda su longitud. ¡Y qué longitud, OMG!

Son segundos, pero mi cuerpo no reacciona, no se qué decir. Veo unas piernas que aparecen por mi izquierda. Se agacha, menos mal que va con el bañador puesto. Es pelirrojo, ojos verdes y con una agradable y blanca sonrisa. Entonces me pregunta:

—¿Has visto algo que te guste?

—Sí. ¡Digo no! Estoy buscando mi pendiente. Se me ha caído y ha venido a parar a este lado. Pensaba que no habría nadie porque no escuché ningún ruido y decidí mirar a ver si lo encontraba.

¿Por qué? ¿¿¿Por que??? ¡¡¡Qué vergüenza más grande, Dios mío!!!

Y mientras todo esto va pasando, yo sigo ahí de rodillas, con la cabeza en un lado y el cuerpo en otro. Mi cerebro, en el cielo con los unicornios de crines de colores saltando de una nube a otra. Los pensamientos coherentes no llegan y no me muevo.

De pronto, mientras miro al pelirrojo, algo me toca la nariz.

Mi pendiente. Mi pendiente en los dedos grandes y fuertes del moreno de ojazos de mis sueños.

Me mira curioso y con una gran sonrisa. Ahora ya no está desnudo, tiene una toalla alrededor de su cintura, pero al agacharse podría verle de nuevo sus encantos. ¡Y qué encantos!

Lo miro a los ojos fijamente, con la boca entreabierta sin saber qué decir, y escucho un grito detrás de mí.

—¡Ahh! ¿Cath? ¿Eres tú? ¿Qué haces en el suelo a cuatro patas?

—Ahora te lo explicaré, Alba —le digo esperando no ponerme más nerviosa y más roja de lo que ya estoy.

Él sigue mirándome.

—¿Esto es lo que buscabas? —me pregunta con un guiño en sus ojos, como si realmente no se refiriera al pendiente que sujeta entre sus dos dedos y sí a otra cosa.

Asiento sin decir palabra.

—Ya que he sido yo quien lo ha encontrado, te lo daré si me enseñas que tienes el otro.

Cabron... Se está divirtiendo con esto.

Giro la cabeza para que pueda ver que tengo puesto el otro pendiente.

—Esta bien, te creo. —Serás hijo de...—. Como parece ser que no tienes buen pulso, mejor te lo guardo mientras tú y tu amiga salís. Te lo doy en la entrada, ¿te parece bien?

Sin querer decir que sí, mi cuerpo hace lo que le da la gana y de mis labios sale un sí, suplicante, casi como un gemido.

Se le oscurecen los ojos. Sus pupilas ocupan gran parte del azul turquesa ante mi respuesta. Cuando mi cerebro registra lo que acabo de decir y cómo lo acabo de decir reacciona —a buenas horas—. Me giro, saco mi cabeza por debajo del biombo y vuelvo al lado donde se encuentra el resto de mi cuerpo.

El resto de mi cuerpo y Alba con la boca desencajada y unos ojos a punto de tener el tamaño de unas pelotas de golf de lo abiertos que están.

—Catherine, ¿me lo explicas ya? —empieza a sonreírme mientras me levanto y sacudo las pelusas invisibles de mis rodillas.

Cuando empiezo a caminar escucho su voz.

—Te espero afuera, morena.

Me tapo la cara con ambas manos y Alba empieza a partirse de la risa.

—¿Por eso no vas a los gimnasios? ¿Te tienen prohibida la entrada por acosadora? ¡Ja, ja, ja!

No puedo evitar reírme yo también.

—¿Lo conoces de algo?

Le explico brevemente nuestro encuentro casual en el vagón del metro hace dos días, sin darle muchos detalles de cómo es y cómo está él. Espero impaciente a que ella se peine. Mientras yo estaba de rodillas pasando el mayor ridículo de mi vida se ha vestido, con un tanga y un vestido mini. Normal que tarde poco en ponerse tan poca ropa.

—¡¡Qué fuerte, Cath!! ¿Te das cuenta de que esto podría ser una historia de amor maravillosa? —dice emocionada.

—¡Estás flipando, tía!

—Lo encuentras en el metro, ahora aquí en el gym. ¿Qué probabilidades había de que volvieras a encontrártelo en una ciudad como Nueva York? Hay más posibilidades de que te toque la lotería. ¿o no? Que eso ya te ha pasado —y sigue riéndose a carcajadas.

—¡Alba, ya vale! Solo quiero recuperar el pendiente que me falta e irnos ya a casa.

—Hablarás con él, ¿no? ¿O te va a devolver tu pendiente y nos vamos a ir como si nada?

—Alba, acabo de verlo desnudo, integral. Me arden las mejillas y mi mente no procesa bien. No sé ni cómo mirarle a la cara cuando salgamos de los vestuarios. Y encima me ha pillado el otro, el pelirrojo buenorro.

—¡Ah! ¿Que viene acompañado? —Está a punto de dar palmas de alegría.

—No lo sé, solo sé que los he escuchado reírse juntos cuando me he girado y me he levantado. ¡Qué bochorno!

Recogemos nuestras cosas, las guardamos en nuestras bolsas de deporte y nos dirigimos a las puertas de salida del vestuario.

Alba va dándome pellizquitos en el culo. Lo único que consigue es ponerme más nerviosa mientras ella va tan tranquila.

El pasillo se va acabando. Pasamos por delante de la sala de fitness. Hay varias personas todavía entrenando. Nos vamos acercando a recepción y ahí está él, apoyado en la máquina de refrescos energéticos, con una botella en la mano, bebiendo a morro de esta y su bolsa de deporte tirada en el suelo a sus pies.

Lo voy mirando de reojo mientras nos dirigimos al final del pasillo. Gracias a los cristales que separan las zonas puedo verlo sin que él me vea todavía.

No lo recordaba tan bien como creía. Alba lo mira y ahora sí me da un pellizco fuerte.

—¿Cómo has podido olvidarte de contarme lo macizo que está?

—Alba, por favor, no sigas, que no respondo de mis actos.

—Tranquila, ya paro. Te espero fuera —dice adelantándose, guiñándome un ojo.

—Ok. No tardo.

Ahora sí, llega la hora de la verdad, de la verdadera vergüenza.

Estoy dentro de su campo de visión. Tira la botella vacía a una papelería y dirige sus ojos y su sonrisa hacia mí. Es encantador, simplemente me desmonta cualquier pensamiento coherente y me hechiza, tan solo mirándome y sonriéndome. Se endereza. Llego hasta él, a dos pasos y sin poder dejar de mirarle a los ojos.

—No me hagas sufrir más y dame ya el maldito pendiente. —Sonríe más y estira su mano para que le de la mía.

Sin darme cuenta de cuando mi cerebro ha dado esa orden, mi brazo se

estira y ya estoy rozando sus dedos. De repente su mano atrapa la mía y estira de mí.

¡Qué temperatura tiene este hombre! ¿Tendrá fiebre? Está que arde y me hace arder a mí por momentos.

—Hola, morena. Mi nombre es Will.

—Hola, Will. Soy Catherine, la del biombo, la que ha perdido un pendiente. Creo que me lo ibas a devolver. —Se le afila más la mirada y sin soltarme la mano tira de mí hasta que estoy casi pegada a su cuerpo.

Suelto un jadeo y me quedo sin aire en los pulmones.

Ahora mismo si estuviera mojada habría un cortocircuito. La tensión que corre entre nosotros no es normal.

—Deja que te lo ponga yo. No querrás que se te vuelva a caer, ¿verdad?

—No. —Me mira serio—. Digo, sí, pónmelo tú mejor.

Se fija en mi otra oreja para ver el otro pendiente. Lo toca y hace que se balanceé. Roza mi lóbulo, haciendo que se disparen en mí todas las fuerzas de la naturaleza hasta mis órganos sexuales.

Por fin, abre el gancho del cierre del pendiente que sostiene con sumo cuidado, se acerca a mí, se agacha para quedar a la altura de mi cabeza. Me saca por lo menos veinte centímetros. Acerca sus dedos con el pendiente y antes de pasar el fino metal por el agujero de mi oreja, se lo lleva a la boca y lo chupa suavemente. Mientras, yo me derrito y un jadeo escapa de mi boca. Creo que va a tener que venir el personal de mantenimiento a recogerme del suelo con una fregona.

Él sabe perfectamente lo que hace. No deja de mirarme fijamente a los ojos y entonces vuelve a acercar su mano a mi oreja. Pasa el aro por el agujero y con la otra mano me coge de la cintura y me hace girar para quedar de espaldas a él.

Al moverme recibo su olor. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero parece que lo emana en grandes cantidades, para que mis fosas nasales lo perciban y se embeban de él.

Llega a lo más profundo de mi cerebro, a la parte que sea que se encarga de almacenar los olores y lo guardo ahí, junto con su imagen chupando el pendiente antes de ponérmelo.

Quita la mano de mi cintura y coge mi coleta, que colgaba hacia un lado. La aparta hacia el otro sobre mi hombro para ponerle el cierre al pendiente. Con una mano por delante de mi oreja y la otra por detrás, intenta cerrar el pasador.

Parece que le cuesta, porque tarda en hacerlo. Entonces lo siento, pegado a mí, sin tocarme, pero noto su respiración en mi cuello y en mi oreja. ¿Me parece que acaba de inspirar en mi cuello? Algún tipo de extraña corriente se despierta en mi interior. Ha sido rápido como un rayo al caer y ha arrasado todo mi sistema. Los vellos de mi cuerpo se ponen de punta en cero coma.

Consigue cerrar el pasador del pendiente y, antes de soltarme, aprieta suavemente el lóbulo y tira un poco de este, al mismo tiempo que me da un suave cachete en la nalga derecha, la misma que me ha tocado en la piscina.

Ahora sé que ha sido él quien lo ha hecho.

¡¡Dioss!! Si yo cogiera su oreja, haría algo más que apretarle. Y ese culo... Mmmm.

¡Catherine! ¡No pienses eso ahora! ¡Ahora no! Que lo tienes detrás y lo notará.

Me giro como puedo para darle las gracias. Se está agachando para coger su bolsa de deporte. Levanta la mirada y sigue sonriendo.

—Vigila, no los vayas a perder otra vez, Catherine. —¿Será *jodío*? La forma en la que ha pronunciado mi nombre ha sido tan sensual y follable que casi llego al orgasmo.

—Gracias, intentaré que no vuelva a pasar.

—Sobre todo si estás en el vestuario y el que está al otro lado no soy yo.
—Me suelta sin despeinarse y tan sonriente como siempre.

Mis ojos se abren y le estoy diciendo mentalmente: “No se me ocurriría, Will”.

Pero me callo y no digo nada. Se echa la mochila al hombro izquierdo y se despide con un guiño y un hasta luego.

El oxígeno no llega a mi cerebro y no consigo moverme hasta que la voz de Alba llega a mí desde afuera. Voy a su encuentro.

—¡¡Madre mía, Catherine!! Le habrás dado tu teléfono, tu *e-mail* o algo tuyo, ¿no? Aparte de tus fluidos, que esos no se los has dado pero los has fabricado para él, y no me digas que no.

—¡Alba, por Dios! ¡¡Cállate un rato!! Ahora mismo no me siento ni las piernas ni nada. Me siento mojada, sí, en eso tengo que darte la razón.

Y las dos rompemos a reír descontroladamente mientras bajamos las escaleras hacia la calle.

Vaya noche me espera con ella en casa.

Esa noche sueño con una lengua rosada que chupa un dedo y me toca la oreja de una forma que me hace gemir en sueños.

FUEGO

Me despierto acalorada, sudando e inquieta por algo que no recuerdo.

Normalmente por las noches duermo sin aire acondicionado. La temperatura es bastante agradable durante los calurosos días, tapándome con una sábana tengo suficiente. Eso ha sido así las dos primeras semanas de estar aquí, pero desde hace una semana me despierto así, empapada.

Y aunque no quiera reconocerlo, sé perfectamente el motivo por el que tengo sueños ajetreados y por los que, como hoy, me levanto empapada. Y no solo por sudar. He soñado con él, con Will, alias “manos apretadoras de culo, con mirada descarada y penetrante”.

Sí, Penetrante podría ser su segundo nombre.

Pero no lo he vuelto a ver. Alba y yo hemos ido día si y día no al *gym*. Los vestuarios vuelven a estar separados, y no lo he visto ni en la sala *fitness*, que supongo que utiliza porque con el cuerpo musculoso que tiene hace deporte seguro, ni en la piscina nadando.

Tendría que haberle pedido su número o haberle dado el mío, pero me dejó tan atontada que no reaccioné. Él tampoco dijo nada, por lo que supongo que esto ha sido una tontería y punto. Una tontería que no me deja pensar ni dormir como antes de encontrarme con él en el metro.

Un día Alba me llamó la atención un par de veces, porque no paraba de pisarla mientras hacíamos unos ejercicios, de lo despistada que estaba.

Hoy es viernes. He quedado con mi amiga para ir a cenar y salir a tomar algo con unos colegas suyos. Espero encajar, no me encuentro muy cómoda entre tanto ejecutivo agresivo, y menos sin conocerlos. Ella ya me ha dicho que esté tranquila, que fuera del despacho son de lo más enrollados. Conseguí quitarle de la cabeza la idea de emparejarme con el secretario de su jefe. Lo que tenga que ser, será.

Después de prepararme un café con leche y de comerme un trozo de *carrot cake* que compré ayer en Magnolia Bakery, cojo mi cámara Nikon y el bolso, y bajo a disfrutar de mi nueva ciudad. Justo en la esquina, debajo del bloque de apartamentos donde vivo hay una preciosa floristería que cubre

parte de la acera, con los ramos de vivos colores que tiene en grandes cubos negros. Hago nota mental de pararme a comprar algunos lirios para colocarlos en la mesa central de mi salón.

Tengo pensado ir a Central Park para hacer algunas fotos. Voy caminando hacia la estación de la 14 St para bajarme en la 96 West. Hoy hace un día precioso: cielo azul con algunas nubes blancas aquí y allá dando un contraste precioso entre los dos colores.

Una vez llego a mi destino, salgo para dirigirme al parque. Me encanta pasear por él. Es tan grande y tiene tantos rincones preciosos para perderse que necesitaré bastantes visitas para verlo entero. Voy adentrándome en el precioso paraje. Ya no se escuchan los ruidos intensos de la ciudad, solo pajaritos cantando, las hojas de los árboles moverse y tranquilidad. Tengo ganas de verlo en otoño cuando empiecen a caer las hojas y se formen esas preciosas alfombras de colores marrón, rojo y amarillo, dándole un aspecto tan cálido y romántico.

Llego hasta el camino que rodea el gran lago de Jacky Kennedy Onassis. Lo bordeo mientras me voy cruzando con personas caminando, corriendo, paseando a perros. En definitiva, disfrutando de la vida, de una manera u otra.

Bajando hacia Belvedere Castle veo el edificio del museo MOMA a mi izquierda. Decido que tengo que empezar a visitar museos, ya que en tres semanas que llevo aquí todavía no he ido a ninguno. Pensaba dejarlo para cuando lloviera, nevara y hiciera frío, y ahora disfrutar del buen tiempo mientras dure para patearme las calles.

Me encanta todo lo que me rodea en este momento: vegetación verde y abundante; explanadas perfectamente arregladas en las que mujeres juegan con sus hijos, o les dan tranquilamente el pecho; niños que echan a volar sus cometas de vivos colores. Espero hacer lo mismo en un futuro no muy lejano. Una sonrisa se extiende por mi cara solo de imaginarme con un bebé en mis brazos y dándole el pecho. Lo que me recuerda que primero sería conveniente conocer al futuro padre...

Los bancos que me voy encontrando por el camino tienen una placa de metal indicando todo tipo de dedicatorias, de enamorados, de hijos a padres, de padres a hijos, en recuerdo a algún fallecido en el terrible atentado del once de setiembre. Me siento en uno y disfruto de la tranquilidad. Aprovecho el momento para hacer un corto vídeo con el iPhone y enviárselo por whatsapp a mi madre.

Después del premio de la lotería ellos también disfrutan de la vida, pero les da pánico el avión, por lo que todos los viajes que hacen son en tren o barco, así que no cruzarán el charco para venir a verme ni ver la ciudad.

Decido ir a Strawberryfields. Como siempre hay un chico con una guitarra tocando canciones de John Lennon o The Beatles. Me compro un *hotdog* en una paradita y me siento a disfrutar del momento. Me fijo en los demás turistas y juego mentalmente a pensar de qué lugar del mundo vendrán. Ha pasado la mañana volando, ya son las dos del mediodía. Voy bajando por Central Park West hasta Columbus Circle. Allí entro en un Whole Foods a por algo de comida que necesito para casa.

Desde este punto ya cojo el metro hasta el apartamento. Sigo teniendo la buena costumbre española de hacer una siestecita, aunque sea de veinte minutos, y no quiero llegar a las tantas, si no ya no me dará tiempo.

Me despierto de golpe. Ya casi no entra luz del sol por las ventanas. ¡Mierda! Me he quedado dormida.

Miro el teléfono y tengo tres mensajes de Alba: en uno me dice que quedamos a las seis y media en Madison Square; en otro me pregunta que qué hago que no le contesto; en el tercero me dice que la podría haber avisado de que no iba a ir.

Salto de la cama y la llamo. Contesta al segundo tono.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Dónde estás, Mariflor?

—Lo siento. Cuando he llegado a casa pasadas las tres y media me he puesto a pasar las fotos al iMac. Quería dormir solo veinte minutos..., pero se han convertido en dos horas y media... Lo siento, nena. ¿Es muy tarde ya? ¿Dónde estáis? —pregunto.

—Ya estamos cenando en un local de la octava. Cómete un bocata rapidito y te vienes a bailar un rato.

—Me ducho, me visto y voy en taxi.

—Ok. ¡Venga, que nos lo pasaremos de lujo!

Y así lo hago. No me da tiempo ni a secarme el pelo: me pongo espuma fijadora, lo agito un poco y que sea lo que Dios quiera.

Me pongo un top negro con una faltida negra también, que hace mucho que no me la ponía. Cierro gilipollas solía hacerme sentir mal diciéndome que me hacía más gorda de lo que estaba ya. Paso de pensar en él. A mí me gusta como me queda y punto.

No es demasiado corta, me llega un poco más arriba de las rodillas.

Cojo las sandalias de tiras con un poco de tacón. Siete centímetros son suficientes, sumados a mi metro setenta. Siete centímetros para unos tacones, porque el pene que te trae por la calle de la amargura no mide siete centímetros precisamente. Me recuerda mi calenturienta mente.

Tengo que controlar a mi cerebro, con tanto recordatorio de su perfecta anatomía, y de sus dedos tocándome, sus ojos mirándome. Pero no, ya hace más de una semana que no lo he vuelto a ver. Eso será por algo.

Por fin llego al local que me ha dicho Alba. La veo bailando con un pedazo de tío, pelirrojo, alto, corpulento. Parece estar en la mismísima gloria en sus brazos. Cuando por fin me ve, le dice algo a su acompañante y me miran. En ese momento me acuerdo de su cara. Es el que me pilló en el *gym* mirando a Will, alias el Penetrante, descaradamente desde debajo de un biombo.

Me sonrío y pienso: “¡Tierra, trágame!” Miro por todo el local y no veo a Penetrante por ningún sitio, aunque con lo oscuro que está esto podría tenerlo detrás y no verlo.

—¡Cath! ¡Por fin llegas, nena! —dice mientras me abraza. Está preciosa con un sencillo y entallado vestido negro, con media espalda descubierta y los Manolo’s que le regalé para su cumpleaños, justo cuando llegué a la ciudad.

—¿Quién es el tío con el que estabas bailando? Es el que me pilló en la zona de chicos cuando se me cayó el pendiente.

—Querrás decir el que te pilló comiéndote con los ojos a tu moreno, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

—Mmmm... Sí, ese mismo, sí —río yo también.

—Pues no hemos hablado de él. Solo sé que se llama James. Es amigo de David, de mi departamento. Es el rubio bajito que está sentado en aquella mesa junto con su mujer, la rubia de pelo corto.

—Sí, los veo. ¿Y qué te ha dicho cuando has venido hacia mí?

—Que le sonaba tu cara. —¿Será cabrón? Espero que no se lo cuente a todo el mundo.

—No sé si quedarme... Ahora mismo me está mirando de nuevo y estoy notando la vergüenza salir de mi cuerpo.

—¡De eso nada! Te quedas, no te preocupes. Seguro que se marcha enseguida. Aunque yo no me quedo sin su número de teléfono, mira lo que te ha pasado a ti: al final no lo has vuelto a ver, por lo menos no estando despierta. —Me guiña un ojo y yo le saco la lengua. He tenido sueños moviditos y en casi todos salían los ojos azules de Will atravesándome y calentándome.

Vamos hacia la mesa donde está el pequeño grupo que venía con ella.

David, el rubio bajito, Natie su pareja, Chris, Jhon y Vanessa, que no son pareja, pero parece que lo serán en breve, por lo acaramelados que están. Según me ha dicho Alba, la han conocido en el restaurante en el que han cenado y han decidido salir juntos esta noche.

No suelo beber alcohol, pero David me recomienda un *cocktail* muy flojito y dulce, con apenas alcohol. Tengo que reconocer que está delicioso. Su sonrisa me contagia enseguida y sé que podríamos ser buenos amigos.

La música sigue sonando. Empieza *Sugar* de Maroon 5. Alba me coge de la mano para salir a bailar a la pequeña zona de baile, que ya está bastante llena. Vanessa se deshace de su abrazo y viene con nosotras. Empezamos a movernos, entre risas. Veo que a Alba la abrazan unos fuertes brazos, y ahí está el pelirrojo. James dice que se llama. “¿No se apellidará Fraser?”, pienso para mí.

Acaba la canción y ya he perdido de vista a Alba. Vanessa acaba de ir a buscar su bebida. Me quedo con otras treinta personas disfrutando de la música y del ambiente del local. Empieza a sonar *Got to Give I up* de Marvin Gaye. Me encanta esta canción.

Sigo bailando. De pronto una mano se posa en mi cintura desde detrás de mí, la baja y me toca una nalga. Empiezo a cabrearme. En un pestañeo me giro, miro la mano larga que me ha tocado y enseguida me doy cuenta de que el tipo lleva encima dos copas de más. Él, muy seguro de sí mismo, me guiña un ojo.

—Sigue moviéndote, nena. —Arrastra cada palabra haciendo que suene sucio y vulgar.

¡¡Plass!! Le arreo un guantazo en el brazo y me lo quito de encima.

Me giro para salir de la pista. Cuando no he dado ni cuatro pasos, otra vez dos manos me cogen por las caderas. ¿No lo ha entendido a la primera? Intento deshacerme de él otra vez, cogiendo con mis manos sus dedos y retorciéndolos para quitarlos de mi cuerpo.

Es fuerte y clava los dedos en mis caderas. Me arrastra contra su cuerpo. Extrañamente la sensación que tengo es de confort y seguridad, aunque mi nivel de cabreo es alto, como de aquí a la última planta de la Freedom Tower. Una voz susurrante y ronca me dice al oído:

—Veo que llevas los dos pendientes. ¿Alguien te los ha tenido que colocar de nuevo?

¡¡Diossss!! Esa voz, ese aroma... Es ÉL. Me arrasa la piel allí donde su aliento me roza. Sin poder soltarme de él, giro la cabeza para enfrentarme a sus ojos y a su boca.

Ahora suena Hotline Bling de Drake. Él se mueve detrás de mí, sin tocarme con su cuerpo, pero hace que me mueva a su ritmo manteniendo sus fuertes y grandes manos en mis caderas.

Sigo con la cabeza girada, dispuesta a contestarle.

—No se me han vuelto a caer y los vestuarios vuelven a ser solo para chicas.

Entonces me hace girar entre sus manos. Lleva estas a mi cintura de nuevo y, ahora sí, me pega contra su duro cuerpo y empieza a moverse bien pegado a mí sin dejar de mirarme. Siento que me hierve la sangre como si fuera agua en una olla a presión. ¿Por qué me acelera tanto este hombre? Respiro con dificultad, espero que no se de cuenta.

—Me gusta tu genio. ¡Vaya torta le has dado al imbécil ese! Estaba a punto de dársela yo, pero he visto que te defiendes bien. También me gusta que a mí no me des el mismo trato. —Sigue perforándome con la mirada. Es altísimo y guapísimo. No lo recordaba tan bien como merece.

“¡Ay, si tú supieras que me estoy derritiendo y lo que te he echado de menos!”, pienso mientras me pierdo mirando cómo se mueven sus labios cuando me habla.

—Querrás decir por ahora —le digo haciéndome la dura.

—¿Por ahora? ¿Vas a abofetearme a mí? —dice poniendo cara de niño bueno—. Después de que me comieras con los ojos cuando estaba indefenso en la ducha del gimnasio, creo que yo también merezco algo a cambio, ¿no?

Con que esas tenemos, ¿eh?

—Metiste la cabeza en mi libro, invadiendo mi privacidad. Me tocaste el culo mientras nadabas y después me lo volviste a tocar cuando me pusiste el pendiente —digo mirándolo fijamente a los ojos, intentando ganar terreno.

—Sí, es verdad. Me encanta tu culo, no lo puedo evitar. —Me guiña un ojo.

Suelta eso mientras baja su cabeza y empieza a rozar su nariz con la mía.

¡Por favorrrr! ¡Qué bien huele su aliento y qué bien me hace sentir!

En un acto de valentía llevo mis manos hasta sus pectorales de acero y los toco suavemente por encima de la camisa blanca que lleva, un botón abierto y con las mangas remangadas hasta los codos.

—A mí también me gusta mucho esto, y hasta hoy no te lo he tocado. — Pero ¿¿qué estoy haciendo?? Esto es por el alcohol del *cocktail*, seguro.

Subo por sus hombros hasta dejar mis manos en su cuello y le masajeo las cervicales, rozándole suavemente con la punta de los dedos. Mientras lo hago no rompo en ningún momento el contacto visual con su penetrante mirada.

—Esto también me gustó desde el primer día que te vi —digo, sensual.

Entonces pasa su mano por mi cuello para levantarme la cara. Acerca su cara a la mía y, después de unos segundos de silenciosa pregunta, pone, suave pero firmemente, sus labios en los míos y me aprieta más contra su cuerpo,

hasta que solo queda la estrecha ropa entre nosotros. Meto los dedos en su pelo desde su nuca y mis labios se abren para darle acceso a toda yo.

—Haz conmigo lo que quieras —le suplico en silencio.

Su dulce lengua empieza a pasearse por mis labios y la mía sale a su encuentro, mientras lamo dulcemente los carnosos labios que tiene y que me está dando. Se sorprende por el encuentro y mete su lengua por completo en mi boca, llegando a cada rincón.

Ya no soy consciente de la música que suena, ni de la gente que pueda o no estar mirándonos. Todos mis sentidos están centrados en él. En él y en cómo palpita mi zona húmeda, deseando que su lengua pase también por ahí.

Noto su erección pegada a mi cintura. Me pongo contenta pensando que también desea lo mismo que yo. Me quedo sin aire y nuestro beso se hace más lento para que podamos respirar ambos. Se me escapa un pequeño gemido cuando nuestros labios dejan de tocarse. Los siento calientes y apretados, necesitados de cariño y contacto.

Pone una mano en mi cara y me toca el labio con su pulgar, mientras sigue penetrándome con su mirada. Mis manos todavía están en su fuerte cuello. Empiezo a descender por sus hombros hasta sus pectorales. Entonces me coge una mano y la lleva hasta su enorme erección.

—Esto también te gustó, ¿verdad?

¿Cómo se atreve a preguntarme eso? Toda la piel de mi cuerpo arde de pasión mientras mi vagina no deja de palpar por él.

Solo le sonrío, sin decirle nada. El que calla otorga, lo sé, pero que piense lo que quiera. Ahora mismo lo único que quiero es que lo meta en mi cuerpo y me sacie con todos los orgasmos que debería haber tenido y llevo tiempo sin tener, y de esa manera consiga apagar el fuego que me hace sentir.

Ahora suena *Say it right* de Nelly Furtado. ¿Qué pasa hoy? ¿Es el día de las lentas?

—¿Dónde te has metido estos días? No te he visto por el gimnasio —le pregunto.

—Normalmente no voy a ese *gym*. Acompañé a mi primo James, el pelirrojo, que está con tu amiga. ¿De dónde eres? —me pregunta.

—España. Hace tres semanas que llegué. ¿Y tú?

—Neoyorquino. —Me guiña un ojo y yo empiezo a sonreír como una tonta. Seguimos moviéndonos lentamente al ritmo de la música mientras sus manos siguen en la parte baja de mi espalda y las mías en su cuello.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar en la ciudad?

—Tengo pensado estar unos seis meses, por lo que en los próximos cinco meses estaré por aquí.

—Perfecto —sentencia.

—¿Perfecto para qué?

—Para que me dejes morder ese labio más veces y tocarte entera.

¡¡OMG!!! Me vuelve loca la seguridad que tiene en sí mismo y lo claro que me lo dice todo.

—¿Y qué te lo impide? ¿Todavía temes que te de una torta? —pregunto con voz de niña buena.

—Sé que no lo harás. Sé que deseas que te muerda el labio, la oreja y te coma entera a besos. ¿Me equivoco?

¿Cómo puede saberlo? Vale, sí, he sido descarada como nunca en mi vida lo había sido. “¡¡Loca!! ¡¡Estás loca si piensas que nos vas a dejar con este calentón!!”, grita una parte de mi cerebro.

—Pruébalo, a ver qué pasa.

Y en cero coma lo tengo otra vez pegado a mi boca, plantándome cálidos besos desde la comisura de mi boca hacia mi mandíbula. Pasa la lengua suavemente por mi oreja y no puedo evitar que me flaquee las piernas. Si no fuera porque me tiene atrapada entre sus fuertes y protectores brazos, me habría caído al suelo de este pequeño antro.

LA NOCHE

Cuando consigo abrir los ojos, veo a Alba en una situación parecida con el pelirrojo. Me quedo mirando y Will, que contempla la misma escena que mis ojos, me dice:

—Supongo que esta noche me quedo sin compañero de vuelta. ¿Quieres ser tú quien vuelva conmigo a casa?

Mi cabeza empieza a subir y bajar, asintiendo a su pregunta. Me está volviendo loca y apenas me ha hecho nada. Como pase lo que estoy deseando, me temo que no duraré mucho con los juegos. Y quiero disfrutar de él durante toooda la noche. Catherine, te mereces una noche loca. O muchas noches.

Me coge de la mano y nos acercamos a Alba y a James. Penetrante habla con él mientras yo lo hago con ella.

—Niña, al final ¿qué? Lo has vuelto a encontrar- ¿Ves como esto es cosa del destino? Estáis hechos el uno para el otro. —Alba y sus predicciones de futuro.

—¡Ja, ja, ja! Ojalá. Por ahora creo que estamos hechos para pasar la noche juntos. Tú tampoco te quedas sola, ¿verdad?

—Ya ves. ¿Qué te parece? Está tremendo, ¿eh? —me pregunta mordiéndose el labio y abrazada a él como una lapa.

—¡Te queda genial! —Las dos reímos. Como hablamos en español, ellos no nos están entendiendo—. ¡Ven aquí, que te voy a dar unas clases de lengua española, guapetón!

Nos despedimos. Recojo mi bolso, Will me coge de la mano y salimos del local. Ese simple contacto hace que me derrita.

Me agarra por la cintura y me aprieta contra su cuerpo. Para el primer taxi libre que ve. Abre la puerta y me deja pasar primero. Se sienta él también y se acerca a mí lo más posible. Coge la mano que tenía sobre mi rodilla. Siento esa electricidad, fuerzas ocultas de la naturaleza que me atraen a su cuerpo como un imán a un clavo. Dejo caer mi cabeza sobre su hombro y siento cómo aspira mi olor, mientras me da un casto beso en el pelo.

—Me encanta como hueles —susurra.

—Gracias —consigo decir mientras yo también me embebo de su olor. Huele a fresco a limpio. ¡Eso me pone demasiado! Llevo tanto tiempo sin flirtear con nadie que ya no sé ni cómo hacerlo.

En pocos minutos llegamos a un edificio de la calle 33. Él le paga al taxista y nos bajamos. Es una construcción con bastantes plantas, lo normal por aquí. Saluda al portero amigablemente.

—Buenas noches, señor Carter. Señorita... —dice dirigiéndose a mí, inclinando la cabeza.

—Buenas noches, Ricardo —contesta él sonriente. Yo hago lo mismo, tímidamente.

De la mano, me lleva hasta el ascensor. Me acaricia suavemente por las costillas mientras me abraza y me mantiene pegada a su cuerpo.

—¿Estás bien?

—Espero estar mejor dentro de unas horas —le digo divertida, guiñándole un ojo como él suele hacer.

—Eso dalo por hecho.

En ese momento llega el ascensor y entramos. Él, de espaldas, se pega contra la pared y me echa encima de su cuerpo. Lo primero que noto es su dura polla marcando sus pantalones y clavándose en mi vientre. Subo las manos hasta su cuello, mientras él aprieta el botón de la planta a la que vamos y la devuelve a mi culo. Me coge del pelo y tira de él, obligándome a levantar la cara, lo que le da acceso total a mi cuello y a mi escote.

Me llena de besos y pequeñas lamidas, desde el cuello hasta la copa de mis generosos pechos.

¡Ding! Suena el ascensor avisando que hemos llegado.

Me empuja hacia afuera suavemente. Seguimos besándonos. Avanzamos un par de metros, yo caminando de espaldas, hasta que llegamos a una puerta donde hay un letrero con su inicial y su apellido: W. Carter.

Mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un pequeño llavero con la llave. La mete en la cerradura, mientras me paso la lengua por los labios, añorando su contacto, el calor y la humedad de su lengua encima de ellos. La cabeza me da vueltas. Estoy extasiada solo de pensar en lo que va a pasar ahí adentro.

Abre y veo un salón con un montón de cajas.

—Me acabo de mudar —dice.

Enciende las luces y con el controlador de intensidad la deja en una intensidad tenue e íntima. Al fondo hay unos ventanales enormes, desde los cuales se puede ver el Empire State y el fondo de la ciudad que nunca duerme.

Me coge de la mano y me pregunta si quiero tomar algo.

—Gracias, estoy bien así. No suelo beber alcohol.

—Otro punto para la morena —susurra.

—¿Perdona?

—No bebes y yo tampoco. Últimamente la mayoría de las chicas duran poco sobrias. Me encantas.

“Me encantas” dice. Yo no recuerdo ya ni en qué planeta vivimos. Me acerco a él contoneándome. Dejo mi bolso sobre el sofá de piel blanca que tiene delante de la chimenea. Me tiende una mano, que yo cojo instintivamente.

Vuelve a hacer uso de sus músculos, utilizando una mínima parte de su fuerza para estirar de mí y pegarme a su cuerpo.

—¿Lista para disfrutar, morena?

—Ya estoy disfrutando de todo esto —digo acariciando sus pectorales.

Empiezo a desabrochar los botones de su camisa. Con los nervios me atasco en el tercero. Él arranca todos los que quedaban, haciéndolos saltar por los aires y dejándome sin aliento una vez más.

Me lamo los labios ante la expectativa. Veo en sus ojos cómo prenden las llamas de deseo.

—Deja, eso es cosa mía —y sacando su deliciosa y húmeda lengua lame mis labios, mientras cierro los ojos y me dejo hacer.

Con sus manos me masajea el culo y las va subiendo hacia mi top. Parece que no le gusta demasiado, ya que me lo va quitando lentamente, mientras nos comemos el uno al otro.

Yo sigo pasando mis manos por sus pectorales y por sus abdominales. Me entretengo en el poco vello que tiene y jadeo mientras me acaricia las tetas

por encima del sujetador. ¡Oh! Con las prisas de esta tarde no sé ni qué ropa llevo puesta. No pensaba que la fuera a ver nadie. Sujetador y tanga negro, liso y sin encaje. Muy básico, pero tendrá que servir.

¡¡Madre mía!! En mi vida habría pensado yo que estaría con semejante ejemplar de Dios terrenal sexual. Vamos caminando una vez más, él de espaldas. Llegamos a una puerta, la abre y veo una gran cama.

Cuando chocamos con los pies de la cama, lo empujo y cae en ella, sorprendido por mi atrevimiento. Me muerdo los labios. Acabo de sacar el top por mi cabeza y me quedo solo con el sujetador y la falda.

Despacio desabrocho la falda y con un movimiento de caderas dejo que caiga a mis pies.

—Me matas, Catherine —dice sin quitarme los ojos de encima, fijos en mis tetas.

—No, tú me estás matando a mí desde el día en que mi pendiente se coló al otro lado del biombo y te giraste mostrándome tu anatomía.

Me acerco a él, que empieza a levantarse de la cama. Se saca la camisa desgarrada por los hombros y la tira al suelo. ¡¡Qué brazos tiene, Dios mío!!

Empieza a desabrocharse el pantalón y para mi sorpresa se quita a la vez

los calzoncillos bóxers que lleva.

Y ahí está, delante de mí otra vez, mostrándome toda su anatomía, su perfecta y liberada anatomía, y yo mirando como si no hubiera un mañana.

Me arrodillo en el borde de la cama y él se acerca a mí. Ahora, lentamente, es él quien me recuesta sobre las sábanas y se coloca sobre mi cuerpo tembloroso. Abro mis piernas para que pueda colocarse y nos devoramos la boca el uno al otro. Casi no puedo respirar. Le muerdo el labio y gruño, apretándome el culo y presionando su preciosa y firme polla contra mi escasa ropa interior.

—Desde aquí afuera noto lo mojada que estás. ¿Soy yo quien te ha puesto así o es por el tío que se ha llevado el manotazo?

—Mmmm —me quejo ante la falta de contacto de su boca sobre mi piel.

—Dime, ¿te has puesto así para mí, por mí?

—Sí —jadeo.

—Igual que la otra vez. En el gimnasio también jadeaste un sí y me dejaste con dolor de huevos tres días. Te deseo desde que te vi en el tren, de pie y apretada contra el tío que apestaba a granja.

Empiezo a reírme, porque recuerdo que yo pensé eso exactamente.

Con sus dedos hábiles saca un pecho por encima del sostén y lame suavemente el pezón. Con la otra mano acaricia el otro duro y necesitado pezón. De repente lo libera también y alterna su lengua entre uno y otro. ¡¡Dios mío, esto es el paraíso!! Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras con las manos no dejo de enredarme en su pelo.

Ya no lo soporto más. Estoy completamente abierta de piernas, notándole en toda su plenitud por fuera de mí. Quiero, necesito sentirlo dentro de mí. Sigue chupando, tirando, mordiendo cada pezón. Siento que estoy a punto de correrme.

Le tiro del pelo y de la oreja, y le chupo el cuello. Se le escapa un gruñido. De repente, baja sus manos por mi vientre y llega hasta mi tanga. Mete el dedo índice de cada mano por un lateral, acaricia suavemente mi sensible piel. De repente estira y hace desaparecer la tela.

Grito por la sorpresa y aprieta mis caderas. Pasa una mano hacia mi culo y me levanta para colocarme a su antojo. Sus dedos juegan por mi vientre y se van acercando a mis pliegues, húmedos y anhelantes de su roce.

Mete el dedo corazón, que roza deliberadamente mi clítoris. Un grito escapa de mi garganta y nos sorprende a ambos. Levanta su cara hacia la mía y observa cómo me deshago entre sus manos. Está estirado a mi lado con su perfecta polla clavada en mi cadera y su mano haciendo magia en mi sexo.

No soy capaz de aguantar su mirada. Mientras me da este inmenso placer, tengo que cerrar los ojos o explotaré ahora mismo. Sigue bajando su dedo un poco más hasta que llega a la entrada de mi desesperada vagina. Muevo las caderas haciendo círculos y la elevo para que su dedo se introduzca por fin en mí.

—Tranquila, no tenemos prisa —dice estirando de mi pezón apesado entre sus labios.

Cierro las piernas para atrapar fuertemente su mano, rogándole sin hablar que me libere ya de esta presión que me va a hacer explotar. Después de dilatar bien la entrada penetra lentamente con su dedo corazón en mi interior. No quiero ni pensar lo que será notarlo a él dentro, duro, grande y palpitante, dilatándome.

—Vamos a hacer que te corras y después tendrás tu premio.

—¡Ohhhh, Dios!

—Sí, nena, Dios. ¡Estás tan apretadita y mojada...! Estoy deseando hundirme en ti y no salir en toda la noche.

Sigue moviendo su mano y frotándola contra todo mi sexo. Ahora introduce otro dedo en mi vagina, mientras con el pulgar acaricia mi sensible clítoris. Estoy a punto de correrme. Con la boca abierta y gimiendo, me retuerzo de placer cuando empiezo a notar los destellos de un orgasmo que llevo mucho tiempo sin tener.

Bajo mi mano y la pongo encima de la suya, grande y fuerte. Paso mis dedos entre los suyos y sigo su movimiento dentro y fuera de mi cuerpo.

—Es aquí, ¿verdad? ¿Este es el punto que tenías escondido para mí?

—Síííí. Sigue, sigue...

Me fascina la velocidad con la que ha encontrado ese maravilloso punto dentro de mi cuerpo, haciéndome explotar de placer y lujuria.

Y exploto de pasión y placer alrededor de su mano, mojándolo todo a su paso. Cuando voy recuperándome del maravilloso orgasmo que acaba de proporcionarme, me fijo en su imponente polla, rosada, grande, perfecta. Me muero por tenerla dentro. Saca sus dedos lentamente de mí, dejándome huérfana y vacía de su contacto.

—Mmmm —me quejo—. Métemela ya, por favor —le suplico.

—Preservativo —dice mordéndome el cuello justo debajo de la oreja derecha.

—Me hacen daño, soy muy sensible. Tomo la píldora. ¿Tú estás sano? —decido confiar en su respuesta.

—Completamente.

Sigue moviéndose. La noto dura y caliente cerca de mi entrada. Mis caderas se arquean buscando la fricción con su cuerpo.

—Will, métela ya, por favor... Deja de torturarme —suplico de nuevo.

—¿Eso quieres? —pregunta con voz ronca orgulloso de lo que me provoca.

—Lo estoy deseando —digo, lamiendo sus pezones y levantando mi pelvis en busca de algo que necesito con urgencia.

De repente lo tengo ahí, entre mis labios vaginales, dura, caliente y grande..., deliciosamente grande y suave. Se mueve de forma sugerente mientras me sujeta las manos alrededor de la cabeza. Yo sigo moviéndome, intentando colocarla en la entrada de mi vagina.

Cuando por fin la noto a punto de entrar, coloca su cabeza en la base de mi cuello y sube dando besos hasta el hueco debajo de mi oreja. Entonces inspira fuertemente y dice mientras me penetra:

—Me deseabas, pues aquí me tienes. —La parte que leyó de mi libro en

el metro.

Y me penetra de golpe y me dilato a su alrededor. Me hace gemir y gritar su nombre mientras me corro desesperadamente. No me ha pasado desapercibido el hecho de que haya inspirado antes de penetrarme. Nunca antes me lo habían hecho y me ha resultado... placentero y extrañamente familiar. Es el orgasmo más rápido e intenso que he tenido jamás.

Él sigue moviéndose para darme el placer que necesito. Me besa incansablemente absorbiendo mis gemidos.

Los unicornios de crines de colores han pasado de saltar entre las nubes para hacerlo entre constelaciones.

—Lo siento —le digo cuando me recupero un poco. Todavía sigue dentro de mí, duro y potente, dentro de mí.

—¿Qué sientes, Cath? ¿Cómo mi polla sigue dura dentro de tu apretado y precioso coño? —Se mueve haciendo círculos en mi interior.

Le acaricio los marcados bíceps y los hombros.

—Siento haberme corrido tan rápido. Necesitaba esto desde hace mucho. Y la culpa es tuya.

Me besa, orgulloso de sí mismo por haberme provocado semejante orgasmo.

—Me alegra ser yo el elegido para satisfacer esas necesidades. Quiero ser yo el que te tenga contenta y satisfecha. ¿No te tocas para aliviarte?

Siento que me pongo roja. A buenas horas me da la vergüenza.

—No, no suelo hacerlo.

Muevo mis caderas para indicarle que me encanta lo que hace y que mis necesidades todavía no están cubiertas del todo.

De repente, me da la vuelta. Ahora soy yo la que está encima de él, completamente llena de él. Me suelta las caderas para desabrocharme el sostén. Le brillan los ojos cuando mis tetas se liberan y rebotan cuando me voy moviendo. En esta postura lo noto mucho más, más adentro, más gorda. Es perfecta en tamaño y me llena entera.

Nunca antes había disfrutado de esta manera. Con él no tengo miedos. En sus brazos me siento segura, en casa, protegida y completa.

Se endereza. Ahora estamos cara a cara mientras masajea mis pechos. Se

lleva uno a la boca y yo sigo cabalgando encima de él, mientras él me acompaña.

Mis manos están en su fuerte cuello. Enredo los dedos en su pelo y estiro de él.

—Eso es, nena. Sigue así, Cath, me tienes loco —gruñe.

—Me vuelves loca, Will —jadeo.

Sigo montándolo más fuerte, más rápido. Nuestra piel resbala por el agradable esfuerzo de satisfacernos que estamos haciendo. Hasta que lo noto. Me explota el clítoris y mi interior se deshace de puro placer líquido. Él explota conmigo y me aprieta contra su pecho y gime mi nombre.

Se recuesta y yo me tumbo encima de su duro y caliente cuerpo, todavía con él dentro de mí.

Me acaricia la espalda de arriba abajo y siento estrellitas brillar por todo mi cuerpo. Levanto un poco la cabeza hasta llegar a sus labios y nos besamos suavemente. Nos quedamos así no sé cuánto, minutos, horas. Despierto al cabo de un buen rato. Nos ha tapado con la colcha y siento calor, por encima y por debajo.

Abro los ojos y él ya está mirándome. Todavía sigue dentro de mí, duro

dentro de mí. Muevo la pelvis un poco para metermela un poco más. Sonríe y poniendo sus manos en mis caderas empuja. Me llena del todo con su dura erección. Y sé que, como mínimo, voy a tener otro orgasmo más en lo que queda de noche.

Entra luz por las ventanas. Me muevo y noto que algo me tiene atrapada.

Abro los ojos y lo veo, dormido, con los labios entreabiertos, despeinado, desnudo como yo. Sus brazos me rodean y una de sus musculosas piernas está encima de las mías.

Estoy alucinando, recordando con deleite cada detalle de la increíble noche que hemos pasado. Cierro los ojos rememorando los momentos y me lamo los labios. Los noto hinchados de todos los besos y pequeños mordiscos que nos hemos dado.

De repente, quita una mano de mi cintura. Me coge del cuello y pasa su pulgar con extrema delicadeza por mis labios hinchados. Abro los ojos y lo veo mirándome fijamente la boca, serio. Y me asusto. Puede que no le haya gustado que me quedara a dormir con él. Hace mucho tiempo que no tengo una noche de sexo y es la primera vez con un americano. Quizá aquí después de follar se van sin despedirse. Estaba rendida. Después del cuarto orgasmo de la noche, me quedé dormida entre sus brazos.

—Buenos días.

—Muy buenos —dice sin dejar de acariciarme.

—¿Te molesta que siga aquí? A lo mejor tienes cosas que hacer y te estoy entreteniendo —le digo, mientras intento en vano deshacerme de su abrazo y salir de la cama.

—Sí, me entretienes hablando. Sé que puedes hacer otras cosas con esa boquita, y yo puedo hacerte otras con la mía, aparte de hablarnos.

De repente, vuelvo a estar húmeda completamente. Su pierna está rozando esa zona.

—¡Cómo me gusta que te pongas tan caliente y húmeda solo con decirte lo que me gustaría hacerte!

Sus manos se pasean por mi cuerpo, apretando y acariciando.

—No sé qué me pasa. Debes ser tú, porque nunca me había puesto así y tan rápido.

—Me gusta eso. Después de haber estado casi toda la noche dentro de ti, he vuelto a soñar contigo.

¿¿Perdona?? ¿¿Que has soñado conmigo antes también??

—¿Ah, sí? ¿Sueñas conmigo?

—Sí, había soñado que te encontraba en la piscina de nuevo, que estábamos los dos solos y te hacía el amor dentro del agua. Tres veces.

Mi sonrisa abarca toda mi cara. No puedo ser más feliz ahora mismo.

—No te lo vas a creer, pero yo también he soñado contigo. Creo recordar que una de las veces era en una piscina —le digo mientras me refriego contra su pierna.

—Te poseo hasta en sueños. Eres toda mía —dice mientras se coloca encima de mí, bajando por mi cuerpo hasta mis pechos para deleitarse con ellos, lamiendo y chupando.

No me lo puedo creer. ¡¡Qué buen despertar!! ¡¡Me lo quedo!!

Baja una de sus manos y me mete un dedo juguetón entre los labios. Me estira del poco vello que tengo en esa zona y masajea mi clítoris, mientras succiona un pezón con sus tiernos labios. Yo me aferro a su cuello y voy deslizado mis manos por su cabeza, mientras me dejo querer. Me muevo

para que su dedo llegue donde ansío. Él me entiende a la primera y lo acerca a la entrada de mi vagina.

—¡Qué jugosa eres! —dice incendiándome con su mirada.

Acaricio su brazo, hasta llegar a la mano que tiene tocándome. Le aprieto para que meta un dedo en mí. Me complace al momento. Yo estiro la mano, bajo por sus duros abdominales y le rozo la punta de su caliente y dura polla. ¡Qué grande es! La tomo en mi mano, la rodeo y empiezo a moverla de arriba abajo, apretando de la base a la punta. ¿Cómo sería tenerla en la boca? ¿Me cabrá entera? Creo que no, es gorda y la más grande que he tenido nunca en mí. Bueno, solo puedo compararla con una, por lo que mi experiencia acaba ahí.

Los dos nos damos placer con las manos, él a mí y yo a él. Me come la boca, le araño la espalda cuando muerde un pezón y mis piernas empiezan a temblar. Mi centro está a punto de ebullición y exploto en sus dedos, que han vuelto a encontrar mi punto G deliciosamente bien. Mientras me corro, sigo apretando su polla en mi mano. Dos segundos más tarde, él explota en mí, mojándome y pringándome de él. Acaricia mi cuerpo. Lentamente saca los dos dedos de mi interior, se los lleva a la boca y se deleita chupándoselos.

¡No puedo más! He tenido cinco orgasmos en menos de doce horas y siento que voy a explotar de nuevo solo con verlo hacer semejante movimiento. Me envalentono por su acto y con mis dedos manchados de su semen sigo acariciándolo. Me llevo dos dedos a la boca, imitando lo que él acaba de hacer.

—Delicioso.

—¿Te gusta? —pregunta con voz ronca y los ojos a punto de salirse de las órbitas por mi atrevimiento. Ni yo misma me creo que lo haya hecho. ¿Todavía dura el efecto del cóctel?

—Me encanta —jadeo.

Se coloca encima y me penetra de nuevo. Dándonos placer mutuamente llegamos al sexto orgasmo del día.

Después de desayunar en su casa, nos hemos dado nuestros números de teléfono y hemos quedado en que me llamará para quedar esta semana. Hoy le toca trabajar; por cierto, no me ha dicho en qué trabaja.

La verdad es que apenas sé nada de él, a qué se dedica, cuántos años tiene. Yo tampoco le he contado nada de mí, aparte de que vengo de España y de que en principio estaré aquí unos meses. Pero siento como si lo conociera de toda la vida. Algo dentro de mí se removió cuando nos besamos la primera vez. Fue como un tirón y no me refiero a sexual, que también. Fue algo... más intenso.

DESALOJO

Voy en taxi de camino a casa alucinando y recordando todo lo que he pasado en esta noche maravillosa.

Siento sus labios y sus manos por mi cuerpo, su olor en mí, el calor que desprende y que arrasa con mi cuerpo. No quiero ducharme para que no desaparezca esta sensación de mi piel, pero sé que en cuanto entre en casa voy a ir directa a la ducha. Estoy sudada y no me gusta ponerme ropa limpia estando sucia. Aunque me gusta eso de estar sucia de él. De él y de mí.

Hacía mucho que no disfrutaba de buen sexo. Creo que lo que yo hice antes de conocerlo no es lo mismo que hemos hecho esta noche, esto está en otro nivel. La conexión que siento con él, en todos los sentidos, no la había sentido nunca con nadie.

Me siento como una cría esperando su llamada. Entonces mi mente retorcida me trae pensamientos que no me gustan nada... Puede que hoy quede con otra y por eso no quiera verte... Me pongo tensa y triste al momento. Pero ¿que coño me pasa? Yo no soy así. Llevo más de un año sin pareja y estaba perfectamente, y ahora el hecho de pensar que esto haya sido solo por doce horas y no lo vaya a tener más me deprime. No solo por el sexo maravilloso, sino por la sensación que me da su cuerpo. Nunca en mi vida me he sentido más a gusto en ningún sitio. Es como si estuviera hecho para mí. ¿Le pasará a él lo mismo? ¿Me añorará como yo lo estoy añorando? Me dijo que había soñado conmigo y que lo dejé con dolor de huevos tres días. ¿Significa eso que no se alivió él mismo y que ninguna otra lo hizo por él? ¡¡Ojalá!!

Le paso un *whats* a Alba para preguntarle por su noche. Me contesta a los treinta minutos diciendo que superbien, que le ha encantado el pelirrojo. Está preparando su maleta porque el lunes tiene que volar a Chicago por trabajo. Posiblemente estará fuera un mes. Quedamos en vernos más tarde y explicarnos.

Paso la mañana recogiendo ropa, barro y friego el apartamento. Y me sorprendo encontrándome a mí misma rozando mi piel pensando en Will y en la sensación de estar entre sus brazos o debajo del peso de su moreno y musculoso cuerpo.

Hoy me quedaré en casita tranquilamente. Después de comer una ensalada y un filete con salsa de pimienta hago una siesta. Apenas he dormido esta noche. El maratón que hemos tenido me ha dejado KO. Cuando despierto, sobre las cinco de la tarde, cojo mi ejemplar de *Real* en inglés y me tumbo en el sofá a leer tranquilamente. Ahora ya no envidio a Brooke, tengo mi propio Remy. Bueno..., he tenido mi propio Remy durante unas horas. Deseo que llegue el momento de vernos de nuevo. Casi acabo el libro esa

misma tarde.

¡Ding, ding! Llega un *whats* de Alba. Me dice que nos tendremos que ver otro día: le ha salido un imprevisto y no podrá pasarse por casa. No sé por qué tengo la impresión de que ese imprevisto se llama James.

Me levanto y voy hacia mi pequeña pero práctica cocina y decido hacerme para cenar un caldo de puerro, apio y calabacín y una tortilla francesa con queso.

Después de cenar en la tranquilidad de mi hogar llega lo que he estado esperando desde esta mañana: un mensaje de Will. Mi Penetrante me pregunta por mi día y si nos podemos ver al día siguiente. Quiere hacerme de guía turístico. Me abrazo de felicidad.

Rápidamente le contesto que el día muy bien y que me parece perfecto el plan para el día siguiente. “Lo estoy deseando”, me contesta, con un emoticono de carita con beso de corazón. ¡¡¡Dios!!! ¿Envía emoticonos con corazoncitos? ¡Me derrito! He caído en las redes de este hombre, este neoyorkino que ha hecho de mí una obsesa de su cuerpo. Definitivamente, estoy volviéndome loca. Decido ver una película y escojo un clásico: *Pretty Woman*.

Me despierto en el sofá desorientada sin saber dónde estoy, debo haberme quedado dormida viendo la peli. Alguien está chillando y aporreando las

puertas de los apartamentos del edificio.

Me incorporo rápidamente y me centro en lo que veo y escucho.

—¡Desalojen el edificio! ¡Es una emergencia!

¿Cóóómo? ¿Fuego? Me muero de miedo. Con toda la rapidez de que soy capaz, me levanto. Tropezco con el bol de palomitas que hice anoche y no me acabé. Solo soy capaz de coger una chaquetilla de punto y ponérmela encima del camión de algodón cómodo que llevo para dormir. No me doy cuenta y salgo descalza. Alcanzo únicamente a coger las llaves de la puerta.

Cuando la abro me encuentro el rellano lleno de humo. Apenas puedo ver ni respirar. Voy bajando a trompicones por las escaleras. Cuando estoy llegando a la entrada del edificio, tropezco con el último escalón y me tuerzo el tobillo derecho.

¡Auu! Grito de dolor.

En ese momento veo venir a dos bomberos, con todo el equipo de protección. Apenas puedo ver sus caras. Intento levantarme, pero me caigo de nuevo al apoyar el pie.

El segundo bombero adelanta al primero. Le toca el brazo. Se miran y viene rápido hacia mí... Apenas veo bien. Mi visión se va haciendo más

estrecha y lo veo todo negro. El humo está llenando mis pulmones. Me parece ver unos ojos azul turquesa con expresión de pánico. Lo último que escucho es mi nombre, mi nombre con la voz de ese bombero: la voz de Will.

¡¡Joder!! ¿Por qué me duele tanto la cabeza? Intento pasarme las manos por los ojos cerrados, pero noto algo en el brazo izquierdo que me impide moverlo. Me estiro incomoda. No sé ni dónde estoy. Poco a poco consigo levantar mis pesados párpados. Mis ojos apenas enfocan bien, pero veo que me tapan unas sábanas blancas con algún tipo de letras en azul en un lateral. Veo mi brazo con una vía y un gotero. ¡¡Dios!! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Al intentar levantarme, una mano fuerte y grande se posa en mi hombro derecho para evitar que lo haga. Pestañeo y ahí está él, Will.

—Bienvenida. ¿Cómo te sientes, preciosa? —Acerca su cara a la mía y me habla cariñosamente y con gesto de... ¿preocupación?

—Hola. ¿Qué... qué ha pasado? —pregunto asustada y un poco más fuerte de lo que pretendía.

—Ha habido un incendio en tu edificio. Has tragado humo mientras bajabas las escaleras y tienes un esguince en el pie derecho. Todo lo demás está perfectamente.

Entonces recuerdo algo.

—¿Tú eres bombero? ¿Tú eres el que me ha cogido en brazos?

Asiente lentamente, mirándome serio. Parece preocupado.

Muevo el pie y noto lo que me dice. Me duele.

—¿Incendio? ¿Alguien ha resultado herido? —pregunto asustada.

—Tú, pero ya te han hecho todo el reconocimiento y no queda nada de humo en tus pulmones. Y tu pie se recuperará con unos días de reposo.

—No sabía que eras bombero.

—Y yo no sabía que se me iba a salir el corazón del pecho cuando he entrado en el edificio y te has desmayado en mis brazos. ¡Dios! ¿No has escuchado todas las veces que he aporreado la puerta? ¿Ni los gritos avisando, ni las sirenas de los camiones?

¿Por qué está tan enfadado conmigo?

—Me quedé dormida en el sofá. Debía estar en pleno sueño REM. Supongo que por eso no escuché nada.

—Menos mal que saliste. Los demás vecinos no te conocen y no sabían si había alguien en el apartamento. Alba ha venido a verte esta tarde.

¿Y cómo se ha enterado Alba? La pobre, qué susto se habrá llevado.

—Mi primo James también es bombero. Él la llamó para decírselo. Sé que no tienes a nadie más en la ciudad y supuse que querrías que la avisáramos.

—¿Esta tarde? ¿Cuántos días llevo aquí? —pregunto asustada.

—Tranquila, hoy es domingo. Llevas 16 horas aquí.

—Sí, y su novio no se ha movido ni un segundo de su lado. Debe quererla mucho para no estar viendo el partido de hoy.

Un doctor descorre la cortinilla que me aísla en Urgencias y suelta la bomba que llega a mi corazón.

Miro a Will. Él sonríe y me guiña un ojo. Llevo dieciséis horas aquí y él ha estado conmigo todo este tiempo. El doctor me toma el pulso: temperatura correcta. Las radiografías salen perfectas, por lo que me dice que ya puedo irme a casa. En caso de mareos o dolor de cabeza, debo volver de inmediato.

—Recuerde que el pie necesita reposo, y usted también. Seguro que tiene un buen enfermero que la cuidar .

—Gracias, doctor. Así lo har  —me sonríe y sale del *box*.

—Vamos a vestirme y nos marchamos para casa.

— Con qué ropa? —pregunto nerviosa.

—Con la que le he pedido a James que te trajera de tu apartamento. Alba lo ha acompañado. No se puede entrar en el edificio hasta que no aseguren la cuarta planta. El incendio ha afectado algunas zonas estructurales y tienen que hacer un estudio antes de que los inquilinos pod is volver.

Me quedo pensativa y le pregunto de sopetón:

— Por qué el doctor ha dicho que eres mi novio? —Me mira fijamente, mientras me acaricia la cara.

—Porque se lo he dicho yo. No quería separarme de ti. Entre eso y el traje de bombero he conseguido que no me echaran. —Sonríe pícaro—. Somos los héroes de la ciudad —dice sonriendo de medio lado.

Cojo su mano, con la que me acaricia, y estiro de ella para que se acerque a mí. Su nariz roza la mía y cierra los ojos fuertemente. Aspira mi olor y me roza con sus dulces labios.

—No vuelvas a darme un susto así nunca más.

—Vale —contesto en un susurro.

—Vale —dice él firmemente.

Y sus labios se posan en los míos de una manera tan pura, tan suave que mis ojos se llenan de lágrimas, que salen rodando por mis mejillas. Con el pulgar atrapa un par de ellas y me besa la cara.

—Eh, tranquila, nena. Estoy aquí, no te dejaré. Ha sido solo un susto. ¿Necesitas hablar con tus padres?

—¡No! Prefiero no decírselo ahora. Les diré lo del esguince y ya está. Se asustarían y están a más de seis mil kilómetros. No podrían hacer nada. ¿Y cómo vas a estar conmigo? Tú tienes que trabajar.

—Nadie va a separarme de ti. Tú eres la única que puede decirme si quieres que me vaya. Tengo vacaciones y qué mejor manera de disfrutarlas que cuidándote.

—¿En serio? —pregunto incrédula—. No tienes por qué hacerlo. Acabamos de conocernos, puede que ya tuvieras algún plan para estos días. Yo... estaré bien. Puedo irme a un hotel y...

—No, nada de hoteles, nada de otros planes. Solo tú —sentencia. Me besa la frente suavemente como si temiera romperme.

Cuando la enfermera descorre la cortinilla del *box* viene hacia mí sonriente, pero sus ojos se clavan en él. Se pasa la lengua por los labios. ¡Será mala! La verdad es que está impresionante con su tamaño, esa camiseta blanca ceñida a sus pectorales, y los brazos cruzados en el pecho sin quitarme la vista de encima. Es difícil que pase desapercibido entre las féminas. Es un ejemplar de dios sexual terrenal que todas deseamos. Por fin se va la dichosa enfermera.

Will me ayuda a sentarme en la cama. Le pido que me deje un poco de intimidad para vestirme. Me mira serio mientras deja encima de la cama un vestido con vuelo de color crema, unos sujetadores y un culote de color *beige*.

—Si puedo desvestirte, verte desnuda y comerte entera, no sé por qué motivo no puedo ayudarte a vestirme. ¿Qué hay más íntimo que eso? Así que

levanta los brazos. Cuanto antes te vista, antes nos iremos a casa.

No sé por qué, pero me excita que sea duro y protector. Así que le permito que haga lo que quiera conmigo.

Vamos en un taxi. Cuando llegamos a su apartamento, me ayuda a bajar y me carga en sus brazos con suma facilidad. ¡Qué fuerza tiene!

Entramos y saluda al conserje. Esta vez hay un chico negro muy guapo que nos sonrío. Esperamos a que llegue el ascensor. Le rodeo el cuello con un brazo y se lo acaricio, igual que la oreja. ME lo como con la vista. Ahora mismo me siento como una princesa medieval, desvalida en brazos de su príncipe salvador.

Entramos en el ascensor. Gira la cara hacia mí y veo en sus ojos el deseo que siente. Aprieta mi cuerpo contra el suyo y le doy un besito en la punta de la nariz.

—Bájame al suelo, anda, puedo caminar. Me apoyaré en ti y no cargaré el peso en el pie.

—De eso nada. Tu sitio está aquí. —Me coge la mano y la pone en sus duros pectorales.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí, Will?

Planta sus labios en los míos y mete su lengua feroz en mi boca. Separo los labios para que entre fácilmente y le acaricio la lengua con la mía, deseando más. Poco a poco suaviza el beso y consigo respirar de nuevo con normalidad.

—Sí, mucho. Te estaba esperando hace mucho tiempo y no quiero perderte —susurra en mi boca. Yo me siento desfallecer por la declaración que acaba de hacerme.

Decido preguntarle más tarde qué es eso de que estaba esperándome.

SALVADA

Entramos en su casa. Me lleva con cuidado hasta el sofá y me deja estirada. Desliza sus manos por mis piernas y me descalza.

—¿Estás cómoda?

—Mucho. Gracias.

—Voy a darme una ducha y vengo enseguida a hacerte compañía. ¿Qué te apetece cenar?

—¿A ti qué te gusta?

—Todo. ¿Te apetece chino?

—Me parece perfecto. —Sonrío y se agacha para darme un beso antes de ir a ducharse.

Me quedo mirando como se gira mientras va desnudándose. Se quita la camiseta y desabrocha los botones de su pantalón. Lo pierdo de vista cuando entra en su habitación para dirigirse al cuarto de baño. La imagen de su espalda, con cada músculo, llena mi mente. Es sencillamente arrasador.

Escucho cómo sale el agua a presión de la ducha y decido que yo también tengo que ducharme. Me siento en el sofá y me miro el pie. ¡Pedazo pelota de tenis tengo por tobillo ahora mismo! Menos mal que la venda lo sujeta.

Consigo ponerme de pie sin caerme y me acerco cojeando hasta su habitación. Voy hacia la cama y me desvisto. Me recojo el pelo en un moño alto, sin atarlo con ningún elástico. Se sujeta solo dándole varias vueltas a mi melena.

Suspiro y voy hacia el cuarto de baño. La puerta está abierta y lo veo ahí de espaldas, con las manos apoyadas en la pared de enfrente y el agua cayéndole en la cara y resbalando por su precioso, fuerte y moreno cuerpo.

Me fijo bien en su espalda. Todavía se le notan los arañazos que le hice la otra noche. También veo el tatuaje en su hombro izquierdo: es el escudo de

los bomberos de Nueva York. Casi resbalo al pisar sus bóxers tirados en el suelo. Aguanto un gritito, me meto detrás de él y le rodeo con mis brazos. Subo las manos hasta sus pectorales, a su esternón. Instantáneamente él quita las manos de la pared para coger las mías y besarlas. Con mis pechos pegados a su espalda, siento que podría arañarle con los pezones de lo duros que se me han puesto.

Le deshago el abrazo. Se gira para mirarme de arriba abajo. Me siento algo confusa, pero segura de que quiero que él me mire. Junto mis manos delante de mis muslos y en ese momento mueve sus manos hasta mi cuello. Levanta mi barbilla para que lo mire a los ojos.

—Eres preciosa. Me encantas. Toda tú. Tu cara. Tus tetas. Tu vientre. Tus muslos. Y lo que guardas en ellos. Tus labios. Tus ojos negros que me devoran cada vez que me miran. Tu pelo. Tú.

Y entre el pie flojo y lo que acaba de decirme me deshago por completo. Si no llega a ser porque sus brazos me sostienen, aterrizo en el suelo de la ducha.

—¡Eh, nena! Cath, ¿estás bien? ¿Estás mareada?

—No, tú eres el que me afloja las piernas. Me derrites con la mirada de fuego que tienes —digo con los ojos cerrados y cogiéndome a sus antebrazos.

—Se supone que yo apago fuego, no los creo —dice ladeando la cabeza y sonriendo.

—Pues conmigo eres un pirómano. ¿No te has dado cuenta? —digo, dejándome coger mientras nos saca de la ducha. Me pone de pie y me apoyo en la pared, que queda detrás de mí. Me tapa con una toalla. Él se seca rápidamente la parte superior del cuerpo y coloca la toalla en su cintura, tapando así sus encantos. Sus perfectos abdominales y los oblicuos que se esconden debajo de la tela blanca son un sueño para cualquier mujer. Ahora mismo soy afortunada de tenerlos delante y para mí solita.

Comienza a secarme lentamente, los hombros, el cuello, los pechos, primero uno y después el otro. Besa cada uno cuando acaba. Sigue bajando por mi vientre y me gira. Sigue por la espalda hacia abajo. Cuando llega al culo repite el mismo proceso que ha hecho en los pechos: seca y besa cada nalga. Baja por mis piernas, primero por la parte trasera. Después vuelve a darme la vuelta y me pone otra vez frente a él. Me seca las piernas por la parte delantera, desde el tobillo empapado por el vendaje y sube por mi entrepierna. Yo tengo las manos apoyadas en sus anchos hombros. Cuando llega hasta mi sexo, pasa la mano con la toalla y seca suavemente. Ante su tacto dejo caer la cabeza hacia atrás suspirando por la anticipación. Me besa, ahí cerca del clítoris. Jadeo mientras clavo las uñas en su piel. Deja caer la toalla y con dos dedos separa mis labios. Con un suave pero duro toque de su lengua empiezo a jadear repetidamente.

Se aparta de mí y observa cómo me deshago con sus caricias.

—Te comería entera, aquí mismo, hasta que gritaras mi nombre al correrte. Pero sabes que te has hecho daño en el pie. Estás mareada. Ahora tendré que quitarte el vendaje empapado y si te como el coño aquí no podrás mantener el equilibrio.

—¡Jooo! —me quejo lastimosa.

Se levanta. Me pasa un brazo por las piernas desnudas, me carga en sus potentes brazos y me lleva hasta la cama. Me deposita con cuidado en el centro de la gran cama, que parece de hotel. Seguro que tiene medidas especiales. Me quita el vendaje del pie, que está empapado, y besa suavemente el tobillo lastimado, el empeine. Va subiendo hacia la pantorrilla y de ahí a la parte interna de mis muslos.

Le acaricio la cara con la punta de los dedos mientras con la otra mano he empezado a acariciar mi propio cuerpo. Aprieta mis muslos y consigue que se me escape un gemido. Entonces estira de ellos con las dos manos y me lleva hacia él. Me separa suavemente las piernas y empieza a acariciar mis labios vaginales con los dedos, buscando mi clítoris.

—En cambio, ahora estamos en la cama. Tú puedes estar estirada tranquilamente mientras yo puedo dedicarme a comerte el precioso y húmedo coñito que tienes tan prieto para mí, sin temer que te caigas cuando haga que te corras.

Sigue serio, seguro de lo que dice. Y yo estoy segura de que como siga así me correré solo escuchando la erótica voz con la que me habla.

Dejo caer mi cabeza sobre el cojín, que consigo coger estirando el brazo. Él empieza su dulce tortura separando con los dedos mis labios, deslizando esta vez su lengua de forma salvaje por toda mi humedad.

Sigue chupando, estirando mi clítoris como lo hace con mis pezones, mientras le tiro del pelo, porque me vuelve loca. Mete su lengua en mi vagina y después añade otro elemento de tortura, un dedo, para dar golpecitos en mi interior. Sigue así y después añade otro dedo más. Los mueve hacia la zona derecha de mi interior y... Ahí, ahí encuentra ese maravilloso punto G, que ha estado escondido toda mi vida, hasta que él en una noche dio con su posición. Parece ser que no se ha olvidado de dónde se encuentra. Es como si sus dedos tuvieran un GPS que le indicara en qué punto exacto está sin el menor margen de error.

Empiezo a gemir, a rogarle que se meta en mí.

—Espera, morena. Dentro de poco tendrás lo que quieres —me dice. ¿Qué es lo que quieres, Cath? —Su voz es torturadora como su lengua y sus dedos.

—A ti. Te quiero a ti, a tu perfecta polla dentro de mí. ¡¡YA!!

Sus dedos y su lengua no paran de entrar y de salir, de chupar y de lamer. Siento cómo exploto por él. Grito y me corro, porque sus dedos y su lengua no han parado de darme placer, y me derrito en él.

Sigo jadeando y tratando de controlar mi respiración. Entonces se levanta sobre mí, me besa y noto el gusto salado de mi cuerpo en su boca.

Me chupa los labios y me mete la lengua en la boca. Se la chupo con fuerza y con las manos le busco entre las piernas. Se queda de rodillas entre las mías y llego a mi objetivo. Le acaricio la punta del pene con los dedos.

Suspira echando hacia atrás la cabeza mientras deja salir el aire con un largo soplido. Levantándome, apoyo las manos en su pecho y lo empujo para que ahora sea él el que quede estirado en la cama. Sigo tocando su preciosa, rosada y suave polla. Pasa los brazos por detrás de la cabeza y se apoya en ellos mirándome con deseo. Deshago mi moño y dejo caer el pelo hacia el lado al que inclino la cabeza, mientras acerco mi boca a él. Lamo juguetona la punta de su pene. Noto cómo tensa los músculos de las piernas y ahora le planto un casto beso justo por donde acabo de pasar la lengua. Lo cojo fuerte por la base. Sigue sobresaliendo más de la mitad por encima de mis dedos. Empiezo a chupar como si me estuviera comiendo un cucurucho, uno que se está derritiendo en mi boca. Así está él, suspirando y derritiéndose con cada chupada que le proporciono. Me lo meto dentro, mientras chupo y lamo todo lo que cabe en mi boca.

Gime y gruñe mientras me pone una mano en la cabeza y me acompasa mientras subo y bajo. Chupo y lamo a lo largo y ancho de su dulce y dura polla.

Me encanta hacer esto, me encanta hacérselo a él. Me vuelve loca con los ruidos que hace su garganta cada vez que lo introduzco un poco más en mí, hasta mi garganta, mientras con la otra mano le voy masajando los huevos.

—Para y súbete en mí —gruñe.

Hago unos ruiditos con su polla dentro de mi boca indicándole que no quiero parar. Sigo con lo mío y me avisa de que va a correrse si no paro. No lo he hecho nunca antes, pero, las gotas saladas del líquido seminal que voy notando me gustan al igual que cuando me chupé el otro día los dedos mojados de él, así que sigo subiendo y bajando. Ahora me concentro solo en su capullo. Chupo y absorbo con ganas mientras mi mano acaricia el resto.

De golpe me aprieta la cabeza más abajo y consigue llenarme toda la boca hasta la garganta. Noto cómo se sacude en mí, gimiendo mi nombre una y otra vez, mientras mueve su pelvis y con una mano me acaricia la cabeza.

Lo voy sacando de mi boca lentamente, sin separar la lengua de su troncho. Estoy contenta con lo que acabo de hacerle, yo también lo he disfrutado. Le lamo suavemente la punta para quitarle unas gotitas y le doy otro beso mientras me mira fascinado.

—Te vas a enterar —ríe.

—Por favor —suplico.

—¿Por favor qué? ¿Qué quieres, Cath? —pregunta mientras me agarra y me coloca debajo de su cuerpo. Entierra su cara en mi cuello y baja dándome mordisquitos hasta llegar a mis pechos. Los lame, de uno a otro y vuelta.

Le rodeo la cintura con las piernas y empujo su culo hacia abajo para que me penetre ya. Estoy ardiendo de nuevo, por él, mi bombero que me incendia.

—Quiero darte placer mientras tú me lo das a mí.

—Te he dicho que pararas y no me has hecho caso. ¿Tanto te gusta comerme la polla?

Me paso la lengua por los labios y asiento lentamente con la cabeza. Noto que me sonrojo, pero me da igual.

—¡Deliciosa! Me ha encantado y para ser la primera vez que lo hago no ha estado mal, ¿verdad? —digo orgullosa de mí misma.

—¿Nunca antes habías hecho algo así? —pregunta sorprendido.

Niego con la cabeza y una pequeña sonrisa pícara llena mi cara. Me mira, coge mi cara con las dos manos y se inclina para acercarse a mí.

—Pues espero que te haya gustado hacérmelo, porque no vas a tener oportunidad de hacérselo a ningún otro.

Me desconcierta. ¿Qué cree, que quiero hacérselo a algún otro que no sea él?

—No tengo intención de salir de aquí para ir a hacer lo mismo con ningún otro hombre —digo molesta.

—Eh, nena, no me refería a eso. Te estoy diciendo que no quiero compartirte con nadie. Te quiero solo para mí —dice acariciándome suavemente y mirándome con sus ojazos penetrantes.

—¿Y qué hay de ti? ¿Yo tengo que compartirte? Te aviso que no me gusta ser el segundo plato de nadie ni comerme las babas de otra.

—Exclusivamente para ti. Si tú quieres, claro.

Muevo los ojos hacia un lado, como si tuviera que pensarlo. Me mira y se ríe. Empieza a hacerme cosquillas.

—¿No estás segura de la mercancía?

—¿Cuántos días tengo para cambios y devoluciones? —ríe por sus cosquillas.

Me levanta la cabeza, se acerca mientras me desarma con sus ojos y su voz aterciopelada.

—Los que tu quieras, pero espero que sea nunca.

—Nunca —repito.

—Nunca.

Llevando sus manos a mi culo me levanta. Siento su palpitante pene apunto de entrar en mí.

Y así, acariciando sus hombros, esperando a sentirme llena de él, entra lentamente. Siento cómo mi cuerpo le rodea poco a poco, se amolda y se adapta a su tamaño. Lo hace tan despacio como no lo había hecho hasta ahora. Muevo mi pelvis haciendo círculos y mi boca se abre en una enorme O. Él entierra su boca en mi cuello mientras va llenándome. Sus abdominales van tocando mi vientre, sus fuertes pectorales van rozando mis pezones, mis pies van apretando su culo para que no quede un solo milímetro de él fuera de mí.

Su voz erótica me susurra al oído palabras que me elevan a otro nivel.

—Nunca. Solo yo.

—Siempre. Solo tú.

Una ínfima parte de mi cerebro reacciona a esas palabras. ¿Y me pregunta

qué es esto? ¿Amor? ¿En una semana y dos citas? El resto de mi cerebro simplemente no piensa, deja todo el trabajo a mi corazón, que me grita que no me suelte de estos brazos nunca más. Así que me aferro a ellos, mientras sigue haciéndome el amor lentamente, dos veces antes de caer rendida y dormirme con el calor de su cuerpo.

CUIDADA

Me despierto cuando la luz comienza a colarse por las cortinas. Siento frío por la espada. Me muevo en la gran cama y él no está.

Levanto la cabeza y en ese momento sale del cuarto de baño, completamente desnudo, completamente perfecto.

Le miro sonriente por encima de las sábanas que me cubren. Se mete en la cama, detrás de mí. Me abraza y pega su cuerpo al mío.

—¿Te he despertado? —pregunta en susurros.

—De repente he sentido frío y al moverme no estabas.

—Ya estoy de nuevo contigo. Duerme tranquila, todavía es pronto.

Me besa la cabeza suavemente.

Me acurruco más entre sus brazos y apoyo mi cabeza en su pecho. No suelo dormir desnuda nunca, y con él ya son dos noches. Mientras está conmigo en la cama me calienta con su cuerpo, pero al levantarse mi cuerpo reclama inconsciente el suyo.

Me duermo pensando en todo esto. Lo que estoy sintiendo no es normal, nunca antes había sentido algo así por un chico, nunca. La atracción que siento por él no es solo física ni sexual. Hay algo dentro de mí que dice que me quede aquí, que pertenezco a sus brazos y que él me pertenece a mí.

Tres horas más tarde vuelvo a despertarme, esta vez haciendo la cucharita con su cuerpo pegado al mío y bien calentita. Me deshago de su abrazo. Hace morritos y gira sobre su brazo derecho, liberándome completamente dormido. Antes de levantarme de la cama compruebo el estado de mi tobillo. La pelota de tenis sigue ahí. Si presiono la zona... ¡Ay! ¡Duele!

Tengo hambre. Me levanto poco a poco y cojeando voy hasta el cuarto de baño. Hago pis. Presiono el botón de la cisterna y me lavo las manos.

No sé qué, ponerme así que busco en la cómoda que tiene al lado del gran armario de la habitación. Me decido por unos calzoncillos bóxers de algodón blancos y busco una camiseta. En el segundo cajón hay algunas blancas, negras y unas con las siglas FDNY grabadas en el centro. Cojo una de estas. Antes de pasarla por mi cabeza la huelo, aspiro su aroma. Aunque tenga algún tipo de suavizante, sigue oliendo a él.

Salgo de la habitación y voy hacia el salón. Veo la barra americana que separa la cocina de la otra zona. Abro la nevera, veo una garrafa de leche. Bien, no está caducada. Con los chicos nunca se sabe. Sonrío por mis pensamientos. Busco en un par de armarios hasta que encuentro galletas y cereales integrales.

Me decido por las galletas y lleno una taza de leche, también con las siglas FDNY. La caliento en el micro un minuto y busco visualmente la cafetera, pero no la veo. Vuelvo a mirar en los armarios y encuentro una. Ahora solo falta encontrar el café. Doy con él en el armario bajo, al lado del lavavajillas. La preparo y pongo al fuego para que vaya haciéndose.

Pongo dos manteles individuales en la gran barra de Silestone blanco, junto con los cubiertos para él y una cuchara para mi café con leche. Sé que su desayuno continental no es el mismo que el mío. No sé qué le gustará desayunar así que apuesto por lo básico: huevos revueltos, beicon, tostadas y zumo de naranja.

Cuando estoy a punto de poner la sartén para hacer el beicon, unas fuertes manos me levantan del suelo. Un grito escapa de mi boca por la sorpresa. Will me sienta encima de la barra y se coloca entre mis piernas.

—¿Pero que tenemos aquí, un nuevo miembro de la compañía? —dice estirando la camiseta de su propiedad que llevo puesta. Baja las manos por mis piernas desnudas y coge mi pie derecho—. Vaya, y parece que está lesionada. No deberías estar aquí de pie —me riñe cariñoso.

—Solo quería prepararte el desayuno. —Le paso los brazos por los hombros y junto mis manos en su nuca—. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerte tu hospitalidad y cuidados.

—Tú deberías estar en la cama, conmigo, calentita. Yo te hubiera preparado el desayuno —acerca su nariz y roza la mía. Suspiro ante ese dulce contacto.

—No es mal plan. Ahora lo podemos acabar a medias. No sé si te gusta lo que estaba preparándote. ¿Qué sueles desayunar?

—Una taza de café, tostadas, huevos, fruta, beicon y un poco de esto —dice mientras dirige su boca a mi garganta y me muerde dulcemente.

—Mmmm, me encanta —dice gustoso.

Haciendo honor a su profesión apaga el fuego que calentaba la cafetera y deja la sartén sobre el mármol.

—¿No comerás beicon hoy?

—No, hoy me conformaré con el café, los huevos revueltos que me has preparado y unas peras.

Abro los ojos exageradamente cuando dice eso, pensando que se refiere a “mis peras”. Después observo que a su derecha está el frutero. Coge dos piezas de fruta. Se da cuenta de mi gesto y se acerca a mí con las dos piezas en la mano.

—No te pongas celosa. Las tuyas me gustan más, pero tengo que recuperar fuerzas y tú también.

Nos besamos dulcemente, mientras me derrito y me deshago cual caramelo al sol.

Me baja de la barra y me lleva en brazos hasta el sofá. Me deja ahí mientras se va a buscar los mantelitos, los cubiertos y nuestro desayuno. Me fascina cómo se mueve. Solo lleva puestos unos pantalones de deporte bajo su tenso ombligo, envuelto en la tableta de chocolate más dura que he visto y tocado jamás.

¿Cómo puedo yo gustarle a semejante dios sexual, si soy de lo más normalita?

Deja las cosas encima de la mesa de centro que hay delante del sofá y me acerca una bandeja con patas que contiene mi desayuno. Me coloca el pie encima de un puf y me acerca la taza del café con leche a los labios.

—Bebe —dice sin quitar su mirada penetrante de ojos azules de mi boca.

Bebo un sorbo y mojo su camiseta. ¡Mierda! ¡Qué poco romántico ha sido esto!

—Será mejor que me lo beba yo sola, si no mancharemos el sofá, y no creo que salga bien la mancha de la piel blanca —sonreímos y accede a darme la taza.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mucho mejor. No me he mareado y he descansado muy bien... gracias a ti.

Se sienta a mi lado con su café en la mano.

—Me alegro. Para mis vacaciones tenía planeado ir a pasar unos días a una casa de montaña de mi familia. He pensado que, ya que estás sola en la ciudad, y convaleciente, necesitada de ayuda y compañía... —Me guiña un ojo—. Si te encuentras bien, podríamos ir a pasar unos días juntos allí. Creo que te gustará.

Me entran las dudas. ¿De verdad quiere pasar más tiempo conmigo? Ya sé que se está portando muy bien, pero no quiero forzar nada. Me asusta lo que pueda pasar después.

—Will, de verdad no tienes que cargar conmigo como si fuera una niña indefensa. No quisiera que te sientas con una obligación que no te corresponde...

—Quiero estar contigo desde que jadeaste sí la primera vez.

Asiento mirando mi taza vacía.

—¿Qué ves en el fondo? —lo miro extrañada por su pregunta.

—¿En el fondo? ¿De la taza?

—Sí.

—Nada. Las marcas que ha dejado el café.

—Mi madre cree en ciertas magias, en cosas que mucha gente ni sabe que existen, pero que nos rodean, en un segundo plano por decirlo de alguna

manera. —Lo miro curiosa—. Le gusta leer los posos de las tazas de café o del té. Le enseñó a hacerlo mi abuela, ella también tenía ese don.

—¿Y qué cosas puede ver? ¿Ha leído alguna vez tu taza?

—Sí, alguna que otra. Y siempre ha acertado...

—Háblame de tus padres. ¿Cómo son?

—Mi madre es encantadora. Es la mujer más bondadosa y abnegada que he conocido. Fue la primera novia de mi padre. Él era bombero, como yo. Murió el once de setiembre, trabajando en el One Trade Center.

Me tapo la boca con las manos. Mis ojos empiezan a humedecerse por el dolor que percibo en su voz. Viví ese momento desde España y una pena enorme me amargó durante varios días. Era como si hubiera perdido a alguien de mi familia. Nadie entendía por qué me dolía tanto aquel terrible suceso. Cuando llegué aquí y visité la Zona Cero, no puedo describir lo que sentí. Dolor y mucha pena.

—Lo siento mucho. Nunca pensé que...

—No pasa nada. Dio su vida para salvar a otras personas. Así somos los bomberos de Nueva York, los más valientes. —Sé que aquí los conocen así, y él está orgulloso de lo que es.

—¿Qué edad tenías cuándo ocurrió?

—Dieciséis. Esa fue la peor época de nuestras vidas. Como para muchas otras familias, claro.

—Y tu madre, ¿ella vio alguna vez lo que podía pasar?

—Mi padre no creía en esas cosas y nunca quiso que ella lo mirara. Parecía como si quisiera evitarle el dolor, por si veía algo que pudiera asustarla.

—¿Y como se tomó ella el hecho de que su único hijo quisiera ser bombero como su padre?

—Sabía que yo era como él, valiente, luchador, generoso, y entendía que esa profesión, incluso siendo dura, me haría feliz. Y no se equivocó. ¿Y tú? Cuéntame algo sobre ti.

—Pues soy fotógrafa. Hace casi cuatro meses que me despedí de mi trabajo. Necesitaba un cambio y en un golpe de suerte hizo posible la oportunidad de darle a mi vida el cambio que estaba esperando. Mis padres siguen en España. Hace poco han vuelto a su pueblo natal, en Andalucía, al sur de España. No tengo hermanos y mis primos viven lejos, por lo que mi familia es reducida.

—¿Y tu nombre? ¿Por qué Catherine? No creo que sea muy común en España, ¿verdad?

—Mi madre veraneaba en un pueblo de Cádiz. Allí conoció a la que fue su mejor amiga, la hija de un capitán del Ejército americano que vivía en una base cercana. Se hicieron inseparables durante los tres meses de verano hasta los diecisiete años, cuando destinaron al capitán a otro país. Después siguieron su amistad por carta y de vez en cuando se visitan. Ella se llama Catherine, nombre que a mi madre, acostumbrada a Dolores, Ana, Carmen, Angustias, Pepa y Antonia, le encantó; tanto fue así que, cuando mi padre la pidió salir ella, le puso como condición que si algún día tenían una hija esta se llamaría Catherine.

—Bonita historia —dice mientras retira la bandeja de encima de mis piernas y coloca los restos de su desayuno en la misma para llevarlo a la cocina.

—¿Y como es que decidiste venir a Nueva York?

—¿Y quién no quiere venir a Nueva York? —pregunto sorprendida—. Siempre me ha gustado esta ciudad. Soñaba con venir. Hace dos meses jugué a lotería, la primera vez en mi vida, y resultó ser la combinación ganadora. No me siento muy cómoda hablando de ello, por eso no te lo había contado. Sigo siendo la misma, pero con seiscientos mil euros. He donado parte del premio a varias fundaciones, oenegés y centros de investigación. Siempre me he sentido atraída por esta ciudad. No sé explicártelo, es como si mi destino estuviera aquí, como si un hilo de más de seis mil kilómetros y transparente me estirara para que un día u otro cruzara el charco y viniera aquí. Siento

como si ya antes hubiera estado aquí. La verdad es que, cuando te vi la primera vez en el metro, sentí lo mismo. Sentí que ya te conocía.

Estoy expresando mis sentimientos tan abiertamente que, si su propósito fuera hacerme daño, pillaría mi corazón completamente desprotegido y lo aplastaría.

—¿Crees en el destino, Catherine?

—¿Qué tiene que ver el destino en esto?

—¿Crees o no crees, Catherine? —Ya estamos con Catherine...

—Creo que hay fuerzas, algo que no podemos ver, intangible, que es más poderoso de lo que mucha gente pueda creer.

—Pues confía en ese sentimiento, en lo que sientes justo ahí —dice colocando su mano sobre mi pecho izquierdo, sobre mi corazón—. Yo confiaré en este sentimiento que siento justo aquí. —Coge mi mano y la posa sobre su corazón—. Si tenemos que pasar por tu apartamento a recoger algo de ropa, tendríamos que salir pronto. Hay algo más de una hora de camino.

Pienso en lo que me dice, en lo que le he dicho yo y accedo a irme con él. Necesito estar con él. Esa fuerza de la naturaleza está atacándome y no puedo ni quiero negarme a lo que me pide.

LA CABAÑA

Al fin estamos en su coche. Hemos pasado por mi apartamento y él ha cogido las cosas que le he pedido.

Vamos en una camioneta *pickup*, una Ford de color blanco con protecciones delanteras de aluminio, asientos de cuero negro y casi tan alta como yo. Es grandiosa.

—Allí cerca hay una pequeña tienda de carretera que sirve de gasolinera y reserva para las pocas casas de la zona. Compraremos lo necesario para no tener que salir de casa en unos días.

Voy sentada a su lado. Me acomodo sobre su hombro y pasa el brazo por encima de mí. Me acerca más, hasta que no hay un hueco entre nosotros.

—¡Cómo cambia el paisaje una vez sales de Manhattan! Parece mentira que haya montañas verdes y no todo asfalto y cientos de metros de altura de hierro y hormigón. ¿Falta mucho para llegar?

—¡Ja, ja, ja! Pareces una niña pequeña, preguntando cada dos minutos “¿cuándo vamos a llegar, papá?” —Besa suavemente mi cabeza y río con él.

¡Diossss! ¿Que me está haciendo? ¿Me habrá hechizado? Inspiro su olor. Lleva una camisa de cuadros a tonos rojos, azules y blanco, y debajo una camiseta de algodón blanca que marca sus pectorales y sus dos pezones perfectamente duros. ¡Y esos tejanos, por favor! ¡Cómo le quedan de bien! La guinda de todo es la gorra de los bomberos de NY, su departamento, le marca más si cabe la mirada azul turquesa intensa que tiene.

—¡Mira, un ciervo! —grito emocionada.

—Sí, por aquí se ven bastantes.

—No querrás secuestrarme para torturarme y hacerme desaparecer, ¿verdad? Estamos entrando mucho en zona boscosa.

—Sí, efectivamente ese es el plan —dice, clavando los dedos en mi muslo. Los dos reímos. Me giro y le planto un beso en la mejilla. Hoy no se ha afeitado y empieza a notarse la barbita.

En la radio suena *I'll be waiting* de Lenny Kravitz.

El paisaje es precioso. Estamos muy lejos de la ciudad y los aislados grupos de casas que hemos ido pasando han quedado lejos hace rato. Los árboles de hoja caduca empiezan a cambiar sus colores de verdes a dorados, rojizos y naranjas, haciendo unas combinaciones preciosas, dejando alfombras a sus pies. Destacan entre los pinos y los abedules. Puedo ver pequeñas ardillas rebuscando entre las hojas caídas. A lo lejos dentro de la espesura se ve salir humo de una chimenea, alguna pequeña cabaña. Me imagino a un leñador, cortando los troncos mientras su amada esposa enciende la llama del hogar y prepara un cochinito asado, ataviada con un delantal de los años sesenta y un collar de perlas. Sonrío ante esa idea.

Por fin llegamos a una pequeña gasolinera. Parece ser la tienda donde vamos a encontrar todo lo que necesitamos para estar aquí unos días. No me ha dicho cuántos somos ni me he molestado en preguntarle. No soy muy de campo, espero hacerme al lugar y estar cómoda con él. Y que no haya bichos... No los soporto.

Aparca la camioneta al lado de un surtidor. Deja las llaves en el contacto y me ayuda a bajar por su puerta. Tengo ganas de estirar las piernas. Mientras me tiene en sus brazos cuelgo los míos a su cuello y nos besamos, despacio, suave. Al abrir los ojos veo que me observa como si fuera la primera vez que me ve. Nos quedamos ahí unos segundos y me baja despacio hasta que mis pies tocan el asfalto.

El aire aquí es más fresco y más puro, aunque ahora mismo solo me llega el olor de la gasolina. Sé que si cruzara la carretera y aspirara allí, mis

pulmones se llenarían del fresco olor del bosque.

Se acerca al surtidor y coloca la manguera para que se vaya llenando el depósito. No sé por qué, pero verlo con una manguera no acaba de hacerme ilusión.

—Pasa y ve mirando si hay algo que necesites.

Al pasar por su lado le doy un cachete en el culo. Entro en la pequeña tienda.

Saludo a la chica que hay detrás del mostrador. Mastica chicle como si le costara un gran trabajo, lentamente y moviendo exageradamente la mandíbula. Me parece que se aburre bastante.

Me decido por una chaqueta, ya que no llevo ninguna en la maleta, y aquí pinta que hará fresquito.

Mientras voy repasando los pasillos en busca de algo que pueda hacernos falta, lo veo acercarse a la entrada y se me para el corazón. Su forma de andar hacia la puerta, la fuerza y la seguridad con la que lo hace, la pose que tiene, recto, fuerte, seguro, protector, despierta todos esos instintos de amor y de deseo en mí.

La brisa separa la camisa abierta de su torso. Veo cómo se le mueven los

abdominales debajo de la camiseta apretada que lleva. Estira el brazo, agarra el tirador de la puerta y la abre. Me localiza y viene hacia mí. Estoy a punto de marearme viendo cómo se acerca, cual puma negro que acecha desde la llanura a un cervatillo. Llega a mí. No le he quitado la vista de encima ni él ha dejado de mirarme. Pasa su brazo sobre mis hombros.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, una chaqueta. No cogimos ninguna y supongo que aquí hará fresco, ¿verdad?

—Sí, y no quisiera que te resfriaras. —Me besa la frente—. Voy a buscar alguna cosas de comida. ¿Quieres algo en especial?

—Coge alguna bolsa de patatas chips, y... No sé... ¿Cuántos días vamos a estar aquí? ¿Necesitamos muchas cosas?

—En la despensa de casa hay comida y en el congelador también, por lo que para una semana creo que tendremos de sobra. —Vaya, toda una semana, con él, los dos solos. Me gusta la idea.

—Ok, voy a ver si veo algo que me apetezca. —Pongo mis manos en su pecho y le doy un suave mordisco en el carnosos, dulce y sabroso labio inferior. Me devuelve el cachete que le di antes y sonrío feliz.

Cojo una tableta de chocolate con almendras. Estoy ovulando y cada mes para esta semana me apetece más chocolate que algo salado. También encuentro algo de verduras y de fruta. Cojo tomates para ensalada, lechugas, puerros, apio, pepino...

—¿Habrá huevos en casa? —pregunto.

—No creo. —Me responde desde la otra punta de la tienda. Sobresale por encima de los estantes.

Cojo una docena y un tarro de mayonesa *light*. Llego cojeando hasta el mostrador. Él me mira de arriba abajo, observando mi cojera.

—Te ataré a la cama para que no muevas el pie en toda la semana, así me aseguraré de que ese esguince no esté para cuando volvamos a Manhattan.

¿Que me atará? ¿Para hacerme qué? Mmmmm... Creo que me gustaría eso de estar atada para él.... ¡¡Para ya, calenturienta!!

—Sí, doctor —le digo divertida—. No te preocupes, apenas me duele. Haré reposo, si tú te quedas a mi lado.

—Eso seguro, no pienso separarme de ti. —Sus labios envuelven los míos, y me calienta al instante.

¡Ay, lo que me dice! ¿Que no se va a separar de mi... nunca? Suspiro.

Cojo una de las cuatro bolsas de papel llena de comestibles y demás, después de no poder ni discutir sobre quién pagaba la cuenta. Creo que me ha dejado coger la bolsa con el único objetivo de evitar que pudiera sacar mi cartera del bolso. Cuando le he dicho que pagáramos a medias se ha quedado sordo y no me ha hecho ni caso. Saca la tarjeta de su cartera y se la entrega a la cajera.

Después ha cargado las tres bolsas entre su pecho y un brazo, y con el otro me ha rodeado la cintura para ayudarme a caminar.

—Ya queda poco para llegar —dice y guiña un ojo. Me encanta cada vez que lo hace. El contraste de sus negras pestañas con su azulado iris es irresistible. Le devuelvo el guiño y asiento.

Quince minutos más tarde, después de innumerables curvas, muchos árboles y cinco ciervos, se desvía por un camino a la derecha de la carretera principal. Es un camino bordeado por pinos y no muy ancho, apenas pasa la camioneta.

Cada vez nos adentramos más en el denso bosque. Empieza a darme miedo quedarme aquí sola. En ese momento, como si pudiera leer mis pensamientos, pasa el brazo alrededor de mi cintura y me lleva hasta su pecho. Aspiro hondo. Su olor y su temperatura me calman. Confío en la protección de su cuerpo.

Cinco minutos más y llegamos a un gran muro de piedra con una gran puerta de hierro ornamentada. De una guantera de la camioneta saca un mando a distancia y aprieta un botón. La gran puerta se abre poco a poco.

El gesto de mi cara cambia cuando mis ojos ven la gran casa que aparece en el interior del terreno.

Preciosa construcción de madera, con un porche encarado al sur, por lo que me parece según la posición del sol ahora mismo, en el que hay el típico sillón balancín. En la parte superior hay una gran terraza que va de punta a punta. Debe tener no menos de veinte metros de largo.

Un tejado de varias aguas se eleva de forma triangular con grandes ventanales. Varias plantas hacen un camino hasta la puerta principal. Aparca la camioneta justo delante. Nota que me inclino hacia delante observando todo.

—Hemos llegado. Bienvenida a mi casa. ¿Qué te parece?

Lo miro ojiplática, alucinando con “la cabaña”.

—Creía que sería la típica cabaña de bosque, con encanto, pero con cuatro troncos, no esta preciosidad.

—¿De verdad te gusta? —pregunta ilusionado.

—Me encanta, Will, de verdad. Es perfecta para perderse aquí para siempre.

—Bueno, para siempre... Me pilla un poco lejos para ir a trabajar, pero podemos venir siempre que tenga unos días de fiesta. Cuando me jubile me gustaría retirarme aquí, alejarme de los ruidos continuos de la ciudad, del estrés, y disfrutar de mis días junto a una esposa, madre de mis cuatro hijos, que me ame con locura. —Sonríe de oreja a oreja mostrando su perfecta y blanca dentadura.

—¿Cuatro? Estarás de coña, ¿no? —Le doy una torta suave en su bíceps derecho y finge que le hago daño.

—No, serán cuatro.

—Algo tendrá que decir en ello la madre de los niños, ¿no?

—Sí, mi nombre, mientras hago que llegue a los mejores orgasmos de su vida.

—Pues no, entonces no serán míos —digo sonriendo.

—¿Cómo que no? ¿Cuántos quieres tener? —Debe de ver mi cara de susto porque enseguida aclara—: ¡No ahora, mujer! En un tiempo. Primero nos casaremos como Dios manda.

Ahora sí que me da la risa. ¡Cómo me gustaría creer sus palabras y que fuera todo así de fácil! Él lo dice tremendamente seguro.

Me tiende una mano para bajar.

—Vamos, te lo enseñaré todo.

Acepto sin reparos, pero antes le cojo del mentón, acerco su cara a la mía y lo beso.

Si por fuera es impresionante, el interior de la casa es absolutamente de cuento.

La gran puerta de entrada es de madera maciza y da paso a un recibidor diáfano desde el que se ve, al frente, una amplia escalera que sube al piso superior.

A la derecha se ve una sala de estar, con tres sofás, mínimo para cinco

personas cada uno. En el centro de estos, una gran alfombra en tonos *beige* con una preciosa mesa de centro de cristal macizo, cuya base es un tronco antiquísimo de algún árbol enorme. Si me fijo bien se pueden ver los anillos de su interior. Los sofás están centrados en una gran chimenea de obra. En su repisa de madera hay fotos de un niño. Se nota que esta es la zona de relax, de paz, y a su vez donde podrías mantener una buena conversación con unos amigos o familiares. A su derecha están los ventanales, que se ven desde el exterior y que quedan justo en el porche. Trofeos de caza adornan las paredes junto con cuadros de preciosos paisajes y fotos familiares. Los suelos son de madera de abedul autóctono, según me explica Will.

Hacia el otro lado, una gran mesa, para dieciséis comensales, también de madera, más oscura que el suelo, del mismo color que las vigas vistas que cruzan el alto techo. Después de un corto pasillo en el que hay un lavabo se encuentra la gran cocina, equipada hasta arriba. Un horno en el que podrían cocinarse tres pavos a la vez. Unos fogones que parece no se hayan utilizado nunca, por lo brillante del hierro colado que los rodea. Una gran nevera de doble puerta, típica en las cocinas americanas, llena de comida preparada y guardada en *tuppers* de cristal. A la derecha, una mesa para seis, donde los asientos son dos bancos.

El suelo es de un mosaico precioso en tonos tierra y rojizos. El mármol parece Silestone verde con destellos de espejo. Resalta el verdor del bosque, que se aprecia por la ventana desde el fregadero. Veo que hay una zona ajardinada antes del bosque. En esta parte no es tan espeso como por el camino que llega hasta la entrada de la casa.

Abre una puerta y es una gran alacena en la que hay un montón de latas con verduras, conservas varias. Enfrente están la lavadora y la secadora.

No me ha soltado la mano desde que hemos entrado, excepto ahora, que lo hace para pasar el brazo por debajo de mis piernas y llevarme en volandas hasta la zona de la entrada y enseñarme el ala izquierda de la casa.

Le acaricio el cuello y le beso suavemente en la oreja izquierda. Suspira dulcemente y le pido que me deje caminar. Accede y vuelve a tomar mi mano entre las suyas.

Estamos en una sala con tres sofás, esta vez encarados hacia un pequeño mueble que sostiene una pantalla plana de cincuenta y cinco pulgadas.

—Esta zona es la que más le gusta a James cada vez que viene y la que más triunfa con todos los chicos en general —me cuenta sonriente.

A su izquierda otros ventanales que dan a la parte del porche donde está el balancín. Detrás de los sofás hay un billar en el que las bolas cuelgan de las troneras en bolsas de maya blanca. En la pared, perfectamente colocados, seis tacos y una diana. Espero que no quiera jugar, porque se me da fatal.

Y justo detrás de la mesa de billar, tras pasar una cristalera que hace de pared, tenemos una pequeña piscina climatizada. Las paredes son de arriba abajo de madera. Unas ventanas a media altura dejan ver la gran piscina exterior, ahora cubierta por una lona. Abre una puerta a la derecha y tenemos un vestidor que da paso a un cuarto de baño completo con una gran ducha de cascada. Aquí la pared es de piedra y el cristal de la pequeña ventana es un mosaico precioso.

—Y esta es la zona que más me va a gustar —digo emocionada.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Espera a ver la parte de arriba. Creo que hay algo que te gustará. —Me coge de la cara y me besa suavemente, dulcemente, sin hacer casi fuerza, pero su lengua es voraz cuando toca la mía. Lleva todo el día bastante tranquilo en lo que a besos apasionados se refiere. Lo hace con mucho cuidado.

Volvemos hacia la escalera. Sube dando media vuelta sobre sí misma. Los techos en esta zona son muy altos y, al igual que los demás, también de madera. Se ve la pronunciada inclinación del tejado, para que caigan al suelo las nevadas.

—¡Ah, no! ¡Déjame subir las escaleras, no vas a cargar conmigo hasta arriba, ni hablar!

Aprieta mi mano mientras me dice al oído que soy imposible, y me aclara que está preparado para hacer esas cosas.

Subimos y encontramos los ventanales triangulares que se ven desde el exterior sobre el porche. Hay unas puertas que dan al gran balcón exterior.

Me lleva directamente al lado izquierdo y abre una gran puerta doble. Ahí aparece, por arte de magia, la habitación de cuento de hadas y princesas de cualquier sueño. Una gran cama con dosel y cuatro postes que los sostienen. Los techos aquí no son tan altos como en el centro de la casa, son abuhardillados. La cama queda en la parte más alta y aun así los postes casi

tocan la madera del techo, haciéndola cálida y acogedora. Montones de cojines decoran la gran cama. Tiene un baúl antiguo a sus pies. Cerca del ventanal que da a la terraza hay un pequeño tocador de madera y dos sillones tapizados en color amarillo, haciendo juego con los tonos pastel de la colcha y los cojines.

En la pared de fondo hay una puerta que da a un armario cambiador, con baldas y colgadores, ahora vacíos. Unas mantas dobladas en el estante más alto es lo único que contiene.

Will no deja de mirarme, esperando cualquier emoción que indiquen mis ojos y mis gestos. Por ahora no hay nada que no me guste. Es perfecta.

—Y ahora... —dice saliendo del vestidor y abriendo una puerta que creo que será el cuarto de baño de la habitación.

Las abre y veo un gran cuarto de baño, con un *jacuzzi* burbujeante, rodeado de velas encendidas. Las paredes también son de madera y el techo abuhardillado, al igual que la misma habitación.

—Esta era la sorpresa. Desde la sala de la piscina de abajo he accionado los *jets* del *jacuzzi*. Ahora ya está caliente el agua. —Me acerca a su cuerpo y llevo mis manos directamente a sus duros y fuertes pectorales, mientras levanto la cabeza para mirarlo a los ojos.

Empieza a bajar la cremallera de mi chaqueta poco a poco.

—Solo faltamos nosotros dentro. ¿Te apetece?

Subo mis manos por sus hombros, me encanta acariciarlos. Las paso por detrás de su cuello y cierro los ojos, disfrutando de su tacto en mis pechos por encima de mi camiseta. Involuntariamente jadeo, algo entre sí y un “mmm” placentero.

—Otra vez ese sí. —Acerca su boca y me pasa la lengua por los labios para bajar por mi cuello.

Empiezo a tirarle del pelo. Lo suelto de repente para pasar mis manos desde sus hombros hasta sus bíceps. Voy quitándole la camisa. Me suelta y acaba de quitársela con un rápido movimiento. Yo voy metiendo las manos por el bajo de su camiseta para ir subiendo por sus duros abdominales, mientras él hace lo mismo con la mía. Giro la cabeza para que la saque.

Dejo de tocarlo, porque el deseo me come. Empiezo a desabrochar mis pantalones a la vez que quiero arrancarle los suyos. Él acaba primero y me ayuda con los míos, para que no sostenga mi peso en el pie dañado. Fuera zapatillas y calcetines.

—Déjame que te los quite yo —dice pasando sus manos por mis pechos, y de ahí hacia mi espalda para desabrochar el sostén. Aprovecho el contacto para besar su pecho. Primero un pectoral, después el otro, el izquierdo, donde tiene el tatuaje de su bandera. Inspiro su olor pasando mi nariz por el suave vello de su pecho.

Una vez desabrochado el sostén, muevo los hombros para que salgan las tiras por mis brazos. Según el sujetador cae al suelo, lleva sus manos grandes y calientes hasta ellos para acariciarlos casi venerándolos.

Noto su erección apretando en mi vientre. Paso mi mano por encima de ella buscando la goma de los calzoncillos para bajárselos. Lo hago, la libero y de inmediato rebota hacia arriba, impaciente por entrar en mí.

—Yo sigo —dice con voz ronca y susurrante.

Se arrodilla delante de mí y me besa el vientre. Busca el clítoris con los labios mientras apoyo las manos sobre sus hombros para levantar un pie. Él saca el último trozo de tela que cubría mi cuerpo.

Ahora es su nariz la que entra en contacto con mi zona más íntima y aspira mi olor. Pasa su lengua por él. No puedo soportarlo más: le masajeo el pelo y tiro suave de él. Oigo mis jadeos entre el ruido de las burbujas del *jacuzzi*. Se levanta sin quitarme los ojos de encima y mete un pie en el agua caliente. Pasa su otra pierna y me tiende una mano para que lo siga al interior.

Me quedo de pie un momento, mientras se acomoda en el agua y me hace un sitio entre sus piernas. En lugar de sentarme de espaldas a él me pongo de cara y me siento a horcajadas sobre él. Su rosada y dura polla sale de la superficie del agua y la noto enseguida en mi sexo necesitado. Echo la cabeza atrás disfrutando de su contacto. Todavía no está en mi interior y ya siento cómo me llena cada vez que entra, cómo expande mi interior y se apodera de

cada pedacito de mí.

La coloco con la mano. Sus manos se sostienen en mi culo. Sus ojos casi negros están fijos en mis movimientos. Su boca queda entreabierta, mientras deja salir el aire poco a poco.

Me sostiene y va bajándome poco a poco para llenarme y colmarme de él.

—¡Mmmmmm! ¡¡Sí!! ¡¡Dioss!! —jadeo por lo lento que lo hace.

Voy moviendo mis caderas para que me de más libertad, pero no me lo permite.

—Quieta o no la tendrás. Vamos a ir despacio y con cuidado, no quiero que te duela nada —dice, serio.

—Por favor —jadeo de nuevo—. Te necesito ya dentro de mí.

Obedece mis deseos y va bajándome y llenándome poco a poco, pero sin parar. Hasta que llega el delicioso momento en el que mi culo toca sus muslos y sus huevos. Sus manos pasan a mi espalda. Me acerca a él y lleva uno de mis pechos a su boca. Me los va comiendo de esa manera deliciosamente lenta que tiene hoy de hacérmelo todo.

Sus manos en mis caderas controlan mis movimientos. Estoy completamente abierta. Mis piernas lo rodean y él está sentado con la cabeza entre mis tetas, jugando con mis pezones. Mis brazos se aferran a su cuerpo. Gimo y jadeo en su oreja. Estamos completamente unidos, tocándonos todo lo que nos podemos tocar, mientras subo y bajo lenta y dolorosamente sobre su cuerpo de acero.

—No soy de cristal, deja que me mueva —lloriqueo cachonda.

Esta vez sí, jadea cuando consigo empujar con todas mis ganas y me devuelve el envite, haciendo que mi cuerpo rebote en el suyo.

Lo noto en lo más hondo de mí, alrededor de mí.

—¡Sí, sí! ¡Sigue, Will! ¡Me vuelves locaaaa! —grito.

—Eso es, nena, sigue así. Vamos los dos hasta el final —gruñe y jadea.

Seguimos con esa dulce pelea de empujar y ser empujado arriba y abajo, rodeando y siendo llenada, hasta que noto mis piernas temblar. Mi clítoris está punto de explotar cuando con un dedo lo acaricia. Ahora no me besa con cuidado. Le muerdo los labios. Mete su lengua en mi boca, me busca y me llena toda.

Lo agarro fuerte del cuello y empiezo el movimiento de tortura más

potente. Con una fuerte embestida suya me corro gritando su nombre. Él no tarta nada en llegar al clímax conmigo. Me sube y me baja un par de veces más, para luego dejarme apoyada en su cuerpo. Yo aprieto lo más abajo que puedo para abarcarlo entero dentro de mí, mientras meneo suavemente las caderas rozando sus huevos con el culo.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí toda la semana? Serás solo para mí, mía en todos los sentidos. Nada ni nadie nos molestará —dice, pasando sus manos por mi espalda, acariciándome tiernamente después de lo salvajes que hemos sido.

Asiento mirándolo. Junto su nariz con la mía mientras recupero la respiración. Nos quedamos pegados el uno al otro durante minutos, tiempo perfecto que no quiero desaprovechar para disfrutar de todo lo que la vida me brinde.

Y empiezo a pensar en que tal vez esto sí pueda ser una gran historia, una historia de amor como las de los libros que leo, como la de las series y películas que me gustan. *La española y el bombero neoyorkino...* Bonito título. Ríe con la cara enterrada en su cuello mientras él sigue acariciando mi espalda y besándome el hombro.

Ya hemos metido todo lo que traíamos a la casa. Estoy acomodando la ropa en el armario de nuestra habitación.

Will ha salido a por leña para encender la chimenea del salón. El cielo está bastante nublado y es muy posible que llueva por la tarde. Entre la ropa que metí en la maleta están todas mis bragas “sexualmente apetecibles”, como las llamamos Alba y yo (las bonitas, las que tienen encaje, las que tienen el sujetador a conjunto, un par de picardías); en fin, las que tienes que ponerte cuando vas a pasar por primera vez una semana con un hombre que te gusta, un hombre que te hace el amor de forma tan increíble. El solo hecho de guardar mi ropa interior y pensar en cómo me la quitará ya me humedece.

Bajo las escaleras poco a poco. No sé si será por el masaje del agua en el *jacuzzi*, pero apenas me duele el pie. Sigue hinchado, así que después, cuando estemos en el sofá tranquilos, me pondré una bolsa de guisantes congelados o algo por el estilo, a ver si consigo bajar algo la inflamación.

Miro por los grandes ventanales a ver si lo veo venir, pero nada, así que decido salir a buscarlo. De paso veo el exterior de la casa.

Cojo el pomo de la gran puerta de entrada y me quedo colgando de ella intentando abrirla. ¡Por favor, cómo pesa la *jodía*! Segundo intento y lo consigo. ¡Hurra por mí!

Voy hacia la parte de la izquierda, donde está el balancín y un poco más adelante la piscina. La zona ajardinada está muy cuidada, no hay malas hierbas. ¿Es posible que él se encargue de esto también? Después le preguntaré. Bordeando la casa entera, veo una pequeña construcción tipo granero. Escucho golpes secos cada poco segundos.

Voy caminando por el sendero de piedras planas que forman el camino alrededor de toda la casa y lo veo, sin camiseta, solo con las botas y los pantalones tejanos, y un hacha en la mano. Los ruidos secos que escucho son de los troncos al partirse cada vez que clava el hacha certeramente en el mismo lugar que ha marcado.

¡Qué precisión! Si lo hiciera yo sería como el que intenta cortar un pollo con el cuchillo: primero marcas el lugar donde quieres dar el golpe, levantas un poco el cuchillo y lo vuelves a acercar a la misma zona; así un par de veces más, hasta que finalmente te decides y, no solo no cortas en el sitio, sino que te llevas parte de un dedo de la mano que sostenía el pollo... De terror, vamos.

Inspiro hondo y, aquí sí, mis pulmones se llenan de las fragancias que desprende el bosque, las hojas, la tierra mojada, la madera. Levanta la cabeza en mi dirección y me ve. Da un último golpe al tronco que tiene encima de la base, cae al suelo en dos trozos y clava el hacha en la gran base de madera.

—Hola —le digo.

—Hola. ¿Estás de paseo?

—Sí, he salido a ver la finca y a ver si te encontraba. Esto es realmente precioso. No se oye ni un ruido, solo pajaritos.

—Y hay veces que ni a los pájaros se les oye.

Coge una cesta de mimbre y la llena con los troncos pequeños que ha cortado.

—Luego vendré a por otra cesta, así ya tendremos hasta mañana.

—¿Quién se ocupa del mantenimiento de la casa?

—Un matrimonio que vive cerca de aquí. Durante todo el año vienen tres veces por semana, arreglan el jardín cuando toca, se encargan del mantenimiento de las piscinas, de llenar el *jacuzzi*. —Sonríe—. Ellen se encarga de limpiar la casa y de la cocina, y su marido Ellias de la zona exterior y del mantenimiento en general, si se funde una bombilla, se atasca una puerta...

—¿Ellos han venido hoy a llenar el *jacuzzi*? ¿Cuándo los has avisado?

—Esta mañana, cuando me has dicho que sí.

Volvemos de la mano por el camino de piedras hasta la casa. Abro la puerta principal y, mientras Will coloca la leña cortada en su lugar al lado de la chimenea, yo voy hacia la cocina.

—En la nevera encontrarás el menú de hoy. Si algo no te gusta, cocinamos lo que te apetezca.

—Ahora miro. Seguro que me gustará.

La nevera está llena de *tuppers* de cristal. Cada uno tiene su papel, que indica lo que hay en el interior.

“Salmón con salsa de naranja”. No lo he probado, pero tiene una pinta deliciosa.

Saco el *tupper*, busco en los armarios una fuente de porcelana y coloco la comida en él. Lo calentaré en el horno, que siempre queda mejor, casi como recién hecho, no como si lo calientas en el micro. Cuando tienes prisa va muy bien, pero hoy no es el caso.

Saco de la nevera la bolsa de ensalada que he comprado de camino y preparo una con atún, nueces, maíz, rúcula y brotes verdes de canónigo.

El aceite de aquí no es como nuestro aceite de oliva, pero está pasable. Preparo una vinagreta de mostaza y lo dejo reposar. Cuando estoy cogiendo la fuente con el salmón para meterlo en el horno, unas manos me cogen por la cintura. Will pega su pecho a mi espalda mientras me rodea con sus brazos.

—Se te ve muy desenvuelta en la cocina. Parece que hayas estado aquí

siempre.

Hecho mi cabeza hacia atrás para posarla en su hombro. No quiere soltarme, así que cierro los ojos y disfruto del momento, de él.

—Me gusta cocinar, aunque ahora solamente vaya a calentar la comida en el horno —ríó.

—¿Y qué sabes cocinar? Dime algún plato típico de tu país.

—Pues la más conocida supongo que será la paella, aunque en casa hacemos más arroz a la cazuela. Es más caldoso que la paella y, no es por presumir, peero me sale buenísimo. —Pegado a mí vamos hacia el horno y cuando me agacho para meter la bandeja en este noto su erección en el culo —. También espagueti a la carbonara y un buen filete con salsa de pimienta. Hago unos *cupcakes* de zanahoria que los podría vender en el mismísimo Magnolia Bakery.

Me giro en sus brazos para quedar cara a cara. Lo veo sonreír.

—¿Y qué ingredientes necesitas para hacer esos *cupcakes*? ¿Los podrías preparar para merendar?

—¡¡Ah, goloso!! Te he puesto los dientes largos, ¿eh? No recuerdo la receta de memoria, pero en cuanto llegemos a Manhattan te prepararé unos,

solo para ti.

Me besa la punta de la nariz. Para mi sorpresa me levanta por los aires y me lleva a uno de los sofás de piel del salón. Ha encendido la chimenea. Fuera parece casi de noche y solo son las dos menos diez. Los nubarrones acechan.

—Parece que va a llover.

—Sí, una lástima, porque tenía preparada una sorpresa para esta noche.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Nada, si lo podemos hacer lo verás; si no, te lo contaré. Por ahora es secreto, vaya a ser que las nubes se vayan rápido y me jodan el plan.

—¿Sabes una cosa? En casa, en la de mis padres quiero decir, cuando alguna noche no podía dormir me imaginaba en una cabaña de madera, dentro de una gran cama, calentita por el fuego de una chimenea mientras afuera llovía a mares. Y cuando llueve de verdad pienso lo mismo. Me encanta dormir con el sonido de la lluvia.

—Entonces es muy probable que esta noche se haga realidad uno de tus sueños: dormir calentita por mi cuerpo. Eso sí, en la habitación hay calefacción, pero no de fuego, mientras escuchas caer la lluvia sobre el

tejado.

—Mientras no nos quedemos sin luz, no hay problema. —Rezo para que eso no pase.

Suena la alarma del horno. Cuando voy a levantarme para ir a la cocina, Will me detiene.

—Deja, ya lo saco yo.

—Pero voy poniendo la mesa, ¿no?

—Cath, no fuerces el pie, que no se te curará el tobillo.

—Apenas me duele. Además, he localizado una bolsa de guisantes congelados que utilizaré después para bajar la inflamación.

—¿Guisantes? Yo creía que se comían.

—Eso también, pero tienen otros usos más... terapéuticos, por así decirlo.

—Estás loca y me vuelves loco a mí —grito cuando me pellizca el culo.

—¡Ay! ¡Malo! Se lo diré al doctor del hospital.

Deja la fuente con el salmón encima de un salvamanteles y viene a por mí.

—No puedes, eres mi prisionera. —Me acorrala con sus brazos entre su pecho y la encimera—. Si no te comportas te daré más pellizcos como ese o más fuertes en ese culo prieto y macizo que tienes.

Paso mis brazos por su cintura y bajo una mano para darle un pellizco a él, pero es demasiado rápido. Nota mis intenciones y retiene mi mano con la suya, que es el doble de grande que la mía. La coge y la lleva a su boca para besarme.

Aunque hemos hecho cosas muy íntimas, este juego aquí en una cocina mientras preparamos nuestra comida, los dos solos, abrazándonos, solo pendientes el uno del otro me, parece tan íntimo que estoy a punto de decirle que lo quiero.

Pero no, en lugar de eso, lo miro, me pierdo en sus ojos azules. Parece que también está pensando algo, pero tampoco lo dice.

—A comer, que no he estado toda la mañana cocinando para que ahora se quede frío. —Explota en una carcajada y me libera de sus brazos.

—¡Mmmm, esto está buenísimo! —Llevo otro bocado de salmón con la base de patatas a mi boca.

—Ellen cocina muy bien, sí.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—Pues no tengo ningún grupo favorito. Me gusta el *soul*, el *rock*. Podría decirse que me gusta casi todo. ¿Y a ti, qué te gusta?

—Beyoncé, Bob Marley, Amy Whitehouse, Coldplay...

—Caray, sí que es variado —dice sorprendido.

—Y muchos más. Estilos diferentes para momentos diferentes. La música, al igual que los olores, me trae a la memoria sitios, personas, momentos.

—¿Hay alguna que te haga pensar en mí? —Lleva un trozo de pan a su boca.

—La verdad es que sí, una que sonaba de mi lista de Spotify en el metro

cuando nos vimos la primera vez. Después sonó en la piscina antes de verte en las duchas.

—¿Cuál?

—*Chocolate* de Kylie Minogue.

—Interesante.

—¿Interesante?

—Sí, así te siento cuando te toco. Te derrites en mí, por mí. Y eso me encanta.

Definitivamente, no puedo ocultarle nada a este hombre.

—¿Para ti la letra tiene ese significado?

—Digamos que tienes algo de razón y, bueno..., nos estamos conociendo. ¿Hay alguna que te haga pensar en mí? —pregunto tirando el balón a su tejado.

—¿Te gustan The Ramones?

—Sí, tengo algunas de sus canciones en mi lista de favoritos.

—*I wanna be your boyfriend.*

—Ah, es chula.

¿Cómo tengo que tomarme eso? ¿Me lo dice con algún doble sentido? Prefiero no preguntar... Es muy pronto... ¿O no?

Mi cerebro se queja y me trae imágenes de momentos juntos en los que no me he dicho a mí misma “es muy pronto”. Esta parte me la recuerda con voz de niña repelente.

Acabamos de comer y retira los platos. Me levanto para ayudarlo llevando los vasos al lavavajillas.

Un sonido espeluznante llega desde el exterior: está tronando. Todavía no llueve, pero no tardará en hacerlo.

—¿Te apetece ver una peli?

—Si, así estiraré el pie un rato y me colocaré el tratamiento de frío local.

—Los guisantes, quieres decir.

—Exactamente. —Le guiño un ojo.

Voy yendo hacia la sala de la televisión y me estiro en la *chaise longue* del sofá central. Will viene detrás con la bolsa de guisantes.

—A ver ese pie.

Me quita la deportiva y me sube el bajo del tejano. Coge por el talón, lleva el pie hasta su boca y planta un cariñoso beso en la zona inflamada.

—Así se curará antes.

VACACIONES

Me quedo mirando cómo con todo el cuidado del mundo coloca la bolsa de guisantes y la amolda al tobillo hinchado. Me sorprende lo dulce que puede ser a veces, con ese cuerpo fuerte y musculoso, hecho para uno de los trabajos más duros que existen. Aguanto la impresión del contacto de mi piel caliente en la zona que sus labios acaban de incendiar por su beso y el frío de la bolsa congelada.

—¿Qué te apetece ver? Son todo clásicos.

—A ver qué tienes ahí. —Abre la puerta del armario, debajo de la pantalla plana: hay unas cien películas en DVD.

—*Top Gun, Terminator, Soy leyenda, El patriota, Rocky, Rocky II, Rocky III...*

—Lo pillo, todas las de *Rocky* —ríe.

—A ver qué más tengo por aquí... ¿*Troya*?

—¡Ay, sí! Hace mucho que no la veo.

—Pues venga, una de Brad Pitt para la señorita.

—Pon ya el disco en el reproductor y ven a sentarte conmigo. Tengo frío en todo el cuerpo.

Will mete el DVD y coge el mando a distancia, que sirve tanto para la televisión como para el reproductor. Antes de sentarse a mi lado me cubre con una manta de pelo de color blanco.

—¿Mejor así?

—No. —Levanto la manta por el lado que él está sentado—. La manta no sirve de nada si tu cuerpo no toca el mío.

En cero coma pasa su brazo por detrás de mi cabeza. Me apoyo en su pecho y paso la pierna por encima de la suya, ahora estirada también en la

amplia *chaise longue*. La bolsa de guisantes cae al suelo, pero no me importa. Nos tapamos los dos con la manta mientras me enredo en su cuerpo. Aquí me siento segura.

Inspiro hondo su olor. ¿Me cansaré alguna vez de hacerlo? Paso mi brazo derecho por encima de su vientre y me acoplo a su cuerpo, como si fuera una pieza de Lego. Encajo en él a la perfección.

Pasa los *trailers* y va directamente a la película. Cuando aparece Aquiles entre las mantas rodeado de cuatro chicas no puedo dejar de pensar en cómo sería su vida hace dos semanas, antes de que yo llegaré a su vida.

—¿Te da envidia?

—¿Qué? ¿Su físico? Yo estoy mejor que él.

—Sí, eso salta a la vista. Me refiero a estar así, rodeado de bellas damas en tu cama.

Ríe antes de contestar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me imagino que no eres un santo y...

—Y... nada. ¿Estás celosa? —Intenta hacerme cosquillas, pero no le dejo.

—No.

Mi voz ha sonado más fuerte de lo que pretendía. Creo que me he delatado.

—Sí, y no deberías. Aquello solo era follar, contigo es diferente. Nunca antes había traído a ninguna chica aquí. Nunca había dormido con ninguna. Después de pasar un buen rato se iban. A ellas no les interesaba quedarse y yo no las quería en mi cama. No había problema.

Prefiero callarme y seguir mirando la película. Me estoy cabreando y no sé por qué. Bueno, sí lo sé : los celos me comen y sé que la culpa es de las hormonas que libera mi cuerpo. La semana que viene tendré la regla.

Seguimos viendo la peli, abrazados pero en silencio. Cuando Aquiles desvirga a la preciosa prima de Héctor, explota.

—Catherine no sé por qué te has cabreado. Antes ya te he dicho lo que siento y has pasado de mí olímpicamente. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—¿Qué yo he pasado de ti? ¿Cuándo? Si no puedo quitar mis ojos de ti, si te siento en mí aunque no me toques. ¡Sí! estoy jodidamente celosa solo de pensar en cuántas han pasado por tu cama o tú por las de ellas. Yo no soy nada excepcional, ni tengo un físico despampanante y...

No me deja acabar. Se destapa, coge mis piernas para estirarme en el largo sofá y se coloca en medio apretando sus caderas en mi zona para inmovilizarme.

—¿Lo notas? Estoy empalmado solo por oler tu pelo, por tenerte abrazada a mi pecho y notar tus dulces tetas prietas contra mi abdomen. Si por mi fuera no saldría de ti en toda la semana, y puede que ni así me cansara de tenerte entre mis piernas, de lamerte y probarte, porque me tienes loco de amor y de deseo.

AMOR. Ha dicho amor. Sí, lo ha dicho.

Coge mi cara con ambas manos. Yo tengo los brazos estirados a mis costados sin saber qué hacer con ellos. Si lo toco me relajaré y... ¡Sí, Dios, eso es lo que quiero! Pero estoy cabreada y no puedo dejar de ser tan cabezona de golpe.

—¿Te he dicho que quiero ser tu novio y tú que haces? Nada. Cambiar de tema es lo que has hecho. Si no fuera porque conozco tu cuerpo, tu respiración, tus jadeos cuando me miras y me follas en tu mente. —Me escandalizo, pero sé que tiene razón—. Porque deseas que te toque tanto como yo deseo hacerlo. En lugar de eso huyes cuando te digo lo que siento y no dejas salir de tu boca palabras, ¿por miedo a qué, Cath? Dímelo, porque

esto cada vez va a más. Sí, de forma muy rápida, y si tú no estás acostumbrada a sentirlo para mí también es algo nuevo. Y no voy a dejarte marchar sin intentarlo primero.

Empieza a cantar rozando mis labios con su boca.

—*Hey little girl... I wanna be your boyfriend...**

Sus ojos azules me secuestran, me hipnotizan. Me pierdo en el movimiento de sus labios al hablar. Cada minuto que paso cerca de este hombre me atonto más.

—Vale.

—¿¿Vale?? ¿Yo te canto una canción pidiéndote que seas mi novia y tú respondes “vale”? —Separa su cara un poco de la mía para observarme.

—*You're just too good to be true, can't take my eyes off of you, you'll be like heaven to touch, I wanna hold you so much...*** —Mis mejillas arden más por lo que le estoy diciendo que por la vergüenza de cantarle.

Planta su boca en la mía. Mis manos suben por su espalda hasta su cuello. Me cojo fuerte a él, porque siento como si estuviera cayendo sin un paracaídas. Estoy bajando desde más de mil metros y él es el único que puede salvarme.

—Sí —jadeo—. Sí, quiero. ¡Oh, sí!

Su boca hace maravillas en mi cuello. Sus dientes se clavan deliciosamente y su lengua... ¡Oh, su lengua! Tendría que estar prohibida. Y lo está, para todas las demás. Solo yo tengo acceso a ella y me aprovecho.

Lamo su cuello de forma salvaje. La ansiedad y el cabreo de hace unos segundos dan paso a una pasión incontrolable. Deja su peso sobre mí. No me hace daño, me encanta sentirlo encima de mí, dentro de mí. Le empujo el pecho para que se incorpore mientras estiro del bajo de su camiseta intentando quitársela.

* “Hey pequeña, quiero ser tu novio”. *I wanna be your boyfriend*. The Ramones.

** “Eres demasiado bueno para ser verdad. No puedo dejar de mirarte. Eres como tocar el cielo. Quiero tenerte mucho tiempo...” *Can't take my eyes off of you*. Lauryn Hill.

—Na-da-de-ce-los. No-hay-nin-gu-na-o-tra. So-lo-tú. —Me besa en cada sílaba.

Por fin se levanta para quitarse toda la ropa. Yo hago lo mismo y me quito la camiseta. Empiezo a bajar la cremallera del pantalón, pero él me

detiene para continuar desnudándose.

Levanto el culo para que los pueda sacar rápido. A la vez quita también mis bragas, empapadas por lo que me provoca.

—Deberíamos poner una manta sobre el sofá...

—Disfruta y no pienses tanto.

Se echa sobre mí. Lo espero con las piernas abiertas deseando su contacto. Su cara se para en uno de mis pechos y juega a lamer y soplar un pezón, mientras yo arqueo la espalda y se lo ofrezco entero para que se lo meta en la boca y no deje de comerme. Gruñe cuando muevo la pelvis y coloco su capullo en la humedad de mi entrada.

Con una mano en mi teta y la otra bajando por mi vientre llega con el dedo índice hasta mi clítoris. Lo desliza hasta la entrada de mi vagina y lo humedece. Vuelve a pasarlo por el mágico botoncito y se entretiene ahí, mientras muerdo su hombro por la ansiedad de tenerlo dentro y de que me haga explotar. La discusión me ha puesto supercachonda y no tardaré en correrme.

—¡Dios! Will, quiero correrme. Lo necesito —gimo desesperada.

—Ya lo sé, nena, estoy en ello.

Pasa la lengua plana por mis tetas y me moja por el camino. Le cojo del pelo y tiro con fuerza. Gime y mete dos dedos húmedos en mí. ¡Sí! Llega al punto mágico. Lo frota y acelera. Entra y sale haciendo que se pare el mundo. Tengo la boca pegada a su cuello y le muerdo el lóbulo de la oreja. Se lo chupo de forma sugerente y jadea en mi cara.

—Quiero que tu preciosa lengua se deslice por toda mi polla. Voy a hacer que te corras y luego te la voy a meter en la boca hasta que me corra yo.

—Lo estoy deseando. Me encanta comerme mi polla deliciosa.

—Eso es, nena. Tu polla, solo tuya —jadea.

—Oh, por favor, no pares. Cómeme los pezones. ¡Sí! ¡Fuerte!

Sus dedos mágicos no dejan de moverse. Mientras muerde mi pezón, le araño la espalda de lado a lado, levantando la pelvis para unirme más a él. Me corro. ¡Oh, Dios, me corro! Me siento empapada.

Jadeo y jadeo por el magnífico orgasmo que acaba de proporcionarme. Se agacha y besa mis pechos, mi vientre, mientras saca los dedos de mí para pasarlos por el interior de mi muslo. Se mira la mano. Está pringoso de mí. Se lleva los dedos a la boca. Cierra los ojos y se deleita en mi gusto salado. No lo soporto más, me incendia haciendo esas cosas y hace nacer en mí la lujuria y el deseo insaciable de una diosa del sexo.

Recuperada del orgasmo, me incorporo. Pongo las manos en sus pectorales y lo obligo a sentarse en el sofá. Admiro sus abdominales, sus pectorales perfectamente definidos y protectores. Me siento encima de él y lo beso. Noto mis fluidos en su boca. Le paso la lengua por los labios gruesos y jugosos, por la mandíbula. Bajo por su cuello y lamo la protuberancia de su nuez, que se mueve cuando traga saliva y jadea. Voy descendiendo, poco a poco, entre sus piernas. Acaricio con mis manos sus fuertes brazos. Me encantan, fuertes y definidos, morenos y ese tatuaje de su bandera. Subo por su pezón izquierdo y lamo la zona tatuada.

—Gracias, América —digo mientras paso la lengua y gruñe agarrándome de los hombros.

Ya estoy de rodillas delante de él. Mi mano baja por sus abdominales. Le rozo la punta del capullo. La encierro en mi mano y con el pulgar retiro gotas de su leche que empiezan a escapar de él. Llevándome el dedo a la boca, lo miro directamente a los ojos cuando meto el dedo en mi boca y chupo exageradamente.

Él pone sus manos en mi cuello, estira del elástico que sostiene mi pelo y deshace mi coleta. Mete los dedos entre mi pelo alborotado. Sin dejar de mirarlo me acerco a su deliciosa, dura y rosada erección. Saco la lengua, la paso alrededor, de arriba a abajo, sin dejar de mirarlo.

—Quiero durar, porque quiero ver cómo te la comes entera, ver cómo desaparece en tu boca, pero me estás matando y me voy a correr antes de lo que quisiera.

—Mmmmm. Me encantas. Mira cómo me la como. Mira cómo desaparece dentro de mí.

No pienso lo que digo: solo lo siento y lo hago. Este deseo que siento por él, con él, es animal y salvaje.

Y así lo hago. La voy metiendo poco a poco dentro de mi boca, chupando y lamiendo con la boca cerrada a su alrededor. Mientras, con la otra mano le masajeo el pesado saco de sus testículos. Los tiene duros y apretados. Me la meto lo máximo que puedo, hasta la garganta, y voy subiendo poco a poco. Paro, me la saco de la boca y me quito un pelito de la lengua. Me mira con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Vuelvo a lo mío. Me encanta comérmelo así, él sentado tranquilamente en el sofá y yo de rodillas delante de él. Sus manos bajan mi cabeza para que no deje de moverme arriba y abajo. Casi me ahogo cuando pierdo el ritmo. La tiene enorme y tengo que ir con cuidado si no quiero hacerme daño. Subo hacia su punta. Noto que está a punto de correrse, porque las gotas de semen cada vez son más abundantes. Centro mi atención en el capullo rosado. Con una mano lo rodeo y aprieto su base, y con la otra le toco los huevos mientras con el pulgar le acaricio el escroto.

—¡¡Joder, Catherine!!

Grita y se corre dentro de mi boca. Me lo trago sin pensarlo y acaricio más despacio, mientras le saco todo lo que tiene que darme. Poco a poco se

va calmando y me ofrece las manos. Me siento encima de él, se levanta conmigo en brazos y vamos hacia la piscina interior sin dejar de besarnos. Baja por la escalera de obra y me lleva a la parte honda, donde apenas toco el suelo de puntillas, pero él llega perfectamente. Y ahí, con el vaivén del agua caliente, me empotra contra la pared, sus manos en mis caderas. Le rodeo la cintura con la piernas y me penetra, tan duramente como dura tiene la polla. El movimiento del agua caliente a nuestro alrededor no hace más que intensificar las sensaciones placenteras.

WILL

Por fin se ha dejado llevar totalmente, al fin me ha abierto las puertas de su corazón y espero que no se arrepienta, que no se eche atrás cuando no nos veamos cada día o le vuelvan a entrar esas dudas y esos celos. Me encanta que los tenga, con ellos me demuestra que le importo, que me quiere para ella. No es nada enfermizo, solo esa pequeña sensación de pertenencia. La quiero para mí y ella me quiere de la misma manera.

Sé que su pasado sexual no tiene nada que ver con el mío, y me alegra que así sea, soy egoísta en eso. No podría soportar saber que se ha acostado con tantos tíos como tías me he follado yo. Que otros la hubieran visto

correrse, sonrojarse cuando nos decimos guarradas, reírse, o cómo me busca en la cama dormida y se abraza a mi cuerpo temblorosa y desnuda. Todas las noches que hemos pasado juntos hemos dormido desnudos. Es la primera vez que estoy piel con piel con una mujer..Dios, ¿cómo describir la sensación tan placentera de notar lo suave y caliente que es? Yo solía dormir en calzoncillos, pero con ella no encuentro el momento para dejar de hacerle el amor. Cuando cae rendida, prefiero estar completamente desnudo para que nuestras temperaturas se unan y no haya nada que se interponga entre nosotros.

Desde que la vi en el metro supe que era ella. Me resistí un par de veces a pasar de nuevo por el barrio o por la piscina donde fui acompañando a mi primo James. Sentí ese cable de acero anclado en ella en el mismo momento en que me senté a su lado en el metro y la olí. Dios, se me puso dura al momento y sentí frío en mis brazos por no tenerla entre ellos abrazándola y protegiéndola de todo lo que pudiera molestarla.

Al día siguiente de verla en el *gym* fui a ver a mi madre. No sé cómo empezó la conversación, pero le hablé de ella, de la chica que me encontré en metro y dos días después en un sitio que no suelo frecuentar. Nunca le he hablado ni presentado a mi madre a ninguna chica. No he tenido nada serio con ninguna. Como mucho hemos follado un par de veces y nada más. No hemos dormido juntos, no hemos ido al cine, no se la he presentado a mis amigos. Pero no sé qué pasa con ella, que ha hecho que todo eso cambie. Y ahora ya me ha dicho que sí, de esa forma que solo ella tiene de erotizar un simple vocablo. Es mi novia, la que se adapta a mis manos perfectamente. Está hecha para mí, y yo espero significar lo mismo para ella. Lo noto en su mirada, la manera que tiene mirarme, de suspirar cuando la toco. Me lo entrega todo y me desarma por completo con su dulzura.

Nada de chicas esqueléticas que solo querían acostarse con el capitán de

bomberos portada del calenDarío. Sus curvas, sus pechos generosos, sus caderas anchas, ese cuerpo en forma de guitarra, ese culo... en el que me pierdo. Y esas piernas largas, con muslos fuertes que me rodean y me aprietan contra su cuerpo para que la llene y la sacie. Y esa personalidad abrumadora que me atrapa y me arrastra como una ola. No puedo deshacerme del poder que ejerce sobre mí.

Ella es a la que quiero. Ella es la que estaba esperando. Y no voy a perderla.

CATHERINE

Al final llovió toda la tarde y toda la noche. Nos dormimos en el sofá. Después de cenar volvimos a poner la peli, porque la primera vez no la vimos. Sobre las tres de la mañana me he despertado en sus brazos, desnuda y tapada con la manta del sofá, mientras cargaba con mi peso por la escalera hacia la cama. Me ha dejado tan despacio que apenas he notado el movimiento. Solo recuerdo que me quejé al sentir el frío de las sábanas, hasta que metió su cuerpo desnudo en la cama y me atrajo hacia él, me rodeó y me dio el calor que necesitaba.

Por la mañana me contó que la sorpresa era una lluvia de estrellas, que se hubieran visto muy bien de no ser por la tormenta que había caído.

Todavía no puedo creer que haya abierto mi corazón a él. Se lo entrego totalmente desprotegido, sin la coraza que ha llevado durante mucho tiempo. Él es mi escudo, confío en él. Solo espero que las hormonas no vuelvan a hacer explotar la bomba de los celos irracionales.

Aunque me cueste tengo que confiar en él respecto al tema AVS (anterior vida sexual). Sé que se lo comerán con los ojos y querrán comerse y acostarse con lo que es mío, pero él me está demostrando que únicamente le importo yo, y mi alma me dice lo mismo.

A las diez de la mañana han llegado Ellen y Ellias para hacer sus faenas.

Me ha presentado como su novia. Los dos enseguida le han dado la enhorabuena y me han saludado afectuosamente. Llevan muchos años

trabajando para su familia y se nota que lo aprecian.

Hemos salido a pasear por el bosque. Hay un sendero que lleva hasta la casa de Ellen y su marido. Se dedican a cuidar las casas de los alrededores. La de Will es la que queda más cerca y está a tres kilómetros por el sendero. Si vienen en coche hay unos diez minutos por carretera.

A ratos me llevaba a caballito sobre su espalda. Dice que así le sirve de entrenamiento y no me ha dejado bajar. En una bonita explanada rodeada de abedules hemos comido dos bocadillos que nos ha preparado Ellen, junto con algunas croquetas de salmón y gambas, y un queso delicioso. Ha sido un pícnic de película. Sonrío al recordarlo. La cesta de mimbre, la manta a cuadros escoceses, los manjares, el lugar...

—Estás preciosa rodeada de diminutas florecillas sobre tu pelo negro.

Se recuesta a mi lado en la manta y se inclina sobre mí. Va cogiendo florecitas y colocándolas en mi pelo suelto. Yo le acaricio la cara, como si no lo hubiera visto en mucho tiempo, cuando llevo desde el domingo con él, tres días sin separarnos para nada, disfrutando el uno del otro y conociéndonos.

—Me encanta el tacto rasposo de tu barba creciente.

—¿Quieres que me la deje crecer? Dicen que da mucho gusto mientras te comen...

—¡¡Will!! ¡No digas eso!

—Mientras te comen el coño, Cath. Ya lo hemos hecho antes, no sé de qué tienes vergüenza ahora —ríe.

—Porque ahora no estamos haciendo nada de eso y no puedo evitar sentir vergüenza. Además, a mí ya me gusta cómo me comes, no necesitas barba para hacerlo.

—¡¡Ahora sí me gustas!! —dice, mientras me hace cosquillas.

Le pongo mis manos en su cuello, rodeando sus orejas, y nos besamos. Un beso largo, profundo, apasionado. La respiración se altera en ambos cada vez que nuestras bocas se unen. Parece ser que no somos capaces de estar mucho rato apartados el uno del otro.

Me incorporo y lo empujo sobre la hierba para sentarme encima de él. Seguimos besándonos, noto lo duro que se pone mientras nuestras lenguas chocan y lamen la piel del otro en un beso apasionado.

—Es temporada de caza y no quiero que pasen cazadores por aquí y te vean desnuda, pero me estás poniendo duro como una roca.

—Solo besos, como novios —digo, de forma inocente.

—¿Estadio uno cuando ya he recorrido todo el campo? Estás loca, en cuanto lleguemos a casa te vas a enterar y vas a pagar por provocarme como lo estás haciendo.

—Vale —le digo y vuelvo a besarlo, mientras él acaricia mi culo.

Entre beso y beso hablamos de todo y de nada, disfrutando con la naturaleza que nos envuelve. Jugamos a adivinar la forma de las nubes, en alguna ocasión vemos lo mismo, en otras no tiene nada que ver la forma que yo veo con la que ve él.

A pesar de su apariencia de tipo poco accesible, fuerte y duro —que lo está— es de lo más cariñoso y natural. Sus gestos son naturales y espontáneos, tal como me siento yo cuando mis dedos van hacia su boca a retirar unas pequeñas migas de pan, o los suyos vienen hacia mi cara para apartar un mechón rebelde.

Pasamos media tarde en el prado hasta que las nubes acechan de nuevo. Volvemos al nidito de amor antes de lo que esperábamos.

Cuando ya vemos la casa desde el camino, una repentina tromba de agua cae y nos deja empapados. Me ha cargado en brazos. Se me ha caído la cesta de mimbre que contenía el almuerzo y la hemos dejado en el suelo. Ha dicho que cuando escampe vendrá a por ella.

En pocas zancadas llegamos a la entrada de la casa, quedando a cubierto de la tormenta. Entramos y nos descalzamos. Sus botas están empapadas y llenas de barro. Mis deportivas solo mojadas superficialmente, al no haber pisado tierra mojada. Las ropas de los dos si están empapadas, así que entre risas nos desnudamos en el recibidor. Dejamos ropa amontonada encima de nuestros calzados.

Me siento como cuando era niña y llegaba empapada a casa por quedarme hasta el último minuto jugando con mis amigas en la calle. Nos desvestimos. Yo acabo antes que él y hago un amago de salir corriendo hacia la habitación. Pero cuando no he dado ni tres pasos me coge de la muñeca izquierda y estira de mí hasta pegarme a su pecho desnudo. Su cuerpo duro y perfectamente definido contra el mío, mojado y tembloroso, por el frío de la lluvia sacude todos mis sentidos.

—¿Estás huyendo de mí, Catherine?

Con la respiración agitada intento contestarle.

—Sí, me he perdido y tengo miedo. No sabía que la casa estaba ocupada... Lo siento, señor.

Sonríe de medio lado pillando el juego que le ofrezco.

—Bien, en ese caso serás mi invitada, pero la estancia en la casa tiene un precio.

Sus manos se pasean por mi vientre mientras me habla desde atrás, susurrando en mi oreja.

—¡Oh, señor, haré lo que me digas! No quisiera pasar la noche perdida en el denso bosque, mojada y sin nada que comer.

—¡¡Dios!! Cath, ven aquí. Yo te pondré mojada y te daré algo de comer —dice, llevando mi mano a su pene empalmado.

—Sí, señor. —Le guiño un ojo y le saco la lengua.

Se agacha y me coge por los muslos. Rodeo mis piernas en su cintura y nos enrollamos en un beso intenso mientras subimos al piso de arriba. Estoy sin aliento, y eso que me ha subido en brazos. Tenerlo pegado a mí, desnudo completamente, con su dura y caliente erección pegada a mis labios, me deja sin respiración. Por fin llegamos a la habitación. Me baja al suelo en los pies de la cama. Mi pelo mojado gotea sobre mi espalda. Él pasa su lengua desde la base de mi columna hasta la nuca, recogiendo las gotas que se va encontrando.

Es increíble las cosas que me provoca solo con la lengua. Con las manos, me coge las nalgas y agarra con fuerza. Doy un respingo ante la presión de sus dedos en mi carne.

—Tu culo me vuela loco. Mí culo, porque es mío, única y exclusivamente

mío.

Jadeo.

Estoy de cara a uno de los cuatro postes de la cama cuando él se pega a mi espalda. Noto su erección rozando en mi culo. Pasa las manos para adelante y coge mis pechos. Estira de los pezones y, ¡ooohh!, jadeo de nuevo.

Sigue con esa dulce tortura mientras me pasa la lengua por la nuca y va bajando por la columna.

Sus manos se mueven de mis pechos a mis costillas. Baja hasta cogerme por la cintura, clavando sus dedos ahí e indicándome que me esté quieta.

Como si de un policía se tratase, me separa las piernas con un movimiento de su rodilla. Suelta una mano de mi carne. Coge mi mano derecha y la lleva hasta el poste para que me sujete a él. Repite los mismos pasos con la otra mano. En todo este tiempo no ha separado su duro pene de mi culo. Ahora estira de mis caderas hacia él de forma que hace que me incline y quede con el culo en pompa.

Jadeo.

Empieza a masajearme el culo de nuevo. Ahora se arrodilla y con las manos separa las dos nalgas. Pasa toda su ancha lengua desde la entrada de

mi vagina hasta mi ano... ¡¡¡Diossss!!! Esto es muy nuevo para mí. Cierro los ojos con fuerza cuando sigue dando largas lamidas a toda mi parte trasera.

Jadeo. Simplemente he perdido la facultad de hablar. Mi cerebro no procesa y solo siento instintos primarios.

Lleva dos dedos hasta mi vagina, los empapa del jugo que sale de mi interior y va hasta mi clítoris. Se entretiene jugando con él mientras su lengua abrasadora sigue pasando por mi trasero. Ahora se centra en la abertura fruncida. La lame, como un gato, pasa y pasa la lengua por el mismo sitio una y otra vez. Sus dedos mágicos dejan mi alocado clítoris y vuelven a mis labios. Esta vez penetran en mí y los mete y saca. Siento que voy a correrme pronto.

—Will... por favor... voy a correrme. Métemela ya.

—Antes me has torturado con tus besos, ahora es mi turno. ¿Alguna vez ha entrado algo por aquí? —pregunta, mientras me lame la entrada apretada.

Oh, por favor...

—No —jadeo.

—Pues vamos a probar una cosa que te va a encantar.

Saca los dedos que tenía en mi vagina masturbándome y los lleva, bien mojados, hasta mi ano. La otra mano se desplaza por delante de mi vientre hasta mi abandonado clítoris. Noto una pequeña presión, una sensación desconocida... ¡Oooh, sí, placentera! Menea el pulgar en mi pequeño botón de explosiones e introduce lentamente un dedo por detrás. Mete y lame, lame y mete...

Jadeo y gimo a punto de correrme. Entonces deja mi clítoris y vuelve a meter dos dedos en busca de mi punto G, sin sacar el travieso dedo de su nuevo escondite.

—Sííí. Por favor, sigue así, Will.

Es la sensación más maravillosa que he experimentado en mi vida. El dolor se mezcla y diluye con el placer y no deja cabida en mi mente calenturienta para nada más que no sea sentir y disfrutar lo que sus dedos, sus manos y todo él me ofrece.

Muevo las caderas balanceándome todo lo que puedo. Las piernas me tiemblan y todavía no me he corrido. Temo caerme cuando ese momento llegue.

Y ese momento llega. Se pone de pie, saca los dos dedos de mí, me coloca y me penetra en cero coma. Me siento tan llena, completamente llena que me corro, gritando como nunca. Mis brazos ya no tienen fuerza para sujetarme al poste de la cama. En pleno orgasmo saca el anular de mi trasero

y me embiste fuertemente tres veces más, gritando mi nombre, jadeando y clavando sus dedos en mis caderas.

Estoy exhausta. Me dejo caer hacia atrás sobre su pecho. Con un brazo sostiene mi cuerpo por la cintura. Sin salir de mí, subimos a la cama y hacemos la cucharita. Sigue duro dentro de mí, pero yo estoy casi inconsciente por el mayor orgasmo que he tenido en mi vida. No creo que aguante otro combate ahora mismo.

—¿Qué te ha parecido, cariño? —Su voz suena preocupada y sensual a la vez.

—Siempre es maravilloso, pero, esto ha sido... ¡Oh, Dios! Esto ha sido carnívoro, animal, primario. Solo deseo.

—Y amor. Te quiero, Catherine García.

—Te quiero, William Carter.

Ahí perdí la consciencia y me dormí, llena y rodeada de él.

Despierto y todo está a oscuras. Un fuerte ruido me ha desvelado. Cierro los ojos intentando dormir, pero vuelve otra vez ese ruido. Es el estruendo de un trueno que cae de nuevo e ilumina parte de la habitación. Me siento sola en la cama. Me giro y alargó el brazo en su busca. Normalmente está pegado a mí y ahora no está. ¿Habría ido al lavabo?

Enciendo la lámpara de mi mesita y voy hacia el cuarto de baño de la habitación. La puerta está abierta y él no está. ¿Dónde estará? Cojo una camiseta suya que hay encima de un sillón y me la pongo. No llevo nada más y tengo frío.

La puerta de la habitación está entreabierta, raro porque siempre la dejamos cerrada cuando vamos a dormir. La abro y cuando empiezo a salir de la habitación escucho murmullos que vienen del otro lado del pasillo. Se ve claridad por debajo de una puerta. Lo llamo, pero no contesta. Sigo acercándome más a esa puerta y lo oigo hablar.

—Sí, estoy con ella. Te he dicho que no, no vuelvas a llamarme, no quiero saber nada de ti... Nunca hemos tenido nada ni lo vamos a tener... Follamos una vez y punto.

Me paro cerca de la puerta y en ese momento cae otro trueno. Me asusto tanto que se me escapa un grito.

—No molestes más —dice. Entonces abre la puerta y me ve.

Sale de la habitación desnudo completamente, como siempre dormimos.

—¿Qué haces levantada, nena?

—Me he despertado por los truenos, tenía frío y miedo. No estabas en la cama conmigo. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie. Vamos a la cama. Lo siento, no quería despertarte.

Me levanta por las nalgas, cierro las piernas en su cintura y volvemos a la cama.

¿Quién será esa nadie? ¿Y por qué no quiere decírmelo?

Me sienta en mi lado de la cama. Me dejo caer para tumbarme, pero me sujeta los brazos y levanta el bajo de la camiseta.

—No, esto fuera antes de dormir. Necesito el contacto de tu piel.

—Mmmm... —es lo único que consigo decir.

Me tumbo y pasa por encima de mí, para colocarse en su lado de la cama. Nos tapa con las sábanas. Me giro hacia él, que pasa su brazo izquierdo por debajo de mi cabeza. Me acoplo a su cuerpo, su pecho es mi mejor almohada, mi mano sobre sus duras abdominales. Subo y acaricio el poco vello de su pecho y así me duermo, enrollada en él.

Por la mañana me despierto con la luz del sol. Ha llovido durante toda la noche, pero ahora brilla el sol intensamente. Sigo en la misma posición, enredada en su cuerpo, las piernas cruzadas unas entre otras. Somos una enredadera humana. Todavía con los ojos cerrados, inspiro hondo su olor y paseo la punta de mi nariz por su piel. ¿Cómo puede desprender ese olor y esa temperatura? Nos mantiene calientes a los dos. Abro los ojos sin mover la cabeza y lo miro, sus largas pestañas cerradas, un abanico negro y espeso que encierra el mayor de los lagos de agua turquesa, más azules que verdes, únicos. Pongo la barbilla en su pecho mientras sigo admirándolo. Su pelo negro, corto por los laterales pero un poco más largo en la parte de arriba, perfecto para que mis dedos se paseen y se enreden. Su nariz recta y perfecta para sus facciones. Esos labios..., ¡oh, esos labios!, son mi perdición, carnosos, duros y a la vez suaves. Los tiene entreabiertos, respira suavemente. Me fijo en su oreja: tiene una pequeña marca de un agujero de pendiente ya cerrado. Vuelvo a mirar sus ojos y me quedo embobada. De repente los abre y clava su mirada en mí. Se mueve y nos ponemos cara a cara estirados de lado, las piernas siguen entrelazadas. Con su mano derecha me acaricia el cuello y la cara.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa. ¿Sabes lo bonita que estás cuando duermes y

recién levantada?

—Tú si que estás precioso cuando duermes. Te estaba mirando.

—Ya lo sé. Yo estaba mirándote a ti. Me he hecho el dormido al ver que empezabas a mover las piernas. Siempre lo haces antes de despertarte, como si quisieras caminar antes de levantarte.

—¿Ah, sí? ¿Eso hago?

—Sí.

—¿Y para qué te has hecho el dormido?

—Para ver si a ti también te gusta mirarme cuando yo duermo.

—Pues sí, no puedo resistirme a ti.

Sus dedos acarician mis labios. Me acerco a él para darle el beso de buenos días.

—Voy al lavabo un momento y vuelvo para desayunarte.

Cuando saca las piernas y se levanta veo que tiene un muslo manchado de sangre.

—¡Oh, Will, tienes sangre! —Se mira y se examina en busca de herida, pero no tiene ninguna.

Entonces levanto las sábanas y me miro yo. ¿Me ha bajado la regla antes de tiempo? No puede ser, si faltan dos días tomando la píldora y después tres más hasta que me hubiera bajado.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

—Lo siento.

Me levanto pidiéndole disculpas por haberlo manchado y paso por su lado para ir a la ducha a lavarme. Me coge de la mano y me levanta la barbilla para que lo mire.

—¿Cath, estás bien? ¿Tenía que bajarte ya?

—No, hasta el domingo no la esperaba. No sé que ha podido pasar. Puede que por los nervios, el cambio de vida de este último mes... La verdad es que no lo sé. Voy a darme una ducha.

—Ok, pasa tú primero. Te espero.

—Gracias. —Le doy un pequeño beso en los labios y entro en el cuarto de baño.

Busco mi neceser. No recuerdo si llevo algún tampón o alguna compresa. ¡Ay, Dios, qué vergüenza! Lo he manchado de sangre. “Si no durmierais con su pierna tocando tu sexo eso no habría pasado”, me recuerda mi cerebro. Y tiene razón. Me meto en la ducha. Dejo caer el agua caliente sobre mí. Me empapa el pelo y todo el cuerpo. Cojo mi champú y froto el cuero cabelludo. La espuma pasa por mi larga melena. Mmmmm, qué bien sienta esa presión de los dedos en mi cabeza. La gran ducha en forma de cascada retira la espuma en un momento. Me pongo la mascarilla y desenredo con el peine de púas anchas. Ahora cojo su gel de baño, pongo una pequeña cantidad en mi mano y hago espuma para pasarla por mi cuerpo. Primero el cuello, los hombros, mis pechos... Mis pechos están más sensibles cuando me baja el periodo. Lo siento en mis pezones, que se erizan con el suave contacto de mis manos llenas de su jabón. Cierro los ojos e inspiro: huele a él. Imagino que es él quien me está lavando. Mis manos bajan por mi vientre y pasan por mi sexo. Limpio bien deslizado un dedo por los labios y más atrás. Después paso mis manos por las nalgas y por el centro, y recuerdo lo que hicimos ayer. Fue increíble y no me duele nada. Siempre había tenido miedo a probar otros juegos sexuales, pero él sabe muy bien cómo hacerlo. Cada vez me voy sintiendo más caliente, y no es por el vapor ni por la temperatura del agua. Y lo llamo...

—Will, ¿puedes venir un momento?

WILL

Estoy detrás de la puerta por si me necesita cuando me llama. La abro y la veo en la ducha, con el pelo pegado a la cara y la melena por su espalda. Mi polla se levanta al instante y apunta a su cuerpo. Ella se da cuenta y baja la mirada para ver la reacción que tiene en mí. ¡Oh, sí, nena! Eso consigues hacerme. Sin tocarme, sin escucharte jadear, me pones duro cómo una barra de acero.

—Dime, ¿estás bien?

—No del todo. ¿Puedes venir aquí conmigo? —Me hace pucheros.

Sonrío y voy hacia ella. Abro la puerta de cristal de la ducha y entro con ella. Viene hacia mí levantando los brazos y los posa en mi cuello, mientras sus preciosas tetas mojadas se pegan en mis abdominales superiores. Tierna contra duro, qué sensación tan agradable. Pongo mis manos en su culo y la acerco más a mí mientras muevo la pelvis apretándola con lo que sé que le gusta.

—¿Mejor ahora?

—No, todavía no.

Baja sus manos por mis pectorales. Aprieta y toca mi vientre duro. Sin dejar de mirarme llega hasta mi pene y coge la punta con su pequeña mano. ¡¡Joder!! Podría correrme así, con el simple hecho de que me la roce. ¡Ooooh! Y ahora más cuando pasa su pulgar por mi capullo mientras se chupa los labios y me mira hambrienta. Planta un beso en medio de mi pecho y cae de rodillas al suelo de la ducha. El agua le cae por la espada. La mira deseosa mientras la acaricia de arriba a abajo.

—Dios, Catherine, nena, me matas haciendo eso.

—¿Sí? A ver así —pregunta, inocente.

Acto seguido saca su juguetona y mojada lengua, y empieza a chuparme la polla de esa manera deliciosa e inocente que tiene de hacerlo. Parece que le guste el cucurucho que le ofrezco. Lame la punta mirándome fijamente y después poco a poco veo cómo desaparece en su boca. Pongo mis manos en su pelo empapado y la muevo, despacio, no quiero hacerle daño. Sé que este tamaño no le entra a cualquiera y ella lo hace despacio pero muuuy bien. ¡Ooh, sííí! Ahora con una mano acaricia mis huevos y con la otra sigue tocando mi base, la parte que no le entra en la boca. Jadeo y no dejo de mirarla, cómo entra y sale, sube hasta la punta y absorbe. Parece que la estuviera envasando al vacío.

—Joder, nena, levanta del suelo y ven aquí.

—Déjame acabar —dice, lamiendo toda la longitud.

Vuelve a bajar y mordisquea mis huevos. Los tengo tan apretados que parece que vayan a explotar. Sigo moviendo mis caderas cuando vuelve a introducirla en su boca. Ahora lo hace con ganas, sabe que me falta poco para correrme y quiere su premio. Me encanta que sea dulce, educada, graciosa... pero cuando estamos solos me vuelve loco siendo así de viciosa y activa. Yo estoy viciado de su cuerpo, de ella enteramente, y a ella parece pasarle lo mismo conmigo. Es una diosa. Va por ahí como si nada, sin darse cuenta de lo atractiva que es. Y me vuelve loco.

Baja hasta abajo y la noto en su garganta.

—Ostia, Cath, me voy a correr. Para si no quieres que lo haga en tu boca.

¡¡Dios!!! Aprieta más fuerte, quiere que me corra y que lo haga ya, y eso hago, dos chupadas más con meneo de huevos y me dejo ir en ella, silbando su nombre y gruñendo. Ella sigue ahí, de rodillas, acabando lo que ha empezado, sacándola lentamente de su boca y entreteniéndose con mi punta. Después me mira y planta un dulce y casto beso en ella.

La ayudo a levantarse y le cojo la cara con la dos manos.

—Te amo, Catherine.

Sus ojos negros buscan en los míos. Sonríe y besa mi mano izquierda.

—Te amo, William.

¡Joder, cómo me gusta que diga mi nombre completo con un “te amo” en la misma frase! Le paso la lengua por los labios. Los abre, sabe lo que quiero y me deja entrar para que saboree mi gusto en ella. El beso se vuelve desesperado, hambriento. Levanto su pierna derecha y la cojo por la parte de atrás de la rodilla. Apoyo su espalda en la pared y me pego a su cuerpo.

—¿No te molesta que tenga la regla?

—Si a ti no te duele, no.

—Pues hazme el amor de una vez —gruñe mientras estira de mis ojeras hacia abajo.

Me coloco y la penetro poco a poco, no quiero hacerle daño. ¡Joderrr! Normalmente está mojada y es delicioso, pero, ahora que tiene la regla, esa sensación de sus músculos internos apretándome con esa suavidad me desarma. Sigo moviendo las caderas, haciendo círculos en ella y llegando hasta arriba.

Ella abre su pequeña y dulce boca en una O. Mira hacia abajo y ve cómo entro en ella mientras sus manos se apoyan en mis pectorales y me soba de ahí al cuello y de nuevo a al pecho. Mueve sus manos por todo mi torso e incendia cada milímetro de piel que toca. Jadea y se queja.

—Will, más fuerte, más rápido.

Y le doy lo que quiere. Salgo poco a poco dejando solo la punta dentro de ella y entro de nuevo fuerte, hasta el fondo.

—¡Ooh, sí, Will! Fóllame así.

—Lo que tu digas, nena. Aquí hay Will para ti, todo entero solo para ti.

Ahora se lleva las manos a los pechos y se los toca. Se excita tirando de sus pezones como le gusta que yo le haga. Me encanta ver cómo se toca ella misma. Le muerdo los labios y nos chupamos, chocando lengua con lengua, mientras no dejo de penetrarla duro y rápido. Sé que le falta poco para correrse, apenas puede respirar. Sus jadeos son constantes. Bajo la otra mano y la cargo por el culo. Se enrolla en mi cintura como una boa. Se deja caer y se llena entera, echando la cabeza hacia atrás, apretándose al máximo contra mí. No paro mi movimiento.

—Vamos, cariño, córrete para mí.

—Joder, eso quiero. Así... así... ¡Oooh, síí!

Y estalla alrededor de mi polla. Noto cómo se agarra su vagina a mí y me corro con ella, devorándole la boca.

LA VUELTA

Nuestra semana ha sido perfecta. Sin contar con el susto que me llevé al bajarme la regla antes de tiempo, todo ha sido genial. Hemos tenido tiempo de conversar de muchas cosas. Le gusta el equipo de béisbol de los Yankees y para la NBA prefiere a los NY Knicks. Conoce algo del fútbol europeo y me cuenta que hace poco se encontró a David Villa, exjugador del Barcelona, por Central Park.

Hemos hablado de sus amigos, compañeros de trabajo. Dice que son una gran familia. Las vidas de uno están en las manos de los otros cuando tienen que trabajar. Pocas veces se ha tenido que enfrentar a grandes incendios o a alguna gran catástrofe, ¡gracias a Dios!

Cuando estábamos entrando en Manhattan me ha preguntado si quería pasar por mi casa antes de ir a la suya para coger algo de ropa. Yo creía que

me llevaría allí directamente. Parece ser que quiere que me quede en su apartamento. Quiere disfrutar de mí todo lo que pueda antes de que se le acaben las vacaciones y vuelva a los horarios de 24 horas de trabajo diarias, aunque después tenga dos días de fiesta. Para él es muy importante vivir el momento, hacer lo que te dicte el corazón o el instinto, ya que el día menos pensado te vas, se acaba todo y no puedes recuperar el tiempo perdido. Supongo que con lo que le pasó a su padre su percepción de cómo hacer las cosas en la vida cambió. Sus padres estaban muy unidos, se amaban locamente. Antes de nacer él su madre tuvo dos abortos y lo pasaron muy mal en cada uno de ellos. Y cuando por fin nació Will no quisieron tentar más a la suerte.

Su primo James, el pelirrojo, tiene su misma edad, se llevan dos meses de diferencia. Will nació el 1 de noviembre y James el 18 de enero.

Al llegar a su apartamento, después de haber pasado por el mío a por ropa y algunos libros, he vuelto a tener wifi y James ya me había enviado solicitud de amistad en Facebook. Está siguiéndome en Instagram, le acepto la solicitud. Will, por el contrario, no tiene cuenta de ninguna de las dos redes.

Antes de poder preguntarle ya me ha dicho dónde podía colocar mi ropa. Me ha hecho un sitio en su cajón de la cómoda para la ropa interior y otro estante en el armario para camisetas, pantalones. También un sitio en la barra para colgar un par de vestidos que he traído. Es tan perfecto... El detalle que tuve con la dependienta que me ofreció la lotería me parece poca cosa en comparación con lo que yo saco, porque el dinero me da completamente igual: su amor es lo que me llevo. Aunque claro, sin el dinero no podría estar aquí. Había dejado mi trabajo pero tampoco había pensado en venir aquí a trabajar y ganarme la vida después de despedirme de mi anterior trabajo. No creo que me hubiera embarcado en algo así yo sola.

Con Natalia y Ana, mis mejores amigas en España, lo hablamos alguna vez, eso de irnos las tres a Alemania o a Inglaterra a buscarnos la vida como emigrantes por Europa. Ellas acabaron conociendo a alguien y casándose. Natalia se fue a vivir a Lugo, a su marido lo destinaron allí; Ana se fue a Escocia y vive feliz con su *highlander* y sus dos mellizos, niño y niña, pelirrojos como su padre. El resto de la historia ya la conocéis. Gracias a Dios, yo me vine aquí. Esto es el sueño americano para mí. Si me encuentro con Sarah Jessica Parker le diré que yo también llegué a Nueva York buscando el amor y puedo decir que lo he encontrado. No quiero tener miedo a decirlo porque, aunque no sepa cuanto durará esto, sé que es amor. Nunca he sentido antes lo que siento por él, fuerte, palpitante, desbocado, anhelante amor. Es más fuerte que la misma gravedad lo que me ata a él.

Después de comer, llamo a mis padres. Allí deben estar cenando. Le he pasado algún *whats* estos días a mi madre diciéndole que estaba bien, conociendo la ciudad... Mentirijilla piadosa... Si le digo que he conocido a un hombre de casi dos metros, musculoso, fuerte como el acero y que me he ido con él a pasar una semana en medio del bosque... le da un jamacuco a la pobre mujer.

Me cuenta que están muy bien. En Cádiz no se vive como en el norte. Disfrutan de los amigos de infancia, a los que han reencontrado. Tienen tiempo para pasear y para descansar, que después de estar toda la vida trabajando ya se lo merecen. Mi padre no se hace tanto con la gente, es más reservado, pero le hace feliz ver a mi madre contenta. Además, en el terreno de la casa nueva se ha hecho un poco de huerto y pasa medio día ahí liado con sus herramientas, sus plantas, sus lechugas... Sí, él es feliz así, ¿por qué no?

Después de hablar con mi madre, le paso un *whats* a Alba para preguntarle por un ginecólogo de confianza. No sé si seguir tomándome la píldora o quizá probar con otro método. Los condones me escuecen y los tengo descartados... Y la verdad, ahora que lo he sentido piel con piel, no quiero nada que se interponga entre nosotros en ese momento.

Alba: ¿Ginecólogo? Tú estás loca. ¿Qué has hecho en una semana que llevo en Chicago?

Catherine: Nada, tonta. La regla se me ha descontrolado y quiero hacerle una visita. Nada de niños por ahora.

Alba: Por ahora, ¿eh? Eso quiere decir que más adelante si habrá algún pequeño bombero como su padre dentro de ti.

Catherine: ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal tú con James? Un pajarito me ha dicho que viajó hasta Chicago para verte este fin de semana...

Alba: Muy bien. Es un chivato. Ahora te paso el contacto del ginecólogo. Dile que llamas de mi parte. La secretaria es amiga mía. A ver si así te da hora de visita lo antes posible.

Catherine: ¡Gracias, *amore!* Disfruta. ¡Muuaks!

Llega el mensaje con el contacto del doctor Stone. Su secretaria se llama Alexandra. Llamo y pregunto por ella. Me presento y digo que llamo de parte de Alba.

—¿Te han visto antes aquí?

—No, esta sería la primera vez.

—Ok. Tenemos suerte, acaban de cancelar una visita para esta tarde a las cinco y media. ¿Te va bien?

—Perfecto.

—Entonces, hasta dentro de un rato.

Voy a buscar a Will. Está en su despacho mirando algo en su ordenador.

—Guapo, a las cinco y media tengo hora con el ginecólogo.

—¿Ginecólogo chica o ginecólogo chico?

—Existe la palabra ginecóloga para cuando la especialista es una mujer...

—Vale, ¿y no podía ser una chica? —Mueve la silla giratoria y me siento en su regazo.

—No me voy a acostar con él. Soy yo la que tengo vergüenza por tener que espatarrarme y enseñarle mis partes. Además, es una suerte que me hayan dado hora para hoy mismo.

—Está bien, yo te llevaré.

—¿Seguro que quieres venir? ¿No prefieres quedarte un rato tranquilo y no tener que soportarme? —Me acerco y huelo su cuello, cerca de la oreja.

—La verdad es que sí, mejor me quedo aquí.

Me enderezó y lo miro: está serio. Asiento y, cuando voy a levantarme de sus piernas, me agarra con fuerza y vuelve a bajarme los dos centímetros que había levantado el culo. Su sonrisa muestra sus dientes blancos mientras me dice:

—Ni de coña voy a dejar que vayas tú sola a que un tío te meta algo dentro.

—Pensaba que lo decías en serio. ¡Tonto! —Le doy un golpe con mi hombro en su brazo y ni se mueve—. Me acompañas, pero no vas a estar delante cuando el médico me haga la revisión. Eso lo sabes, ¿no?

—Ya veremos. —Me da un cachete en el culo.

—Voy a prepararme.

Antes de levantarme de sus piernas, le cojo la cara con dos manos. Nos miramos fijamente, él busca en mis ojos y yo en los suyos. Me pierdo en ellos. Es como cuando acercas una caracola a tu oreja y puedes escuchar el mar. Yo siento algo cuando nos miramos fijamente. Me transporta a otro lugar, pero no sé explicarlo. Solo sé que me encanta. Nos damos un suave beso y me voy hacia la habitación a vestirme.

—El taxi está en la puerta. ¿Estás lista?

—¡Voy!

Está sentado en el sofá escuchando las noticias. Levanta la cabeza y me mira cuando me acerco a él.

—¿Sabes lo que provocas en un hombre con esos pantalones?

Doy una vuelta de 360 grados moviendo bien el culo.

—No, ¿qué les pasa a estos pantalones? —Se levanta despacio, me coge del culo y se pega a mi cuerpo como una lapa. Noto su erección.

—Esto es lo que pasa cuando tu culo se mueve ahí adentro y te contoneas de esa manera.

—Eso solo lo he hecho para provocarte. No camino así por la calle. —Me pongo de puntillas para acercarme a su boca y besarlo. Sigue con las manos en mi culo, me levanta y subo los centímetros que me faltan para llegar a sus labios.

—Mmmmm, qué bien sabes. Luego te voy a comer.

—Will, ¿para qué me excitas? No quiero llegar a la consulta con las bragas mojadas. ¿Qué crees que pensaría de mí el doctor si me ve empapada? ¡Qué vergüenza!

—Mierda, tienes razón. Pero piensa en lo que te he dicho, para más tarde.

—Para más tarde. Vamos o el taxi se largará. ¡¡Au!! —grito cuando me

da un cachete en el culo.

Veinte minutos más tarde llegamos a la consulta, toda ella blanca y decorada con alguna orquídea en tonos rosados y lilas, varias esculturas e imágenes del cuerpo femenino. Solo nos hacen esperar cinco minutos. Esto en España, no pasa ni cuando vas a una mutua privada. Miro a Will, que no me ha soltado la mano en todo el trayecto, ni dentro del taxi ni una vez hemos llegado aquí. Entra conmigo en la consulta.

Cuando paso y veo al doctor me cago en tó lo que se menea.

Esta me la guardo y bien guardada para devolvérsela a Alba en cuanto tenga la más mínima posibilidad. Seguro que se ha acostado con él. La conoceré yo...

El doctor es, bueno, literalmente, para caerse muerta. Joven, mucho más joven de lo que hubiera imaginado nunca. Una piensa que un ginecólogo tiene que ser un señor de cierta edad, no que pudiera ser tu padre, pero casi, un señor nada atractivo... y no un hombre joven, de ojazos verdes, que podría gustarle a cualquier mujer. Llamadme tonta, pero me da mucha más vergüenza enseñarle mis partes a un ginecólogo de estas características que a otro que se pareciera más a mi padre.

Will aprieta más la mano. La suelta por educación para saludar al doctor después del codazo que le he dado al ver que no le daba la mano. Yo lo he

saludado educadamente.

Nos sentamos y le explico más o menos mi historial: ninguna enfermedad, primera regla a los doce años, dolores menstruales normales, sangrado normal... hasta ahora tomando la píldora... el periodo se me ha adelantado de tres a cuatro días. Decide hacerme una eco para ver mis ovarios. Después me hablará de los anticonceptivos que quiero tomar.

Gracias a Dios hay una cortinilla que tapa la zona de las “inspecciones”. Will me mira con mala cara cuando entro en el pequeño aseo para desnudarme y ponerme una bata muy mona de color lila, la típica bata de “quítatelo todo y átatela por delante” que te dan en todos los centros ginecológicos. Salgo del aseo, bastante nerviosa, y veo a mi Penetrante muy serio, está pensativo.

Me acerco al potro y me estiro, con el culo al final del sillón y las piernas completamente separadas. La enfermera me cubre con una sábana la parte baja del vientre y las piernas.

El doctor aparece, se sienta delante del ecógrafo y coge la sonda. Hace girar una ruedecillas en el control de mando del aparato antes de explicarme que me va a hacer una ecografía transvaginal, indolora, para poder ver bien mis ovarios y mi útero. Me coloca el espéculo, ese aparatito tan adorado por las mujeres, y después introduce con mucho cuidado la sonda. Oigo a Will toser cuando suenan las palabras “introducir” y “transvaginal”.

—Bueno, señorita García, ya puede incorporarse y pasar a vestirse.

Así lo hago. Paso al aseo, hago un pis y al limpiarme veo que mancho un poco. Es normal después de la intrusión. Dejé de manchar por la regla ayer a mediodía. Me visto y salgo a sentarme al lado de Will. Me acerco a darle un casto besito en los labios y me siento a su lado. Vuelve a cogerme la mano izquierda y me acaricia con su pulgar.

—Está todo bien. Los cambios en los ciclos menstruales pueden darse por varios factores, uno de ellos el estrés, un cambio en la forma de vida... No hay de qué preocuparse. Si quiere iniciar otro método anticonceptivo debe esperar a su próxima regla y en el primer día de la misma comenzar un nuevo blíster de píldoras, o si quiere puedo ponerle un implante que va liberando las hormonas sin que usted lo note.

¡Ja! ¡Qué gracioso! Sin que lo note dice... Una bomba de hormonas revolucionando mi cuerpo a todas horas...

—No, mejor esperaré y empezaré un nuevo blíster de píldoras.

—Tenga en cuenta que desde ahora y hasta que finalice el primer blíster y tenga su segunda regla, debe utilizar otro método anticonceptivo, en caso de que tenga relaciones sexuales. —Mira atentamente a Will y después a mí.

—Perdone, doctor, ¿no podría inyectarle las hormonas de forma trimestral? ¿Existe la posibilidad de ponerle esa vacuna hoy? —lo miro alucinando. ¿Qué sabe este hombre sobre anticonceptivos?

—Sí, si a la señorita le parece bien.

—¿Quedaría protegida desde el primer momento?

—En doce horas, si no hace más de cinco días de su regla más reciente. Si fue el pasado miércoles, este sería el último día para que fuera efectivo.

—Esta bien, utilizaré este método. —Miro a Will, ahora parece más relajado que hace diez segundos.

Después de pagar nos marchamos. Bajamos solos en el ascensor. Me mantiene abrazada y pegada a su cuerpo, pasando su mano por mi brazo.

—¿Como estás? ¿Te duele algo?

—Bien, no sufras. No es la primera vez que me hacen una ecografía transvaginal. —Levanto la cara para mirarlo y le sonrío.

—Tú no sabes lo que me ha costado controlarme cuando he escuchado eso de “introducir” algo en ti.

Acaricio su pecho por encima de su cazadora de cuero, tranquilizándome a mí, oliéndolo y tranquilizándolo a él mientras lo toco.

—Ya te dije que me esperaras en la salita, no hacía falta que entraras. Si fuera una eco morfológica para ver a nuestro bebé, vale, pero no para una visita relámpago.

Salimos del ascensor y vamos hacia la calle.

—Me gusta eso de “nuestro bebé”, pero todavía no, quiero disfrutar de ti al máximo. Las mujeres cuando sois madres abandonáis el lecho conyugal para dormir dentro de la cuna con el apartamaridos... Si no ya se lo preguntarás a Erik y Lorena.

—Primero tendré que saber quiénes son Erik y Lorena.

—Y lo sabrás. Este sábado hay barbacoa en casa de Sam y Julia. ¿Vendrás conmigo?

Vaya, ¿me va a presentar en sociedad?

—Si tu quieres que vaya, sí.

—Pues vienes.

Me para en seco en medio de la acera y tira de mi muñeca para dejarme, una vez más, pegada a su cuerpo. Pongo mis manos en su pecho y, mirándome fijamente baja su cabeza y nos besamos apasionadamente. Escucho un par de murmullos de alguien que tiene prisa y al que hemos entorpecido al pararnos en mitad de la acera para satisfacer momentáneamente nuestras ganas de besarnos.

—¿Qué te apetece hacer?

—Me apetece pasear contigo y después cenar. Llévame a algún sitio que a ti te guste.

—Eso está hecho, morena. Hoy cenarás la mejor hamburguesa que hayas probado nunca.

Vamos paseando tranquilos, cogidos de la mano. Le explico mi primera visita al ginecólogo con dieciocho años. Aquello sí que fue penoso. Ahora soy una mujer y, aunque todavía me dé vergüenza, no tengo el miedo que tenía cuando era una cría, por más adulta que yo creía que era.

Él me explica las duras pruebas que tuvo que pasar para entrar en el Cuerpo de Bomberos. Son muy exigentes y tienes que estar muy bien preparado.

Llegamos a Smith's Bar, *Hell's kitchen*. Está bastante lleno, pero enseguida nos buscan una mesa para dos. Hoy cenaremos pronto. Todavía tengo los horarios de España y ceno, para la costumbre de aquí, bastante tarde. Pedimos la bebida: agua para mí, Coca-Cola Zero para él.

—¿Qué me recomiendas?

—Todas están muy buenas, y traen patatas fritas de acompañamiento.

—Mmmm... patatas...

—Tienes hambre, ¿eh?

—Más de otra cosa que de hamburguesa la verdad —digo, distraída mirando la carta, como si eso no fuera a afectarle.

—Ya somos dos. El postre lo tomaremos en casa. —Le paso el pie por las piernas, juguetona, mientras nuestras manos entrelazadas hacen lo suyo.

—Entonces, ¿barbacoa este sábado? Háblame de tus amigos, ¿cómo son? ¿Todos tienen pareja? ¿Todos son bomberos? ¿Se reirán de mi acento?

—De una en una, nena. No te pongas nerviosa, nadie se va a reír ni de tu acento ni de nada. Eres encantadora, creo que con las chicas te llevarás genial y con los chicos también. Erik y Lorena llevan juntos diez años. Él tiene un par de años más que yo y ella mi edad. Han tenido un bebé, llamado cariñosamente “el Alejamarido” por nuestra unidad. El nombre real es Alex. El pobre Erik lleva tiempo sin tener sexo con su mujer y está que se sube por las paredes. Ya sabes cómo somos los tíos, necesitamos meterla en caliente todos los días.

—Me hago una ligera idea, sí.

—La quiere con locura, pero no están en su mejor momento. Creo que ella tiene algo de depresión post parto.

—Entonces, lo que necesita Lorena es que su marido sea comprensivo con ella y la ayude a superar ese bache, no que la presione para tener relaciones.

—Te doy la razón. No es que él no lo haga, pero eso no quita que la desee. Será cuestión de tiempo que vuelvan a su rutina.

—Seguramente.

—Sam y Julia se conocieron hace seis meses y van muy en serio. Se fueron a vivir juntos a los dos meses. Para compartir gastos, ya sabes. Tienen una pequeña casita en Brooklyn y es allí dónde iremos. Él también es bombero; ella, abogada. Creo que también vendrá John y, que yo sepa, no

tiene pareja. Julia traerá a una amiga para que sea su pareja.

—¿Tenemos que llevar algo? Puedo hacer un *bundcake* o *cupcakes*.

—Pensaba llevar una botella de vino para los que beben. No te molestes, no hace falta que lleves nada.

—No es molestia, lo haré encantada. —Sonreímos y lleva mi mano a su boca para besarme los nudillos. Solo con ese gesto me incendia. Una llamarada me recorre el cuerpo desde mi mano izquierda hasta mi sexo, y ya me siento mojada.

—¿Te he dicho que me encantas?

—Sí, pero me gusta escucharlo. —Le guiño el ojo.

—Me encantas, me encantas, me encantas, me en...

—¿Han decidido ya? —interrumpe el camarero. Will no deja de mirarme y acaba lo que estaba diciendo.

—Me en-can-tas. ¡Sí, lo tenemos! Tráenos dos de estas, una mediana y una tamaño XL para mí. Y unos aros de cebolla con salsa barbacoa. Gracias.

—Hamburguesa XL para chico XL.

—Ya lo sabes, mi amor. Tamaño extra, solo para ti.

—Eres un marrano... —le regaña, haciéndome la ofendida por el tono de su comentario.

—Pero te encanta, ¿a que sí?

—Demasiado.

Al poco, aparece el camarero.

—Chicos, aquí están vuestros platos. ¿Alguna cosa más?

—Todo bien. Gracias.

Pongo un poco de mayonesa en mi plato y unto una patata frita. ¡Qué bien puede saber un simple tubérculo cortado en tiras y frito! Mmmmm...

Will ha dado su primer bocado a la megahamburguesa. Veo los trozos de tomate, lechuga y queso sobresaliendo por los laterales. Debe pesar medio kilo por lo menos. Está masticando y veo que tiene un poco de salsa manchando la comisura de la boca. Estiro mi mano y con el dedo índice le quito el resto de comida y lo llevo a mi boca. Saco la lengua para chupármelo y se le oscurece la mirada.

—Vas a conseguir que me trague la hamburguesa de golpe como si fuera un pavo y que te arrastre hasta casa para desnudarte y hacerte el amor.

—¡¡Ah, no!! Déjame comer y luego ya me haces lo que quieras.

—¡Ja, ja, ja! Pues no me provoques más. Y no tardes en comer.

Le hago una mueca, riéndome de él. Yo también anhelo llegar a casa para estar con él.

Acabo de comer y me levanto para ir un momento al aseo. Bueno, eso es lo que cree mi Penetrante; en realidad, voy a pagar. No me ha dejado pagar nada y no me siento cómoda dejando que él se haga cargo de todos los gastos; además, estoy en su casa cuando estoy pagando un alquiler. Supongo que cuando se le acaben las vacaciones echaré en falta no dormir con él. Vuelvo a la mesa. Está de pie hablando con una chica. Metro sesenta, es más baja que yo, delgada, muy guapa de cara, pero no tiene ni culo ni tetas. Es mayor que yo. Él parece que está cabreado. Sus cejas casi se tocan y tiene sus preciosos labios apretados.

—Ya estoy aquí —digo, poniéndome a su lado. Ella me mira de arriba abajo, y me sonrío falsamente. Creo que en mi cara ella puede ver la misma falsedad de mi sonrisa. Él pasa su brazo por mi cintura y me acerca a su cuerpo.

—Piensa en lo que te he dicho, Will.

Se gira y se va. Él hace el gesto de volver a sentarse y le digo que ya nos podemos ir, que ya he pagado la cuenta.

—Joder, Catherine, no hacía falta que pagaras.

—Joder, Will, no hace falta que te cabrees por cuarenta dólares. ¿Quién es esa?

Me coge de la mano y tira de mí para salir del local. Me abrocho la cremallera de la chaqueta. Hace un poco de aire y tengo frío.

—Esa no es nadie.

—¿Ah, nadie? Nadie era con quien hablabas el otro día de madrugada. ¿Es la misma Nadie, Will? —Empiezo a pensar que me toma por tonta.

—Catherine, no quiero discutir contigo. Deja el tema.

—No, Will, estamos empezando y no quiero secretos. Yo no los tengo contigo. ¿Por qué hablabas a escondidas y de madrugada con ella y ahora estabas ahí adentro con un cabreo de la hostia? ¿Es alguna de tus ex?

—No es mi ex, porque no ha sido mi novia. Antes que tú solo tuve una novia con diecinueve años, duramos seis meses. Lo demás han sido follamigas.

—Gracias por ser tan explícito. Creo que prefiero no saberlo.

Seguimos caminando de la mano, en silencio. ¡Joder, cómo ha cambiado el ambiente entre nosotros! Para a un taxi y pide que nos lleve a su casa. Durante el trayecto hago el esfuerzo de no darle vueltas al asunto de sus anteriores follamigas, pero no puedo dejar de verlo con esa asquerosa mujer encima haciéndole el amor como yo se lo hago ahora. Respiro profundamente para calmarme. ¿Por qué me pasa esto? Yo nunca he reaccionado así.

—No le des más vueltas, nena.

—Sí se las doy. ¿Por qué te llamó en mitad de la noche? ¿Tan desesperada está que no podía esperar a llamarte de día? ¿O siempre te ha llamado de noche?

—Catherine, me la follé una sola vez a finales de agosto. Punto. No significó nada para mí, solo un polvo de media hora. Ni siquiera dormimos

juntos.

Me habla muy serio y cabreado. Hasta ahora nunca había utilizado ese tono conmigo. Como buena cabezona que soy, mi cabreo no hace más que crecer en lugar de aplacarse. Prefiero mantener la boca cerrada y no liarla más.

Cuando llegamos a su edificio, paga al taxista y aguanta la puerta para que yo salga.

Me tiende la mano y se la cojo. Entrelazamos los dedos. Ya estoy más tranquila que hace quince minutos. No quiero darle más vueltas.

—Buenas noches, señor Carter. Señorita... —nos saluda Ricardo, el portero.

—Buenas noches —contestamos los dos a la vez.

El ascensor está en la planta baja y entramos sin tener que esperar. Subimos las doce plantas en silencio. Nuestras manos siguen unidas. Su piel irradia calor a todo mi cuerpo. Se abren las puertas y, antes de salir, Will me abraza por la cintura y nos miramos fijamente.

—No quiero discutir más contigo. No esta noche, no por ella ni por ninguna otra. Solo existes tú para mí.

—Si tú me dices que no tengo que preocuparme, ok, no lo haré. Confío en ti.

Me acerco a su cuerpo buscando su calor y me abraza fuerte. Pego la cara en sus pectorales y me rodea con esos brazos fuertes y protectores. Ya no recuerdo qué cara tenía la mala puta esa.

Entramos en el apartamento y separamos nuestro abrazo. Mientras él va a la cocina a por un vaso de agua, yo paso al cuarto de baño a desnudarme y lavarme los dientes. Estoy desnuda, de cara al espejo con el cepillo eléctrico en la boca. Entonces lo veo por el espejo acercarse al sillón que tiene en la habitación. Se descalza empujando una zapatilla con la punta de la otra y empieza a desabrochar su camisa. Es cuando gira su cabeza y me ve. Veo sus ojos bajar mirando mi cuerpo desnudo y detenerse a la altura de mi culo. Se saca la camisa por la cabeza y desabrocha el botón de su pantalón. Está impresionante desnudo: su piel morena, sus músculos marcados, los hombros redondos, unos pectorales fuertes y anchos... No puede gustarme más.

Y esas abdominales, mi tableta de chocolate perfecta, se inclina y saca las piernas del pantalón y los deja en el suelo. Viene hacia el cuarto de baño, desnudo completamente, como yo. Se coloca detrás de mí, sin tocarme. Nuestras miradas se encuentran en el gran espejo de pared.

—¿Qué haces?

—Me preparo para dormir. —Abro el grifo y me enjuago la boca, aclaro

el cepillo y lo dejo en su base, cargando la batería. Me seco la boca con una toalla y cojo una goma para recogerme el pelo antes de meterme en la cama.

Al levantar los brazos para subir mi melena en un moño alto, se acerca a mí y me roza con su caliente y duro capullo en el culo. Mi respiración se vuelve dificultosa al instante. Antes de conseguir que el pelo pase por la goma, él pasa sus manos a mis pechos y los aplasta suavemente, jugando con mis pezones. Seguimos mirándonos a través del espejo. Esto es muy excitante.

Dejo el moño mal hecho y echo la cabeza hacia atrás, para apoyarla en su hombro. Cierro los ojos para disfrutar del placer que me provoca.

—Abre los ojos, Cath, y mírame. Mírate.

Jadeo y hago lo que me pide. Bajo mi mano y, llevándola hacia atrás, le cojo el pene y empiezo a masajearle la punta. Aprieto con el pulgar en su centro. Él sigue haciendo magia en mis pezones: los estira y masajea los pechos con la mano abierta. Empieza a gruñir cuando vuelvo mi caricia más firme y fuerte. Baja su mano derecha por mi vientre, apretando bien por todo el camino hasta que llega a mis labios inferiores. Cuela un dedo entre medio y acaricia mi clítoris. Vuelvo a cerrar los ojos ante las descargas de placer que siento.

—Ábrelos, Catherine. No dejes de tocarme.

—Joder, Will, voy a arder en cualquier momento.

—Para eso estoy aquí, para apagarte.

Sus ojos azul turquesa vuelven a encontrarse con mis ojos negros en el espejo. Sigo moviendo la mano arriba y abajo. Veo sus labios entreabiertos, al igual que los míos. Jadeo, siento su respiración agitada en mi piel. Echo el cuello hacia un lado y le doy acceso a él. Sabe que me vuelve loca que me lo chupe y lo hace. Veo su lengua rosada y mojada pasearse por mi piel y, ¡Diossss!, no puedo más, necesito más. Bajo mi mano hasta la suya y la llevo a mi entrada. Quiero que meta ya algo en mí, dedos o polla..., pero ya. Me retuerzo contra su cuerpo. Dejo de tocarle su sexo porque quiero girarme y comérmelo, pero no me deja. Me pega a él, pasa su caliente polla por mis nalgas y se queda ahí en medio rozando la entrada de mi vagina y sus dedos que están dentro. Me inclina hacia delante y va sacando los dedos. Con su otra mano se sostiene a sí mismo y la deja justo en el lugar para meterme la punta, justo en el momento que retira los dedos. ¡¡Joder!! El cambio de grosor es impresionante. Me cojo al borde del gran lavabo y lo dejo hacer. Me masajea el clítoris mientras mueve las caderas en círculos con la puntita dentro de mí. Ahora la saca y vuelve a meter los dedos.

—¡Ooooh, sííí! Por favor...

—Por favor, ¿eh? ¿Ahora me lo pides por favor? —gruñe en mi oreja y sigue pasando su lengua por mi cuello—. ¿Quieres que te haga correrte con los dedos o con la polla?

—Con lo que quieras, pero no me tortures más....

Mete y saca sin cuidado los dedos dentro de mí y, cuando creo que va a seguir con ellos, los saca de golpe para penetrarme de nuevo solo con la punta del capullo.

—Jooo. Vamos, métemela ya. Entera, te quiero entero hasta el fondo de mí.

—No podemos...

Entonces me acuerdo de la visita al ginecólogo. Hasta dentro de seis horas no hará efecto la inyección.

—Ostia, no me acordaba... ¿Tú sí y me estás torturando así? —Intento metermela más, pero la tiene cogida con su mano y no consigo que entre nada más.

—Yo llevo pensándolo toda la tarde desde la visita con el doctor Guaperas. Te estoy torturando a ti y al mismo tiempo me estoy torturando a mí... No sé cómo voy a aguantar sin esto.

Conforme lo dice me penetra entera. Pasa una mano por mi columna y me inclino un poco más sobre el mueble del lavabo empujando con el culo hacia él. La saca muy lentamente. Yo no dejo de jadear y de mover las caderas en círculos y apretando con mi vagina a su alrededor. Vuelve a meter los dedos dentro de mí, directo a mi punto G. No deja de frotar ese punto exacto. Me pasa el pene por el ano y me humedece con mis fluidos. Está impregnado de mí. Sigue la tortura con los dedos y yo no dejo de moverme buscando más

presión para conseguir mi orgasmo.

—Te la metería por aquí, pero tu culito está muy cerrado todavía.

—Mmmmm...

—¿Mmmm qué?

—Vuelve a llenarme de ti... Hoy estoy nerviosa y con tus dedos no es suficiente. Necesito que me llenes.

—Seis horas, nena. No puedo aguantar ese tiempo sin correrme dentro de ti.

Vuelve a sacar los dedos y, ahora sí, de una vez me llena entera, me dilata. Mi cuerpo se adapta a él y me relajo. En dos embestidas me hace suya y me corro.

—¡Oooh, nena, siento tu coñito caliente y mojado rodeándome! ¿Me corro dentro o fuera, Cath? Tú decides. —Sigo moviéndome a su alrededor —. Lo que sea ya... —sisea, cogiendo mis caderas y apretándome contra él.

—Dentro, te quiero dentro. Siempre.

—¡Oooh, sííí! Catherine... Te amo, nena. Joder, cómo te amo —dice
mientras se corre en mi interior.

DECISIONES

Me despierto con la salida del sol. Definitivamente lo que echo de menos de España son las persianas, esas encargadas de que no pase ni un rayo de sol antes de una hora decente.

Me deshago de su abrazo caliente y salgo de la cama para correr bien las cortinas y que los primeros rayos no nos den en la cara. Ahora sí, todo a oscuras. Me acerco a la cocina a por un vaso de agua, me lo bebo y vuelvo a la cama.

—¿Ibas a dejarme? —pregunta con la voz ronca cuando vuelvo a la cama.

—Sí, pero me lo he pensado mejor. Todavía no son ni las siete.

Pasa su brazo por debajo de mi cabeza y con el otro me rodea, se pega a mi espalda, mi culo con su sexo, mis piernas con las suyas, mi cabeza en el hueco de su pecho. Cierro los ojos y me duermo.

Sueño con William. Está jugando al baloncesto pero no veo bien con quién. Hay alguien delante de él. Estamos en una de las canchas que hay por la calles de Manhattan. Me acerco por su espalda y, cuando llego a su altura se agacha y carga a un pequeño de pelo negro, moreno de piel y ojos grandes y de color azul turquesa... Se parece mucho a alguien... Se parece a él. Will le sonrío y lo eleva hasta el aro para que enceste la pelotita que lleva en sus manitas. Cuando la pelota cae al suelo y rebota, me despierto. Me incorporo sobresaltada y provoco que él se despierte de golpe.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No sé... Ha sido un sueño, pero tan real... ¡Qué susto!

—¿Una pesadilla? —pregunta atrayéndome hacia él.

—Más o menos.

—Vamos a desayunar y así seguro que se te olvida todo.

Me besa en el cuello, donde palpita mi pulso. Me gira, se coloca encima de mí y se pone a hacerme cosquillas.

—¡Nooo! No, Will, para... —digo riendo sin parar.

Sujeta mis manos alrededor de mi cabeza y se hace un sitio entre mis piernas. Siento su peso encima de mi cuerpo. No me molesta en absoluto, me encanta sentirme aplastada por él. Está tan preparado como de costumbre. Lo noto pegado a mi sexo, frotándose conmigo, preparándose para él. Acerca su cara a la mía y me besa despacio, suave, caliente. Sigue aguantando mis manos. Baja besando mi mandíbula y el cuello, y lo lame lentamente. Jadeo y levanto mi pelvis para darle acceso. Muy lentamente, me penetra mientras adora y venera mis pechos. Por fin suelta mis manos. Yo le acaricio la cabeza y enredo los dedos en su pelo. Quiero despertar todos los días que me queden de vida de esta manera, y con él.

—¡Hola, mami! ¿Qué tal estáis?

—¡Hija! Muy bien, cariño. ¿Y tú? Hace días que no hablamos. ¿Todo va bien? ¿Estás con Alba?

—Todo bien, mami. Alba está en otra ciudad, en Chicago, y hasta finales de mes no volverá. Pero estoy bien, muy bien, mamá.

—¿Estás sola? ¿No te da miedo en esa ciudad tan grande y peligrosa estar tu sola dando vueltas por ahí haciendo fotos?

—Mamá, ya te he dicho que no es peligrosa. Hay ciertos barrios o calles que sí, pero como en todas las ciudades. De verdad estoy muy bien, muy feliz de estar aquí.

—¿Feliz? ¿Feliz por algo en especial, hija? ¿No te habrás enamorado? ¡Ay, que ahora ya no vas a querer volver!

—¡Ja, ja, ja! No dramatices, anda. He conocido a un chico... un bombero de Nueva York, mamá. Se porta muy bien conmigo.

—Ahora sí que no vuelves más a España. Con las ganas que tenías de irte a esa ciudad y ahora con un chico. Ya lo sabía yo... Si es que soy medio bruja.

—Bueno, si fuera ese el caso también tienes que saber que los aviones que salen desde aquí hacia España vuelven a venir para Nueva York. También podríais venir tú y papa a verme.

—¡Ah, no! Sabes que yo no me subo en un cacharro de esos. Y tu padre menos, tendríamos que sedarlo.

—¡Ja, ja, ja! Tranquila, que te mantendré informada. Por cierto, te

llamaba porque necesito que me digas la receta del libro de pasteles, del que es de color rosa...

—¿El de Bea?

—¡Sí, ese! Es la que tiene marcada un tres en un pósit rosa.

—¿Pósit? ¿El papelito rosa ese que sale por el lateral de las páginas?

—Sí, mami, ese.

—Vale.

—Hazle una foto a la página con la receta y envíamela por *whatsapp*, porfi.

—Ahora mismo, cariño. Pero cuéntame más cosas de ese bombero. ¿Cómo es?

—Es bueno, mamá. Se porta muy bien conmigo.

—Sí, sí, pero ¿está como esos bomberos de los calendarios, fortachón?

La madre que la parió... Me parto con ella.

—Si te digo que fue la portada de un año, ¿te vale con eso?

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi niña con un bombero!

—No vayas con la noticia a todas la vecinas, que te conozco, ¿eh?

—Solo se lo diré a la Puri y la Macarena, que siempre me dicen que sus niñas ya están casadas, que sus yernos son muy buen partido, que si tienen ya dos nietos cada una... Seguro que así no me dan más por saco con las fabulosas vidas de sus niñas, que son más feas que el demonio.

—¡Ay, mamá, haz lo que veas! Dale besitos a papá de mi parte. Hablamos otro día y cualquier cosa me llamas al móvil. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hija. Cuídate, cariño. Ahora te envío la receta esa. Adiós.

Después de pasear por el barrio de Meatpacking y sus calles adoquinadas, hemos acabado comiendo en un restaurante de la zona. Yo no he podido

acabarme el filete que me han servido; de todas maneras, no se ha desperdiciado porque Will se ha comido el trozo que no me cabía y el suyo entero. La carne estaba deliciosa, pero para acabártela tienes que ir en ayunas desde la noche anterior.

De camino al apartamento de Will, me ha dicho que había quedado con James y que me lo quería presentar. Le he dicho que prefería quedarme esta tarde un rato en mi apartamento para aprovechar y regar el áloe vera y la orquídea que tengo y algunas cosas para llevarme a su casa. Si quiere que esté allí necesito tener algunas de mis cosas en su casa, ¿no? No se ha quedado muy conforme, pero así lo hemos hecho. Una vez allí he limpiado el polvo, el cuarto de baño, he puesto una lavadora y secadora con las sábanas de mi cama, y he regado las dos plantas, que estaban completamente secas. No sé cómo pueden durarme tanto, si no me acuerdo de ellas, pobrecillas.

He salido a comprar algunas cosas que necesito para preparar el *bundcake* para la barbacoa de este sábado. Cerca de mi apartamento hay una tienda muy cuqui de repostería creativa. Tienen muchos moldes, cortadores para galletas, *fondant*, azúcar glas y muchos ingredientes más. Creo que me aficionaré a ella. En España tengo dos moldes para *bundcake* que me costaron una pasta, pero no iba a venirme a Nueva York cargada con los moldes. ¡Quién me iba a decir a mí que los iba a necesitar! Decido comprarme uno, otro modelo diferente a los dos que tengo en casa de mis padres. Justo cuando me agacho para cogerlo, alguien tropieza conmigo y caigo de culo al suelo.

—Lo siento mucho. Estaba distraído mirando las estanterías. Deja que te ayude.

Me ofrece su mano. Es un chico negro, guapísimo, casi tan alto como Will y muy fuerte también. A Alba le gustaría fijo.

—Gracias. No te preocupes, estoy bien.

—Estaba buscando un cortador que me ha pedido mi hermana. Con todos los que hay es difícil encontrar exactamente el que busco. Y como no se lo lleve me corta las pelotas.

No puedo evitar reírme. ¿Quién se atrevería a cortarle las pelotas a este tío?

—Soy Chris —dice, tendiéndome su mano.

—Y yo Catherine. ¿Tu hermana es repostera?

—No exactamente. Es el cumpleaños de mi sobrina y quiere que su madre le haga galletas de una princesa. Ella no puede venir a la tienda y me ha pedido el favor. ¿Y tú, eres repostera?

—Tampoco soy repostera —sonríe—. Soy fotógrafa, ahora mismo pasando una temporada en esta preciosa ciudad.

—¿Fotógrafa? Yo dirijo una web y un blog en los que ofrecemos información y asesoramiento a posibles turistas, tanto nacionales como de otros países. La chica que colaboraba con nosotros haciendo fotos por la

ciudad ha sido madre y no tenemos a nadie ahora mismo. ¿Te gustaría trabajar con nosotros?

¡Uaaauu! Me llama la atención lo que me explica, pero... no sé qué hacer.

—No tienes que contestarme ahora. Toma mi tarjeta, ahí sale el número de mi móvil y el de mi despacho. Llámame si te decides. —Cojo la tarjeta y la guardo en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Ok, Chris, lo pensaré y te digo algo. Gracias. Y toma, este cortador debe ser el que estabas buscando para las galletas de princesa.

—¿Cómo lo has visto? Yo he pasado por este pasillo tres veces y no daba con él. —Me mira asombrado.

—Una coincidencia que lo haya visto. Que vaya bien.

Cojo mi molde de *bundcake* y el cesto cargado con todo lo que necesito, y voy hacia la caja a pagar.

Miro el reloj: son casi las siete. Qué raro que no me haya llamado Will... Saco el Iphone del bolso: tengo una llamada perdida suya. También un *whatsapp*, que dice:

Nena, ¿vamos a cenar juntos? Vas a volver a casa esta noche, ¿verdad?

Yo también lo he echado de menos. Estas cuatro horas separados me preparan para cuando esta burbuja de amor tenga que abrirse y él vaya a trabajar y tengamos, o eso espero, una vida normal en pareja. Las parejas no pasan las veinticuatro horas del día juntos, aunque tengo que admitir que disfruto tanto estando con él que no me importaría estar en una isla desierta los dos solos. Le contesto:

Penetrante, estaba de compras. Yo también te echo de menos. Dentro de una hora estoy en tu casa.

Su mensaje llega en seguida.

¿Penetrante? eso me lo explicas después. Paso a buscarte dentro de una hora, preciosa.

Ok, precioso.

No puedo evitar reír por nuestros mensajes. Es como si tuviera quince años en lugar de casi veintiocho. Voy hacia mi apartamento, dejo en el sofá las bolsas con lo que acabo de comprar y voy a ducharme. No tengo la mascarilla para el pelo, ni mi perfume, ni el neceser con el maquillaje... Esto es lo que pasa por tener mis cosas en casa de Will.

Me doy una ducha rápida y me depilo las piernas y las axilas con la maquinilla. Todavía no he ido a ningún centro de estética. Llevo una semana pasándome la maquinilla para no parecer una *macaria**.

Cojo un sujetador lila, de raso y encaje, y el tanguita a juego. Me pongo unos pantalones negros y una blusa del mismo color que la ropa interior. Como tampoco tengo el bote de espuma aquí, me seco un poco el pelo y me lo recojo en una trenza lateral. Como detalle me pongo uno de los pendientes de oro. El izquierdo lo guardo en el bolsillo del pantalón para que me lo ponga él. Estoy deseando que me toque.

A las ocho menos cuarto suena el interfono. Contesto y es él. Le pregunto si quiere subir, pero el taxi está esperando para llevarnos a cenar. Espero ir bien así, no me ha dicho dónde vamos.

*Hace referencia a las piernas peludas del muñeco Macario.

Bajo y abro la puerta de la entrada. Está ahí de pie mirándome, sonriente. Se le ve... contento, feliz. Por lo menos es la sensación que me dan sus ojos.

Coge las solapas de mi cazadora de piel negra y me acerca a él. Le pongo las manos en su cintura y meto dos dedos por debajo de la camisa que lleva por fuera del pantalón. Toco la piel caliente y me incendia como siempre hace. Parezco una cerilla. Con un roce suyo suelto chispas y ardo. Sin besarnos, juntamos nuestras frentes y nos miramos a los ojos el uno al otro.

—Estás preciosa, como siempre. Te he echado de menos. Mucho.

—Yo también a ti. Mucho.

Nos damos un pequeño beso, entrelazamos los dedos y vamos hacia el taxi.

—¿Voy bien así? ¿Dónde vamos a cenar?

—Vas perfecta.

—Tengo mis cosas en tu casa y no he podido ni maquillarme ni ponerme perfume. —Nuestras manos siguen entrelazadas y me acaricia con su pulgar.

—No hay mejor olor que el tuyo. Y para no tener esos problemas, podrías traerte todas tus cosas a mi casa y problema resuelto.

—También podría comprar otro bote de cada cosa y tener uno en tu casa y otro en la mía. —Me mira, pero sin contestar.

—¿Qué tal con James?

—Bien, se ha quedado con ganas de hablar contigo. El sábado os veréis en la barbacoa. Me ha estado explicando su viaje relámpago a Chicago. Parece que le ha dado fuerte con Alba. Muchas de sus follamigas habituales lo añoraran. Me ha dicho que no quiere ver a ninguna, que no se saca de la cabeza a la rubia.

—Vaya, sois el par de las follamigas. ¿Tus habituales se han quejado ya? —pregunto, intentando no cabrearme y sonar indiferente.

—No, yo no tengo habituales —contesta, algo molesto—. Creo que ya te lo dije.

—Alba está muy dedicada a su trabajo, no la veo dejando su carrera laboral por un marido, una casa y unos hijos. Aunque nunca se sabe...

—Y tú, ¿lo dejarías todo por un marido, una casa y unos hijos? —Clava sus preciosos ojos en mí.

—Yo soy más romántica que Alba.

—Eso no responde mi pregunta. —Me resulta imposible pensar mientras me toca y me perfora con la mirada.

—¿La pregunta tiene trampa? —sonrío. Él no.

—No, solamente es una pregunta, para saber cómo actuarías tú en un caso similar.

Decido ser sincera y dejar el jueguito que no lleva a ninguna parte. Él sabe que me tiene comiendo de su mano. Si en un futuro se diera esa posibilidad, estoy un noventa y nueve por cien segura de que me quedaría.

—Sí, a mí no me importaría dejar mi trabajo por amor.

Se acerca a mí y me besa muy despacio, saboreando mis labios. Mi lengua sale a su encuentro y se une con la suya.

—Vale.

—¿Vale?

—Ya tengo la información que quería. —Me guiña un ojo, lleva mi mano a sus labios y me besa sin dejar de torturarme con la mirada.

El taxi se para. Estamos en Little Italy, un barrio que me atrae mucho. Todavía no he paseado como para conocerlo lo suficiente y saber en qué calle nos encontramos. Paga y nos bajamos. Me abraza por la cintura y caminamos por la acera. Pasamos dos tiendas de *souvenirs* y se para delante de un pequeño edificio de ladrillo rojo. Apenas se ve el interior por el pequeño cristal de la puerta. Parece un poco cueva, o esa es la sensación que me da desde el exterior.

Saluda al chico, que nos abre la puerta por su nombre de pila. Este le ofrece su mano y la chocan en plan colegas. Sin cortarse un pelo, me echa un vistazo de arriba a abajo y me sonrío. Will lo ve, pero no dice nada, no me lo presenta. Enseguida llega el *maître*, un hombre de unos cincuenta años, de cabello cano y algo regordete. Tiene una mirada afable y cariñosa. También se saludan afectuosamente y por su nombre de pila. No sé el por qué de la diferencia, pero a este sí me lo presenta.

—Darío, te presento a mi novia, Catherine.

—Encantada Darío.

—Igualmente, bella. Espero que te guste el sitio y no dudo que te gustará nuestra comida. —Sonríe.

—Gracias, estoy segura de que así será.

Si desde fuera parecía una cueva, por dentro no tiene nada que ver, es totalmente romántico y acogedor. Hay varias parejas en mesas para dos, cubiertas con manteles de tela blanca, un pequeño jarrón de vidrio en el centro con pequeñas flores silvestres y un par de velas encendidas que decoran cada una de ellas. La música suena muy suave, facilitando así las conversaciones íntimas de cada pareja. Darío nos acompaña a nuestra mesa y retira mi silla para que me siente. Me quito la chaqueta y la cuelgo en la silla, junto con el pequeño bolso de Tous que me traje de España. Will se quita su chaqueta y también la cuelga de su silla. No sé a qué huele el lugar pero me gusta. No he merendado ni un café con leche y tengo hambre.

—Si quieres pedimos la carta para que veas lo que hay. Todo está muy bueno. Aunque por la imagen exterior del local no lo parezca, es el mejor restaurante italiano que hay por aquí.

—Es precioso. Por fuera no lo parecía, la verdad. ¿Los dueños son amigos tuyos?

—A Darío lo rescatamos hace cinco años de las llamas que devoraban su casa. Su hijo Gio, el que he saludado en la puerta, era un chaval de quince años. Se le fue la mano conectando cosas en varios alargos. La gente no sabe

lo peligroso que puede ser conectar tantos enchufes con esos cables. Y si le sumamos que la instalación eléctrica era más vieja que la misma casa, ahí tenemos el resultado. Gracias a Dios llegamos a tiempo y nadie resultó herido.

—¿Nunca tienes miedo antes de entrar en un edificio en llamas?

—Tengo respeto, mucho respeto. Sabemos bien cómo tenemos que actuar y eso es indispensable para hacer bien nuestro trabajo. Las situaciones siempre varían, pero formamos un gran equipo. La seguridad es lo primero. No hay que hacerse el valiente.

—¿Has salvado a muchas personas?

—Parejita, ¿sabéis lo que queréis?

—Yo lo tengo claro —dice, Will mirándome fijamente—. Ella todavía no.

¿Qué está diciendo, si ni siquiera hemos mirado la carta? Ha dicho que me aconsejaría él.

—¿Qué me recomiendas? —pregunto, dándole un toque por debajo de la mesa con el pie en su pierna.

—¿Ensalada César para compartir y un plato de *risotto* de cangrejo y gambas? —levanta su ceja interrogativa.

—Me parece bien, sí.

—¿Y para beber?

—Para mí un agua, por favor.

—Y una Coca-Cola Zero para mí, Darío. Gracias.

—Muy bien, chicos. Marchando.

Se hace un poco de silencio mientras nos miramos y estira la mano sobre la mesa para coger la mía.

—¿Cómo querías que supiera qué escoger si no he visto la carta?

—No me refería a la carta, Cath. —¡Ay, madre! ¿A qué se refería? Desde que me ha recogido está un poco raro. Me pone nerviosa con sus preguntas.

—¿A qué te referías pues? Si puedo preguntar...

—A que te he pedido que vengas a vivir conmigo a mi apartamento y no me has dicho nada.

—Primero, no me lo has pedido, lo has sugerido; segundo, ¿tú crees que debemos ir tan rápido? Nunca he vivido con nadie que no fueran mis padres. Tengo mis manías, aunque no te lo creas. —Sí, las tienes, me dice—. Y ahora mismo esto es muy idílico porque tu estás de vacaciones, yo no trabajo, no hay estrés de las vidas de rutina de una pareja. Así no podemos saber si nos vamos a llevar bien o...

—¿O qué? ¿O si nos queremos? Porque yo tengo muy claro que te quiero y que quiero dormirme contigo cada noche haciéndote el amor, y despertarme por las mañanas con más amor.

—Todas las noches en las que no tengas que estar veinticuatro horas trabajando más los días que tengas guardias, querrás decir.

—Pero después de esas horas de trabajo me gustaría encontrarte en casa, con mi camiseta puesta y unos de mis calzoncillos, con tu pelo recogido en un moño mal hecho sobre tu cabeza. Sorprenderte con un abrazo y llevarte a la cama en brazos para hacerte el amor hasta que me duerma. —El camarero llega con nuestras bebidas. Me sirve y doy un sorbo a mi copa de agua.

¡¡Joder!! ¿Por qué tiene que pintarlo tan bonito? Me encanta la idea de estar en su casa con su ropa puesta y que cuando llegue hagamos el amor

hasta desfallecer. Incluso lo esperaría desnuda y pasando frío sabiendo que en cuanto entrara por la puerta me calentaría con su mirada. Pero... ¿ya? Hace tres semanas que nos vimos la primera vez. Tendría que reconocer públicamente que estoy loca, aunque sea loca de amor, si me voy a vivir con él. Y realmente sé que lo estoy: él me vuelve loca de amor.

Viene el camarero. Nos trae la ensalada y los dos platos de *risotto*. ¡Huele que alimenta!

—Will, de verdad, siento algo muy fuerte y especial por ti. Sé que te quiero porque nunca en mi vida he sentido algo así. Si esto tan fuerte no es amor, que me parta un rayo ahora mismo. Pero prefiero no ir tan rápido. Esperemos un poco a ver cómo me amoldo a tu vida, a tu trabajo.

No parece muy contento con la respuesta, pero asiente.

—Está bien, esperaremos el tiempo que necesites, nena. —Me aprieta delicadamente la mano con sus fuertes y grandes dedos.

Pincho ensalada del plato para compartir, un trozo de lechuga mojada de salsa, con queso parmesano y un picatoste. Está muy buena. Parece una tontería lo diferentes que pueden ser unas lechugas de un sitio a otro.

—¿Quieres queso sobre el *risotto*?

—Sí, por favor. —Pone un par de cucharadas de queso en polvo sobre el arroz de mi plato.

Cojo un poco con el tenedor. Tiene una pinta deliciosa y sabe aún mejor.

—Mmmm, esto está de vicio.

—¿Vicio?

—Sí, quiero decir que está buenísimo. —Le guiño un ojo y él me devuelve el gesto.

Ahora suena *You & I*, de John Legend, una canción preciosa donde las haya.

—Y tú, ¿qué has hecho esta tarde?

—Pues he ido a comprar el molde para el *bundcake* de este sábado y demás ingredientes que necesito. También he comprado una bandeja para hornear *cupcakes*.

—Estoy deseando probarlos —me dice sonriente—.

—Si me da tiempo, le haré unas galletitas al bebé *alejamaridos*.

—Al pequeño monstruo ni agua.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué malo eres! Seguro que es encantador. ¿Te gustan los niños?

Cambia el gesto como si le hubiera dado una patada en los testículos o se hubiera atragantado con la comida. Finalmente, me contesta:

—Sí, siempre me han gustado. ¿Y a ti?

—También. Quiero ser una madre joven. Así, cuando ellos decidan tener hijos seré una abuela joven y tendré energías para correr y jugar con ellos.

—Así que quieres más de uno, ¿eh? —Sonríe pícaro.

—Eso es lo que me imagino cuando pienso en ello; pero todavía no ha llegado el momento. —Me meto más *risotto* en mi boca. Está realmente delicioso.

—Creo que con tus genes y los míos saldrían unos niños preciosos.

—Tú tienes mucha imaginación.

De repente, una chica que está dos mesas a nuestra derecha le tira el vino de su copa encima a su acompañante. Se levanta, lo llama cabrón y se va maldiciendo, sin coger ni la chaqueta ni el bolso. Él se queda aparentemente tranquilo, dos, tres segundos, cuando empuja la mesa y la derriba. Entonces empieza a gritar todo tipo de insultos hacia ella.

¡Madre mía! Está como ido. Las otras cuatro parejas que hay dejan de comer y miran la escena. En ese momento vuelvo mi vista hacia Will, asombrada por lo que está pasando, y no lo veo en la mesa. Giro de nuevo la cabeza y veo que está inmovilizando con una llave al tío agresivo, que se resiste a su abrazo. Darío, que sale con un bate de béisbol, y Gio, que para sus veinte años es bastante alto y fuerte, lo agarran del brazo e intentan calmarlo.

—Chaval, te has pasado. Soluciona tus problemas con calma. Ahora vas a pagar y vas a dejar una buena propina por los daños causados. ¿Lo has entendido?

—Está bien, tío. Afloja el brazo que me estoy ahogando.

—Esa era la intención. ¿Estás más calmado? —Will le habla muy serio. Lo tiene cogido por detrás retorciéndole el brazo. Qué miedo da así.

—Sí, tío, sí.

Lo suelta. Gio le entrega el bolso y la chaqueta de la chica, pero los deja caer al suelo. Ya vendrá ella si quiere recuperarlo, dice el energúmeno. Le pide disculpas a Darío, le entrega dos billetes y se va. Will está levantando la mesa y Gio coloca las sillas en su sitio. Ha salido otra camarera con la escoba y el recogedor para barrer todo lo que hay por el suelo, restos de comida y cristales rotos.

Los demás comensales vuelven con sus caras de asombro a sus platos y comentan la jugada con sus respectivos acompañantes. Yo todavía estoy mirando a Will. Se le ha manchado la camisa de vino o sangre, no sabría decirlo. Me he asustado al verlo así, pero también me ha excitado ver cómo es capaz de reducir a otro hombre, hablando en ese tono amenazador, realmente despacio y sin levantar la voz. Da más miedo que si hubiera gritado. Está hablando con Darío y vuelve su mirada hacia mí. Con un toque en el brazo del *maître*, vuelve a la mesa. Coge mi mano y la lleva a su boca. Sentir sus carnosos labios sobre mi piel es delicioso.

—Maldito cabrón, la que ha liado en un momento. Cath, ¿qué te pasa? Estás blanca.

—Todo ha sido tan rápido que, cuando te he visto detrás de él retorciéndolo y ahogándolo con la otra mano, casi se me para el corazón. No quería que te pasara nada malo. No sabía que supieras defensa personal.

—Bueno, el saber no ocupa lugar, y con un mierda como ese no tengo ni para empezar —dice, como si nada.

—¿La mancha de tu brazo es sangre o vino? —Se mira el brazo derecho y toca con su mano.

—Nada, es vino. No me ha tocado, nena. Con su novia se pone muy gallito, pero con otro hombre se le caen los calzoncillos.

—Por desgracia hay muchos hijos de puta así. —Me mira sorprendido y divertido por mi lenguaje.

—¿Hijos de puta? Esa boquita, nena, o tendré que lavarte esa lengua sucia que tienes.

Su mirada está funcionando como siempre, porque ya me estoy deshaciendo de placer escuchándolo y pensando en lo que haremos al llegar a su casa.

—¿No te gusta mi lengua? Tranquilo, que la guardo y no la vuelves a ver.

Se inclina hacia adelante sobre la mesa y se acerca más a mí.

—Oh, no, no. Me encanta tu lengua, tengo muchas ganas de verla pasearse por mi anatomía. Tantas ganas que nos vamos a saltar el postre para irnos directamente a casa.

—¡Eso sí que no, nene! Yo pasaré mi lengua encantada por toda tu anatomía, pero después de comerme un *coulant* con helado de naranja que he visto en la carta.

Me inclino hacia delante como él y nos damos un besito en los labios. Nos miramos sin separarnos y nos damos otro más, y otro, hasta que llega el camarero preguntando si nos ha gustado la comida. Bajamos cada uno hasta nuestro asiento y Will es el que contesta.

—Sí, todo buenísimo. Como siempre, Rob.

—¿Querrán postre los señores?

—Un *coulant* con helado de naranja para la chica más bonita de Manhattan y un gofre con nata para mí.

¡Diosss! ¿Cómo no voy a amarlo con las cosas que me dice y me hace? Ahora mismo los unicornios de crines de colores se han vuelto dorados de oro y están en el Olimpo con los dioses. Sonríe como una tonta y me quedo embobada mirándolo mientras habla. Lleva el pelo despeinado, completamente negro, lo tiene más oscuro que yo. Sus labios carnosos, rosados, dejan entrever su lengua cuando sonrío y la atrapa entre sus dientes. Y sus ojos, destellos azules entre esas pestañas espesas negras como su pelo, afilados como puntas de lanza que llegan a mi ser, se clavan en él y explota el deseo y el amor por este hombre, de apariencia dura pero tan tierno y caliente conmigo como el *coulant* que me voy a comer. Si todavía quedaba un pequeño resquicio de duda sobre lo que siento por él, se ha eliminado por completo esta noche. Sé que lo amo, mi corazón descontrolado y la felicidad

que me envuelve me lo confirman. Cuando siento su mirada sobre mí, mi cuerpo responde como si él fuera mi dueño, mi cerebro, el que me sostiene en la Tierra, el que provoca los movimientos descontrolados de todos mis músculos y articulaciones. Siento que estoy hecha para él. Para ser su mujer, su amante, la madre de sus hijos. Cuando me dice que estaría todo el día haciéndome el amor lo creo. Tiene tanta fuerza y energía que paramos porque yo no aguanto más. Necesito descansar, pero él parece alimentarse de mi cuerpo, como si en cada unión fortaleciera sus músculos, su mente y su ser.

—¿En qué piensas, nena? Te has puesto roja.

—En ti. En ti y en mí.

—¿Ah, sí? ¿Y que estábamos haciendo exactamente?

—¡Tonto! —río—. No hacíamos nada, solo pensaba en ti y en mí. Pensamientos tontos y desordenados que tenemos las mujeres a veces.

—¿Como para ponerte roja? Es casi el mismo tono que tienes cuando acabamos de hacer el amor.

—Eso pasa por no tener mi maquillaje en casa y salir a la calle con la cara limpia y al descubierto.

—No, nena. Eso pasa porque te excitas mirándome igual que yo me

excito viendo ese encaje que envuelve tus pechos y sobresale por los botones abiertos de tu blusa. Estoy deseando llegar a casa. Te amo, Catherine.

Lo miro fijamente unos segundos. Suena tan bien que le diría que me lo repita varias veces. Tengo una sonrisa dibujada en la cara que no puedo deshacer. Dos pequeños Will voladores colocados a cada lado de mi cara estiran de la comisura de mis labios y estoy en el mismo cielo así, disfrutando y dejándome llevar.

—Te amo, William.

—Nunca me llamas por ni nombre completo, solo cuando me dices que me quieres o que me amas. Y no puedes imaginarte lo que me gusta escuchártelo decir.

—Te amo, William. —Le guiño un ojo y le envío un beso con los labios.

—*Coulant* para la señora y gofre para el señor. Espero que les guste.

—Come. Cuanto antes acabemos, antes llegaremos a casa. Ahora ya se que tú también tienes ganas de llegar.

Clavo la cuchara partiendo en dos el *coulant* y sale de este el chocolate caliente. Aspiro hondo y me llega un olor delicioso. Así me siento yo ahora mismo, como esta magdalena rellena de chocolate deshecho. Me fundo como

el chocolate, con su mirada y sus caricias. Cojo un trozo del tierno bizcocho y del centro derretido, y me lo llevo a la boca. Veo una gota traicionera a punto de gotear. Quiere caer sobre mi camisa y saco la lengua para recogerla en mi boca, mientras meto la cuchara dentro. Will tose y lo miro mientras me saco lentamente la cuchara de la boca, apretándola entre mis labios para no dejar nada de chocolate en ella.

—Joder, ¿quieres matarme aquí mismo? Estoy a punto de derribar la mesa, pero no me harán falta las manos como al capullo de antes.

Juguetona, cojo un poco de helado de naranja. Sin apartar mis ojos de su mirada, acerco la cuchara a la boca y la dejo dentro. Entre mis labios mientras deshago el delicioso helado. Saco y meto la cuchara de la misma manera unas tres veces, hasta que ya no queda helado en ella. En el proceso, mi Penetrante ha dejado de comerse su postre. Se ha recostado hacia atrás en la silla y ha entreabierto sus preciosos labios. Lo he escuchado gruñir dos veces, intentando camuflarlo con una pequeña tos.

—¿Quieres probarlo, amor? Está delicioso.

Cojo un poco de chocolate y helado, y acerco la cuchara hacia él. Coge mi mano y se la acerca a la boca. Me quema, está que arde, y yo estoy empapando el tanga y el pantalón con este juego. Si no hubiera nadie más, me levantaría, me sentaría encima de él y le dejaría arrancarme la ropa para que pudiera penetrarme encima de la mesa.

—Vuelve a chupar la cuchara así y te arrastraré al lavabo para follarte contra la pared.

Utiliza un tono parecido al que ha utilizado antes para hablar con el energúmeno. Yo jadeo de deseo.

—¿El lavabo está cerca?

—¡Rob, la cuenta, por favor! —grita levantando la mano.

—Tú lo has querido.

—¡No! Will, era broma. En casa te dejo hacerme lo que quieras y las veces que quieras, pero aquí no.

—Hoy te libras. La próxima vez no me importará dónde estemos. Te encerraré detrás de alguna puerta y haré que te corras.

—Lo tendré en cuenta.

Llega el camarero.

—Aquí tiene, señor.

—Déjame pagar a mí.

—Ni se te ocurra, Cath. Coge el bolso pero para colgártelo. Nos vamos ya.

—¿Tendremos que esperar a un taxi o vamos en metro?

—El taxi está en la puerta. Cuando te has quedado embobada pensando en nosotros, le he pedido a Darío que llamara a la compañía.

—¡Chico listo!

—No lo sabes bien.

Deja el dinero en la pequeña bandeja, nos despedimos de Darío y de Rob el camarero. Salimos y en la puerta nos despedimos del joven Gio.

—Gracias por la ayuda de antes, Will. Una suerte que hayas estado tú aquí.

—No se merecen, Gio. Estamos para ayudar.

Entro en el taxi y Will viene detrás de mí. Le indico la dirección al taxista y Will le recalca que tenemos prisa. Acerco la cara y la entierro en su cuello, riéndome por su ansía de llegar. Tendrá que esperar unos diez minutos. Le beso el cuello y le muerdo el lóbulo de la oreja. Le paso la lengua por la barba incipiente y rasposa. Noto la protuberancia de su nuez. Bajo una mano por su pecho y las duras abdominales para plantarla sobre su paquete. Entonces hace algo que me pilla desprevenida: me retira la mano. Extrañada, levanto la cabeza para mirarlo.

—Como me toques me correré antes de llegar a casa. Me tienes completamente duro con tus juegucitos.

—Esta bien, seré buena... hasta que metas la llave en la cerradura de la puerta. Después me volveré mala y salvaje.

—Sí, mala y salvaje. Me parece muy bien —dice, mientras acerca más mi cuerpo al suyo en el pequeño habitáculo del taxi.

Ha empezado a llover. El taxista aparca delante de la entrada del edificio. Will abre la puerta y baja primero. Me doy prisa en hacerlo yo, porque ya se está mojando. Bajo rápido y corro hacia la entrada. Ricardo está en su sitio. Me saluda con un movimiento de cabeza mientras le deseo buenas noches.

Will entra con gotas cayéndole por la frente. Se saludan y entra en el ascensor detrás de mí.

Le doy al botón del piso doce y me acerco a él. Le planto la mano en su

abultado pantalón y palpo lo próximo que me voy a comer.

—Siento lo del juego provocativo. Siento que te duelan los huevos por mi culpa. Pero tranquilo, ahora cuando entremos en casa te voy a desnudar, o mejor, solo abriré tu bragueta para que salga tu dura y jugosa polla para comérmela y degustarla mientras tú te relajas. ¿Crees que así compensaré el dolor de huevos de esta noche?

—No solo de esta noche. Llevo con ganas de meterme en ti desde que he salido esta mañana. Por la tarde no has querido estar conmigo y no he tenido mi ración de ti, y se ha acumulado, nena. Te necesito.

Se abren las puertas del ascensor y me arrastra hacia afuera. Mete la llave. Yo sigo restregando mi cuerpo ardiente por el suyo, parezco una perra en celo. Por fin abre la puerta. Me lleva dentro rodeada por sus brazos y lo detengo en el salón, cerca de los sofás y la barra de la cocina. Me quito la chaqueta y la dejo junto con el bolso sobre el sofá. Ahora me voy a dedicar exclusivamente a darnos placer. Me coge la cara con sus grandes manos y aplasta sus labios con los míos. Le lamo la lengua mientras con las manos desabrocho el botón de su pantalón. Bajo la cremallera y por fin llego a tocar lo que quería. Retiro un poco el calzoncillo y me encuentro con su mojada punta. La envuelvo en mi mano y acaricio con el pulgar las gotas de semen que me ofrece fácilmente. Le muerdo el carnoso labio inferior y me dejo caer al suelo. Will lleva sus manos a mi pelo e intenta deshacerme la trenza. Le gusta que lo tenga suelto cuando estamos follando para meter sus dedos dentro y enrollarlo en su mano, y moverme a su antojo. Acercó mi cara a su zona y la saco. Directamente paso la lengua sobre su capullo y me la meto de golpe todo lo que puedo. Empiezo mi masaje de tortura con las manos en sus necesitados genitales y en su base, subiendo y bajando a la par que levanto la vista hacia él. Me mira lleno de placer y con una mirada casi agresiva, salvaje. Estos son nuestros instintos, el de aparearnos el uno con el otro. Saco

la lengua y lamo su punta gorda, caliente y rosada. Nuestras miradas no se separan, excepto cada vez que, entre lamida y lamida, la meto en mi boca. Consigue quitarme la goma del pelo y deshace la trenza. Pasa sus dedos por mi cabeza y me acompaña en cada embestida de sus caderas. Me la ofrece entera y yo la acepto con agrado. Noto el gusto salado que deja en mí porque está a punto de correrse. Me concentro en chupar y absorber todo de él. Con una mano se la meneo apretando bien para darle el máximo placer. Sus huevos están superduros, pegados el uno al otro.

—¡Ohh, nena! Sí, joder, no pares. Me voy a correr. ¡Ohhh Catherine! Joderrr. Te amo, Catherine. Te amo con locura.

Sus palabras incendian más mi cuerpo, ya de por sí incandescente. Me lo trago todo y me relamo los labios antes de levantarme cogiendo sus manos. Me besa, se degusta a sí mismo en mi boca y gruñe.

—Es la mejor sensación del mundo, perderme en ti, tú lo sabes mejor que yo. Ven a llenarme la boca de tu sabor mientras te como. —En lugar de ir hacia el sofá o la cama me sube en la barra americana.

—Necesito ir al lavabo un momento, amor —digo, mientras acaricio su cuerpo.

Me vuelve a dejar en el suelo y me da un cachete en el culo.

—No tardes, y es una orden.

—Sí, mi capitán.

—Eso es lo que soy, tu capitán.

Voy corriendo hacia el cuarto de baño. Me quito la ropa, camisa, zapatos y pantalón. ME coloco bien las tetas dentro del encaje y el raso, y saco el pendiente del bolsillo trasero de mi pantalón. Lo dejo en mi mano. Coloco bien las piedrecitas de las tiras del tanga y me pongo unas gotas de perfume detrás de las orejas y en el escote. Salgo a por él. Abro la puerta del cuarto de baño y está desnudo, sentado en la cama. Me apoyo en el marco de la puerta, estirando un brazo y colocando la cadera en el marco mientras le sonrío.

—¡Joder! ¿Ese es nuevo? No lo había visto.

—Sí, es nuevo. —Voy hacia él contoneándome y moviendo mis pechos, mientras me acaricio a mí misma—. ¿Me ayudas con esto?

Le enseño el pendiente y se levanta de golpe.

—¿Se te ha caído ahora? —Coge mi mano y mira el pendiente.

—No, no lo he llevado en toda la noche. Pensaba que te darías cuenta antes.

Me hace girar con sus manos y planta su duro pene en mi trasero, mientras echa hacia el otro lado mi pelo. Baja las manos y las pasa por mi trasero desnudo, para en las finas tiras del tanga y estira de ellas. Ahora baja por la tira del centro, oculta entre mis nalgas, mete bien sus dedos y me toca el ano. Sigue bajando hasta que llega a la entrada de mi vagina, descubierta por la escasa tela del tanguita y se moja los dedos en mis fluidos. Vuelve por el mismo sitio y sube hasta mi oreja, la que tiene el pendiente puesto, y me lo quita.

—Ahora no te van a hacer falta. —Me muerde el cuello y jadeo. Mi respiración se vuelve lenta y pesada, me escucho yo misma. Coloca su caliente pene entre mi culo, rozándome la estrecha entrada, y dirige sus manos hacia mis tetas. Toca la suave tela del sujetador, mientras con la lengua me va lamiendo el cuello y la oreja.

—Son muy bonitos y suaves, pero tu piel lo es más. Así que fuera.

Voy moviendo el culo apretándome contra él mientras desabrocha el sujetador. Lo saco por mis brazos y lo paso hacia atrás. Le cojo la cabeza y lo acerco a mí con mis brazos en alto. Él coge mis pechos hinchados con sus manos y tira de mis doloridos pezones. Necesitan el tacto de su lengua para calmarlos. Suelto el sujetador, que cae al suelo. Me da la vuelta y lleva su boca directa a mis tetas. Con una mano masajea una y con la boca chupa y estira. Vamos hacia la cama. Me cojo a sus fuertes brazos. No me canso de tocar sus hombros, sus bíceps y tríceps redondos, y bien definidos. Deja de mordisquearme los pechos y sube lamiendo mi cuello. Gimo de placer. Llega hasta mi boca y pasa su lengua por encima de mis labios. La mete dentro y hace más intenso el beso.

—Súbete a la cama a cuatro patas. Así, de espaldas a mí.

Hago lo que me dice. Se pega a mí. Noto sus piernas duras y su caliente y duro pene apretando en mi culo. Con sus manos en mis caderas hace que me mueva adelante y atrás. Se va un momento al lavabo y vuelve. Solo está encendida la luz del cuarto de baño, las lámparas de la habitación están apagadas. Deja algo a un lado en la cama y sigue con el masaje de sus manos. Pasa los dedos por las tiras del tanga en mi cintura, estira de una y la suelta de repente.

—¡Ay!

Ahora sus dedos juegan con la fina tira de raso que se esconde en mi culo. Estira de ella y la separa de mi sexo. Noto que se mueve y un segundo después su lengua está jugando en mis labios y con la otra mano toca mi clítoris. Sigo moviendo el culo en círculos, disfrutando del placer que me da. Cada vez tengo más calor. Él no cesa en su movimiento con la mano y la lengua. Ahora deja el clítoris y mete un dedo en mi vagina. Chupa y mete dedo y lengua. Estoy a punto de correrme.

—¡Oooh! Me voy a correr.

Entonces saca el dedo, deja de tocarme y con su lengua sube hasta mi culo. Me lame las nalgas y después mi entrada trasera. Aparta a un lado la tira del tanga y pasa una y otra vez, lamida tras lamida, mojando y ayudando a lubricar el fruncido botón.

Mete otra vez lentamente el dedo en mí, lo impregna bien y lo pasa por mi ano y sigue chupando.

—¿Te gustó mucho? ¿Quieres repetir?

—Sí, por favor. —Ardo solo de recordar aquella noche.

—¿Por favor qué?

—Métemela por ahí.

—Lo estoy deseando, amor. Tendremos que ir muy despacio para no hacerte daño. Si en algún momento notas que te duele o estás incomoda tienes que decírmelo, ¿sí?

—Te lo diré —digo, apretando mi culo contra su lengua.

Coge lo que ha dejado encima de la cama. Escucho como abre un tapón y me imagino qué es: un gel lubricante. Ahora acerca su dedo y cuidadosamente empieza a meterlo por detrás. Poco a poco, entra bien. Una vez lo tiene entero dentro lo mueve en círculos mientras mordisquee y chupa mis nalgas.

—¿Cómo lo sientes?

—Mejor que el otro día. ¿Es el mismo dedo?

—No, este es el corazón. ¿No te duele nada?

—No, Will, no me duele. Lo que quiero es correrme, estoy ardiendo por tu culpa.

—Ya noto lo caliente que estás. Así será mejor, más fácil.

Sigue moviendo el dedo y ahora vuelve a coger el bote de gel lubricante. Saca el dedo y apoya su pene pringoso en mi ano.

—Poco a poco, nena. Yo lo meto un poco y tú serás la que se moverá hasta donde estés cómoda.

—¡Ohh, sí!

Una vez resbala dentro el gordo capullo y mi cuerpo se adapta a la intrusión, el pequeño pinchazo de dolor desaparece. Tiene sus manos en mis caderas. No me aprieta y siento cómo se controla por no meterla como si

estuviera dentro de mi vagina. Me muevo despacio, haciendo redondas con la pelvis, y la voy introduciendo un poco más. ¡Oh, sí! Definitivamente me gusta esto. El doloroso placer deja paso a la pasión desenfrenada.

—¡Joder, Catherine! ¡Qué culo tan prieto tienes! Me va a explotar la polla dentro por la presión. Así, así... ¡Ooooh, sí! ¿Estás bien?

—Sííí, méteme un dedo por delante. —Jadeo y sigo moviéndome, me siento completamente llena de él—. ¿Está toda dentro?

—No, nena, es solo la punta.

En cuanto mete dos dedos dentro de mí va directo a mi punto G. Lo que estaba siendo una noche de sexo maravilloso se convierte en el orgasmo más fuerte que he tenido nunca. Las réplicas se repiten haciéndome convulsionar y apretar más su pene en mi interior.

—¡Diossss, nena, sííí! —grita. Sé que se está vaciando en mí.

Me cuesta recuperar el ritmo normal de la respiración. Sale poco a poco, dedos y pene, me coge por la cintura y me levanto sobre mis rodillas. Pego mi espalda en su duro y caliente pecho. Besa mi cabeza, mi cuello, mis hombros. Masajea con sus fuertes manos mis cervicales, hombros y brazos, y me abraza fuerte contra su cuerpo.

—¿Cómo he podido vivir sin ti durante tanto tiempo? No voy a perderte nunca, nunca —repite mientras reparte besos en mi cuerpo.

Pasa un brazo por debajo de mis piernas y me levanta. Abre la colcha que cubre la cama y me mete dentro. Lo abrazo cuando se acerca a mí y nos besamos tiernamente. El orgasmo me ha dejado agotada. Solo quiero dormirme en sus brazos y rodeada de su cuerpo. Baja las manos y coge las tiras del tanga para quitármelo. Levanto la pelvis para que pueda pasarlo por debajo de mi culo y lo saca por mis piernas y mis pies.

—Me traes un poco de zumo, ¿por favor?

—Ahora mismo, amor.

Me besa en la frente y sale de la habitación. Lo oigo silbar. ¿Qué canción será? Ya lo sé, la que sonaba antes en el restaurante, de Bruno Mars: *You & I (nobody in the world)*. Y así me siento, como si solo estuviéramos él y yo en el mundo, nuestro mundo de sexo y amor.

Regresa a la habitación y me da el vaso con el zumo fresco. Doy dos sorbos y se lo devuelvo. Él se acaba el resto de un trago.

—Ahora a descansar.

Se mete en la cama tumbado boca arriba y me engancho a su cuerpo

como una enredadera. Paso mi brazo izquierdo sobre su cintura y juego con el vello de su pecho, mientras meto una pierna entre medio de las suyas. Me tiene abrazada. Acomodo mi cabeza en su pecho, cierro los ojos e inspiro su olor. Me calma y me enamora a la par.

—Así que marido, casa y niños, ¿no? —pregunto, con voz soñolienta.

—Contigo sí. ¿Tú quieres?

—Contigo sí.

Me da un beso en la cabeza y caigo inconsciente en un sueño tranquilo y reparador.

BARBACOA

Es la primera mañana que despierto después de las ocho sin que el sol se haya colado por las cortinas mal cerradas. Estoy sola en la cama. Oigo el sonido del agua en la ducha y de repente las ganas de ducharme con el hombre de mi vida me invaden. Me desperezo estirando brazos hacia el cabezal de la cama y las piernas en sentido contrario. Me levanto para ir a reunirme con él.

Verlo desnudo es todo un espectáculo. ¿Me acostumbraré alguna vez a ver sus perfectos músculos, su espalda ancha y fuerte, su deliciosa tableta de chocolate de seis onzas y esas piernas grandes y fuertes? Me quedo anonadada mirándolo. Me habla con la voz ronca.

—Deja de mirar y ven aquí conmigo. Vas a coger frío.

No acaba la frase y ya estoy entrando en la ducha, se gira para recibirme y nos damos el beso de buenos días. Coge el bote de su gel y se echa una pequeña cantidad en la mano. Deja el frasco en la estantería y hace espuma juntando sus manos. Tiene el pelo pegado a la frente, lo que le da un aspecto más salvaje. Yo cuelgo mis manos en su cuello y le acaricio el nacimiento del pelo, mientras separo las piernas. Empieza a masajear mi cuello. Me encanta que me lo toque y bese. Pasa por mis hombros y sube por un brazo, después el otro. Ahora se fija en mis pechos y pasa ambas manos a la vez, una por cada uno de ellos. No soporto la excitación. Echo la cabeza hacia atrás y jadeo cerrando los ojos.

—Así, bien, limpia, después nos ensuciaremos otra vez —dice, mientras sigue con lo suyo.

Ahora baja por mi vientre, con su pequeño michelín, sin abdominales, pero parece encantarle que no esté plana como una tabla. Cuando sus manos llegan a mis caderas me acerco a él para besarnos. Bajo mi mano para coger la suya y llevarla hacia la parte que quiero que limpie a conciencia... y lo hace.

Después de hacer el amor y holgazanear un rato en la cama, me levanto para ir preparando las galletas para el bebé.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? Sí, estuve allí la semana pasada... ajá... Sí, está cocinando... Sí, muy bien... Nos preparó la comida y quedó algo guardado en el congelador vertical... Mejor, ya no le duele... Puede que pase

mañana viernes... Ok, mamá, yo también a ti... De tu parte.

—Era mi madre. Te manda saludos.

—¿Qué? —Estoy en la cocina con la batidora de varillas y no lo escucho. Se acerca por mi espalda y me abraza por la cintura sacando su cabeza por encima de mi hombro derecho. Me habla al oído rozándome con sus labios.

—Hablabas con mi madre. Te envía saludos. —Giro la cabeza y dejo de batir.

—¿Cómo que saludos? ¿Le has hablado de mí?

—Sabe que estamos juntos y que hemos pasado una semana en la casa de la montaña. ¿No te parece bien que lo sepa?

—Sí... no... Bueno... no lo sé... ¿Qué pensará de mí, una turista que se va con un desconocido, su hijo el guapo y valiente bombero, a una casa en medio de una montaña? ¿Qué más le has contado?

—Pero a ver, ¿tú no le has hablado a tu madre de mí?

—Bueno, sí. Me preguntó si estaba con Alba y le dije la verdad, que estaba contigo, que eres muy bueno y que me gustas... mucho.

—¿Te gusto mucho?

—Mucho mucho mucho. —Inspira fuerte en mi cuello y mete un dedo en el bol de la masa de las galletas. Lo lleva a su boca y lo chupa.

—Mmmm. Buenísimo.

—Cuando esté cocinado estará más bueno. Hasta entonces las manos quietecitas.

—Puede. —Me planta un beso en los labios y se va hacia el comedor.

Está leyendo un libro sobre la segunda guerra mundial que habla de los nazis. Era poco probable, pero me alegra que me aclarara en una de nuestras conversaciones que no es racista. No podría estar con una persona que lo fuera. Su madre y su tía Mary, la madre de James, son escocesas. Sus padres emigraron y se establecieron aquí, y ellas ya nacieron en América. La hermana de James, Charlotte, está casada con un chico negro, Ben, y tienen una niña de un año que se llama Alexia, una preciosa niña mulata con los rasgos de su padre y pelo afro precioso y los ojos verdes esmeralda de su madre. Por lo que me cuenta su familia está muy unida. Su madre y su tía viven muy cerca la una de la otra en Staten Island. Cuando el padre de Will murió los ayudaron mucho. Charlotte y James son como hermanos para él. Su tío Joe lo hizo lo mejor que pudo. No fue un chico fácil en esa época. Al final consiguió acabar sus estudios y entrar en la universidad: licenciado en Económicas por la Universidad de New York. Antes de acabar la carrera

sabía que no la ejercería, pero le ayudó mucho estar centrado en los estudios. Los fines de semana se desmadraba y disfrutaba de su juventud... Vamos, que se tiraba a todo lo que se le ponía por delante. “No pienses en eso, no pienses en eso”, repito mi mantra. El año que se graduó coincidía con uno de los que hay oposiciones para entrar en la academia de bomberos de la ciudad. Ya tenía el tema hablado con su tío Joe. Él también es bombero, ahora retirado, y los dos primos pasaron las pruebas más que de sobra. Ahora están en la misma estación. Will es capitán de la compañía.

Ya tengo la masa lista, estirada dentro de los papeles de horno. Ahora la dejaré enfriar un par de horas antes de hornearlas. Limpio el bol donde he mezclado la masa y preparo los ingredientes necesarios para hacer el *royal icing*. Dejaré preparada la glasa en las bolsas, ya con los colores hechos, así después de hornear, en cuanto se enfríen las galletas, podré decorarlas. Mañana estarán secas y duras para envolver.

Una vez lo tengo todo listo y he recogido todo el desorden de la cocina, me quito el delantal de *I love NY* que me compré la primera semana de estar en la ciudad y voy a ver a mi hombre. Ha acabado de guardar sus cosas, las que tenía en cajas. Hasta hace poco vivía con James en un apartamento, pero por varios motivos que no me ha explicado decidió mudarse a un apartamento para él solo.

Está en su despacho, leyendo las noticias en el ordenador y escuchando música en mi lista de Spotify. Debí dejármela abierta el otro día cuando puse la música mientras le ayudaba a limpiar.

—¿Algo interesante? —pregunto, acariciando sus hombros, dándole un pequeño masaje.

—Nada, la gente no sabe lo que hace con el dinero. Ahora que los tipos de interés están tan bajos, por debajo de mínimos, sería buen momento para invertir y comprar algunas de las mejores casas a muy bajo coste. Están embargadas o en propiedad del banco, porque no se han llegado a vender nunca.

—¿Piensas en comprar alguna?

—Tengo algo de dinero ahorrado, además del dinero de un seguro que tenía mi padre que no quiero utilizar mientras mi madre viva. Quiero que ella lo disfrute viajando o haciendo lo que quiera que sea que la mantenga distraída y feliz. Pero no, por ahora no.

—¿Qué hacemos para comer? No hay muchas cosas en la nevera. ¿Vamos a hacer la compra y comemos aquí?

—Las mujeres sois las que organizáis las casas, ¿no? Pues lo que tú digas, nena.

—¡Eh, eh, eh! Estamos en tu casa, porque así lo has querido tú, por lo tanto, es tu responsabilidad tener de todo lo necesario.

—A los hombres se nos conquista con sexo y comida. Una parte la tienes segura, ahora te falta llenarme el estómago. —Gira sobre la silla de ruedas y me sienta encima de sus rodillas.

—¡Tendrás morro! Levanta de la silla y vamos a comprar, antes de que vaya a comprar algún libro de cocina típica americana y asegurarme de que te tengo contento en todos los sentidos.

—Yo me comería lo que fuera que tu cocines, aunque esté quemado, amargo, salado o muy picante. Cubres todas mis necesidades. —Se acerca a mí para besarme la punta de la nariz.

—Sé cocinar, y muy bien, además. Nada de comerte algo quemado. Para eso ya estoy yo cuando me haces arder. —Le doy un beso y me levanto.

—¡Por fin! Galletas listas. Ahora solo falta que seque la glasa y endurezcan. ¿Qué te parecen?

—¡Voy! —dice, y se levanta del sofá para venir hacia la cocina—. ¿Cuándo has aprendido a hacer esto? Son preciosas, Cath. ¿Se pueden comer? —Alarga la mano para coger una y le doy un manotazo de advertencia—. ¡Au! Vale, lo pillo: nada de galletas hasta que estén secas.

—No, guapo, no. Nada de estas galletas para ti, son para el bebé de Erik y Lorena.

—¿En serio no me vas a dejar comer ninguna? —pregunta haciendo pucheros con los labios.

—De estas no, pero haré unas especiales para ti.

He hecho doce galletas de vainilla, con diferentes formas y decoradas en tonos pastel: azul, verde y amarillo. Una es un biberón, otra un chupete, otra un *body* de bebé. Todas llevan el nombre de Álex, más conocido como *alejamaridos*. Mañana las empaquetaré en bolsitas individuales y las colocaré en una cesta de mimbre con un lazo azul. Estoy un poco nerviosa por conocer a sus amigos, a James, a su primo. Los he visto dos veces y no han sido las típicas “primeras veces”. Una de ellas yo estaba a cuatro patas en el suelo espiando a su primo desnudo mientras se duchaba... Bochornoso cuanto menos. Espero que no se lo haya contado a todo el cuerpo de bomberos de Nueva York.

—Will —lo llamo desde la habitación—, ¿tu primo sabe guardar secretos?

—Creo que sí, nena. ¿Por?

—Por la primera vez que te vi, desnudo... y eso.

Lo escucho reírse desde el sofá. Salgo de la habitación y voy a sentarme con él. Está viendo un partido en diferido de los NY Nicks.

—A mí no me hace gracia. No se lo habrá contado a nadie, ¿verdad?

—No creo. Además, sabe que le rompería la boca si hiciera algo así, y más después de contarle que estamos juntos. —Levanta la cabeza y me mira esperando mi respuesta—. No haría nada que avergonzara a la mujer de su primo, casi hermano.

—¿Y qué le parece lo nuestro?

—Le parece perfecto. Dice que tendremos una buena historia que contarle a nuestros hijos y nietos sobre cómo nos conocimos. —Sus preciosos labios dibujan una sonrisa y no puedo retener la mía.

—Sí, eso es verdad. “Niños, la abuela Cath perdió un pendiente y espío al, por entonces, desconocido abuelo mientras él se duchaba en un gimnasio. Le vio la gran flauta y se enamoró de él”.

Su risa es contagiosa. Me abraza y me recuesto en él mientras nos abrazamos compartiendo nuestro calor.

—Me encanta tu humor. —Me besa la frente y me aprieta, más si cabe, contra su cuerpo, rodeándome con su brazo.

—Más vale que me lo tome con humor. Si todo el departamento de bomberos sabe que me quedé mirándote desnudo...

—No seas tonta, no lo sabe nadie más.

—¿Qué vamos a cenar? ¿Cocinas tú? Yo he preparado la comida.

—Sí. ¿Cuánto hace que no te comes un *hotdog*?

—¿Vas a cocinar *hotdogs*?

—Mejor aún. Vamos a ir a comernos uno a Madison Square, al Shake Sack. Son las siete, podemos ir en taxi y pasear un rato por el parque. Aprovecharemos que todavía no hace frío.

—Me parece perfecto. Cogeré la cámara y haré algunas fotos en el parque y al Flatiron Building.

—Vamos a vestirnos pues. —Dicho esto apaga el televisor y vamos a cambiarnos de ropa.

Es sin duda un edificio precioso y peculiar. Hago varias fotos desde todos los ángulos. Mi hombre está a mi lado interesado por lo que hago. Le digo cómo enfocar y él también dispara alguna. Se acerca y me abraza. Levanta la cámara con una mano nos hace un selfi. Ha quedado chulísima. Él mirando a

cámara con su preciosa sonrisa y yo de perfil respirando el aroma de su cuello y riendo divertida.

Hacemos cola en le Shake Shack y pedimos un par de *hotdogs* y agua para los dos. Paseamos por el parque y nos sentamos en una mesa con vistas al Flatiron Building y a las dos calles que lo envuelven, Broadway y la Quinta Avenida. Le hago algunas fotos con el móvil mientras se come el perrito caliente con cebolla, ketchup y mostaza. ¡Es tan fotogénico! Me encanta mirarlo. El simple hecho de verlo pestañear es todo un espectáculo, por lo menos para mí. Una vez más me recuerda mi retorcido cerebro que esto es amor y está muy claro. ¿Quién si no iba a disfrutar tanto viendo a alguien cerrar y abrir los ojos? “Pues yo lo hago,” me digo a mí misma. Me gusta verlo pestañear, respirar, cómo se ensanchan sus fosas nasales cuando está dentro de mí, cómo suspira cuando está dormido, cómo camina, cómo sonrío, cómo mueve la boca cuando habla. ¡Si es que me pierdo en él! Hay veces que me quedo en otra parte mientras me explica algo. Me emborracha de tal manera que seguro que se da cuenta de que he perdido el hilo de lo que me estaba diciendo, porque me quedo embobada mirando el movimiento sensual de sus labios.

—Empieza a hacer frío. Vamos a movernos un poco o me quedaré congelada.

No tendría que haberme puesto este vestido con las medias tan finas. Es un vestido sencillo de color rosa, con un pequeño cinturón con cierre en forma del símbolo de infinito a la altura de la cintura en la parte delantera. Encima llevo la cazadora de piel negra y unas finas medias color café, y calzado cómodo, unas Converse negras básicas. Me acerco a su cuerpo y caminamos abrazados por la Quinta Avenida, dirección calle 34. Vamos a subir al Empire State. Aunque parezca mentira, en el mes que llevo aquí todavía no he subido a ninguno de los edificios más emblemáticos. Las calles

y escaparates ya empiezan a estar adornadas para Halloween. Will me ha dicho que me enseñará unas casas en Brooklyn que son famosas por su decoración.

—¿Celebras Halloween?

—Celebro mi cumpleaños y Halloween.

—¿Tu cumpleaños cuándo es?

—El 1 de noviembre.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—No sé, no lo habíamos hablado. ¿Cuándo es el tuyo?

—El día de Navidad.

—Espera un momento, que lo apunto en la agenda del Iphone Cundo yo lo estoy mirando a él y él hace ver que mira la pantalla del terminal, nos topamos con alguien al cruzar.

—Perdón —digo yo enseguida levantando la cabeza.

—¿Mamá? —lo miro a él sorprendida y miro a las personas que tengo delante. Una mujer de unos cincuenta y tantos, rubia y con ojos verdes, acompañada de otra mujer, que se le parece bastante, pero con el pelo rojizo. Les acompaña un hombre canoso de unos sesenta años.

—¡Hola, cariño! —Se besan y se abrazan. Los tres desconocidos para mí me miran atentamente.

—Tío Joe, tía Mary. —Los besa también. Se hace un pequeño silencio antes de que Will me ponga en el centro de las miradas.

—Mamá, ella es Catherine, mi novia. —¡Diosss, ahora sí que sí! Me ha presentado a su familia como su novia, no como una amiga que está conociendo, ni como una follamiga (aunque espero que no le haya presentado ninguna de esas a su madre).

Siento que el frío que tenía hace pocos minutos ha desaparecido de mi piel. Ahora aparece en mi rostro un rubor por la vergüenza. ¿Cuándo me he vuelto yo tan vergonzosa?

—Encantada de conocerte. ¡Qué bonita eres!

Me pongo más roja mientras asimilo el cumplido y le sonrío. Se acerca

más y me envuelve en un afectuoso abrazo. Nos besamos en las mejillas. Cuando su madre suelta el abrazo y me coge la mano, mira a su hermana Mary y esta me abraza como ha hecho su hermana.

—Encantada —le digo.

Ahora me saluda el tío Joe, menos efusivo que las hermanas, me tiende una gran mano, callosa y fuerte, se la estrecho. Se dirige a su sobrino, que no me ha soltado la mano en ningún momento, como dándome ánimos ante el asalto cariñoso de su familia. Lo que él no sabe es que a mí me ha encantado su reacción. No me incomodan los besos, en España somos muy besucones.

—¿Qué hacéis por aquí, parejita? —pregunta su tío.

—Hemos dado una vuelta por el parque y ahora íbamos a subir al Empire. Cath todavía no ha subido. Y vosotros, ¿a dónde vais?

—Hemos venido a ver a Judy, la vecina que vivía tres casas más abajo de la de los tíos. Ahora íbamos a cenar algo por aquí. ¿Cuándo vas a venir a casa, hijo? —Nos mira a los dos, él me ha soltado la mano y ha pasado su brazo por encima de mis hombros. Yo he levantado mi mano derecha para entrelazar los dedos en su mano y con el brazo izquierdo le rodeo la cintura.

—¿Te parece bien el domingo después de comer? —Me mira a mí esperando una respuesta en lugar de a su madre. Parpadeo un par de veces y me doy cuenta de que quiere que vaya con él.

—Sí, por mí perfecto. —Sonrío y la madre de Will me devuelve la sonrisa. Ahora sé de quién la ha sacado él.

—Perfecto, pues. Nos vemos el domingo.

Elisabeth se acerca a su hijo y le da un beso en la mejilla y después me da otro a mí.

—Nos vemos el domingo, querida. —Asiento y le sonrío. Tengo más nervios ahora que cuando los padres de Javi nos pillaron con catorce años dándonos un pico en los labios, escondidos en el bajo de la escalera de su portal. Nos despedimos de sus tíos con un “hasta luego” y continuamos nuestro camino.

—Bueno, ya está hecho. Pensaba presentártela pronto, si tú querías, y la casualidad ha hecho que nos crucemos con ellos. Oficialmente ya eres mi novia, no puedes echarte atrás —dice, sonriendo de oreja a oreja. Está completamente feliz.

—¿Estás contento?

—Mucho. Y mi madre más. Nunca le he presentado a ninguna chica. Sabe que he tenido mis rollos porque las chicas no dejaban de venir a buscarme a casa y veía las revistas porno debajo del colchón cuando era un crío y las cajas de preservativos en mi cajón, pero...

—¡Vale, vale! No quiero escuchar nada de preservativos que no has usado conmigo. Lo he pillado, sí, sabe que no eres gay.

—¡Ven aquí, tonta! Tú eres la única —dice mientras estrecha mi cintura con su mano.

En ese momento se escuchan unas sirenas cercanas. En pocos segundos pasan dos camiones de bomberos. Uno de ellos se asoma por la ventanilla y chillá “capitán” y Will levanta la mano saludando.

—¿Son compañeros tuyos?

—Sí, él que ha chillado es Sam. Lo conocerás el sábado en su casa.

—¿Tienes ganas de que se acaben tus vacaciones?

—Si te dijera que no mentiría, pero también mentiría si te dijera que no voy a echarte de menos todas las horas que esté separado de ti sin poder olerte, tocarte, besarte o mirarte.

—Mmmm. Escapémonos y no volvamos nunca. —Cierro los ojos disfrutando del momento y soñando.

—No me tientes.

—Tenía que probarlo. —Le guiño un ojo y nos besamos.

Llegamos a la entrada del Empire. He ido haciendo varias fotos y Will ha hecho algunas para que yo también salga.

Al entrar, Will se acerca a un par de guardias y charla con ellos. Yo estoy haciendo fotos al *hall* del edificio. Altas paredes de piedra, banderas de Estados Unidos por todas partes, como no podría ser de otra manera. Están muy orgullosos de su nación y puedes ver sus colores prácticamente por cualquier calle o edificio.

Se acerca con uno de los guardas. Will me coge de la mano mientras nos acompaña a la primera planta. Desde ahí pasamos un arco de control de metales y nos dirigimos hacia el ascensor, que nos llevará hasta la planta 86.

Cuando por fin salimos al mirador, mi cara se descompone. Tengo los ojos abiertos como una ostra y la mandíbula se va descolgando ella sola, no necesita ni gravedad ni nada. Tiemblo un poco por estar tan arriba. Nunca antes había estado tan alto, sin contar el vuelo en avión, claro.

—¿Qué te parece? Bonito, ¿verdad?

—¡Uuuuu! Las vistas son impresionantes. Todas las luces dejan las calles bien definidas. ¡Y como se nota dónde está Times Square!

Se puede ver a lo lejos, y chiquitita, la Estatua de la Libertad. Más cerca e imponente la gran Liberty Tower. Cómo me habría gustado ver ahí a las dos torres. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Will me abraza fuerte, pegado a mi espalda, abrigándome con sus brazos. Aquí hace más aire y mi pelo vuela de un lado a otro enredándose. Saco una goma del bolso y me lo recojo en una cola baja lateral.

Me vuelvo loca haciendo fotos aquí y allí. Will me suelta para que pueda colocarme bien al disparar. Lo miro, ahora está hablando por teléfono. El cielo está estrellado, una pequeña rodaja de luna menguante se ve brillar y a lo lejos, aviones que llegan a suelo americano y otros que se van. Un montón de helicópteros sobrevuelan los alrededores de la isla, sobre el río Hudson y el East River. Me gustaría volver a subir otro día antes de que anochezca. ¡Ya puedo imaginarme las fotos! También podría ir al Top of the Rock y así saldría el Empire en las imágenes.

Me abrazan por la espalda. Unas manos fuertes me cogen de la cintura y me clavan contra un cuerpo duro y suave a la vez, caliente, que desprende el mejor aroma del mundo. Echa la cabeza hacia un lado y pone su barbilla sobre mi hombro derecho.

—¿Sabes lo preciosa que estás con ese vestidito, tu pelo rebelde flotando en el aire intentado escapar de la goma y esa cara de asombro? —Me pego a su cuerpo buscando mi hueco en su pecho ancho y protector. Él me rodea con sus brazos mientras me besa el cuello.

—Es precioso. Tenemos que subir otro día antes de que anochezca. Podríamos ir al Top of the Rock.

—Lo que tú quieras, nena, lo sabes. ¿Tienes frío?

—Mmmm, antes sí; ahora que estás calentándome, ya no.

—Venga, volvamos a casa. Mañana quiero que nos levantemos temprano para llevarte a un sitio que te gustará y donde podrás hacer muchas fotos.

—¿Temprano? ¿A qué hora? —pregunto entrecerrando los ojos, mirándolo de lado.

—Antes de que amanezca, si no no tiene gracia.

—¿Tú quieres matarme de sueño?

—No, quiero matarte a polvos, pero te duermes cuando vamos por el cuarto o el quinto como mucho.

—¡Serás! —le doy un golpe con mi puño en su duro y fuerte deltoides—. ¡Te podrás quejar! Hago más ejercicio contigo que en ningún gimnasio. ¿Estabas acostumbrado a hacerlo más veces en una noche?

Me mira, sabiendo que depende de lo que me conteste es probable que mi humor cambie. La culpa será mía por preguntarle cosas que realmente no quiero saber. Solamente me importa lo que hace conmigo y eso es maravilloso, en todos los sentidos.

—No contestes si no quieres. No tendría que haber preguntado.

—No.

—¿No, no me contestas o no, no lo has hecho más veces en una noche?

—No lo he hecho. ¿Contenta?

—¡Supercontenta! —Me cuelgo de su cuello y nos besamos. Abro los ojos y está mirándome fijamente, sus ojos azules clavados en los míos negros. Él es como las estrellas que brillan en el cielo sobre el manto negro de la noche.

Ayer por la mañana me llevó a cruzar el puente de Brooklyn mientras amanecía. Valió la pena madrugar tanto. Menos mal que llegamos pronto a casa y me dejó dormir seis horas. Nuestra sesión nocturna de amor nos dejó

agotados a los dos, por una vez no fui la única en acabar exhausta. Había muy pocas personas cruzándolo a esa hora. Cuando llegamos al Brooklyn Bridge Park pude hacer unas preciosas fotos a los rascacielos de Manhattan iluminados por la luz naciente del sol, al mismo puente Brooklyn, al Manhattan Bridge con el Empire State y el Chrysler building por detrás, al edificio más alto de Estados Unidos, la nueva Liberty Tower o One World Trade Center, en el bajo Manhattan.

Al llegar a su casa le pedí permiso para utilizar su iMac para descargar las fotos de la tarjeta de memoria. La sorpresa que me llevé fue chica al ver las fotos que él me había hecho a mí desde el jueves, cuando estuvimos viendo el Flatiron y en el Empire State, y de ayer. Hay algunas realmente buenas, tiene buen ojo para hacer fotos.

Ahora estamos de camino a Brooklyn, esta vez en su camioneta. La guarda en un garaje casi todo el tiempo por lo difícil que es encontrar aparcamiento en la isla. Normalmente nos movemos en taxi o en metro. No la cogía desde que volvimos de la semana en la casa de la montaña. Llevo sobre las rodillas una bandeja con el *bundcake* de nueces y moka para el postre y en el sillón de mi lado derecho la cesta con las galletas para el bebé de Lorena y Erik.

—¿Habrá mucha gente? —pregunto nerviosa.

—Que yo sepa: Erik y Lorena con el peque; John, tú y yo, y los dueños de la casa. No sé si Julia ha invitado a alguna amiga suya para que haga de pareja con John, aunque no me extrañaría. James no sé a qué hora vendrá.

—Háblame un poco de ellos.

—No estés nerviosa, les vas a caer genial —dice y aprieta mi muslo, sobre la rodilla—. Como te dije, Erik y Sam son bomberos en la misma compañía que yo. Son muy bromistas, sobre todo si confabulan entre ellos para gastársela a otro... A Erik le gusta el *heavy metal* y la salsa. Su mujer, Lorena, es de Puerto Rico, y es profesora de baile. Antes de que naciera el pequeño Alex dejó las clases y ahora se dedica en cuerpo y alma a cuidar de su bebé. Julia es abogada laboralista. Trabaja para un gran bufete de Manhattan. Está apostando fuerte para que la hagan socia, aunque siempre que habla de ello me da la impresión de que no es lo que más le apasiona en el mundo, ¿sabes? Lo explica poco convencida, sin mucha ilusión porque eso pase. Tampoco la conozco demasiado, lo suyo con Sam fue visto y no visto. ¿Qué tendréis las mujeres que nos atrapáis en vuestras redes y ya no podemos escapar? Sam cayó como un niño ante una bolsa de chuches. Lo mismo me ha pasado a mí, voy en mi furgoneta con la mejor golosina, la más adictiva y la más dulce —dice eso mientras me abraza fuertemente y me besa en la cara.

—Sabes cómo provocarme, ¿eh? ¿Eso soy para ti, una golosina?

—No, eres mucho más, eres toda la fábrica de chocolate y la plantación de cacao. Todo.

Sin apartar la vista de la carretera me dedica esas preciosas palabras y yo no puedo más que mirarlo y babear. A veces pienso que esto es un sueño y que en cualquier momento despertaré sobresaltada y sudando. Me inclino hacia él y le doy un beso en el brazo.

—Yo también te quiero, bombón.

Por los altavoces suena la voz de Lenny Kravitz y su *American Woman*.

Entramos en un barrio de casas adosadas. Son casas antiguas, típicas de la zona, de ladrillos y con unas escaleritas en la parte delantera. Cerca hay un gran parque con una zona para los peques y una gran explanada donde juegan niños con sus padres tirando de alguna cometa.

Aparca delante de una casa, la número 23.

—Ya hemos llegado. Deja que te ayude con eso —dice y coge la bandeja con el postre. Yo cojo mi pequeño bolso y la cestita con el detalle para Erik y Lorena.

Me miro en el espejo retrovisor para asegurarme de tener el bien el pelo. Lo llevo suelto. Voy ligeramente maquillada, con un poco de rímel y un poco de brillo en los labios. Inclino un poco la cabeza y meto los dedos para ahuecar un poco la melena, para darle volumen a mis rizos. Repito el proceso pasando la mano al otro lado.

Me giro y lo veo mirándome, comiéndome con los ojos. Le sonrío.

—Estás preciosa. Pareces un león con ese pelo. ¿Vamos?

—Vamos. —Me cojo a la mano que me ofrece y entrelazamos nuestros dedos.

Vamos subiendo los pocos escalones y, antes de llegar arriba, la puerta se abre y sale una chica rubia de pelo corto y grandes ojos azules. Nos sonrío, me cae bien incluso antes de escucharla hablar. Lleva una camiseta básica de algodón tipo Desigual, con muchos colores, y unos pantalones *hippies* anchos a tonos verdes y amarillos ocre.

—¡Hola, chicos! Yo soy Julia. Tu debes de ser Catherine.

—Sí, encantada, Julia. —Nos damos un beso en la mejilla.

—Will, ¡qué callado te lo tenías! Hasta ayer no me lo contó Sam. ¿La tienes secuestrada para que no escape?

—¡Qué bien me conoces! —Río y me aprieta fuerte contra su cuerpo.

—Vamos, pasad dentro. Ya están todos aquí. Solo falta John, que vendrá en diez minutos.

—He traído algo de postre —le digo.

—Y una botella de vino —añade Will.

—¡Oh, gracias! No teníais que haberos molestado.

—No iba a venir con las manos vacías. —Le sonrío. Coge la bandeja que le entrego.

Pasamos un pequeño recibidor y entramos a un amplio salón con forma rectangular. Cerca de las ventanas que dan a la calle está el mueble con el televisor y un sofá con dos butacas de piel a cada lado. Al otro lado hay una amplia mesa de cristal que tiene encima un marco de plata con una preciosa foto de los dos, Sam y Julia. Apenas está amueblada ni cuelga ningún cuadro de las paredes, aunque se ven algunos agujeros en ellas de otros cuadros anteriores. Hace un mes que han comprado la casa y no han tenido tiempo de adecuarla a su gusto. Me cuenta que quieren pintar las paredes en un tono melocotón. Por lo que dice, la parte superior está ya reformada y recién pintada. Una barra americana separa el salón comedor de la cocina, bastante antigua. Julia me explica que querían renovarla, pero que van a esperar un tiempo. Desde la cocina salimos a un gran patio trasero. Miro a Will, que viene detrás de mí, mientras Julia me va enseñando su acogedora casa. Me guiña un ojo y se pega a mi espalda pasando sus manos por mi cintura. Me susurra al oído que me tranquilice y me besa detrás de la oreja.

—Vaya, vaya, ya ha llegado la parejita feliz. —Alguien habla detrás de nosotros. Will se gira y me obliga a parar.

—¿Qué tal, Sam? Ella es Catherine. Nena, este es Sam.

—Lo recuerdo del otro día en la ventanilla del camión de bomberos. —
Sonrío—. Hola, Sam. Encantada.

—¡Igualmente! Me vistes, ¿eh?

—¿Cómo no iba a verte si tenías medio cuerpo fuera del camión y gritabas como un condenado? —dice Will en broma.

—No te pongas celoso porque me mirara. Ya sabes que soy irresistible para el sexo femenino. —Entre risas se abrazan y se dan palmadas en la espalda.

—Venga, pasad, ya han llegado Erik, Lorena y el peque.

Bajamos una pequeña escalera de cuatro escalones y, bajo una pequeña carpa de madera, están la feliz pareja con su bebé. La barbacoa está en la zona descubierta. El jardín lo cubre un césped bien arreglado y verde... Es césped artificial. La verdad es que es mucho mejor: nada de hormigas trepando por todos sitios. Se ven las marcas de una piscina desmontable, seguramente la tuvieron los antiguos propietarios de la casa. Ahora vamos a por más presentaciones.

—¿Qué pasa, capitán? ¿Cómo van esas vacaciones? —Will y Erik se

chocan la mano, con la otra sujeta la mía.

—De maravilla, disfrutándolas antes de que acaben. Erik, Lorena, ella es Catherine, mi novia. —¡Cómo me gusta la coletilla!

—¡Hola, Catherine! ¿Qué tal te trata el capitán? —me pregunta Erik, acercándose a darme un beso en la cara.

—Por ahora no me quejo. Hola, Lorena —digo, girándome hacia ella y su bebé, después de saludar a su marido. Le doy dos besos, *typical spanish*, y después miro al bebé que tiene en brazos. Es moreno de piel como ella y también tiene el pelo negro.

—¡Ooh! ¡Qué cosita! Es precioso, de verdad. Mmmm y qué bien huele. Me encanta cómo huelen los bebés.

—Eso es porque no has cambiado muchos pañales en tu vida... —me dice Erik cogiéndose la nariz con dos dedos, exageradamente.

—Alguno que otro he cambiado, sí. Y cuando empiece a comer fruta ya verás...

—¿Qué quieres decir? ¿Puede empeorar?

—¡Ja, ja, ja! Si quieres llamarlo así, sí.

—No te quejes, que apenas has cambiado dos pañales —le dice Lorena al quejica de su marido.

—Pues han sido los dos más apestosos.

—Mi bebé, no hagas caso del tonto de tu padre. Tus caquitas huelen a flores —le dice ella dulcemente a su hijo, dándole un tierno beso en la frente.

—Os he traído un detalle para él. En realidad, es para vosotros, porque el pequeño Alex todavía no puede disfrutarlo. —Will le entrega la cesta a Lorena cuando ella me pasa a su bebé.

—¡Son preciosas! ¿Las has hecho tú?

—Sí, durante un tiempo me aficioné a la repostería creativa y para ocasiones especiales. Siempre que tengo tiempo, me gusta hacer algún detalle.

—¿Se pueden comer? —pregunta Erik cogiendo una galleta envuelta.

—¡No! Ni se te ocurra, Erik. Primero quiero hacerles fotos y decidir cuál de ellas guardaremos. Después dejaré que te comas una —le dice Lorena.

—Colega, yo soy su novio y tampoco las he probado —dice Will, pegándose a mi espalda y abrazándome por la cintura, mientras yo miro embobada al bebé.

—También ha traído un *bundcake* —grita Julia desde la cocina.

—Nos podrías dar algún cursillo acelerado de repostería.

—Por mí no hay problema. Me decís cuándo os va bien y quedamos.

—Sam, ¿cómo va esa carne? —preguntan Erik y Will acercándose a la barbacoa.

—Está casi lista. A ver si llega John antes de que acabemos con todo esto. Coged una cerveza del cubo.

Al lado de la barbacoa hay una pequeña mesa redonda con un cubo lleno de cubitos de hielo y seis botellines de cerveza. Me extraña ver que Will coge una, me dijo que no bebía. Lorena ha aprovechado que tengo al bebé en brazos para disfrutar de un poco de libertad momentánea. Ha entrado en la cocina con Julia para ayudarla a acabar de preparar la comida. Hoy por fin hace un poco de sol. Menos mal que el huracán Joaquin ha variado su trayectoria y se ha dirigido hacia el océano. Me siento bien aquí, con el sol calentándome, el leve peso del bebé en mis brazos... Algún día me gustaría vivir en una casita, tener mis propios hijos y dedicarme al mejor trabajo del

mundo, cuidarlos y verlos crecer, tener tiempo para disfrutar de mi familia, la que espero construir con un buen hombre. Levanto la vista y lo veo acercarse a mí. Está imponente, solo necesita una sudadera y unos vaqueros para ser irresistible. Si lo viera algún día con un traje, me caigo. Tiene que ser un espectáculo ver a este hombre de metro noventa y cinco y noventa y cinco kilos con sus músculos enfundados en un elegante traje. Aunque siendo sincera conmigo misma, como más me gusta es desnudo... ¡Sí, señor! Mi cerebro y los unicornios de crines de colores asienten efusivamente ante mis pensamientos.

—Te queda muy bien.

—¿Sí? ¿Te parece? Son tan adorables, tan tiernos, tan para siempre... Pero hay que estar muy seguro.

—Nena, seguro es mi segundo nombre... —me guiña un ojo.

—Seguro que ahora mismo no... —imito su gesto y le saco la lengua.

—¡Hombre, ya está aquí el guaperas del grupo!

Me giro. Bajando las escaleras que dan al patio hay un chico, debe de ser John. Es alto, como metro ochenta. Parece que Will es el más alto de su compañía, por lo menos de los cuatro que se reúnen hoy.

—Hola, preciosa, soy John. Tú debes ser Catherine.

—Hola, John. Encantada.

—Vaya, capitán, sí que habéis ido rápido. ¡Qué crecidity está el pequeño Carter! —Se acerca a nosotros y choca la mano con Will mientras le hace la broma. Después va hacia el chef y su barbacoa—. Veo que he llegado justo a tiempo para comer. ¿Qué narices son estas cervezas sin alcohol? —pregunta extrañado mirando un botellín que acaba de sacar del hielo.

—Dámelo, Catherine, lo acostaré en el carrito para que podamos comer. Gracias por cuidar de mi pequeñín.

—Ha sido un placer —le digo dejando la cabecita del bebé con cuidado en los brazos de su madre.

Los chicos se acercan a la mesa que está debajo de la carpa de madera donde estamos las tres chicas ahora y el pequeño Alex en su cochecito. Sam se acerca a Julia. Se abrazan y besan. En ese momento unas calientes y duras manos me levantan un palmo del suelo, obligándome a cogermey rápidamente de su cuello para no perder el equilibrio. Me pone a su altura y nos miramos fijamente. Durante unos instantes dejo de escuchar las conversaciones que están manteniendo los demás y sonrío feliz ante el hombre al que amo. No sé si será por haber tenido el bebé en brazos o por lo intenso de su mirada, o por la alineación de algunos planetas, el caso es que me siento perfecta, completa, feliz. Se lo hago saber a Will, diciéndole en silencio con un movimiento de labios que lo amo. Lo entiende y me lo dice en alto, dejando mudos a los que nos rodean.

—¡Uuuuaauu! ¡Tenemos boda a la vista! —grita Erik, descarado.

Will sigue sosteniéndome y mirándome mientras yo me pongo roja como un tomate maduro de untar pan. Nos besamos. Me baja poco a poco, deslizando mi cuerpo por el suyo.

—Seréis los primeros en saberlo cuando llegue el día. —Dicho esto, me coge por la cintura y vamos hacia la mesa, que ya tiene todo listo para comer.

—Bueno, chicos, antes de comenzar a comer Julia y yo queríamos deciros algo. Esta maravillosa mujer a la que hace medio año tuve la suerte de conocer y de enamorar... —risas de sus compañeros—... ha accedido a ser mi esposa. —Empiezan los vítores—... y también la madre de mis hijos. — Le planta la mano izquierda sobre su vientre y confirma lo que estamos sospechando los demás. Julia pone su mano sobre la de él.

—¡Oh, tío, no sabes lo que has hecho! Lo de la boda genial, pero el bebé... Vas a desear estar en la estación para dormir un poco en lugar de en casa.

Los chicos ríen por lo exagerado de Erik, pero ahora los felicitan por las dos buenas noticias.

—¡Muchas felicidades a los dos!

A mi lado izquierdo tengo sentado a Will y a la derecha a Sam. Enfrente de Will está John y a su izquierda tiene a Lorena. Esta tiene a su lado a Julia y delante a su marido Erik, que a su vez está sentado al lado derecho de Will. Parece que al final no ha venido la amiga de Julia, porque justo delante de mí queda un sitio.

—¿De cuanto tiempo estás? —le pregunta Lorena.

—De dos meses. Tuve la última regla a finales de julio.

—¡Que aproveche familia! Por muchas más como esta. Felicidades a los novios y futuros padres.

—¡Amén!

Justo cuando los platos de comida empiezan a repartirse por la mesa, una chirriante voz suena desde detrás de mí. En ese momento mi tranquilidad cae por debajo de los cimientos de la casa.

Es la follamiga de Will, la que lo llamó en mitad de la noche, la que me desmontó con la mirada de mala perra en la hamburguesería después de haber discutido con mi Will. ¿Qué coño hará esta aquí?

—Kathleen, ¿qué tal? —pregunta Julia sorprendida de verla aparecer.

—¡Hola, chicos! He salido a pasear y he visto que teníais la puerta de casa abierta. En lugar de entrar yo podría haberlo hecho un acosador, o un ladrón —dice, con falsa cara de preocupación.

—¡Oh, gracias, Kathleen! —dice Sam, levantándose para acompañarla a la calle y cerrar la puerta.

—Veo que hoy tenéis festival, ¿eh? Disfrutadlo. —Mientras dice eso mira directamente a Will. Le giro y lo veo mirándome a mí. Los demás comensales también tienen las caras algo estiradas. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Gracias por avisar.

Todos se miran y evitan mirarme a mí. Miro a Will esperando que me diga algo, pero no lo hace; únicamente me coge la mano y la envuelve con la suya. Sam regresa a la mesa acompañado de una chica castaña y ojos azules, muy delgada.

—Mirad a quién he encontrado en la puerta. —La chica sonrío a todos y nos saluda con la mano. Julia se levanta para saludarla y presentarla.

—Rose, pensaba que ya no vendrías. —Se abrazan y la acompaña al

asiento libre que hay delante de mí. Le presenta a John, ya que es el que tiene a su lado y porque, según parece, quieren encontrarle pareja.

—Bueno, ahora sí estamos todos. ¡A comer!

Cada uno llena su plato con todo tipo de comida que han preparado: la carne de la barbacoa, ensalada verde, ensalada de pasta, varias verduras salteadas. Los chicos tienen una montaña de comida en sus respectivos platos. Si son como Will, acabarían con todo. Para mantener la fuerza en esos cuerpos necesitan energía; luego ya la queman de una manera u otra.

Nadie ha dicho nada sobre el incidente de la tal Kathleen. ¿Sabrían que Will y ella estuvieron liados? Seguro que sí, por eso no sabían dónde mirar cuando ha aparecido en la puerta de la cocina.

—Cath, pásame un trozo de pan —me pide Sam.

Alargo el brazo y le acerco el cesto donde están las rebanadas de pan cortado—. Gracias —me dice y coge tres trozos.

Al devolver el cesto a su sitio, pasando por delante de Will, este roba rápidamente dos rebanadas más.

El bebé duerme tranquilo detrás de nosotros en su carrito, ahí no le molesta la luz del sol. Lorena nos cuenta que durante el día suele dormir

bastante, pero que por las noches es casi insoportable: empieza a llorar sobre las diez de la noche y ya no duerme una hora seguida hasta las seis o siete de la mañana. Como le da el pecho, ella es la única que puede alimentarlo, por lo que es ella la que pasa todas las noches en vela, dando cabezadas de cinco o diez minutos. Su madre se ha mudado a su casa para ayudarla durante el día. Así, cuando el bebé duerme y no tiene hambre, Lorena aprovecha y descansa dos o tres horas seguidas. Para que Erik pueda descansar y no esté escuchando al bebé llorar toda la noche, él duerme en otra habitación. Entiendo que la pobre mujer no tenga ganas de mantener relaciones sexuales con su marido, si no puede ni con su alma.

—Nena, apenas has comido. ¿Quieres algo más? —pregunta Will acercándose a mí desde su silla.

—No, estoy bien así. ¿Qué hacía *esa* aquí? —le susurro.

—Luego.

—Luego.

Me fijo en John y Rose. Parece que se atraen bastante. Él no ha perdido el tiempo y ya deja caer su brazo por el respaldo de la silla de ella. Le acaricia un mechón de pelo y le pregunta qué champú usa. ¡Qué simples son a veces! Los ves venir desde un kilómetro de distancia.

—¿Y tú de dónde eres, Catherine? —me pregunta Lorena.

—De España. Hace poco más de un mes que llegué.

—¿Y cómo es que has venido a Nueva York?

—Siempre había deseado venir y, bueno, decidí darle un cambio a mi vida y me planté aquí para conocer la ciudad y conocerme a mí.

—Y al final has conocido a Will antes, ¿no? —Ríen.

—En eso estamos, sí.

Él se acerca a mí y se lleva mi mano a sus labios. Me besa tiernamente. Ese contacto hace arder mis venas hasta llegar a mi centro. No sé cómo puedo desearlo tanto. Haber visto a la ... a Kathleen me ha revuelto el estómago, pero el cabreo a aumentado mi deseo de estar enterrada debajo del cuerpo de acero del moreno de mis amores. Es como si mi cuerpo cabreado necesitara que él lo dome para apaciguarlo, como si fuera una potrilla salvaje. ¡Uff, qué ganas tengo de resistirme a él para acabar haciendo el amor y sentirme plena y llena de él! Solos él y yo en la cama —o en cualquier superficie, retumba el pensamiento en mi cerebro—.

—¿Y a qué te dedicabas en España? —pregunta Sam.

—Era fotógrafa, para una agencia de periodismo. Por cierto —digo, girándome hacia Will—, no me he acordado de decírtelo: en la tienda de repostería un chico me dejó caer al suelo. —Ante esto frunce su entrecejo cabreado—. No a propósito, claro está. El caso es que me preguntó si me gustaría colaborar en su empresa, algo así como una web de asesoramiento para los turistas que, como yo, vienen a Nueva York. Tendría que hacer fotos por la ciudad.

—¡Oh! Eso está muy bien —dicen Lorena y Julia.

—No ganaría apenas nada, pero me mantendría ocupada unas horas y así recorrería muchos rincones de Nueva York.

—Si te apetece hacerlo, no veo por qué no —me dice Will, aunque no muy convencido.

—¡Qué suerte! Un trabajo que te permite hacer tu propio horario, libertad para moverte por donde quieras —añade con pena Rose. Le pregunto a qué se dedica ella y nos cuenta que es entrenadora personal en un gimnasio. Le encanta su trabajo, ya que le permite ponerse en forma mientras trabaja, pero lo que no le gusta es pasarse horas encerrada dentro del local sin disfrutar del sol. Dice que ahora en invierno apenas ve la luz del sol.

—Lorena, me contó Will que dabas clases de salsa. Tendrás que enseñarme.

—Si no te importa esperar hasta que el bebé crezca y podamos volver a

tener un ritmo de vida normal... Entonces seré toda tuya.

—¡Oh, no! —dice Erik, vehemente—. Entonces serás tooooda mía, nena. Yo estoy el primero en la cola.

Los chicos explotan en carcajadas. Ella le da una patada por debajo de la mesa a su marido, con el consiguiente gesto de dolor en la cara de este.

—Sí, amor, serás el primero en enterarte —sentencia ella.

—¿Y James? ¿No iba a venir? —le pregunto a Will.

—Al final vendrá después de comer, para el postre. Me ha dicho por *whatsapp* que no llegaba para la comida.

—¿Y para cuando será la gran boda? —pregunta John.

—Pues, como ahora está embarazada de dos meses, no queremos esperar mucho. Antes de que no le quepa ningún vestido de novia, ¿verdad, nena? —pregunta Sam a su futura esposa.

—Pero nada de gran boda. Vendrán nuestros padres y hermanos en mi caso y los amigos más cercanos, y los chicos de la compañía que no estén trabajando ese día. Hemos pensado en celebrarla a mediados de noviembre, el

viernes 20. Capitán, tú tienes fiesta ese fin de semana. Contamos contigo y con tu chica.

Will, que no me ha soltado la mano desde hace un buen rato, me mira para ver si estoy de acuerdo y le sonrío. ¡Voy a ir de boda en Nueva York! ¿Qué me pongo?

Los chicos se ponen a hablar del trabajo. El huracán Joaquín finalmente cambió de rumbo y no llegó a la costa ni afectó a la ciudad. Algo de lluvias, pero nada en comparación con lo que podía haber sido. Ayudo a Julia a retirar platos sucios de la mesa para sacar los postres y le pregunto cómo se encuentra con su embarazo y con el tema de la inminente boda.

—La verdad es que apenas he vomitado. Esa parte la llevo bien —dice, sonriendo—, pero me siento muy cansada. Dicen que es normal durante el primer trimestre, aparte de las pequeñas molestias en el vientre. Mi cuerpo se está adaptando para tenerlo a él dentro. Es maravilloso a la vez que acojonante.

Dejo los platos en el fregadero y los aclaro para meterlos dentro del lavavajillas.

—Todo ha sido tan rápido que estoy como en una nube. Hace seis meses que nos conocimos. Al poco tiempo nos fuimos a vivir juntos y al mes me quedé embarazada.

—¿Pero lo estabais buscando o llegó sin más?

—Bueno, no lo buscábamos, pero tampoco pusimos ninguna barrera para que no ocurriera. Con la profesión que tienen nunca sabes cuándo les puede pasar algo o no. Corren más riesgos que un ejecutivo, un médico o un abogado. No llega a ser el mismo nivel de peligro que si fueran militares, pero sí puede ser peligroso. Tenemos claro que nos amamos y no queremos esperar para disfrutar de una vida juntos. Supongo que sabes de qué te hablo, ¿no? Tú y Will no estáis muy lejos de compartir vuestras vidas. No me equivoco, ¿verdad? Por cómo os miráis, la manera que tiene de adorarte, lo tienes loco de amor. En los seis meses que hace que lo conozco nunca ha venido acompañado. Ni los chicos han hablado de alguna posible pareja, y ellos pasan muchas horas juntos como para no saber si uno u otro está con alguna chica.

—Bueno, no habrá tenido pareja, pero sí...

—Sí, sus rollos de una noche ha tenido. Es un hombre, ¡y vaya hombre!
—Ríe—. Pero ya sabemos cómo son: para ellos es solo meterla en caliente. Disfrutan del momento como una necesidad de vaciarse. Cuando se enamoran, lo que quieren es llenarse del amor que les ofrecemos nosotras, sus chicas. Confía en él, parece muy duro, y está muy duro —me guiña un ojo—, pero es más tierno que un bebé, y no llora todo el día ni se caga encima.

Rompemos a reír las dos. ¿Tan claro ha visto lo que sentimos el uno por el otro? ¿Esta chica tiene una sensibilidad especial o realmente el amor está en el aire a nuestro alrededor? Quiero creer que así es, por lo menos estoy segura de lo que yo siento hacia él y sé que él también lo siente por mí.

—Mañana iremos a casa de su madre. Nos encontramos con ella y con los padres de James el jueves cuando paseábamos.

—¿Ves lo que te decía? ¿Qué tío va a llevar a casa de su madre a una mujer con la que no quiere nada serio? En nada estás viviendo con él... —Se lleva las manos a su vientre—. Y si os ponéis pronto, vuestro hijo y el nuestro se llevarán pocos meses de diferencia.

—¡Uy! ¡Calla, calla! Me gustan mucho los niños y siempre he querido ser madre joven, pero todo llegará cuando tenga que llegar.

Me armo de valor y decido preguntarle a ella en este momento de confianzas por la lagarta que ha venido antes.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Julia?

—Lo que quieras —dice.

—La chica que ha venido antes... Ella y Will...

—¿Kathleen? No te preocupes por ella, es una de tantas de una sola noche. Y fue porque lo estuvo acosando durante una semana. Al final un día que salimos a tomar unas copas ella se acopló a nuestro grupo, y bueno... al final pensó con el pito y no con la cabeza. Es lo que tienen los hombres a veces. No la volvió a ver, que yo sepa; es más, Sam me contó que Will estaba

hasta las narices de ella, porque no paraba de llamarlo y de molestarlo. Hasta pasó varias veces por la estación de bomberos para verlo. No es mala chica, pero quiere encontrar como sea un buen partido para que la mantenga, dejar de trabajar y quedarse en casa. Se ve con treinta y cinco años y sola. Dentro de nada dejaran de llamarla para las sesiones de fotos de ropa interior de la que es imagen y las jóvenes veinteañeras esperan en las puertas para verla caer. Y tiene más muescas que el juguete de un cachorro, ya me entiendes.

—La semana pasada estuvimos en la casa que Will tiene en la montaña y lo llamó de madrugada. En fin, ¿no saben ver cuándo es que no? Si tengo que decírselo yo, le arrancaré la melena castaña que tiene. —Cruzo los brazos y ella asiente.

—¡Muy bien dicho, chica!

—¿A quién le vas a arrancar qué? —Unos brazos fuertes me estrechan contra un pecho ancho y caliente, mi refugio. Ladeo la cabeza, coloca su mentón sobre mi hombro y huele mi cuello. Sube dando besos hasta la parte de atrás de mi oreja y cierro los ojos disfrutando.

—Si no podéis esperar a llegar a casa os dejo utilizar una de las habitaciones de arriba. Tened en cuenta que no están insonorizadas...

Abro los ojos y veo a Julia mirando cómo divulgamos nuestro amor a los cuatro vientos. Le sonrío y digo que no con la cabeza rechazando su oferta. Cuando Will dice con voz más profunda de lo habitual:

—Gracias, Julia, que no suba nadie.

Ella casi escupe el agua que se estaba bebiendo. Sale a llevar la bandeja con el *bundcake* y otros postres que han traído, dejándonos solos en la cocina.

—Tendrás que esperar, capitán Carter.

—Mmm, dímelo otra vez. —Me da la vuelta y cuelgo los brazos en su cuello. Estamos completamente pegados, separados lo mínimo para mirarnos a los ojos mientras nuestras narices se rozan.

—Es-pe-rar.

—Eso no, lo otro —ronronea.

—Capitán Carter, mí capitán Carter —digo, tirándole de las orejas. Sé que le pone cachondo que lo haga.

Aprieta su pelvis hacia mi vientre para clavarme su dureza, ancha y palpitante. Saco la lengua y lamo sus labios despacio, disfrutando de su tacto suave.

—Si vuelves a hacer eso, te arrastraré arriba. Me dará igual que haya cama o no. Te meteré en la primera habitación que encuentre y te escucharé

todo Brooklyn gritar mi nombre cuando te corras.

—Vale —lo provocho. Esta vez lamo la punta de su nariz. Se le dilatan las fosas nasales y aspira sonoramente.

—¡Joder, Cath! ¡Arriba! —Me carga como un saco de patatas sobre su hombro y me agarra con su brazo mientras pataleo y chillo. Desde afuera llegan risas por el espectáculo gratuito que estamos dando. Sube las escaleras de dos en dos. Tiene prisa por llegar arriba. Por más preparada que esté para mantener sexo rápido con él, no voy a hacer eso en la casa de sus amigos. Me moriría de vergüenza. Cuando llegamos al piso de arriba suena el timbre de la puerta.

Gira por el pasillo hacia el fondo y abre la primera puerta que se encuentra: es un cuarto de baño. Por la pequeña ventana entra algo de luz. Me baja y me apoya contra la pared, apretándose con su cuerpo. Coge mis muñecas y me sube los brazos sobre la cabeza.

Se me escapa la risa cuando empuja de manera sugerente sus caderas contra mí.

—Will, sabes que aquí no vamos a hacer nada, ¿verdad? Sabes que me gusta provocarte.

—Y tú sabes que cuando me provocas obtienes lo que buscas, por lo que deja de reírte y abre las piernas. —No puedo dejar de reír. Me hace cosquillas besándose el cuello.

—En cuanto acabemos me llevas a casa y me encierras hasta el lunes cuando te tengas que ir a trabajar, estaremos veinticuatro horas haciendo el amor para reparar el chasco de ahora, ¿sí?

—¿Veinticuatro?

—Las que tú quieras.

—Te tomo la palabra. Tampoco es plan de que te escuchen gemir cuando ahí abajo hay algunos a pan y agua. —Me suelta las manos y me agarra de las nalgas con sus grandes manos—. ¡Dios! ¿Cómo no voy a querer hundirme en ti a todas horas con este culazo que tienes?

—Para ya, que te provocas tú solo. —Le cojo la cara con una mano y le hago bajar hasta mi altura para besarlo con pasión. Le meto la lengua en la boca y choca con la suya. Cierra sus labios sobre los míos y los atrapa. De repente separa nuestras bocas y pasa un pulgar sobre mis labios, lentamente, quitando la saliva que hay en ellos.

—Baja tú. Dentro de cinco minutos bajaré yo. Si bajo así reventaré el pantalón. —Reímos los dos como adolescentes, somos como monos adolescentes.

—Vale, pero no te toques. Te quiero todo para mí. ¡Au! —Me da una torta en el culo y salgo del cuarto de baño.

Bajo las escaleras riéndome. Cuando paso por el salón hacia la cocina veo a Julia y James preparando café.

—¡Qué rápido ha sido! —dice él. Julia sonrío al ver lo roja que estoy. Esta mujer realmente comprende cómo me siento. Me cae superbien.

—¿Y mi primo, no piensa bajar a presentarte? Lo haré yo mismo. Hola, Catherine. Soy James, el primo de Will. ¿Te acuerdas de mí?

Le sonrío, sé perfectamente qué quiere decir con eso.

—Hola, James. Por fin hablamos los dos de pie.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Julia.

—Ya te lo explicaré otro día —le digo—. ¿Cómo está Alba? Estuviste con ella el pasado fin de semana, ¿verdad?

—Sí, me contó que es posible que vuelva antes de Chicago. Por cierto, ¿te ha dicho algo de mí?

—Puede.

—¿Cómo que puede? —dice Will, apareciendo detrás de mí. Saluda a su primo y me pasa el brazo sobre los hombros. Yo le cojo por la cintura.

—James quiere saber si Alba me ha hablado de él. Pero es una conversación privada, no puedo darle detalles —digo, haciéndome la interesante.

—Puede que a los chicos les guste saber cómo nos conocimos.

—¡Ni se te ocurra! —le digo.

—Entonces desembucha. Secreto por secreto. —Me guiña un ojo, como suele hacer.

—Le has proporcionado el mejor orgasmo de su vida. ¿Contento?

—Y los que le voy a proporcionar si ella me deja.

Hay que ver cómo les gusta presumir a los hombres. Me río con ellos y salimos hacia afuera a tomar el café y los postres.

—Catherine, esto está buenísimo —me dice Lorena, con un trozo de *bundcake* en una mano y el pequeño Álex en el otro brazo.

—¡Joder, nena! Está muy bueno. ¿Me harás uno para desayunar mañana? Necesitaré fuerzas para volver al trabajo el lunes.

—Después de pasar toda la noche con ella seguro que necesitarás fuerzas, Carter.

James es sin duda el más cabroncete con las bromas. Lo vi en su mirada el primer día. Ese es el motivo por el que Alba se habrá fijado en él.

—Catherine, nos vas a tener que dar esas clases de repostería ya.

—Decidme cuándo os va bien y lo hacemos. Tendré que pedirle a mi madre que me envíe por *whatsapp* alguna receta más.

—Yo también me apunto. Pero mi madre se vendrá conmigo para cuidar de mi niño; si no, no podré prestaros mucha atención.

—Ningún problema, os daré la dirección de mi apartamento y lo hacemos allí.

—¿Y por qué no quedáis en casa? —pregunta Will, refiriéndose a su casa —. Ya tienes los artilugios que compraste esta semana; además, la cocina es más grande que la de tu apartamento.

—Chicos, ¿sabéis que venden una casa a dos manzanas de aquí? Si queréis os enseño el vecindario. Estaríamos todas más cerca y tendrías una gran cocina donde preparar tus postres y dar clases a tus nuevas amigas. — Julia tiene mucha guasa. Will la mira y me mira sonriente. No sé qué pasará por su cabeza, pero no dice que no.

—Erik, toma al bebé, necesito ir al lavabo.

Lorena le pone a su hijo en brazos y el padre babea con él. Le acaricia con dulzura la mejilla, con un gran dedo. Estoy sentada sobre las rodillas de Will, comiéndome un trozo del postre que he traído, acompañado de un café con leche. La verdad es que está buenísimo. Esta receta es mi preferida, junto con la de tarta de zanahoria. Will está mirando el bebé en los brazos de Erik. Disfruta viendo a su amigo feliz.

—¿Quieres cogerlo, capitán? Se te dan bien los niños, ya te hemos visto antes con tu sobrina Alexia.

—Dame al pequeñín *alejamaridos*. Tío Will va a explicarle un par de cosas. —Pone voz de mafioso y Erik duda si ponerle al niño en los brazos o no. Finalmente lo hace y veo de cerca una preciosa estampa.

—¡Qué bien te queda! Si no fuera porque es rubio podría ser hijo tuyo.

—A lo mejor es que se parece a la madre —dice John, desde su asiento.

—Díaz, la madre de mis hijos tiene el pelo negro. —Lo fulmina con la mirada y cuando me mira ve cómo me derrito en sus brazos.

Pasamos un par de horas más en casa de Sam y Julia. John y Rose deciden irse antes. Él la ha invitado a ver una peli que estrenan este fin de semana. James se ha quedado, pero está un poco a su rollo pasándose *whatsapp*s con Alba. Luego le preguntaré a ella a ver qué tal le va con él, si quedará con él cuando regrese de Chicago. Tenemos que juntarnos los cuatro, todavía no hemos coincidido más que los minutos de la primera noche. Julia ha sacado un reproductor de música para amenizar un poco la sobremesa y Lorena ha puesto su Iphone en él. Marc Anthony ha cantado varias canciones en versión salsa. Mientras, Julia disfrutaba de tener al pequeño Álex en brazos, Erik y su mujer se han animado y nos han hecho una pequeña demostración de lo que es bailar salsa. ¡Madre mía, qué manera de moverse! Lorena tiene muy buen tipo, contando con que hace dos meses que ha sido mamá y el poco descanso que tiene desde entonces. Es una belleza latina. Valió la pena, como dice la canción. Sigo sentada sobre Will. Me ha puesto su chaqueta por encima de los hombros y mis caderas se me mueven solas al ritmo de la música. Él tiene puestas las manos en mi cintura y me acompaña en cada suave movimiento.

—¿Quieres bailar, cariño? —pregunta rozando con sus labios carnosos el lóbulo de mi oreja.

—No, que yo no sé como ellos. Es solo que no puedo resistir moverme con la música.

—Por favor, sigue moviéndote. No te reprimas, nena. —Levanta su pelvis para apretar su erección en mi culo. Mmmm, qué ganas de llegar a casa y disfrutar de mi castigo...

Suena *Ahora quién*, también de Marc Anthony. La voy tarareando y Will me pide que se la traduzca. Así lo hago, a trozos traduzco y otros le canto al oído. Solo para él.

Estas canciones que están bailando le están sirviendo para unirse y tener, aunque sea delante cinco pares de ojos que los observan, un momento de intimidad y disfrute que hace días no habían tenido. Ahora suena Prince Royce: *Darte un beso*, una bachata preciosa. Erik se mueve realmente bien, no tanto como Lorena, pero se nota que su mujer le ha enseñado bien; incluso las canta para ella. Seguramente hable español. Antes les he escuchado a los dos decir a su bebé “mi niño bonito” , y me ha hecho ilusión escuchar a alguien hablando mi idioma. A veces me siento rara cuando paso un día entero sin hablar en mi lengua materna.

Will se levanta haciéndome bajar de sus piernas y nos unimos a los dos bailarines. Para mi sorpresa, él tampoco se mueve mal. ¿Le habrá enseñado Lorena algún paso? Me ciñe a su cuerpo y nos movemos con nuestros cuerpos bien pegados. Intento seguir algún movimiento de los que hace

ella... y algunos salen y otros no. Después de unos segundos, desisto y solo tengo ojos para mirar quince centímetros más arriba, a unos ojos azules que me hechizan y hacen que me olvide, de la hora, del día, del mes y del año en el que vivo.

—Muchas gracias por la comida y por todo. Me lo he pasado genial — digo, mientras abrazo a Julia. Nos hemos dado nuestros números de teléfono para quedar algún medio día y comer juntas. Me ha hecho sentir como si llevara toda la vida con ellos, en esta gran familia que forman. No puedo creer la suerte que tengo en estos momentos de mi vida. Gracias, Dios mío, por todo esto, no voy a desaprovecharlo.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —pregunta Will cuando ya estamos en su camioneta.

—Me lo he pasado genial. Ha sido como si fuéramos amigos desde hace años, sobre todo con Julia. Me cae genial. Y con Lorena también he hablado bastante. Como varía la vida en pareja dependiendo de cada uno. Erik y Lorena más de diez años juntos y lo han hecho todo despacio, poco a poco. Un largo noviazgo con una gran boda al final. Se compraron una casita y después de dos años de casados han tenido su primer hijo. En cambio, Sam y Julia, en seis meses, noviazgo, convivencia y embarazo, y se les ve tan unidos y tan felices como a Erik y Lorena.

—O como a ti y a mí. ¿No te han dicho nada las chicas sobre eso? Porque hasta ellos, y los chicos no solemos estar pendientes de esas cosas, se han

dado cuenta de lo que hay entre nosotros. Cada pareja es un mundo diferente y lo que le funciona a una no tiene porque funcionarle a otra, pero eso no indica que no sea lo correcto. Están los que prefieren pasar dos años sin hacer el amor hasta que se casan y una vez conviven y tienen sexo por primera vez se dan cuenta de la cagada que ha sido casarse con esa persona en particular, y de que no soportan acostarse y levantarse cada día con esa persona al lado. El sexo no lo es todo, pero si no conectas en todos los sentidos con tu pareja es muy difícil hacer que funcione y mantener el amor y la pasión.

—Pero no siempre habrá esa pasión que se siente los primeros años, ¿no crees?

—Hombre, cuando tenga noventa y nueve años puede ser que no me apetezca estar dentro de ti más de una vez a la semana, pero hasta que ese momento llegue... ¡Ja, ja, ja! Eres un vacilón y un chulito.

—Nena, es lo que soy, y te gusto así. No puedes negarlo.

Me acerco a él y le beso en el cuello.

—No, no puedo ni quiero. Estoy loca por ti.

—Entonces, ¿qué piensas ahora de que vivamos juntos? Sabes que te amo y yo sé que me amas. ¿Por qué no va a funcionar?

—Me lo pensaré... —digo, resistiéndome a decirle que sí ya.

Llevo varios días pensándolo, desde que lo insinuó y después lo preguntó. Los tiempos han cambiado, no tenemos por qué esperar un cierto tiempo ¿establecido por quien? ¿Para qué? Si he tenido la suerte de conocer a este hombre que me ama y me desea cómo lo amo y deseo yo a él, ¿por qué tendría que retrasar algo que anhelo? Mi cuerpo y mi alma me gritan que no me separe de él ni para hacer un pis. Cuando encuentre un buen momento se lo diré. Ya lo he decidido, quiero probarlo con él. Total, si algo sale mal, lo único que perdería sería... mi corazón. Mi corazón y mi ser y mi alma. Me duele solo de pensarlo un segundo.

UN BEBÉ

—Buenas tardes, señor Carter. Señorita —saluda el portero con un movimiento de cabeza.

—Buenas tardes —respondemos los dos a la vez.

Esperamos el ascensor, que parece no querer bajar a recogernos. Estará echándose una siesta el *jodío*. Will me abraza la cintura con su pecho pegado a mi espalda. Ha metido una mano por la parte delantera de mi camiseta y roza la piel caliente de mi vientre. Me está preparando para en cuanto abra la puerta de casa abalanzarse sobre mí, y yo estoy deseando que lo haga.

—Joder, hasta el ascensor quiere hacerme sufrir hoy.

—¿Hasta el ascensor? ¿Quién te hace sufrir más? —me pregunta rozando mi lóbulo derecho. Arqueo mi espalda y me pego a su erección.

—Tú. Ahora mismo lo estás haciendo.

—Lo siento, nena, tú te lo has buscado. Llevo con dolor de huevos toda la tarde.

¡Ding!

—Entra. —Me empuja con su cuerpo y yo pego el mío más, sobre todo el culo en su dura erección. Una vez dentro se pone a mi lado y me coge la mano. Le acaricio con el pulgar, pero ni me mira. Le he dado al botón de la planta y al de cerrar puertas unas cinco veces seguidas y el *jodío* ascensor sigue sin cerrarlas.

—¡Jooo! —me quejo como una cría.

Estoy tan cachonda que siento la tela del pantalón tejano empapada. El baile en casa de Julia no ha hecho más que encender las ascuas que llevaban prendiendo todo el día por nuestras ganas de estar juntos. Y ahora que estamos aquí, el ascensor de las narices no funciona tan rápido como yo quisiera. Él está tan tranquilo a mi lado, haciendo ver que no le importan estos segundos que está pasando sin estar dentro de mí, pero yo sé que se está haciendo el duro, le gusta que lo busque, y a mí me encanta hacerlo. Es mi

macho alfa.

Me mira de reojo disfrutando de la agonía que siento por no tenerlo dentro. ¡Diosss, cómo lo deseo! No he estado tan cachonda en mi vida.

Por fin salimos del ascensor y entramos en su casa. Bueno, en casa. Para los dos los unicornios están brincado y dando palmas con los cascos de sus patas delanteras. ¡Qué *salaos!*

Me voy quitando la chaqueta y el bolso. Los dejo en la barra de la cocina y me acerco a él, que está sentado en un taburete bebiendo un vaso de agua. Así estamos casi a la misma altura. Sigue siendo algo más alto que yo. Una pierna apoyada en el reposapiés y la otra en el suelo, las rodillas separadas. Me meto en medio de ellas y voy desabrochando los botones de mi camiseta sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos. Él traga el agua y se le oscurecen los ojos cuando ve, con agrado, la ropa interior que llevo. Un sujetador de gasa negra, transparente, deja ver mis pezones, ya duros, deseando que sus manos y su lengua jueguen con ellos. El culote hace juego con el sujetador. Quiero que me lo arranque ya, porque está empapado.

Deja el vaso sobre la encimera y coloca las manos sobre sus piernas sin tocarme. Únicamente me clava la mirada más penetrante que le he visto hasta ahora. Entreabre los labios y expira despacio. Desabrocho uno a uno los botones de mi pantalón y me contoneo para quitármelos. Son ceñidos y no salgo de ellos tan fácilmente. Una vez llegan a mis tobillos me los acabo de quitar empujando con los pies. No es muy sensual, pero tengo las manos ocupadas. Ladeo la cabeza y paso la mano izquierda por mi cuello. Rozo mi piel y bajo hasta mi clavícula. Con la otra mano acaricio mi vientre y juego con la parte superior de mis braguitas. Ahora voy hacia mis pechos, agacho la mirada y miro cómo me toco a mí misma. Después devuelvo la mirada a sus

ojos mientras sigo tocándome. Lo escucho gruñir, me llega a la cara el aire que expulsa violentamente. Con las dos manos, abarco mis voluptuosos pechos y con la yema de los dedos acaricio sobre la transparente gasa mis pezones. Cierro los ojos y jadeo mientras mi pelvis se mueve sola, por instinto. Bajo la tela superior que cubre mis pechos y dejo salir parte de estos. Ahora mis pezones están expuestos a su mirada. Se ponen más tiesos y no sé cómo eso puede ser posible, porque ya parecen de acero. Me llevo dos dedos a la boca y los chupo. Se le descuelga la mandíbula y sus manos se convierten en puños sobre sus rodillas. Está evitando tocarme. Le gusta verme así, toda para él, y yo le complazco. Saco los dedos de mi boca y los llevo de nuevo hasta mi pezón. Los paso sobre él y lo mojo con mi propia saliva. Los movimientos de mi cadera cada vez son más exagerados. Le muevo los muslos cada vez que me contoneo. Cierro los ojos y estiro de mis pezones, arqueándome, deseando que sea él quien pase sus grandes y duras manos por cada centímetro de mi piel. Dejo la mano izquierda ocupándose de mis tetas y, lentamente, voy bajando la derecha por la piel ardiente de mi vientre. La paso por debajo de la tela de mis braguitas y dejo que mi dedo corazón se pierda en medio de mi sexo... Y encuentro lo que buscaba. Me rozo el clítoris. No estoy acostumbrada a tocarme, y estoy apunto de explotar de deseo porque sus manos y su boca se ocupen de este garbancito de placer. Pero lo veo disfrutar tanto mirándome que decido seguir yo misma mientras él mira. Sigo tocando mi clítoris y bajo un poco más la mano. Estoy completamente húmeda. ¡Oh, Dios! Se me escapa un gemido cuando introduzco mi propio dedo en mí. Cierro los ojos con fuerza y separo los labios. Mis caderas se han desbocado y voy haciendo círculos apretando mi propio dedo con mis músculos vaginales. Entro y salgo a mi antojo de mí misma mientras este hombre, casi dos metros de hombre para mí sola, con su fuerza y su dureza me mira darme placer.

—¡Oooh, sííí! —jadeo. Estoy a punto de correrme cuando sus dedos se cierran sobre mi muñeca derecha. Detiene los movimientos de mi mano y abro los ojos casi llorosa.

—Déjame acabar... —Lloriqueo. No me contesta, solo saca la mano de mis bragas, se la acerca a su cara y huele mi dedo húmedo de mis fluidos.

—Si vuelves a hacer eso me correré. Estoy a punto de caramelo, William.

Me mira, mira el dedo, vuelve a olerlo, esta vez cerrando los ojos, inspira fuerte y lo introduce en su boca. Succiona como si fuera un chupachups, sigo tocando mis pechos y me corro, ahí de pie, entre sus piernas, escandalosamente y casi llorando por la frustración de no tenerlo dentro de mí. Con su mano derecha me sostiene de la cintura para evitar que me caiga y con la otra sigue aguantando mi mano mientras me chupa el dedo. Abro los ojos y me acerco a su boca. Me chupo el dedo dentro de su boca. Me suelta y aparto la mano para fundirme con su lengua. Mientras se levanta del taburete me coge de las nalgas, me enrolla en su cintura y nos lleva a la cama. Me tira en medio de la gran cama que compartimos, nuestro nidito de amor y placer. Ahora, por fin, me arranca las bragas.

—¡Oh, William, cómo deseaba notar tu peso sobre mí! —digo, mientras me arqueo apretándome contra sus abdominales y su duro paquete.

Baja una mano, desabrocha el botón de su pantalón y baja la cremallera. Deslizo mi mano por su duro vientre y la paso por debajo del elástico de sus bóxers para sacársela de los calzoncillos. Con los pies empuja su ropa por sus piernas mientras abro las mías. Me roza con su capullo húmedo todo el coño, apretando desde el clítoris hasta la entrada de mi vagina, pero sin penetrarme todavía.

Con su mano derecha coge mi rodilla izquierda y la flexiona hacia arriba.

Ahora así, completamente expuesta y abierta para recibirlo, entra en mí dolorosamente despacio.

—¡Ooooh, William, dame mi polla ya! ¡No puedo esperar más!

—Eres una diosa del sexo. Mira lo gorda que me la has puesto haciendo que te viera darte placer a ti misma.

—Sí, está supergorda y la quiero toda para mí. —Levanta más mi pierna y me la clava entera, hasta el fondo. Sus huevos tocan mis nalgas y rebotan en ellas en cada embestida. Saca lentamente y clava duramente, así una y otra vez.

—Más rápido. Más, Will, más... —me quejo.

Y empieza con un ritmo de tortura implacable, violento y placentero. Sigue y sigue mientras me cojo de sus brazos y mantengo el ritmo de nuestras pelvis al unirse.

—Vendré a vivir contigo —digo, jadeante.

—¿Qué has dicho? —Abre extremadamente los ojos y deja de moverse.

—Que si paras, no vendré.

Sonríe y la vuelve a clavar en mí salvajemente. Y así, viendo su expresión de máxima felicidad me corro, y me corro con un orgasmo que se repite cuando él estalla dentro de mí gimiendo mi nombre.

Nuestra respiración se va calmando. Pequeños suspiros salen de mí. Se inclina un poco y nos miramos, sin movernos, solamente miramos al ser que tenemos delante. Es una conexión invisible, intangible la que siento cuando nos miramos así, perdiéndonos en la mirada del otro, como si de esta manera pudiéramos ver dentro del cuerpo, la esencia, el alma de la persona que amamos.

—¿Lo has dicho en serio? —pregunta en un susurro, sin romper el contacto visual. Me acaricia la cara con los nudillos.

—Sí, completamente en serio. —Giro la cara hacia el lado que me acaricia y beso sus nudillos. Le doy pequeños besos repartidos por sus dedos.

—¡Te amo tanto! —Aprieta su erección en mí.

Sigue dentro de mí. Empezamos a movernos muy despacio. Le ayudo a acabar de quitarse los pantalones y los calzoncillos. Arquea su espalda y le subo la camiseta. Saca un brazo, la cabeza y el otro brazo. Ahora sí me envuelve con todo su cuerpo, completamente desnudos, de ropa, de prejuicios, de miedos, y hacemos el amor lentamente, mirándonos, acariciando el cuerpo del otro. Paso mis manos por su cabeza, por su cara, su cuello, sus hombros, sus brazos. Él entierra la cara en mi cuello, inspira mi

aroma en el hueco de mi oreja, recorre mi cuerpo con sus manos, muy lentamente, mientras entra y sale de mí. Su dura piel va rozando mi vientre, mis pechos doloridos se rozan con su pecho fuerte y protector, mis piernas abrazan su cuerpo de acero. Y seguimos así, manteniendo nuestra dulce unión, deleitándonos el uno en el otro, sin prisas. Los únicos sonidos son nuestra respiración, gemidos y jadeos, el sonido de algún beso entregado y el de la más íntima unión de dos cuerpos que se lo dan todo.

Cenamos tranquilamente en casa. Después nos tumbamos en el sofá para ver una película. Ha empezado a llover, así que el paseo que queríamos dar lo tendremos que dejar para mañana. Se me ocurren otras formas de quemar las calorías, y no hace falta salir de casa...

Vemos *Sin compromiso*, con la guapísima Natalie Portman y Ashton Kutcher, divertida comedia romántica en la que la pareja en cuestión se conoce, disfrutan de un sexo maravilloso, pero como bien dice el título, sin compromiso. Como suele pasar en estos casos, uno de los dos, o los dos, se cuelga completamente del otro y quieren más. En este caso es ella la que necesita perder al chico de sus sueños para darse cuenta de cuánto lo quiere.

—Me encantan los finales felices, pero otro día escojo yo la película.

—¿No te ha gustado? Es divertida. Previsible pero divertida.

—Prefiero algo con más acción: tiros, puñetazos, patadas. Ya sabes, nena,

cosas duras de tío duro —dice, dándose golpes en el pecho como un gorila.

—Ajá... Tío duro, ¿eh? ¿Duro como aquí? —pregunto, clavando un dedo índice en sus bíceps—. ¿O como aquí? —Ahora le aprieto en su pectoral, que está realmente duro—. ¿O quizás como aquí? —Es el turno de las abdominales. Él sonríe—. Ah, espera... ¿Es duro como esto? Sí, está realmente es muy duro. —Sí, ahora mi dedo está apretando su erección.

Estira su espalda en el sofá mientras me coloco a horcajadas sobre él y voy tocando a mi chico duro. Le bajo el pantalón del pijama (no lleva nada más debajo) y me ocupo de su protuberancia.

Recuerda el trato hecho en el cuarto de baño de Sam y Julia y me lo hace pagar, varias veces, durante la noche y la madrugada. Hasta que le recuerdo que no puedo ir a casa de su madre pareciendo una zombi por no haber dormido en toda la noche.

—Por la mañana iremos a tu apartamento a recoger tus cosas, así podré ayudarte. Descansa, preciosa.

—Mmmm, te amo, William —digo, prácticamente dormida sobre su pecho y rodeada por su cuerpo.

—Estos son los últimos. —Acabo de meter cuatro libros más en la caja.

—¡Ah! Las plantas, me las olvidaba.

Después de desayunar hemos ido a mi apartamento a recoger las pocas cosas que me quedaban allí, algo de ropa de abrigo que me traje de España hace un mes y medio preparándome para pasar el invierno en Nueva York. Lo que no sabía es que lo iba a pasar acompañada, enamorada y compartiendo piso con el hombre de mi vida. Mantendré el alquiler del apartamento hasta final de año. Si quería rescindir el contrato tendría que avisar con dos meses de antelación: les ha bastado con 48 días.

Esta tarde iremos a ver a la madre de Will. Espero que no le diga que ya vivimos juntos. No creo que las personas de cincuenta o sesenta años sean capaces de entender que este par de jóvenes descerebrados y locamente enamorados no puedan esperar un par de meses para irse a compartir casa. Estoy segura de que a mi madre le daría un síncope si se lo digo. Aunque, pensándolo mejor, no puedo mentirle y que siga creyendo que estoy sola aquí. Ella sabe que Alba tiene su propio apartamento. Hace dos años que se mudó a Nueva York y tiene su vida hecha aquí. No piensa ya volver a España seguro. Se supone que yo iba a volver en poco más de cuatro meses. ¿Qué haré? ¿Me quedaré aquí con él? ¿Me lo pedirá? ¿Será todo igual de maravilloso que ahora? ¡Ay, Dios! Espero que sí. No quiero perder esta sensación nunca en la vida.

Unos brazos fuertes y grandes me abrazan por mi espalda. Will, pegado a mi cuerpo, roza con la punta de la nariz mi oreja y me susurra al oído.

—¿Lo tienes todo?

—Eso creo. ¿Le vas a contar a tu madre que ya vivimos juntos?

—Bueno, nena, con casi treinta años no creo que se espante porque empiece a compartir mi vida con una mujer.

—Ya, pero es que a esta mujer —recalco la frase apretándome contra su caliente cuerpo— hace un mes que la viste por primera vez.

—¿Tienes dudas?

—Sí... No, no son dudas. Supongo que son prejuicios.

—Solo te falta el orgullo, entonces.

—Mr. Darcy se habría alarmado si Elisabeth se hubiera tirado a sus brazos como lo he hecho yo en los tuyos.

—Elisabeth habría hecho lo mismo que tú si el señor Darcy hubiera tenido el valor de decirle lo que sentía por ella desde el primer momento. Pero él no era un bombero, de los más valientes, nena; yo, sí.

Hace que me gire. Ahora estamos frente a frente. Sus ojos azules se clavan en los míos. Con las manos acaricia mi espalda de arriba abajo. Mis manos están en su cuello. Estiro los dedos y los enredo en su pelo.

—Sí, estoy segura de que Elisabeth Bennet habría caído rendida a tus pies, no sin escandalizarse por tu desfachatez y atrevimiento, sobre todo si te hubiera visto como yo te vi en las duchas.

—Tú has tenido mucha suerte. —Levanto una ceja. ¡Qué chulito es mi niño!—. No tanta como he tenido yo en encontrarte a ti. Vamos antes de que te tire encima del sofá. Me dijiste veinticuatro horas y todavía estoy en mi tiempo de disfrute.

Nos besamos. Al separarnos él carga con dos cajas y una maleta y yo con la otra. Antes de salir, echo un vistazo al que ha sido mi hogar durante un mes y medio en Nueva York. He pasado buenos ratos aquí y otros con un poco de bajón, porque, aunque me cueste reconocerlo, he echado de menos a mis padres. Ha habido momentos en los que me he sentido sola. Algunas veces me ha gustado disfrutar de mi soledad; otras he añorado que alguien interrumpiera en mi habitación para preguntarme qué tal estaba. Ahora, por primera vez en mi vida, voy a compartir casa y cama con un hombre, mi Penetrante, mi Superman, mi amor.

—¿Lista?

—Completamente.

—¡Pues vamos, morena!

Llegamos a su apartamento, ahora toca colocar mis cosas entre las suyas. Suerte que este apartamento no es tan pequeño como el mío y que yo tampoco tengo toda mi ropa ni mis pertenencias aquí. La gran mayoría están en casa de mis padres. Si todo va bien, cuando vaya a España de visita me traeré todos mis libros, los cedés, la ropa y cosas varias que una va acumulando a lo largo de veintisiete años.

—Llevo las maletas hacia nuestro dormitorio. ¿Qué bien suena, eh? —
Will las coloca encima de la cama y las abre.

—Crees que habrá sitio para la ropa de los dos?

—Yo creo que sí. La parte de la derecha del armario está prácticamente vacía y la cómoda es grande. Te haré un sitio para la ropa interior.

Voy colocando bragas, tanguas, sujetadores y demás ropa interior en el ancho cajón al lado de sus calzoncillos blancos y negros. Ahora se unen con un surtido de colores: rosas, lilas, amarillos, negros y algunas transparencias. Veo cómo toca alguna prenda y se le incendia la mirada al pasar sus dedos por ellas.

—¿Quieres que me ponga algo en concreto? —pregunto, pasando la mano por encima de mi ropa interior. Se gira hacia mí, me mete dos dedos por la cintura de los pantalones y me lleva hacia él. ¿Cómo puede arder mi piel y mi organismo entero con un roce de su piel sobre la mía?

Me mira con una sonrisa de medio lado, la mirada afilada clavada en mis labios y en mi escote. Llevo una camiseta de color negro con cuello de pico. La copa de mis pechos generosos sobresale por ella. Levanta su mano y directamente me coge un pecho y clava sus dientes en mis labios. Jadeo por la rapidez con la que se toma el asalto. Este hombre es insaciable. Y me encanta que me desee de esta manera. Me mete una mano por los pantalones, sin desabrochar botón ni cremallera, y baja hasta introducir su dedo corazón entre mis pliegues.

Subo las manos por sus duros abdominales hasta sus fuertes pectorales. Le toco los pezones, los tiene tan duros como los míos. Acercó la cara a su pecho y lo huelo. Me vuelve loca olerlo, inspirar su olor y notar su olor en mi cuerpo.

—Quítamela.

Hago lo que me pide al momento, mientras mis caderas se balancean de lado a lado al ritmo que marca su mano sobre mi clítoris. Ahora son mis manos las que quieren trabajar. Desabrocho los botones de mi pantalón y los bajo como puedo hasta mis rodillas. Solo tengo puestas las bragas. Meto mi mano por ellas y la pongo encima de la suya, fuerte y grande. Me gusta tocar su mano cuando él está tocándome a mí, ver sus músculos tensarse y estirarse, tocarlos desde el hombro hasta la mano que tiene en medio de mi cuerpo, humedeciéndome. Me paso la lengua por los labios, los tengo secos por los jadeos descontrolados que me provoca. Saco mi mano de mis bragas

y, temblorosa, desabrocho el botón de su pantalón y bajo la cremallera. Le paso las manos por la cintura hasta su fuerte y duro culo. Lo desenfundo, bajando pantalón y calzoncillos. Ahora lo tengo a mi merced. Su dura y caliente polla rebota contra sus abdominales cuando se libera, tan grande. Está en todo su esplendor. La cojo con una mano mientras con la otra le agarro del cuello para acercarlo a mi boca. Mientras subo y bajo la mano por su erección, me entretengo con el pulgar en su rosada punta resbaladiza y le lamo los labios, deseosa de meterme en la boca otra parte de su anatomía. Le lamo los labios como si le estuviera lamiendo el pene. Nuestras miradas no se separan. Mis ojos negros están clavados en los suyos y los suyos me perforan, disfrutando con mi tacto, y esa sonrisa de chico malo que ha obtenido lo que quiere de la chica buena. Y me encanta, me encanta darle placer y que él me lo de a mí. No hemos parado en toda la noche. Tengo el sexo dolorido de las veces que hemos hecho el amor desde ayer por la tarde y gran parte de la noche.

Sigo acariciándolo y él sigue con la tortura en mi clítoris, pero, por más que quiera que me meta su gran dedo dentro, ahora mismo por lo que muero es por metérmelo en la boca. Su otra mano me recorre la espalda, toca mi culo y me atrae hacia su cuerpo. Le cojo de la muñeca que tiene dentro de mis bragas y, aunque me cuesta esfuerzo que la saque, lo hace. Llevo su mano hacia mi boca y chupo el dedo mojado de mí con el que me estaba acariciando. Me lo mete entero en la boca y chupo. Se le dilatan las fosas nasales y gruñe.

—¿Quieres comerme la polla?

—Mmmm, lo estoy deseando —digo, apretándola más entre mi mano—.
¿Puedo?

—Por favor, nena, es toda tuya. Solo tuya, no dejes ni un trozo sin comerte.

Dicho esto, saco el dedo de mi boca y caigo de rodillas al suelo delante de él. Mete sus manos entre mi pelo y en esa posición, en medio de sus piernas en el suelo delante de él, lo miro aguantando su dura y palpitante polla en mi mano. La acerco a mi boca y sacando la lengua la paso por todo el rosado capullo mojado de su leche. Si se corre pronto seguiré comiéndosela. Me encanta hacerlo y ahora mismo estoy chupona, estoy como una perra en celo. La meto poco a poco en mi boca, voy girando y absorbiendo todo lo que puedo, mientras con la mano subo y bajo por la parte que no me cabe en la boca. Sus manos mueven mi cabeza. Lo tengo aquí de pie, en medio de nuestra habitación, todo para mí. Sé que le gusta que me la meta entera. Necesito un poco de tiempo, pero lo hago, hasta la garganta. Al principio me daban arcadas, sin embargo ahora ya domino la técnica y es de lo más placentero.

—¡Ostia puta, Cath! ¡Qué manera de comerme la polla!

—Mmmm —digo, mientras sigo con lo mío. Subo la cabeza y la lamo—. ¿Te gusta así? —pregunto, chupando fuerte el capullo y pajeándole el resto.

—¡Joder! Harás que me corra ya.

—No... pasa... nada... Seguiré... comiéndomela... Me... vuelves... loca... con... tu... polla. —Hablo como puedo ente lamidas y chupadas

Vuelvo a meterla hasta el fondo. Sus manos aprietan mi cabeza y la obligan a quedarse en esa posición, con ella entera dentro. Muevo la lengua de un lado a otro acariciando su base, y con la mano le toco los huevos y el escroto. Con la otra aprieto su culo hacia delante para tenerlo bien dentro de mí. Subo y bajo diez veces más y se corre en mi boca gritando mi nombre. Apenas sale semen; con las veces que se ha corrido en las últimas horas lo tengo prácticamente seco.

—Me vuelve loco verte ahí abajo, de rodillas, delante de mí y ver cómo desaparece mi polla en tu boca. ¡Madre mía, no dejas nada fuera!

Me ayuda a levantarme y me lleva hasta una silla que tiene al lado del armario. Me sienta y termina de quitarme bragas y pantalón.

—Siéntate en el borde.

Así lo hago. Ahora es él el que se quita la ropa y se arrodilla delante de mí.

—Mi turno, nena. Dame ese coñito mojado y dulce. Quiero enterrar la nariz entre tus pliegues y que te corras en mi cara.

—¡Oh, Will, me correría así! ¡Estoy apunto de arder!

Coge mis muslos y los coloca encima de sus fuertes hombros, mientras

acerca su boca a mi coño.

—Ya está aquí tu bombero. Vengo a apagar tu fuego, nena.

Y ya no veo nada. El placer que me provoca su lengua chupando y lamiendo mi clítoris y toda mi zona húmeda me impiden tener los ojos abiertos. Pongo mis manos en su cabeza y entierro mis dedos entre su pelo. Estiro de él y gruño. Ahora soy yo la que hago fuerza en su cabeza, pegándola bien a mi sexo. Si él siente algo parecido cuando está dentro de mi boca a lo que me hace sentir él con la suya entiendo que lo vuelva loco, porque no puedo dejar de jadear y gemir.

Coge mi clítoris con los labios y absorbe mientras estira de él. Un dedo travieso se une al juego de su boca y su lengua, y se cuela en mi interior haciendo círculos. Me cuesta mantener el equilibrio en la silla, no soy dueña de mis movimientos.

—¡Ohhh, síííí! ¡Así, nene, asíííí! ¡No pares!

Obedece mis órdenes y sigue con su dulce tortura lengua, labios y dedos. Tiro de su pelo y de sus orejas.

—Vamos, Cath, córrrete para mí. Empápame la cara con tu jugo delicioso.

Vuelve al ataque. Pasa la lengua por toda la zona dolorida mientras sus

implacables dedos entran y entran más en mí, llegando al punto exacto. Hace que explote. ¡Oooh, Dios! Me cojo fuerte a su pelo mientras me corro con su cara, enterrada entre mis piernas, apretándole la cabeza con mis muslos.

Sigue dando pequeñas lamidas por todo mi sexo y por el interior de mis muslos.

—Eres deliciosa. No hay nada mejor que tu sabor en mi boca. Y qué calentitas tengo las orejas ahora mismo. —Me sonrío.

Pasa mis piernas por su cabeza y las pone en el suelo para ayudarme a que me levante. Le cojo de la mano y me tira al suelo donde está sentado. Se coloca entre mis piernas, que le abro con sumo placer. Solo nos tocamos con las piernas en las mías y su caliente y gorda polla a punto de entrar en mí. Coloca las manos al lado de mi cara y sujeta su peso con sus brazos tensos, elevado sobre mí. Me penetra rápido y fuerte, y grito del gusto.

—¡Ooh, me encanta que me hagas correrme con los dedos! Pero cuando entras así en mí es increíble, la mejor sensación del mundo.

Paso mis manos por su pecho, por su espalda y le aprieto el culo para pegarlo por completo a mi cuerpo. Levanto las piernas y le rodeo la cintura. Un, dos, tres envites potentes y fuertes se clavan en mi ser. Mis pechos rebotan dentro del sujetador mientras lo veo moverse como un Dios sobre mí. Me arqueo para lamer su pecho. Por fin se agacha y puedo chuparle y olerle el cuello. Nuestras lenguas se encuentran y unimos nuestros gustos el suyo en mi boca y el mío en la suya. Es un dulce baile de lenguas húmedas. Estiro hacia atrás la cabeza y me coge del cuello, mientras me pasa la lengua por la

garganta.

—Vamos, Cath, vuelve a mojarme de ti —dice, gruñendo.

—Sigue, Will. ¡Oh, sí! Sigue, amor, me encanta sentirte dentro de mí.

—No aguantaré mucho más. Estás tan apretada y tan jugosa...

Seguimos en la perfecta combinación de movimientos. acoplándonos perfectamente el uno en el otro. y nos corremos juntos. Yo paso las manos por su cuerpo. Él sigue lamiendo mi cuello y regándome de besos, gimiendo mi nombre y diciéndome que me ama.

Una hora más tarde, después de ducharnos y de comer, salimos hacia Staten Island. Tardamos casi una hora en llegar al bonito vecindario, donde se encuentra la casa de los padres de Will, ahora solamente habitada por su madre. En la misma manzana está la casa de los padres de James, los tíos de Will.

Es una bonita construcción de ladrillos en tono marrón, con grandes ventanales blancos y un jardín en la entrada principal. Aparcamos la camioneta Ford justo delante. Es un sitio tranquilo y agradable para tener una familia.

—¿Lista?

—Cuando quieras.

Abre la puerta y baja de un salto. Yo bajo por mi lado y, mientras me pongo la chaqueta, me acerco a él rodeando la camioneta. Me tiende su mano derecha, me mira fijamente y la lleva a sus labios.

—No sabes la ilusión que me hace traerte aquí. —Le sonrío con dulzura. Con cada gesto me roba un poco más el corazón.

Llegamos a la puerta y para mi sorpresa no abre con su llave, sino que llama al timbre. En pocos segundos su madre abre la puerta, con una sonrisa.

—Will, cariño. Pasad, no hace falta que piques. Esta es tu casa.

—Hola, mamá —dice, mientras la abraza y le da un beso en la frente. Es bastante más alto que ella, debemos medir más o menos lo mismo.

—Catherine, ¿cómo estás, preciosa?

—Hola, señora Carter. Encantada de volver a verla.

—Por favor, no me llames señora Carter. Puedes llamarme Eli. —Tiene una de esas caras de buena persona que te hace quererla al momento. Se llevaría bien con mi madre. ¡Ups! ¿Por qué pienso eso? Me gustaría que se conocieran.

Un amplio recibidor presidido por una típica mesa redonda con un florero de cristal y siete rosas blancas adornan la entrada. A la izquierda queda la cocina por lo que veo a través de la puerta. Enfrente la escalera, que lleva al piso superior, hay un pasillo que supongo que lleva hasta algún aseo y a la parte trasera de la casa.

Pasamos al salón. Está lleno de fotografías del difunto padre de Will: fotos con el uniforme de bombero, de cuando era más joven, del día de su boda. Me acerco a mirarlas.

—Estabas guapísima, Eli.

—Era la felicidad. Es la encargada de hacerte brillar.

—Sigues siendo muy guapa.

—Con cincuenta y seis años la belleza ya va dejando paso a otras cualidades. —Sonríe mientras lo dice.

—Tienes la misma edad que mi madre.

—¿Dónde están ellos? ¿Siguen en España?

—Sí. No se atreven a subir en avión, así que me vine yo sola y los dejé allí.

—Claro que sí, tienes que disfrutar de tu juventud. Parece que te ha servido para algo más que conocer la Gran Manzana, ¿eh? —Mira sonriente a su hijo. ¿Queréis tomar algo? ¿Té, café? —Will me mira esperando mi elección.

—Si es posible, un té rojo para mí.

—Claro que sí, querida. Will, ¿tú lo mismo?

—Sí, mamá.

—Poneos cómodos, voy a poner la tetera en marcha. —Se levanta y se va hacia la cocina.

Me fijo en Will. No me ha soltado la mano y me observa esperando cualquier reacción por mi parte. Nos acercamos y nos damos un casto beso en los labios. Me giro y veo la orla de su graduación del instituto y la de la

universidad. Ya era guapo entonces, ahora es impresionantemente precioso por dentro y por fuera.

Sobre la repisa de la chimenea tiene varias fotografías con sus padres, cogido de la mano de cada uno, mientras lo sostenían en alto ayudándolo a saltar un charco. En otra está abrazado a su padre y en otra con el casco de bombero de su padre sobre su pequeña cabeza.

—¿Desde pequeño tenías claro que querías ser bombero?

—Creo que desde los ocho años. Primero quise ser veterinario. Teníamos un perro que ya estaba en casa antes de que yo naciera, por lo que murió siendo yo un crío. Me lo tomé fatal y desde entonces me propuse salvar a todos los perros del planeta para que ningún niño sufriera como yo. Después se me pasó y quise ser escritor. Me encantaba leer cuentos. Mi padre, todas las noches que podía, me acostaba y me contaba una historia que se inventaba. Yo alucinaba con ellas. Yo se las contaba a mis amigos de clase, a mis primos James y Charlotte y claro. El resto de padres no inventaba historias como las del mío, por lo que pensé en ser escritor y así los demás niños podrían comprar el libro de cuentos de mi padre y todos sabríamos las mismas historias.

—¡Ah, sí! ¡Qué tiempos aquellos! —Entra Eli en el salón con una bandeja cargada con las tazas y una preciosa tetera de porcelana blanca—. No se cansaba nunca de escuchar las historias de su padre. Él, aunque hubiera tenido el peor de los días, después de cenar subía con Will a su habitación, se sentaba en los pies de su cama y se inventaba una nueva historia. ¿Quieres azúcar?

—Por favor.

—¿No prefieres sacarina? —interviene Will.

—Will, deja a la chica. ¿Por qué quieres que tome sacarina?

—Mamá, ella siempre toma sacarina, no la quiero obligar —dice riendo.

—Siéntete con la confianza de pedir lo que desees. Estás en tu casa, Cath.

—Muchas gracias. No me importaba tomarlo con azúcar —digo, mirando a Will. Él se levanta y va hacia la cocina.

—Y tú, ¿tienes hermanos? ¿Sois una familia grande? —me pregunta su madre sentada a mi lado en el sofá.

—La verdad es que no. Mis abuelos murieron hace años cuando yo era pequeña y casi no los recuerdo. Mi padre tenía dos hermanos, pero uno falleció de una enfermedad y el otro murió antes de que yo naciera en un accidente de coche. Mi madre es hija única, por lo que tampoco tengo primos. —Se encogió de hombros.

—Bueno, a veces la vida nos hace pasar por duros momentos que nos sirven de aprendizaje. Yo creo que en esta vida venimos a aprender o

remendar lo que en otra no supimos hacer. Creo en las almas que renacen en otros cuerpos para seguir aprendiendo lo que no tuvieron tiempo en otras vidas. ¿Tú crees en eso, Catherine?

—Pues nunca lo había pensado así, pero es posible.

Me sorprende la conversación. No para mal, todo lo contrario; nunca hubiera pensado que esta mujer fuera tan profunda en ese sentido; aunque, si me fijo bien, sí se la ve una persona muy sensible, capaz de ver más allá. Will ha vuelto con dos sobres de sacarina que ha dejado en mi platito. Está sentado a mi lado. Podría haberse sentado al lado de su madre y dejar a ella en medio de los dos, pero se ha sentado a mi lado y yo he quedado en medio de madre e hijo.

—¿A qué te dedicabas en España?

—Trabajaba como fotógrafa para una empresa de publicidad. La verdad es que no tengo ninguna carrera, pero sí bueno ojo a la hora de disparar con mi cámara. Así fue como conseguí mi primer trabajo. En el último estuve cinco años. Hace unos meses me harté de las condiciones en las que tenía que trabajar y me despedí. —No le voy a contar explícitamente cuales eran esas condiciones. Aguantar a la guarra de mi compañera que se estuvo follando a mi ex durante los últimos meses de nuestra relación, entre otras.

—¿Y qué te trajo a Nueva York?

—La verdad es que siempre había deseado venir: la Gran Manzana, la

ciudad que nunca duerme, todas esas luces, series y películas que te hacen soñar con estar aquí. Sentía muy dentro de mí algo que me empujaba a venir, algo que me atraía enormemente hacía aquí, como un tensor que estiraba de mi pecho a través del Atlántico. Y bueno... —Ella me mira atentamente, escuchando cada palabra. Entonces Will interrumpe mi explicación.

—Le tocó la lotería, mamá. Y no se lo pensó más, arregló los papeles y se vino. —Will le suelta lo de la lotería como si le explicara lo que hemos comido a mediodía.

—Caramba, tienes buena suerte. —Yo miro a su hijo sonriendo y asiento feliz. Tengo suerte de haberlo encontrado a él, no porque me haya tocado la lotería, aunque eso también sea bueno y haya hecho posible mi sueño y ansiedad de venir hasta aquí.

—Bueno, cariño, ¿hoy se acaban tus vacaciones o te quedan días?

—Me quedan algunos días, pero los guardaré para otras fechas. Mañana ya vuelvo a la rutina. Por cierto, Cath y yo ya vivimos juntos. —Me atraganto con el té y casi lo escupo de nuevo en la taza. ¡Qué prisa le ha dado a este por contarle todo a su madre así de sopetón!

Ella me pone una mano en la rodilla y estira la otra para que Will la coja.

—Me alegro mucho por vosotros. Si sabéis lo que queréis y sois felices, no hay que perder el tiempo. Este no se recupera nunca.

Cuando le estoy dando el último sorbo a mi té, Will se ofrece para enseñarme su habitación. Dejo la taza en el plato sobre la bandeja y nos levantamos cogidos de la mano. Lo sigo por el pasillo y por las escaleras. Los grandes ventanales de la casa dejan pasar mucha luz natural. Una cálida luz ilumina el interior, haciendo que casi no sea necesario encender ninguna lámpara. Subimos las escaleras de madera hasta el piso superior y entramos en la segunda puerta a la derecha.

—Sigue igual que cuando vivía aquí —me dice haciéndose a un lado y dejándome pasar. Tiene una bandera de los Estados Unidos de América sobre su cama, colgada en el techo. ¿Sería lo último que vería antes de dormirse?

Hay un escritorio al lado de la ventana que da a la parte delantera de la casa, con varios libros y un antiguo ordenador.

—¡Qué chulo! —Es uno de los primeros iMac con carcasa transparente.

—Es viejo, pero todavía funciona. Mi madre lo utiliza de vez en cuando.
—Lo miro sorprendida.

Me acerco a la pared cercana al armario, donde tiene varios marcos con fotografías. Ahora es muy guapo y realmente atractivo. Ya lo era de jovencito.

—Ya estabas buenorro entonces, ¿eh?

—¿Estaba? ¿Es que estoy buenorro?

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes perfectamente que eres irresistible. Por algo fuiste portada del calendario de bomberos. Las chicas debían babear por ti. —Miro su retrato en vez de mirarlo a él—. ¿Cuántos años tenías aquí?

—Dieciocho. Me gustaría verte a ti cuando eras más pequeña. ¿No tienes ninguna foto?

—En casa de mis padres, las que quieras. En el iPhone o en el portátil creo que no.

—¿Cuántos chicos estaban haciendo cola en tu casa? —Me coge la cara para que lo mire.

—Pues la verdad es que no muchos... —Río—. Hubo uno cuando tenía catorce años. Estaba coladita por él.

—¿Catorce años? Vaya, sí que empezaste pronto.

—¡Eh, que solamente nos dimos cuatro besos! Y casi sin lengua.

—¿Casi sin lengua? A ver, enséñame cómo eran esos besos. —Se acerca a mí y siento su respiración en mis labios. Le pongo las manos en la cara y noto su barba creciente. Lleva una semana sin afeitarse, le queda realmente bien.

Agacha la cabeza y planta sus labios sobre los míos. Los tengo cerrados, un beso casto. Al principio se conforma con eso, pero pocos segundos después intenta meterme la lengua. Yo sigo apretando los labios para evitar que lo haga. Me cuesta bastante, porque me da la risa con el juego. Me pone las manos en el culo y me levanta, apoyando mi espalda en las puertas del armario. Le rodeo la cintura con las piernas. Por el sobresalto, consigue que abra la boca. Mete su persistente lengua en mi interior y lame todo a su paso.

—Eres un tramposo.

—Sí, lo soy. ¿Qué es eso de mantener la boca cerrada cuando quiero entrar en ti? Eres mía, solo mía y no puedes negarme que te posea. Estás aquí en mi habitación. ¿Todas las chicas deseaban subir con el pretexto de estudiar para que las tirara sobre mi cama y ahora tú te vas a negar? —Me mira, levantando una ceja acusadora—. ¿Tú, que eres la que más he deseado en mi vida?

Aprieto mis caderas hacia abajo y lo noto duro cerca de mi sexo. Me derrite como si fuera un azucarillo y él el café ardiente.

—Ya me tienes en tu cama, en tu casa. No querrás mancillar la cama de

tu infancia y que tu madre suba y nos pille aquí, ¿verdad?

—Sí. —Sonríe, sé que es un farol.

—Pues yo no. Antes lo haría en casa de Sam y Julia.

—Que sepas que tengo muy buena memoria. Y solemos reunirnos bastante en su casa. —Sigo acariciando su cuello y metiendo los dedos por su pelo.

—Gracias por avisarme. Lo tendré en cuenta.

Me baja despacio al suelo y me acaricia la mandíbula suavemente. Ahueca la mano y planto mi cara en ella, mientras disfrutamos de las vistas. Para mí es él y para él soy yo. Le doy un beso en el interior de la mano con la que me acaricia.

—Volvamos abajo.

Bajamos las escaleras cogidos de la mano. Casi siempre mantenemos el contacto el uno con el otro, ya sea con las manos, las piernas, rozándonos con alguna parte del cuerpo.

—¿Os quedaréis a cenar?

—Gracias, mamá, pero mañana empiezo temprano y prefiero llegar pronto a casa. Tenemos que acabar de colocar las cosas de Cath.

—Está bien, hijo, pero ven a verme más a menudo. Quiero decir, venid. Bienvenida a la familia, Catherine.

Jamás en mi vida he sentido este sentimiento de pertenecer a un sitio, a una familia como lo siento ahora. Incluso en mi casa, con mis padres a veces tenía la sensación de no pertenecer a aquel lugar, de no encajar.

—Tienes que enseñarme a preparar algún postre. He oído por ahí que se te da bien la repostería.

—La próxima vez que vengamos estaremos más rato, y así preparamos algo.

Se acerca a mí y me abraza cálidamente. Nos damos un beso en la mejilla.

—Mamá. —Will se despide de su madre con un fuerte abrazo. Mientras la abraza mira fijamente una de las fotografías de su padre. Tiene el pelo negro como él, por lo demás se parece más a su madre.

Subimos a la camioneta. Al entrar un escalofrío recorre mi cuerpo. He sentido el cambio de temperatura al salir de la casa. Como no suele hacer frío, no llevo ropa de abrigo, y cuando ya cae la tarde noche lo noto.

Will arranca el motor y pone el climatizador a 22 grados.

—No hace falta que la pongas, ha sido por el cambio de temperatura al salir. Si no tú pasarás calor.

—Ven aquí. —Pasa el brazo por detrás de mí y me acerca a su cuerpo—. Ahora sí estarás calentita.

Y lo estoy. Estoy en el paraíso terrenal, que es su cuerpo. Cierro los ojos e inspiro su olor. Me impregno de él mientras conduce de regreso a Manhattan. La voz de Rihanna suena por los altavoces, su *Only girl in the world*. Así me siento yo cuando me abraza, única en el mundo, para él.

Unos labios carnosos me besan despacio y una voz suave me despierta.

—Nena, hemos llegado. Despierta, princesa. —Me desperezco y abro los ojos. Ya ha anochecido y estamos en el aparcamiento de la camioneta.

—Lo siento. La culpa de que tenga sueño es tuya.

—Me dijiste veinticuatro horas, nena. Tienes que cumplir tu palabra.

—¿Tú no te cansas nunca?

—¿De hundirme en ti y estar contigo? No, nena. No creo que eso llegue a pasar.

—Hasta los noventa y nueve, ahora lo recuerdo...

—Vamos, dormilona.

Salimos del aparcamiento y vamos hacia casa. Saco el iPhone del bolso y veo un mensaje de mi madre.

Hija, ¿cómo estás? ¿Y el bombero?

Sonríó. Levanto el teléfono y le enseño el mensaje en la pantalla a Will.

—¿Y esto? ¿Es tu madre?

—Sí, puede que el otro día ya le dijera algo sobre nosotros.

—¿Y qué te dijo? ¿Está contenta por ti?

—Al principio se asustó porque dice que si me enamoro no volveré a casa nunca. Cuando le dije que eres bombero le hizo mucha ilusión.

—Entonces ya sabe que no volverás a casa más que de vacaciones y visita.

—¿Ah, sí? ¿No voy a volver? —Entramos al edificio. Ni Ricardo ni el otro portero están en la entrada. Llegamos al ascensor y entramos.

—Nena, eres mía y no te voy a dejar marchar. —Se coloca delante de mí. Sus manos en la pared del ascensor, a cada lado de mi cara. Se inclina y me besa, salvaje. Esta es la continuación del *beso interruptus* que nos hemos dado en casa de su madre.

—Ahora no tengo que esconder mi erección. Solo la perderé de vista cuando me introduzca en ti.

Ardo al instante. Pero, por favor, ¿de dónde salen todas estas hormonas de mi cuerpo? ¿Cómo puedo humedecerme así, solamente con su voz? Me acerco a él y paso la lengua despacio por su mandíbula, disfrutando del tacto de su barba en mi lengua.

—Me gustas con barba. Tienes cara de chico malo y me pones mucho.

—¿Cenamos o follamos primero? ¿Qué prefieres? —dice, arrastrándome fuera del ascensor y preparando las llaves para entrar en casa.

No le contesto. Simplemente al entrar me quito la cazadora y el bolso y desabrocho el botón de mi pantalón. Lo miro de forma sugerente y lo capta al momento.

Antes de que llegue a tocarme suena el timbre de la puerta. Lo miro y me voy hacia la cocina, mientras él va a ver quién es.

—Ricardo, ¿pasa algo?

—Señor Carter, ¿podría acompañarme un momento?

—Por supuesto. Nena, ahora vuelvo.

—Aquí te espero.

Escucho la puerta cerrarse. ¿Qué pasará? Me tomo un vaso de zumo de naranja y voy preparando una ensalada y dos sandwiches de atún. Parece que vamos a cenar antes de acoplarnos como una nave espacial en el transbordador. Este tarro de atún para untar está de vicio. Coloco dos manteles individuales en la barra de la cocina, los platos y cubiertos, vasos y la garrafa de zumo de naranja natural.

Voy un momento al lavabo.

Son casi las ocho de la noche. Will me ha dicho que tendrá que levantarse sobre las seis y media. Su turno empieza a las ocho de la mañana y esta vez serán veinticuatro horas, que es lo normal, seguidas de cuarenta y ocho de descanso, excepto en caso de urgencia mayor o guardia.

Están las dos lámparas del salón y la luz de la cocina. Las apago y me acerco a los ventanales a disfrutar de las luces de Manhattan.

¿De verdad estoy aquí, disfrutando de un sexo increíble, de un hombre que me ama? Y todo en un mes y medio desde que llegué. Me abrazo a mí misma, inspiro profundamente y sonrío satisfecha y feliz. Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy en el lugar al que pertenezco, me siento completa. Aunque hay temas que me puedan poner algo nerviosa, no siento esa ansiedad en el pecho que últimamente sentía en España, aquí me siento libre. Curioso, porque estás bien atada a este follador nato que te tiene loca de

amor y deseo. Como siempre, mi cerebro se las apaña para hacerme llegar sus pensamientos. Paso de él. La verdad es que tiene razón, me siento suya completamente, me he entregado a él en cuerpo y alma. Mi alma está tranquila y mi cuerpo lo disfruta al máximo. ¿Qué más puedo pedir?

Tras un cuarto de hora, por fin se abre la puerta.

—Catherine, ¿qué haces a oscuras?

—Estaba contemplando la ciudad y esperándote. ¿Cenamos?

Camino hacia él a oscuras. Ha cerrado la puerta de la entrada y volvemos a estar en penumbra. Enciendo las lámparas del salón y coloco el selector de intensidad en una tenue luz. Está muy serio, con el ceño fruncido.

—¿Qué quería Ricardo?

—No, nada importante. Le he pedido una copia de la llave para ti. Toma.

—¿Eso es todo? ¿Para eso viene a buscarte hasta el piso?

—Nena, cosas de conserjes.

Nos sentamos en los taburetes y empezamos a cenar.

—No hemos hablado sobre lo que te conté del chico que me ofreció colaborar con su empresa —le digo.

—¿A ti te apetece hacerlo?

—Sí, llenaría algunas horas de mi tiempo. Ahora que no nos vamos a ver durante algunas horas puedo aprovechar mis paseos por la ciudad para ir conociéndola y de paso fotografiar a mis anchas. Después, en casa, tendría un rato de trabajo pasando las fotos, pero eso no me ocuparía mucho.

—¿Y ese tío quién es?

—Se llama Chris Smith. Tropezó conmigo cuando yo cogía un molde. Él andaba concentrado en los aparadores buscando un cortador de galletas. — Pincho ensalada y me llevo el tenedor a la boca. Él mastica un gran bocado de su sándwich—. Empezamos a hablar de repostería y salió el tema de la fotografía. Me contó que la chica que colaboraba con ellos estaba a punto de dar a luz y no podía seguir con el trabajo.

—Si tú tienes ganas, por mi perfecto. No quiero que te agobies por estar aquí sola. Ahora conoces a las chicas, puedes quedar con ellas de vez en cuando y creo que Alba volverá unos días antes por lo que me contó James. Pero espero poder tenerte para mí cuando llegue de trabajar y los días que tenga descanso. —Mastico un bocado de mi cena.

—Yo espero que no te arrepientas por haberme convencido de que viniera a vivir aquí contigo.

—¿Cómo me iba a arrepentir de algo tan bueno como compartir mi cama contigo? Si hasta me haces la cena. Si me dices que sabes planchar, entonces sí que he acertado contigo. —Me observa esperando una respuesta enfadada.

—Pues sí, sé planchar, pero no pienso planchar tu ropa. Si lo único que quieres es que caliente tu cama, únicamente me dedicaré a eso. —Traga la comida que tenía en la boca y yo doy el último bocado a mi sándwich.

Se levanta, coge su plato y el mío, y los lleva al fregadero. Hago girar el taburete hacia él y vuelve lentamente hacia mí. Me coge de las manos y estira de mí. Me levanto y me lleva hasta el dormitorio, y de ahí al cuarto de baño de nuestra habitación.

—Quítate la ropa —dice, mostrándome su perfecto cuerpo. Él se quita la camiseta por la cabeza en un rápido movimiento. Veo cómo se mueven todos sus músculos y deseo pasar la lengua por el vello de sus pectorales, por el que sobresale del bajo de su cintura hasta su ombligo.

—Cath, te meteré en la ducha con la ropa puesta. Tú misma. —No sé que le pasa. Está más serio, pero me humedece la entrepierna con esa forma de dominarme. Soy bastante cabezona: me gusta que me domine y dejarme dominar. En el sexo, sí.

—Sí, capitán. —Sus ojos arden de deseo mientras me deshago de la camiseta y ve con asombro que no llevo sujetadores. Me los he quitado cuando he ido al lavabo, después de hacer la cena, mientras esperaba que volviera.

—Antes no ibas así.

—No, me gusta quitármelos cuando llego a casa. Como parece que ahora voy a vivir aquí, me he tomado la libertad de actuar de la misma manera.

—Puedes ir desnuda todo el día, pero no conseguirás que me aparte de ti.

Se acerca. Con una mano caliente y posesiva coge mi pecho mientras con la otra toca mi cuello, acaricia mi mandíbula y el lóbulo de la oreja. Yo desabrocho el botón del pantalón y lo bajo junto con las braguitas de color blanco. Muevo las caderas y me deshago de la ropa, arremolinada ahora a nuestros pies. Él sigue con el pantalón puesto y continua tocándome. Acercó mi cara a su pecho y paseo la nariz por el su vello corporal, mientras me embebo de su delicioso aroma. Huele a hombre, mi hombre. Es algo carnal y primitivo lo que despierta en mí cada vez que lo tengo cerca y lo huelo.

—Me encanta que hagas eso.

—¡Dios! No puedo evitarlo, tu olor se apodera de mis sentidos. —Saco la lengua y voy pasándola por sus pectorales. Voy de pezón en pezón, lamiendo

la distancia entre uno y otro.

Con las manos le acaricio los hombros, los brazos fuertes y musculosos. Deja de tocarme el pecho y con las dos manos en mi cara la levanta para que lo mire. Esos veinticinco centímetros que mide más que yo hacen que me ponga de puntillas para besarlo cuando él no lleva su boca hacia la mía. Se apiada de mí y se agacha. No cierra los ojos cuando sus labios chocan con los míos y me posee.

Mis manos se vuelven locas. Bajan a sus pantalones y le desabrochan el botón hábilmente. Le bajo los pantalones y los calzoncillos a la vez. De repente la noto acariciando mi vientre.

—Mi barra de acero caliente —digo, pasando la mano por toda su longitud y amplitud.

—Necesito meterme en ti ya. ¿Estás lista para mí, nena? —Lo pregunta llevando una mano a mi sexo, pasando un dedo por mis pliegues y rozando la entrada húmeda y resbaladiza de mi vagina—. Joder, sí, nena, ¿estás así de preparada para tu hombre?

—Única y exclusivamente para mi hombre. Solo mío —le digo, comiéndole la boca. Está muy tenso. Creo que su idea era meterme en la ducha, pero lo voy a llevar a la cama para poder montarme sobre él y relajarlo.

Cuelgo mis brazos en su cuello y estiro de él mientras nos besamos yendo

hacia nuestra habitación.

—Vamos a la cama. Quiero montarme en ti y relajar la tensión que tienes por todo esto. —Paso las manos por sus amplios y fuertes hombros. Accede y me sigue.

Se sienta en la cama y le digo que se coloque más arriba, que la cabeza le quede en las almohadas, y lo hace. Mientras me subo a la cama a cuatro patas y voy yendo hacia él, mira cómo mis tetas se balancean suavemente por el movimiento. Llego hasta él y, antes de subirme sobre su cuerpo, alargo la mano y le acaricio su parte más delicada. Agacho la cabeza. Paso la lengua por la punta caliente y rosada de su polla, y me llevo las gotas de semen que ya tenía en ella.

Me pongo de pie sobre la cama, con él en medio, y me voy agachando. Me ofrece una mano y la cojo con mi mano izquierda, mientras con la derecha le agarro la polla y la encaro para metérmela directamente. Caigo poco a poco y voy llenándome con ella, notando cómo mi cuerpo se expande y se adapta a su intrusión. Estoy tan mojada que entra dulcemente, presionando cada centímetro de mi interior.

Coloco la otra mano en su vientre, sobre sus duras abdominales. La izquierda sigue con los dedos entrelazados a los suyos. Su otra mano está en mi cadera. Clava los dedos en la carne dolorida y me mueve. Bajo hasta el fondo, hasta que noto sus huevos apretados y duros en mi trasero y su vello roza mi entrada.

Me quedo quieta un momento, adaptándome a la plenitud de tenerlo

entero dentro. Muevo las caderas en círculos, sin levantarme, mientras ejercito mis músculos internos apretando su erección.

—¡Joder, Catherine! ¡Qué manera de follarme! Necesitaba estar dentro de ti. No hay nada mejor en el mundo que esta sensación.

—Sí lo hay. Lo que siento yo cuando entras en mí.

En ese momento se inclina y levanta su espalda de la cama para estar sentado conmigo encima. Paso las piernas por detrás de él. Nos miramos unos segundos y después empiezo a moverme de verdad, cada vez más rápido. Con sus manos me agarra el culo y me levanta y baja a su antojo, fuerte para metérmela de golpe, y me hace botar encima de su cuerpo. Noto los músculos de sus fuertes piernas. Mis pezones se frotan contra el vello de su pecho. Es realmente muy placentero.

Paso mis manos de sus brazos a su pecho, acariciando, y las llevo hasta su cuello, donde meto los dedos por su pelo y estiro de él hacia atrás. Abre la boca y gruñe. Clava más los dedos en mi carne. Me hace un poco de daño, pero me gusta.

Jadeamos intensamente los dos. Cuando se retira hacia atrás y mis tetas se separan de su torso, rebotan libremente. Sigue nuestra dulce pelea un poco más. Ahora con un movimiento me estira sobre la cama, la cabeza en los pies del colchón. Él queda encima de mi pequeño cuerpo.

Coge mis muslos con las manos y levanta mis piernas sobre su pecho.

Tengo los pies al lado de sus orejas. Estoy muy expuesta y la noto mucho más adentro.

—Mmmm, Will, me vas a matar.

—¿Te gusta así?

—¡Oh, Dios, Will! La noto mucho más, más grande, más gorda.

—Aguanta las piernas así.

Pasa las manos por debajo de mi culo y lo eleva un poco. Me coloca en posición para atacarme completamente con su dura y caliente barra.

—¡Ohh, me voy a correr, amor! ¡Sííí! ¡Me voy a correr!

—Mójame entero, cariño. Quiero sentir cómo te corres a mi alrededor.

—¡Ostia puta! —grito cuando me corro.

—Así, así —repite, dando los últimos envites fuertemente. Se corre dentro de mí y me deja el regalo de nuestra unión dentro. Va bajando el ritmo

de los movimientos mientras calmamos nuestra respiración y los efectos devastadores del orgasmo van remitiendo poco a poco.

Baja mis piernas, las dos hacia el mismo costado. Sigue dentro de mí. Ahora empieza a moverse de nuevo. Me levanta la pierna izquierda y mira cómo se mete en mí de nuevo. Saca la mitad de su pene y lo vuelve a clavar. ¡Dios mío! Este hombre es insaciable. Tengo toda la zona hinchada y dolorida de tanto sexo, pero no puedo parar. Lo deseo, es mi adicción y yo parezco ser la suya. Sigue con el ritmo de tortura: dentro fuera, dentro fuera... Diez veces más y vuelvo a notar cómo se contrae mi interior y mi cuerpo vuelve a estallar, gimiendo su nombre mientras me agarro a las sábanas con todas mis fuerzas.

—¡Oooh, sí! ¡Cómo te amo, Catherine! Eres mía, nena, mía. Te amo.

—Te amo, William.

Estoy rendida. No he dormido mucho durante la noche. El día también ha sido agotador y ahora esta manera de hacer el amor salvaje que me deja sin sentido y sin aliento. Lentamente sale de mí. No tengo fuerzas ni para limpiarme o darme la vuelta y poner la cabeza sobre las almohadas.

Pero mi hombre sí tiene fuerza, para los dos. Me coge entre sus brazos y me mete dentro de las sábanas y el edredón. Me da un beso en la frente y va hacia el lavabo. Vuelve con una toalla. Me la pasa con cuidado por el sexo y retira parte de los fluidos de nuestra unión. Tira la toalla al suelo y se mete en la cama conmigo. Pega su pecho en mi espalda y me acoplo a su cuerpo, mi culo en su erección. Por favor, ¿todavía sigue duro? Mis piernas están

enredadas en las suyas. Su brazo izquierdo sobre mi cintura me mantiene en el lugar perfecto. Mi cabeza queda en medio de su pecho. Siento su mandíbula sobre mi cabeza cuando me da un dulce beso en el pelo.

—Duerme, mi niña, mi amor. Yo te cuidaré.

Un leve sonido sale de mi boca, pero no reconozco el significado. Me duermo así, plácidamente, bien follada, caliente y feliz junto al hombre que amo.

Me despierto con un sonido que no conozco. Una gran pierna me tiene atrapada en la cama. Se mueve y el sonido desaparece.

Vuelve a girar para pegar su pecho en mi espalda y me da suaves besos en el cuello y la nuca. Mmmm, me quejo.

—Sigue durmiendo. Voy a darme una ducha, tengo que ir a trabajar.

—Nooo, quédate aquí conmigo —digo, retorciéndome entre sus brazos.

—Eso quisiera yo, amor, pero no va a poder ser. Mañana estaré aquí de nuevo para ti.

Me besa en el cuello y en la espalda y sale de la cama para ir a la ducha.

Miro la hora en la pantalla del móvil que tengo en la mesita de noche: las seis y cuarenta y cinco de la mañana. Hasta mañana a las ocho de la mañana no acabará su turno. De repente abro los ojos y me desperezo estirando los músculos.

Me levanto y cojo una de sus camisetas. La pongo sobre mi cuerpo desnudo y voy al aseo del pasillo para hacer un pis.

Preparo la cafetera y saco la tostadora para prepararle unas tostadas. Saco los huevos y pongo la sartén al fuego. Estoy removiendo los huevos revueltos cuando lo oigo salir de la habitación y caminar hacia donde estoy. Llega a mí y sus brazos me rodean. Apoya la cabeza sobre mi pelo y lo huele. Me he hecho un moño alto, desordenado y con mechones que salen de la goma.

—Buenos días, nena —dice, colocando una mano en mi cintura mientras con la otra levanta el bajo de la camiseta y la sube por mis muslos, por las caderas y por mis costillas, hasta alcanzar un pecho.

—Buenos días, amor.

—¿Estás intentando que me quede contigo?

—¿Por qué haría yo algo así?

—Porque estás desnuda. La camiseta no cuenta si debajo de ellas no llevas nada más. ¿Sabes lo que es para mi verte en la cocina con una camiseta mía sobre tu cuerpo caliente y desnudo mientras preparas el desayuno?

Sigo removiendo los huevos y apago el fuego. Vuelco la comida sobre el plato que tengo al lado.

—Te gusta la estampa, ¿eh? Eres un perverso.

—Mmmm, sí, lo soy. Tú tienes la culpa de eso.

Llevo el plato y la taza de café a la barra de la cocina.

—Venga, desayuna antes de que se enfríe. ¿Quieres zumo o alguna otra cosa?

—Está perfecto así, nena. Más tarde comeré un bocadillo.

—¿Tienes que llevarte la comida en un *tupper* o algo así?

—Tranquila, en todo caso me la prepararía yo. No eres mi esclava. Hoy pediremos algo de comida.

—No me sentiría tu esclava por prepararte la comida. Si somos una pareja y yo no tengo que ir a trabajar ni pasar todo un día con su larga noche fuera de casa, no veo por qué no podría prepararte la comida.

—¿Me lo dices en serio? Creo que nunca he escuchado a una mujer decir eso. Bueno, sí, a mi madre.

—Con sexo y comida, nene. —Sonrío y le doy un beso en el bíceps.

—¿Tú no desayunas?

—Todavía no, no me apetece. Es muy temprano para mí. Más tarde me haré un café con leche y unas tostadas.

—¿Qué harás hoy? ¿Vas a salir a con la cámara?

—Creo que sí. Llamaré a mi madre primero, hace días que no hablo con ella y no quiero que se preocupe.

—Dile que el bombero te ha secuestrado en su apartamento y que no te va a dejar salir del Estado de Nueva York. Ni del Estado ni de la isla de

Manhattan.

—Está bien, se lo diré, aunque creo que ya se imagina algo. Las madres tienen un sexto o séptimo sentido para algunas cosas.

—Ya lo creo que sí.

Acaba de desayunar y lleva el plato al fregadero. Yo retiro la taza y el vaso del zumo. Joder, tiene que irse y ya lo hecho de menos. Me he acostumbrado a estar con él a todas horas.

—Te llamaré por la noche cuando tenga un momento. Sabes que estás en tu casa. Si necesitas alguna información de cualquier cosa, Ricardo puede ayudarte. Y lógicamente, si te pasara algo puedes llamarme a mi móvil o a este número. —Deja un papel enganchado con un imán en la nevera—. Es el de mi estación. Preguntas por mí. Estarás aquí por la mañana, ¿verdad? —Me coge la carita con sus grandes manos y se agacha para besarme.

Un beso tierno, nada que ver con la explosión de nuestros besos salvajes. Se deleita en mí y yo me derrito, entre sus brazos.

—Que tengas un buen día y una buena noche. Ten cuidado. —No puedo evitar la preocupación.

—No te preocupes por mí, todo está bien. Hasta la noche.

Me da un pequeño beso en los labios y coge la bolsa de deporte que hay en el sofá. Se pone una chaqueta tejana y se cuelga la bolsa en el hombro. Va hacia la puerta y sale del apartamento.

Me rodeo el cuerpo con los brazos para mantener el calor de su cuerpo en el mío. En ese mismo momento sé que esta noche voy a tener frío en la cama.

Me doy una ducha. Me depilo con la maquinilla de Will mientras la mascarilla actúa sobre mi melena. Me aclaro y disfruto pasando mis manos por mi cuerpo. Me doy cuenta de que he cerrado los ojos y estoy tocándome como si fuera él quien lo estuviera haciendo. ¿Desde cuándo me froto yo así? Nunca lo había hecho, siempre me he lavado con una esponja. Ahora lo hago solo con las manos, sin nada que se interponga entre mi mano y la piel. Así es como nos hemos duchado hasta ahora juntos. Se ha convertido en una norma, igual que dormir desnudos y abrazados.

Después de secarme el pelo me lo recojo en una trenza lateral, dejando algunos mechones sueltos. Me pongo un vestido de algodón de color marrón y unas medias tupidas, unos tonos más oscuras que el vestido. Me calzo unas botas Ugg de color crema.

Busco en el cuarto de la colada el aspirador para pasarlo por todo el apartamento y decido poner una lavadora. La verdad es que el piso está muy bien equipado, supongo que ya lo alquiló con todos los electrodomésticos.

Cuando acabo de pasar el aspirador y de recoger el cuarto de baño y la cocina, y quitar el polvo, son solo las nueve de la mañana. En España son las tres de la tarde. Me siento en el sofá y llamo a casa de mis padres.

—¿Diga? —La voz grave de mi padre suena al otro lado del auricular.

—Papá, soy yo, ¿cómo estáis?

—¡Catherine! Muy bien, hija, aquí aguantando a tu madre todo el día.

—¿Ya estáis discutiendo?

—Es que no puedo con ella, de verdad. Es muy cansina, ya lo sabes.

—Y tú no, ¿verdad? Tú eres una balsa de aceite. Anda, pásamela y portaos bien. Papá...

—Dime.

—Tengo que decirte algo... He conocido a un chico... Es...

—Es un bombero. Ya lo sé, niña, tu madre ya me lo dijo. ¿Se porta bien contigo? —Qué rápida eres, mamá...

—Sí, papá, se porta muy bien. Me gusta mucho.

—Bueno, tendrá que venir a conocerme, ¿no? ¿O piensa casarse con mi hija sin verme la cara en persona?

—¡Papá! ¿Quién ha dicho nada de boda? Nos estamos conociendo, todo se andará. Pásame a mamá. Un besote, papi.

—Otro para ti, hija.

Escucho cómo la llama a gritos por la casa: “Aaaanaaaaa, la niña al teléééefonoooo”. Me hace esperar pero finalmente se pone.

—Catherine, cariño, ¿cómo estás?

—¡Bien, mamá, muy bien! Y tú, ¿qué hacías que no te ponías al teléfono?

—Estaba abajo arreglando tomates para hacer el sofrito. Tu padre ha recogido unos cuantos kilos del huerto y voy a hacer conserva. Cuéntame, ¿cómo estás con tu novio?

Meneo la cabeza de lado a lado. Ya lo llama “mi novio”... Pero bueno, eso es lo que es, ¿no? Vivo con él, le quiero, me quiere. Tenemos una relación exclusiva el uno con el otro.

—Muy bien, hoy ya ha vuelto al trabajo y hasta mañana no lo veré.

—Bueno, el trabajo es el trabajo, y el suyo es muy importante. ¿Vive lejos de tu casa?

Ahora viene la bomba buena...

—Mamá, estamos viviendo juntos. Me he venido a su apartamento con él.

—Pero, hija, ¿no es muy pronto? ¿Ya quieres vivir con él? Acuérdate de lo que pasó con...

—¡No! no quiero que lo menciones ni que los compares, porque no tienen nada que ver el uno con el otro. Tengo claro lo que siento por él y él me demuestra que siente lo mismo por mí. Por primera vez en mi vida soy realmente feliz, mamá. No quiero esperar, ha surgido así y no voy a poner estúpidas trabas a nuestra relación.

—Está bien, hija, si lo tienes claro... Solo me preocupo por ti. No me

gustaría que lo pasaras mal, ahí tan lejos de tu casa estando sola.

—He conocido a las mujeres de sus compañeros. Son como una gran familia. Ayer fuimos a casa de su madre, estuvimos charlando un rato. Estoy segura de que os llevaríais muy bien.

—¿Y sus padres que dicen de esto?

—Su padre murió el once de setiembre, en las Torres Gemelas, mamá. Y su madre entiende perfectamente que si sabemos lo que queremos no esperemos más. La vida puede acabarse en cualquier momento y hay que disfrutarla. El tiempo perdido no vuelve.

—¡Ay, qué pena! Bueno, cariño, pues espero que todo siga yendo bien. ¿Vendrás pronto a vernos?

—Bueno, en principio iba a estar aquí seis meses. A ver cómo evoluciona todo. Si puedo me escaparé en Navidad para estar unos días con vosotros, ¿vale?

—Perfecto, cariño.

Hablamos un rato más y le cuento que voy a colaborar con una agencia haciendo fotos de la ciudad para que las vean los turistas. Vuelve a alegrarse por nosotros y me pide que lo salude con un abrazo y un beso de su parte.

¡Ay! Si ella supiera las ganas que tengo de abrazarlo y besarlo... Y han pasado solo poco más de dos horas desde que se ha ido a trabajar. Es como si al saber que no lo veré hasta el día siguiente las ganas de estar con él y verlo se multiplicaran.

Antes he pensado en Gran Hermano, cuando dicen que estar dentro de esa casa amplifica los sentimientos y se forman parejas. Algunas únicamente por el morbo del momento, pero otras siguen su historia de amor cuando salen de la pequeña pantalla. Pues para mí, estar en Nueva York tiene un efecto parecido. Ha multiplicado por mil las sensaciones y la capacidad de dar amor.

Sobre las diez, saco la ropa de la lavadora y la meto en la secadora. Decido llamar a Chris para que me aclare un poco más el tema de la colaboración con su agencia.

¡Perfecto! no tengo ninguna obligación más que enviarle algunas fotos. Él me irá diciendo de qué parte de la ciudad, museo, parques o calles quiere que se las envíe. Siempre mencionará mi nombre en las publicaciones y me pagará un tanto por foto. Me parece perfecto. Si tuviera que vivir de ese sueldo no me llegaría para nada, pero no es el caso. Gracias a Dios no tengo que preocuparme por el dinero.

Paso el resto de la mañana buscando información en Google y en varias páginas que sigo en Facebook e Instagram.

A medio día me preparo unas verduras hervidas y una pechuga de pollo a la plancha. Me siento en el sofá y dejo la comida en la mesa de cristal de centro. Desde aquí puedo ver la calle. ¿Qué estará haciendo Will? Cada vez que escucho una sirena pienso si será él y su equipo el que va a apagar el fuego o a rescatar a alguien. Intento no preocuparme demasiado. No podría vivir pensando que puede pasarle algo y que no volveré a verlo más. ¿Cómo lo harán las esposas? ¿Darán algún cursillo para novias y mujeres de bomberos? *Como llevar la ansiedad en los días que tu hombre está trabajando* sería un buen título para un libro de autoayuda. Me río de mí misma.

Cojo mi ejemplar de *Mía*, la segunda parte de *Real*, de la escritora Katy Evans. Leo más de doscientas páginas, para cuando me doy cuenta de la hora que es está anocheciendo. Me levanto para encender las luces del salón. Voy a la cocina, me preparo un café con leche y me como una manzana. Cuando doy el primer bocado suena mi iPhone, indicando que acaba de llegarme un *whatsapp*. Corro hacia él deseando que sea de Will, pero no es él: es Julia. Me pregunta si quiero comer con ella el próximo jueves. Mentalmente calculo los días y este jueves Will trabaja, por lo que tendré veinticuatro largas horas para mí sola. Le contesto que me va bien y adjunto un emoticono de pulgar hacia arriba. Llegan unas caras guiñando un ojo. Quedamos en la sexta avenida con la 42 para comer en un restaurante japonés que queda cerca. Bueno, parece que mi agenda se va llenando. Dejo el teléfono sobre la barra de la cocina y bebo un sorbo de café con leche. Me acabo la manzana y decido salir a dar una vuelta por el barrio. A ver si encuentro alguna tienda que me guste y me entretengo fuera del apartamento.

Cojo la chaqueta tejana y un pañuelo para el cuello del mismo color que las botas Ugg. Me cuelgo el pequeño bolso marrón de DKNY.

Cuando llego a la entrada el otro portero está sentado en su silla. Le

saludo. Me recomienda coger un paraguas; según él, puede que llueva. La verdad es que no tengo ninguno, así que ya tengo algo que comprar durante esta tarde. Le agradezco el consejo y salgo. Son las seis y media de la tarde. Muchas personas vuelven a sus casas, otras salen a pasear y otras están disfrutando de sus primeras horas en la ciudad. A estas últimas se les nota, porque van mirando hacia los altos edificios, van parándose en mitad de las aceras y provocan pequeñas colisiones con los estresados transeúntes.

Dos calles más abajo entro en una bonita tienda de muebles. Tiene unos artículos de decoración muy coloridos y diferentes a lo que sueles encontrarte en la mayoría de las tiendas.

Veo un marco de sobremesa. Es de plata, sencillo y precioso para que lo que realmente acapare la atención sea la foto que tenga en su interior. Lo cojo. Quedará perfecto en la mesita de la lámpara que está al lado del sofá. Y también sé qué foto pondré en él. Saliendo de esta tienda encuentro otra al final de la calle. Es una pequeña tienda de comestibles y de todo un poco. Me irá perfecta para esos momentos en los que vas a cocinar y te falta un ingrediente. Al no conocer a los vecinos no tienes esa confianza de ir a pedirle huevos, azúcar, esas cositas que sí hacía en casa de mis padres. Compró algo de pan para hacer tostadas para desayunar, café y algunas cosas más. Al acercarme a la caja veo un paragüero lleno de paraguas. Recuerdo el consejo que me ha dado el portero del edificio y compro uno. Como buena turista, amante de prácticamente todo lo que ponga "I love NY" con un bonito corazón en rojo, elijo uno de este modelo, blanco con las letras en negro. Justo cuando estoy llegando al apartamento empiezan a caer unas gotas de lluvia.

Espero el ascensor. Cuando llega a mi planta Ricardo sale de él y se ofrece a llevarme las bolsas hasta el piso. Se lo agradezco, pero le digo que puedo yo sola. Cuando estoy sacando las llaves del bolso para meterla en la

cerradura, empieza a sonar el teléfono.

Dejo las bolsas en el suelo, el paraguas apoyado en el quicio de la puerta y busco el teléfono en el interior del bolso. Menos mal que es uno pequeño. ¿Cómo pueden desaparecer las cosas dentro de un sitio tan pequeño?

Sigue sonando y doy con él. Estaba debajo de la cartera.

—¿Will?

—Hola, nena. ¿Qué tal? Te noto acelerada.

—Estoy en la puerta de tu apartamento. He salido a dar una vuelta y he comprado algunas cosas. Cuando el teléfono ha empezado a sonar no lo encontraba dentro del bolso y... En fin, bien.

Lo he echado mucho de menos pero no quiero ser cansina diciéndole que el primer día que tiene que ir a trabajar que no puedo vivir sin él.

—Nuestro apartamento. —Recalca el pronombre posesivo.

—Vale, nuestro. Lo que significa que compartiremos gastos.

—Cath, no vamos ha hablar de eso por teléfono. Llevo todo el día echándote de menos. No sé si será por la vuelta de las vacaciones o porque no puedo dejar de pensar en ti, en lo que te haría si estuviera ahí contigo.

Aguanto el teléfono entre el hombro y la oreja. Acabo de abrir la puerta, cargando con las bolsas de nuevo para dejarlas sobre la barra de la cocina.

—Mmmm, yo también te echo de menos. Seguro que esta noche pasará frío en la cama, sin tu cuerpo.

—¡Oh, nena! No me lo digas, porque estoy deseando acabar mi turno para tenerte entre mis brazos y darte todo el calor que te mereces.

—¿Cómo ha ido tu día? ¿Todo bien?

—Sí, todo controlado, no sufras.

—¡Ay, espero acostumbrarme a esto! —digo en voz alta con un suspiro.

—Todas lo hacen, nena. Tú no serás menos. Tengo que dejarte, tenemos un aviso. Te como dentro de unas horas.

“Te como dentro de una horas”... Me quedo mirando la pantalla del teléfono como una tonta, la boca abierta y las bragas empapadas.

¡Dios! Yo también espero que me coma y comérmelo. Me rodeo el cuerpo con los brazos y cierro los ojos imaginando que es él quien me abraza. Pero mis brazos no tienen nada que ver con los suyos, grandes, fuertes y protectores.

Después de cenar y de cambiar de canal unas cien veces, sin encontrar nada que me haya gustado decido irme a la cama. Me lavo los dientes, me doy una ducha rápida y me meto en la cama.

Es muy grande cuando estamos los dos. Ahora mismo, estando yo sola, es enorme, me pierdo en ella. Me tapo hasta arriba, abrazada a su almohada entre mis piernas e inspiro su olor. Está impregnado en las sábanas, y eso que son limpias de esta mañana; pero es su casa, normal que todo huelga a él.

Doy varias vueltas intentando dormirme, pero no puedo. No sé si es porque él no está o porque no he tenido la ya habitual sesión de juegos sexuales y placenteros de la que llevo disfrutando quince días, la cual siempre me deja agotada y que hace que me quede dormida como una marmota. Sí, como una marmota, pero entre sus brazos, pegada a su cuerpo y con el ritmo de su respiración, calmando el mío propio. Me levanto y cojo una de sus camisetas de la cómoda. Así me siento algo más rodeada de él y no tengo tanto frío. Vuelvo a la cama y después de dar varias vueltas e intentar no pensar que cada sirena que escucho es él y los chicos yendo hacia algo peligroso, me duermo.

Me despierto en mitad de la noche, inquieta y agitada. Sé que estaba soñando, pero no recuerdo claramente qué. Me levanto a por un vaso de agua. Me lo bebo en la cocina y lo vuelvo a llenar para dejarlo en la mesilla de noche. Miro el móvil: solo son las cuatro de la mañana. Otra vez vuelvo a dar vueltas en la gran cama antes de poder quedarme dormida. Me muevo por la cama, de un lado a otro sin poder descansar bien. La última vez que miré el reloj eran las seis y media. No sé cuánto rato pasa hasta que por fin caigo en un profundo sueño.

Estoy dormida, soñando con Will. Estamos paseando por el bosque en la casa de la montaña. De repente se pega a mi espalda y me toca el culo. Lo siento ahí, su calor y su dureza, piel con piel. Pienso en cómo puede ser posible, si me veo con unos pantalones tejanos puestos. ¡Qué sueños tan raros tengo! Entonces mete una pierna en medio de las mías y la sube hasta colocar sus cuádriceps rozando todo mi sexo. Me apoyo contra un árbol. De repente ya no veo los pantalones. No sé donde están, pero no me importa. Me cojo de su cuello y él sigue apretando su muslo contra mi dolorido clítoris. Empiezo a jadear. Ahora sube su mano por la camiseta, es una camiseta suya, de su compañía, con su apellido bordado en el pecho izquierdo. Él coge mi pecho con su gran mano. Escucho su voz, me llama, me habla al oído susurrando guarradas. Estoy mirándolo a los ojos y sigo escuchando su voz. De repente no lo veo, únicamente siento su pierna dándome placer. Empiezo a convulsionar. Me muevo contra el árbol cada vez más excitada. De repente siento un peso sobre mí. Mis caderas siguen moviéndose, abro los ojos y me despierto. Me despierto con un orgasmo demoledor. Estiro la mano y toco su pecho. ¡Dios! ¿Está aquí?

—¿Will?

—¿Sí, nena? —Levanta la camiseta de mi cuerpo. Arqueo la espalda para que pueda quitármela.

—Estaba soñando contigo —digo, mientras jadeo—. No ha sido un sueño, ¿verdad?

Pasa su mano por mis labios y la moja con mis fluidos. Me acaricia los muslos y las caderas mientras sube por mi vientre y se hace un sitio entre mis piernas.

—Joder, no. Esto es tuyo, cariño, me has empapado la pierna. Estabas diciendo mi nombre. “William, William, hazme el amor”, decías. Así que tus deseos son órdenes para mí.

—¡Ohhhh, sííí!

Me penetra suavemente, lentamente, expandiendo mi cuerpo a su alrededor.

—¡Qué bueno, mi amor! ¡Sí, así, métemela entera!

Se inclina sobre mí y aspira el olor de mi cuello, haciendo que me deshaga por él.

—¡Qué coñito tan prieto tienes! Me va a explotar la polla dentro de ti.

Acaba de clavármela entera, hasta lo más hondo de mi ser. Paso mis brazos por sus hombros y me cojo de sus bíceps, clavándole las uñas en ellos. Me coge la pierna por la rodilla y la dobla hasta mi pecho. Él se sujeta con la fuerza de sus piernas y su otro brazo, suspendido encima de mí, mientras mueve las caderas de forma demoledora, haciendo círculos en mi interior. ¡Por favor! ¡Qué cosa más buena! ¡Qué sensación tan plena y placentera! Me pregunto si todavía estaré soñado. Aprieto más mis dedos en sus duros músculos y me arqueo hacia él para olerle el pecho y pasarle la lengua por su vello.

—¡Ooh, sí! No es un sueño, estás aquí conmigo.

—¿Todavía crees que es un sueño? Eso es que no me muevo lo suficiente.

Dicho esto, la va sacando poco a poco, hasta la mitad, para volver a entrar en mí salvajemente. Levanto mi otra pierna y con el pie le aprieto el culo para que se clave más en mí.

—Sigue, sigue... Así... ¡Oh, sí! ¡Haz que me corra!

—Vamos nena, dámelo, eres mía. ¡Mía, Catherine!

Jadeo y me relamo los labios por el placer que me da y que le doy. Y sí, por fin me corro, completamente consciente de que está dentro de mí, duro y caliente, potente y salvaje. Simplemente me vuelve loca.

Explota dentro de mí. Se agacha y me muerde la oreja mientras se corre y me llena de su esencia. Le paso las manos por el cuello y meto los dedos en su pelo moviendo, lentamente, las caderas después del gustoso orgasmo.

—Buenos días, cariño —le digo, dándole besos por la cara.

—Buenos días y buena vida contigo, dentro de ti. —Sonrío por su exageración. Me gusta.

Roza su nariz con la mía mientras sale lentamente de mí.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media más o menos.

—¡Oh, no! Quería levantarme para prepararte el desayuno. Debo haberme quedado dormida hace poco. No he dormido muy bien.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

—No, solo que he echado mucho de menos esto —digo, pasando las manos por sus pectorales y por su vientre—. Lo necesito para dormir calentita, protegida entre tus brazos. Me has acostumbrado muy mal estas dos semanas.

Gira y me coloca sobre él a horcajadas. Lo noto duro y mojado de nuestra unión de hace unos segundos. Planta sus manos en mi culo y me levanta. Ya sé lo que quiere, así que la cojo con la mano, la masajeo un poco y la coloco justo donde la quiero. Me clavo en ella y empiezo a moverme.

—Yo no he podido dormir pensando en este desayuno. —Se levanta y empieza a comerme los pechos, tirando de mis doloridos pezones.

—¿He traído unos *pretzels*? ¿Te gustan?

—Todavía no los he probado.

—Pues venga. Vamos a por ellos y por una taza de café.

Hemos dormido hasta las doce y media. Después de hacer el amor por fin

he podido descansar lo que no he descansado durante la noche.

—Ayer hablé con Julia. Me pasó un mensaje y hemos quedado el jueves para comer.

—¡Ah, muy bien! Es muy buena chica.

—Aprovecharé que estamos las dos solas y le haré un pequeño interrogatorio sobre tus... citas de antes.

—Eso te lo puedo explicar yo.

—No, no. Creo que prefiero no escucharlo de tu boca. —Doy un bocado al *pretzel*—. Oye, esto está muy bueno. —Me guiña un ojo mientras bebe de su taza de café.

—Los *bagels* sí los habrás probado, ¿verdad?

Meneo la cabeza negando, con la taza de mi café con leche en los labios.

—Vaya futura neoyorkina estás tú hecha. —Ríe.

—¿Futura neoyorkina?

—¿Recuerdas? Te tengo secuestrada, no saldrás del país. —Se pone serio, aunque yo sé que es broma—. Por cierto, ¿hablaste con tu madre?

—¡Ay, sí! Te envía saludos y un abrazo, con beso incluido.

—Dáselos de mi parte cuando vuelvas a hablar con ella. ¿Ya le has dicho que vivimos juntos?

—Sí. Flipó un poco, pero, al final acabó entendiéndolo. Dice que, si soy feliz, así ella no es nadie para meterse en nuestra relación.

Me levanto y retiro las tazas del desayuno tardío y paso la bayeta sobre la barra. Me fijo en él, solo lleva un pantalón de deporte que cae deliciosamente bajo su cintura, dejando a la vista su maravilloso torso. Estoy aclarando la bayeta bajo el agua del grifo. Se levanta del taburete, se gira y estira sus brazos haciendo que todos los músculos de su ancha y fuerte espalda se estiren. No hay una imagen más erótica que su espalda y su ancho cuello moviéndose. Dejo la bayeta en su sitio y me seco las manos. Me siento con él en el sofá.

—¿Qué te apetece hacer hoy? La semana pasada estrenaron una película que tiene muy buena pinta. ¿Te apetece ir al cine y a cenar?

Apoyo la cabeza en su pecho mientras pasa su brazo por detrás de mi espalda y me abraza.

—Me parece perfecto.

Siento el calor que desprende su cuerpo. Paso los dedos distraída por el vello moreno de sus pectorales y miro hacia la calle, por las ventanas. Podría pasar el resto de mi vida encerrada en este apartamento, abrazada a su cuerpo. Cierro los ojos y aspiro el olor de su piel. Él acaricia mi cintura con una mano y con la otra sujeta el móvil. Está mirando algo, no sé el qué ni me importa.

—Hay una sesión a las 6. ¿O prefieres a otra hora?

Me he quedado en otra dimensión, disfrutando de este momento de tranquilidad y amor, y no he escuchado lo que me decía. Separo la cabeza de su piel y lo miro a los ojos.

—Dime.

—Decía que si quieres ir a la sesión de las seis o vamos más tarde.

—A la de las seis está bien.

—¿En qué piensas?

—En nada. Y en todo.

—¿Y eso nos lleva a...?

—A que me olvido hasta de respirar estando entre tus brazos, notando el calor de tu cuerpo, acariciándote sin que tenga que ser algo sexual. Solo este contacto lo encuentro algo tan íntimo como cuando estás dentro de mí. —He vuelto a ponerle la cara en el pecho y sigo acariciando su piel.

—Por estas cosas me tienes loco. Me transportas a otros lugares solo con mirarme. —Coge mi mano y la baja por su vientre hasta llegar al abultado punto de su pantalón en su entrepierna—. Aunque no me hayas tocado buscando nada sexual, el simple roce de tu pelo en mi piel me la pone dura. Ella también sabe que eres nuestra.

No puedo evitar reírme.

—¿Vuestra?

—Sí, mía y de ella —dice, mientras ahueca mi mano sobre su dura erección—. Estaría todo el día, todos los días dentro de ti. Y no por necesidad sexual, sino por lo que siento cuando nos unimos de esa manera. Es algo que está fuera de mi entendimiento. Un sentimiento, ¿cómo explicarlo?, de plenitud. Algo celestial, conectar contigo de todas las formas. Siento que nos fusionamos y somos uno. No quiero perderte. Te amo, Catherine.

Levanta mi barbilla y aprisiona mis labios con los suyos. Me deja sin respiración. Todo lo que me ha dicho es lo que siento yo cuando nuestros cuerpos se unen. Es como si se uniera nuestro ser, nuestra esencia, nuestras almas, no solamente de una forma física.

Interrumpe nuestro beso diciendo que tiene que decirme algo.

—Luego —le digo, colgándome de su cuello.

Me subo a su regazo y devuelvo mis labios a su lugar, pegados a los suyos. Nuestras lenguas se unen en un húmedo baile de pasión y amor. Empiezo a moverme encima de su dura erección y gime cuando le tiro del pelo y le obligó a echar hacia atrás la cabeza.

—Tú también eres mío. Tú y esta. —Aprieto sobre ella y la noto a través de mis finas braguitas de seda.

Empieza a levantar de nuevo su camiseta, la misma que he utilizado para dormir. Me la quito y se inclina hacia adelante para venerar mis pechos. No llevo sujetador. Sé cuánto le gusta ver el libre movimiento de mis senos cuando estamos en casa, así tarda menos en poder tocarlos y lamerlos. No le gusta perder el tiempo, ni en esto ni en nada. Los coge, cada uno en una mano y los junta en el centro, pasa la lengua de uno a otro volviendo mis pezones pequeñas rocas sensibles a su roce. Cada vez que absorbe uno de ellos y estira, una descarga eléctrica recorre mi cuerpo, haciendo que me arqueé hacia detrás y que mi sexo se pegue más al suyo.

Sigue entretenido en mis pechos mientras yo le paso las manos por el cuello y los hombros. Le chupo las orejas mientras no estoy jadeando por el placer infinito que me proporciona. Me suelta los pechos y me pone las manos en el culo. Desliza su lengua desde un pezón hasta mi clavícula y por el cuello. ¡Oh, Dios mío! Sabe perfectamente lo que me gusta, cómo me gusta y cuándo dármelo. Mis manos se vuelven locas bajando por su duro vientre. Llega a la goma de sus pantalones. Estiro de ella para bajárselos. Se levanta un poco conmigo encima y se los bajo lo suficiente para que su dura y caliente polla quede en el exterior. Ahora es su turno. Me siento más atrás en sus rodillas para tener libre acceso a la zona más caliente de su cuerpo ahora mismo. La cojo con una mano y la acaricio. Paso el pulgar sobre su rosada punta. Me paso lentamente la lengua por los labios mientras me pierdo en su mirada azul turquesa. A veces se ven más verdes y otras superazules.

Se le ensanchan las aletas de la nariz cuando ve cómo me relamo. Me pone una mano en el cuello y me obliga a acercarme a su cara para morderme el labio inferior y hace que se me escape un grito de placer. Baja la otra mano hasta mi sexo y empieza a frotar la palma en todo él, apretando justo en el lugar indicado.

Cierro los ojos con fuerza y empiezo a balancearme sobre él. Ahora sus dedos hábiles separan la tela húmeda de mi piel. Mete dos dedos entre mis pliegues, los mueve adelante y atrás, y llega a la entrada de mi ser. En ese momento dejo de tocarlo y masajeo mis pechos, estirando de los pezones duros y necesitados. Gruñe, se levanta del sofá y me lleva con él. Me suelta encima del sofá, dejándome de rodillas. Pasa la mano desde mi espalda, bajando por mi culo hasta llegar de nuevo a mi vagina. Clava una rodilla en el sofá y separa la seda de mi piel. Noto la dureza y suavidad de su polla caliente a punto de entrar en mí. Primero me hace sufrir y la pasea de arriba abajo, mojándola con mis fluidos. Me inclino hacia adelante sobre mis codos y miro hacia las calles por los ventanales. Empujo mi culo hacia él y gimoteo

para que me la meta ya. No se ha quitado los pantalones y yo sigo con las bragas puestas, apartadas hacia un lado. Su polla recorre mi sexo.

—Métemela ya. Harás que me corra así y te quiero dentro.

—¿Esto es lo que quieres dentro? —Presiona su erección en mis labios—. Vamos a entregarnos el uno al otro, despacio. Quiero saborear todo de ti.

Y así lo hace muy lentamente. Mete la punta y después empieza la lenta tortura de llenarme y expandirme poco a poco. Sus manos aguantan mis caderas y no me deja empujar hacia él para llenarme entera de una vez. Se mueve haciendo círculos mientras va penetrándome. Hasta que por fin llega al final. Está entera dentro de mí. Noto sus testículos pegados a mi culo. Me da un cachete en la nalga y grito por la sorpresa, a la vez que empujo más hacia él y me la clava más.

Se retira y vuelve a meterla lentamente. Ahora sus dedos no se clavan en mi carne. Vuelvo a rebotar contra él. Jadea y gruñe cada vez que me enviste y yo me retuerzo debajo de él. Una mano recorre mi columna y se para en la parte baja de mi espalda. Con la otra coge mi pelo suelto, lo enrolla en su mano y tira de él, obligándome a incorporarme. Vuelve a darme otro cachete más fuerte que el anterior en la misma nalga y vuelvo a gritar por la sorpresa. Pasa una mano hacia delante y masajea mi pecho, estirando de mi pezón mientras me embiste sin control.

—Eres mi diosa, Catherine. Te adoraré y te veneraré toda mi vida. — Sigue clavándose en mí de manera salvaje.

—Estoy a punto de correrme. No quiero parar nunca.

—Un poco más de polla para mi diosa. ¿Así? —pregunta, cuando me penetra una y otra vez—. ¿Así, nena? ¿Así es como te gusta?

Sigo rebotando entre su cuerpo unas veces más, hasta que jadeo descontrolada cuando llega el orgasmo más fuerte que he tenido hasta el momento. Cada vez se supera; es increíble, pero cierto. Supongo que tendrá que ver con que cada momento que pasa estoy más enamorada de él, más loca de amor, y eso amplifica el placer que me hace sentir.

Él sigue moviéndose dentro de mí. Finalmente noto cómo se bombea dentro. Sigue estirando de mi pelo hacia él. Pasea su dulce lengua por mi cuello mientras se corre.

Ahora me llena de besos y me masajea el cuero cabelludo. ¡Ooooh, qué gusto! Pasa sus brazos por debajo de mis pechos y me abraza.

—Te amo, Catherine —me susurra en el oído entre beso y beso.

Lentamente sale de mí, sin dejar de tocarme, y me carga en sus brazos.

—Vamos a darnos un baño.

—Pero tengo que hacer la comida.

—No, ya pediremos algo. Ahora a relajarnos.

Y eso hacemos. Abre el grifo para que se vaya llenando la bañera y acaba de desvestirse. Se arrodilla delante de mi y me quita las braguitas empapadas.

—Madre mía, podría hacerme un zumo con esto. —Se las lleva a la cara y las huele.

Abro los ojos como platos, alucinando con las cosas que me provoca.

—No es justo, siempre me haces arder.

Se acerca más a mi sexo y me mira. Saco la lengua de su dura boca y veo lo que se dispone a hacer. Le paso los dedos por el pelo y los entierro entre ellos.

Me corro dos veces antes de meternos en la bañera.

—¿Qué te ha parecido la peli? —pregunta mientras salimos de la sala.

—No ha estado mal.

—¿Pero?

—Aunque me gusta mucho ir al cine, se me ha hecho muy rara verla en inglés. —Me mira extrañado—. Es la primera vez que veo una película en una sala en versión original. No sé, estoy acostumbrada a la voz que tienen los personajes en mi lengua y escucharlos con su propia voz se me hace raro.

—Pues yo lo he notado como siempre. —Me pellizca suavemente en la nalga. Yo lo miro y pienso: “Ya”.

—Si te parece, un día podemos ver una en español, a ver si notas la diferencia.

—Nena, la diferencia está en que yo no entiendo el español.

—En español con subtítulos en inglés. ¿Qué dices ahora, eh?

—Vale, pero una cortita. —Me río.

—¿*Titanic*?

—No, no me gusta ver cómo Jake muere ahogado cuando era obvio que los dos cabían en la tabla.

—Ya, claro. Es por eso, ¿verdad? ¿Y no será porque dura casi tres horas?

Vamos charlando tranquilamente por la calle, abrazados y riendo. De repente, al cruzar una calle aparece la lagarta de su exfollamiga, Katleen.

Lleva puesto un vestido naranja, apretado a sus curvas. Camina contoneándose sobre unos tacones de doce centímetros. Después de una tarde de ensueño, nunca hubiera adivinado que mi mundo se pararía aquí, por culpa de esta mujer.

—¡Hombre, Will, qué bien que te encuentro! ¿Sabes de dónde vengo?

—Katleen, ya te dije que te mantuvieras alejada de nosotros. ¿Qué cojones quieres ahora? —Frunce el entrecejo. Sus cejas marcan una mirada seria y profunda.

Podría pensar que en cualquier momento la va a fulminar con la mirada.

Ella mete la mano en su carísimo bolso y saca un trocito de papel. No quiero mirarla porque me da un mal rollo impresionante, toda ella. Will me aprieta fuerte la mano que me sostiene. Le acerca el papel y cuando le da la vuelta para mostrárnoslo, oigo gruñir a Will.

—Aquí lo tienes, estoy de siete semanas. Ya le late el corazón.

Son instantes tan veloces que paso de tener oxígeno en mis pulmones a ahogarme y no entender nada. Eso en cuestión de segundos. Will coge el papel, la imagen de la ecografía y lo arruga con todas sus fuerzas. Ella me mira y sonrío. Es una sonrisa malvada, cargada de malicia.

—¿Qué es eso, Will? —pregunto con un hilo de voz.

—No puede ser mío. Utilizamos condón. Siempre utilizo condón —gruñe Will bajito, arrastrando cada palabra. No contesta a mi pregunta.

—Querido, es tuyo. Solo estuve contigo en semanas.

—¿De que está hablando, Will? —interrumpo en un tono un poco más alto.

—Te lo dije hace días. Te avisé de que no me había bajado el período. ¿No te alegras, mi amor?

—¿Qué mierdas dice esta puta, Will? Dime qué cojones está diciendo. ¿Tú sabías esto? ¿Lo sabías y hemos empezado todo lo nuestro?

Entonces Will reacciona. Recuerda que estoy a su lado, aprieta más fuerte la presión de sus dedos sobre mi mano y me mira cabreado, muy cabreado.

—¿No me has escuchado? Ese hijo no es mío.

—Lo llamé hace dos semanas, por la noche. Estaba contigo, ¿no? —La muy cabrona me mira de arriba abajo sonriendo y disfrutando del daño y horror que tiene que estar viendo en mi cara.

—¿Hablabas con ella, Will? ¡Dímelo!

—¡Sí, joder! Era con ella con quien hablaba. Pero no puede ser, Cath, me puse condón.

—A veces fallan, cariño —dice la... asquerosa poniendo falsa cara de pena.

—¡No me llames cariño! —grita Will, acercándose a su cara un palmo—. Tú sabrás con quién más te has acostado, pero ese hijo no es mío.

Me sudan las manos. Me deshago del agarre de Will y miro sin poder respirar lo que está pasando a mi alrededor.

—No puede ser... no puede ser... no puede pasarme esto a mí... —Me paso las manos por la frente y el pelo. Me tapo la cara y todo da vueltas. Veo mi apartamento, vacío de cuando me llevé todo a casa de Will. Recuerdo cómo hemos hecho el amor, cómo lo hicimos en la casa de la montaña la noche en que estaba hablando con ella y me dijo que era “nadie”. Por favor, Dios mío, esto no puede estar pasando.

—La otra noche fui a su apartamento, pero tiene bien enseñado al portero y me escondió en un cuartucho hasta que lo hizo bajar. Yo te lo quería decir ya, pero él me dijo que esperaríamos un poco más.

—¿Serás hija de puta? ¡Eso es mentira!

Recuerdo cuando vino Ricardo a buscarlo al piso. Me puse a preparar la cena mientras lo esperaba. Cuando volvió me dio la llave del apartamento.

Lo cojo del brazo, tiro con todas mis fuerzas para que deje de prestarle atención a ella y me mire.

—¿Es cierto? ¿Ella vino a tu apartamento y estuviste hablando con ella?
—Siseo, aguantando mi rabia y mis lágrimas.

Clava su mirada de acero en mí.

—Sí, fue ella.

—Me diste la llave, me diste la jodida llave de tu apartamento sin decirme nada.

Estoy gritando en medio de la calle, en medio de Manhattan. La gente nos mira como si fuera otro espectáculo callejero más. Siento que mis rodillas no tardarán en dejar de aguantar el peso de mi cuerpo y caeré al suelo. Caeré y caeré por debajo de las líneas de metro y de todo el subsuelo de Nueva York hasta que mi cuerpo llegue inerte a las aguas del río Hudson o lo que sea que pasa por debajo de esta ciudad.

—Nena, joder, escúchame. Intenté hablar contigo antes...

—¿Qué intentaste hablar conmigo antes? ¿Sabías que estaba embarazada de ti y me dices que “intentaste” hablar conmigo antes? —Chillo y las lágrimas caen por mi cara.

Miro a mi alrededor. Me falta el aire. No veo a la rubia cabrona por ningún sitio. ¿Encima se ha marchado? ¿Suelta la bomba y se pira? Mejor, porque sino la hubiera matado con mis propias manos.

—Te llamó cuando estábamos en tu casa, en la montaña, y no me dijiste nada. Y aquel otro día en el restaurante, ¿también estabas hablando con ella? Dios mío, por favor, por favor...

Me agacho y apoyo las manos en mis rodillas. Cierro los ojos con todas mis fuerzas, deseando hacerme invisible. ¡Joder! Estamos en pleno Broadway. Las lágrimas me caen sin control por la cara, me falta el aire. Noto sus manos fuertes agarrándome por los hombros. Me zarandea y escucho su voz, pero no entiendo lo que dice. Solo escucho ruidos, muchos ruidos, y su dulce voz mezclada entre ellos, su dulce, mentirosa y falsa voz.

—¡No me toques! ¡No me toques, cabrón!

—¡Joder, Catherine! Te digo que no puede ser mío. ¿Quieres creerme?

—¿Cómo voy a creerte si ya has ocultado antes la verdad? —grito.

Empiezo a darle puñetazos en el pecho con todas mis fuerzas. Él ni se mueve del sitio. Sus ojos están entrecerrados. Me mira a través de sus largas u negras pestañas. Parece no creer que le plante cara. Tengo que irme de aquí. Giro la cabeza a un lado y a otro. Veo taxis y sí, uno tiene la luz encendida. Con un acto reflejo levanto la mano para que pare y milagrosamente lo hace. Me suelto de las manos de Will y lo dejo solo en la acera. Me meto en el vehículo que va a llevarme lejos de él, lejos del dolor.

No, me temo que este dolor me va acompañar adonde quiera que vaya. El taxi empieza a moverse siguiendo el tráfico. No me permito levantar la

cabeza para ver dónde está él. Solo lloro y escucho una y otra vez la pregunta del taxista: “¿Adónde la llevo?”

DOLOR

—Me dice dónde quiere que la lleve o tendrá que bajarse.

¡Joder! ¿Dónde voy? Todo está en su casa: mi ropa, mis cosas, mi cámara, todo.

—A Perry Street con West 4th street.

Gracias a mi descuido habitual todavía tengo las llaves de mi apartamento en el bolso. Pero si voy allí, seguro que vendrá a buscarme y no quiero verlo.

—No, perdone, lléveme a un hotel. A cualquiera que esté bien.

Las luces de la ciudad que tanto me gustan ahora son solo borrones marrones de colores que no distingo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que el taxista se para delante de un edificio. Intento calmarme para no entrar en el hotel con estas pintas, sino es posible que no me den habitación, por más extensa que sea mi Visa.

—¿Le parece bien este? Doubletree.

Levanto la cabeza para ver por donde estamos. No tengo ni idea.

—En la avenida Lexington. ¿Se encuentra bien? Si quiere puede esperar a calmarse un poco antes de salir.

Vaya, me ha tocado una buena persona...

—¿Tendría un pañuelo de papel para darme? —digo, sin apenas levantar la cabeza, en un vago intento de ocultar mis lágrimas. Lleva todo el camino oyéndome sollozar, no creo que se asuste al ver mis ojos llorosos.

—Por supuesto. —Me ofrece el pañuelo a través de la mampara de seguridad que separa la parte delantera del conductor con los sillones traseros.

Me seco las lágrimas. Menos mal que no me puse rímel antes, si no ahora mismo parecería un oso panda.

Le pago. Añado una generosa propina. Abro la puerta para bajarme. No me doy cuenta y lo hago por el lado de la circulación. Una bocina me deja sorda: me libero por poco de ser atropellada. Quizá hubiera sido mejor, así no sentiría el dolor que me parte el pecho.

—Tenga cuidado. ¡Baje por el otro lado, mujer!

Paso de hacer lo que me dice. Espero a que no venga ningún coche y bajo del taxi.

Me coloco bien la chaqueta y entro al hotel.

Menos mal que a estas horas no hay colas de turistas haciendo el *check in* y me atienden enseguida. Respiro profundamente un par de veces antes de acercarme a la señorita que me atenderá. Ella tiene preparada su mejor sonrisa; yo no puedo ofrecerle ni la peor de las mías.

Subo a la decimocuarta planta, habitación 14. Meto la llave en la ranura y luz se vuelve verde. Bajo la manilla de la puerta y entro. Coloco la tarjeta en la ranura interior para accionar las luces de la habitación y cuelgo el cartel de

“No molesten”.

No me fijo en nada de la habitación. Cierro las cortinas y me meto en la enorme cama. Solo me quito la chaqueta y los zapatos. Me tapo hasta la cabeza y me abandono al dolor insufrible que me arrastra hasta el fondo del barro, como arenas movedizas que me van tragando poco a poco. Y lloro. Lloro como cuando era una cría sin buscar solución ni siendo objetiva, solo lloro con cada desgarró de mi alma.

Tengo frío. Me muevo dentro de la gran cama estirando el brazo izquierdo. No noto a nadie.

De repente, todo vuelve a mi mente y la verdad cae sobre mí. No está aquí porque ha dejado embarazada a otra tía y me lo ha ocultado. ¡Dios mío! Esto duele mucho, es insoportable. Me hago un ovillo. No sé cómo, pero consigo dormirme de nuevo.

Normalmente siempre sueño, aunque cuando despierte no lo recuerde claramente. Ahora me vuelve a pasar eso. Tengo únicamente oscuridad en mi mente. Y en mi pecho.

Un leve sonido amortiguado me despierta. Entra algo de luz por las cortinas. Saco la cabeza de las mantas y busco mi bolso con la vista. Está ahí tirado en el suelo, y vibra. No quiero cogerlo. Podría ser él... o no. No quiero que sea él. Empiezo a llorar de nuevo. Me duelen los ojos por dentro y por fuera de tanto llorar. La cabeza me va a reventar de la presión que siento, aunque no es tan fuerte como la que aplasta mi pecho.

Voy al cuarto de baño y bebo agua directamente del grifo. Hago un pis y decido quitarme la ropa. Cuando me estoy desnudando recuerdo que así es como estaba con él, en su cama, con su cuerpo caliente y duro pegado al mío. Así me calentaba por las noches, pero eso se acabó.

¿Cómo he podido ser tan ingenua y tan tonta?

¿Cómo he podido enamorarme hasta los huesos y con toda el alma de ese maldito hombre?

Yo sentía que eso era bueno, algo muy fuerte, y ha resultado ser todo una patraña y una mierda para mí. Ha jugado conmigo, me ha engañado. No puede ser que haya empezado una relación seria conmigo sabiendo que la otra estaba embarazada, por lo que la opción que queda es que lo ha hecho para reírse y divertirse un rato. ¡Qué buen actor es! Recuerdo su última mirada clavada en mí, como si estuviera molesto porque no le permitía explicarse más ni creyera sus mentiras.

Vuelvo a meterme en la cama. Vuelvo a llorar y me duermo.

¡Ring, ring! El teléfono de la habitación suena y me despierta de mi letargo.

—¿Diga?

—¿Señorita García? ¿Se encuentra usted bien?

No.

—Sí —respondo, aunque debería decir no—. ¿Qué pasa?

—Lleva dos días el cartel de “No molestar” en la puerta y no han podido limpiar su habitación. ¿Necesita que la ayudemos en algo?

—No, gracias —le digo, aunque debería decir sí—. No será necesario. He estado descansando y me olvidé de quitar el cartel.

—Está bien. ¿Desea que le subamos algo para cenar?

¿Cenar?

—No, gracias.

¡Mierda! ¿Qué día es? Ha dicho que llevo dos días aquí metida. ¿Estamos ya a jueves?

Me levanto de la cama y cojo el bolso del suelo. Saco con cuidado el teléfono. Lógicamente no tiene batería. Llevo dos días aquí metida, dos días y dos noches, y esta va a ser la tercera. Tengo que salir de aquí y comprarme algo de ropa.

Me miro en el espejo y no me reconozco. Estoy horrible. Ni cuando me enteré de que el otro desgraciado se acostaba con mi compañera de trabajo me dolió tantísimo, ni me pasé dos días y dos noches en la cama. Y sigo con ganas de volver a la cama.

Me tomo un café con leche y un bocadillo en una de las cafeterías que hay en la entrada del hotel.

Entro en el Duane de enfrente y compro un cargador para mi iPhone. Lo hago todo de manera mecánica, simple, sin pensar. Únicamente sé lo que tengo que coger y así lo hago, sin fijarme en nada más.

Vuelvo a mi habitación de hotel y conecto el teléfono al nuevo cargador.

La pantalla cobra vida y. Después de poner el PIN empiezan a aparecer las notificaciones. No quiero abrir los *whatsapp*, ya que supongo que habrá alguno de Will, y no estoy preparada para leerlos. En la lista de llamadas perdidas hay tres llamadas tuyas de la misma noche en que me fui, dos al día siguiente... Otra vez no, no puedo seguir llorando más. ¡Joder, Catherine, espabila de una puta vez! Me seco la cara y sigo mirando la pantalla. También hay llamadas de Alba, hasta quince. ¿Se habrá enterado? ¿Habrá vuelto ya a Nueva York?

Y dos llamadas perdidas de Julia, de este mediodía. Cclaro, si habíamos quedado para comer.

No llores.

No llores.

No llores.

Decido llamar a Alba. Si está aquí la necesito. No tengo a nadie más y necesito ropa, mis cosas y alguien que me consuele o me pateé el culo para que espabile.

—Cath, niña, ¿dónde coño estás? ¿Tú sabes el susto que tengo encima?

¿Qué ha pasado con Will? —Aguanto el chaparrón inicial y respiro profundamente antes de explicarme.

—¿Estás aquí? En Manhattan, me refiero.

—Claro que estoy aquí, desde ayer por la mañana. Will no sabe dónde estás y no podía localizarte. Joder, no vuelvas a darme un susto así en tu vida, ¿me oyes?

—Ahora no es momento para que me grites. Lo siento, siento haberte preocupado, pero no podía volver a mi apartamento.

—¿Dónde estás?

—En un hotel, en Lexington con la 51, habitación 1414.

—Voy a buscarte.

—No se lo digas a él.

—¿Pero qué ha pasado, corazón?

—Por teléfono no, luego.

—Está bien, voy a buscarte. No te muevas de ahí.

—¿Puedes comprarme un pantalón y una sudadera? Y si me traes algo de ropa interior, sería la leche.

—Tranquila, me paro y te lo llevo.

—Luego te doy el dinero.

—Hasta dentro de un rato.

Por fin, Alba está aquí, aunque no sé por cuanto tiempo. Podría volver a casa de mis padres, pero no quiero hacerlo. El dolor sería peor, me agobiarían tanto que acabaría enfadándome con ellos y no quiero. Aunque la relación no sea la idílica entre una hija única y sus padres, no es tan mala como para dejar de hablarnos. Ahora mismo mi sistema nervioso no soportaría las preguntas y los comentarios de mi madre. Mi padre no se mete nunca en nada, pero ella... Ella quería que me casara con el cabrón de mi ex, daba igual que me estuviera poniendo los cuernos, que no estuviera enamorada de él y que fuera un cabrón. La cuestión era que ya tenía la edad suficiente y tampoco podía esperar que las cosas en la vida real fueran como en los cuentos ni en los libros. “El amor total y perfecto no existe”, me decía.

Pero yo lo he conocido. No perfecto, pero sí total. Todo mi ser flotaba al estar cerca de él. He sentido tanto en tan poco como nunca antes y no creo que sienta por nadie lo que siento por él. Pero ha jugado conmigo, me ha mentido. Va a ser padre del hijo de otra mujer y me lo ha ocultado. Ha dejado que me enamore de él. Me llevó a vivir a su casa y ahora...

No llores.

No llores.

Me levanto de la cama apretando los dientes con rabia y fuerza. No quiero seguir llorando. Me quito la ropa y me meto en la ducha. No espero ni a que salga el agua caliente. Congelándome me distraigo de mis pensamientos dolorosos.

Dicen que el cerebro solo puede estar atento a un dolor. Si me rompo un brazo, puede que el dolor que siento en el pecho, en lo más hondo de mi ser, desaparezca...

¡Joder, Catherine, estás fatal! ¿Cómo puedes pensar eso? Los unicornios de crines de colores ahora están en blanco y negro, con la cabeza gacha y moviendo sus hocicos, negando ante mis pensamientos.

Muevo el selector de temperatura y el agua empieza a salir a una temperatura más adecuada para evitar una pulmonía. Dejo que el chorro caiga sobre mi cabeza y vaya bajando por mi cuerpo. Con las manos apoyadas en la pared, intento hacer respiraciones para relajarme. No sé cuántos minutos paso

así, hasta que por fin levanto la cabeza y me vierto un poco de jabón en la mano. Empiezo a masajearme el cuerpo, el cuello, los hombros. Sufro recordando sus manos en mi piel. Cada centímetro de mi cuerpo lo añora, está grabado a fuego en mí. Esto va a ser muy duro. Me lavo la cabeza y me aclaro. Cuando ya no queda espuma, cierro el grifo para salir de la ducha.

Me envuelvo el pelo en una toalla y el cuerpo con otra. Salgo del cuarto de baño sin mirarme al espejo. No quiero verme la cara.

Miro el móvil: son las nueve de la noche.

¡Toc, toc!

Llaman a la puerta. Me levanto de la cama y voy a abrir.

Y ahí está: es Alba, mi salvadora. Quito los cerrojos y abro.

—Nenaaa —susurra, alargando la a—. ¿Qué te pasa, corazón?

Entra, cierra la puerta y nos abrazamos. Es un abrazo largo, de los de verdad, de los que curan. Pero necesitaré millones como este para curar mi dolor.

Separándose de mí, coge mi barbilla y me mira fijamente a los ojos.

—¿Eh? Escuché a James hablando con Will y después me dijo que habíais discutido y que te fuiste, que no podía localizarte.

—Va a ser padre.

—¿Tuyo? —pregunta horrorizada.

—Ojalá. Entonces no habría problema.

—A ver, explícate bien.

—Ha jugado conmigo. Una exfollamiga suya está embarazada de él. Lo llamó de madrugada cuando estábamos juntos en la casa de montaña. Después otro día en un restaurante mientras yo fui a pagar estaban hablando. Además los pillé cuando volvía a la mesa. Él parecía enfadado con ella pero... ya no puedo creerle. No puedo, Alba.

—A ver, a ver. ¿De cuánto tiempo está embarazada?

—De unos dos meses creo.

—Entonces es de antes de estar contigo, de conocerte a ti.

—Sí, pero eso no cambia nada. La cuestión es que no me lo ha dicho. Me lo ha ocultado y ha dejado que me enamore de él, ¡joder! ¡Si tengo todas mis cosas en su casa! Me fui a vivir con él.

Voy hacia la cama y me siento. Ella se planta delante de mí y me mira.

—¿Él que te ha dicho?

—¿Qué quieres que diga? Pues que no es suyo, que se puso condón. Y la muy cabrona de ella no hacía más que picarme y refregarme por la cara la puta ecografía con la imagen de su hijo. Mientras, él decía que no era suyo. ¿Cómo quiere que lo crea después de que le haya preguntado en varias ocasiones y me lo haya ocultado?

—Cath, ¿tú le quieres?

—¡Joder, Alba! Ahora no, no me preguntes eso.

—¿Por qué no? ¿Qué sientes por él?

Las lágrimas comienzan a recorrer mi cara. No puedo retenerlas más.

—Estoy enamorada de él total y completamente, desesperadamente. Lo amo como no lo he hecho nunca antes y como no lo volveré a hacer.

—Cariño, sabes que te quiero por eso. Aunque no sea lo que quieres oír, te diré lo que creo. Creo que, aunque no te lo haya dicho, si él ya sabía que va a ser padre, la conoció antes que a ti. No ha estado con ella mientras ha estado contigo.

—¡Eso no lo sabemos! —replico.

—James es su primo y, aparte de follar, también hablamos. Me ha explicado algunas cosas de su querido primo. ¿Estás segura que no estás mezclando la historia del cabrón con la vuestra de ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, porque aquel desgraciado te estuviera engañando durante meses con la puta de tu compañera de trabajo, no quiere decir que Will haya hecho lo mismo.

—No me lo puedo creer. ¿Lo estás defendiendo?

—No, Catherine, joder, escúchame. Lo que digo es que ahora estás dolida, muy dolida por una noticia que no esperabas, que ha cambiado tu bonita historia de amor con el hombre de tu vida.

—¡No digas eso!

—¡Sí, sí lo digo! Por todo lo que me has explicado y hemos hablado, es el hombre de tu vida. Él va a ser padre de un hijo con otra mujer, de acuerdo. Pero, por muy cabrona que sea ella, si él siente por ti lo mismo que tú sientes por él, ¿por qué no podéis seguir juntos?

—Porque me lo ha ocultado, joder. Me lo ha ocultado y me he tenido que enterar en plena calle, delante de personas que me han visto llorar, gritar y pegarle.

—¿Le pegaste? —Me mira sorprendida y con media sonrisa. Sabe cómo distraerme y sé que intenta hacerme sonreír.

—Sí, con todas mis fuerzas. No puedo aguantar las mentiras, lo sabes. Es superior a mí. Lo amo con toda mi alma, pero esto se ha acabado. Lo pasaré mal, muy mal, pero, si siguiera con él, lo pasaría peor.

Se sienta a mi lado y me coge la mano.

—Lo entiendo. Tú tomas la decisión, cariño. Yo estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé. Incluso cuando me dices cosas feas —le digo, haciendo un

puchero.

—Yo no te digo cosas feas, cariño, te digo las cosas desde otro punto de vista, no desde el dolor, que es donde estás tú ahora. ¿Te vienes a mi apartamento o quieres volver al tuyo?

—No, al tuyo no, que tú te verás con James y solo tienes una cama. Supongo que ya no vendrá a buscarme. Mejor me voy al mío. Pero no tengo nada allí.

—Tranquila, hablaré con él y no habrá problemas para que pueda recoger tus cosas.

—Esto duele mucho, Alba. —Nos abrazamos y rompo a llorar sobre su hombro. Me acaricia la espalda de arriba abajo.

—Ya está, cariño, todo pasará. En Nueva York no hay tiempo para aburrirse.

Una hora y media más tarde entro de nuevo en mi apartamento. Alba se ha encargado de enviar un correo a la inmobiliaria para que no se cancele mi contrato de alquiler. Van a flipar: en una semana dos cambios, ahora sí y ahora no. Bueno, lo mío es peor, señores de la inmobiliaria, porque antes

tenía novio ahora ya no.

Alba se encarga de hacer la cama con sábanas limpias. Mientras, yo estoy sentada en el sofá, abrazándome a mis rodillas lo más fuerte que puedo para mantener juntos todos los pedazos de mi cuerpo.

—Vamos, ven, quítate la ropa y ponte este pijama.

Me ayuda a desvestirme y me pasa por la cabeza el jersey del pijama.

—Huele a ti —le digo con un hilo de voz.

—Sí, para que te acuerdes de mí. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres que me quede contigo esta noche?

—Como tú quieras.

—Te lo estoy preguntando. ¿Quieres que me quede contigo, tontona?

Asiento moviendo la cabeza y medio sonriendo.

—Así me gusta. Vamos, va, mañana será un día mejor.

—No lo creo —digo arrastrando los pies hasta la cama.

—Ahora vengo, tengo que hacer un par de llamadas.

Me arropa con el nórdico y sale de la habitación. Solo escucho un “hola” y me duermo.

—Buenos días, dormilona.

Abro los ojos y veo una cara que quiero, pero no es la que esperaba. Los vuelvo a cerrar.

—Hay café recién hecho. Tus cosas ya están aquí. —Sin abrir los ojos le pregunto.

—¿Quién las ha traído?

—James. Ha venido a primera hora.

—Vaya, ya lo tenía todo preparado para quitarse de encima mis cosas lo antes posible.

—Venga, no pienses en eso. ¿No puede ser que las haya preparado para que las recuperes y no hacerte daño con la espera?

—Dudo que le importe mi dolor. Si no, no me lo habría causado.

—Niña, levanta de la cama ya y vamos a desayunar o lo haré yo sola. He ido a Magnolia a por un *carrot cake* enterito. —Consigue llamar mi atención y abro los ojos.

—¿Enterito?

—Como lo oyes. —Sonríe.

—Estás loca. Me voy a poner como una vaca.

—Una vaca sexy y rellena de *carrot cake*.

Después de desayunar, Alba ha sacado mis cosas de las cajas y de las maletas para colocarlas como buenamente ha podido. Cuando tenga fuerzas, colocaré los libros como a mí me gusta. La ropa, mientras esté limpia y dentro del armario, me sirve.

En ese momento suena mi teléfono. Es Chris, el chico de la web. Mierda, no he vuelto a hacer más fotos.

—¿Sí?

—Hola, Catherine. Soy Chris. ¿Todo bien?

—Hola, Chris. Sí, todo bien —miento—. No he podido hacer muchas fotos, pero hoy me pondré a ello.

—Tranquila, sabes que hasta el lunes no tienes que pasármelas. Solo llamaba para pedirte a ver si es posible que hagas algunas fotos de estaciones de bomberos, de las más míticas. A los turistas les gusta pasar por ellas, por las que salen en algunas películas. *Cazafantasmas* por ejemplo.

¿En serio me está pidiendo esto? ¿Tengo que ir a estaciones de bomberos? Si no era ya bastante duro y difícil estar sin él, ahora voy a tener que ponerme a hacer fotos a bomberos, camiones de bomberos, estaciones de bomberos...

—¿Catherine? —suspiro.

—Sí, sí, está bien. El lunes las tendrás.

—Ok. Por cierto...

—Dime.

—Me preguntaba si te apetecería... tomar algo esta noche. Es viernes y podríamos intercambiar ideas sobre las fotos y...

Otra bomba cae sobre mí...

—Gracias, Chris, pero hoy es imposible. —Y mañana, y pasado, y el otro...

—Tranquila, seguramente ya tendrás planes. Cualquier cosa estamos en contacto.

—Ok. Buen fin de semana.

—Igualmente.

Dejo caer el teléfono sobre el sofá y me tapo la cara con ambas manos.

—Esto es una mierda, una mierda de las grandes, y además apestosa.

—Eh, ¿qué pasa, Cath? ¿Quién era?

—Era Chris, el chico de la web con la que he empezado a colaborar.

—¿Y qué es una mierda?

—Quiere que haga fotos a bomberos, estaciones de bomberos...

—¡Joooo-deeeer! Nena, lo tienes un poco difícil para no pensar en él. Esta ciudad está plagada de ellos por todos lados. Dile que no.

—No puedo decirle que no. Acepté hacerlo para tener algo que hacer mientras esperaba en casita a que llegara él. Ahora necesito hacerlo para llenar mi tiempo y no pensar en él.

—Pero si apenas cobras nada.

—No es por el dinero.

—Pues gasta el tuyo y vete de compras. Únete a alguna asociación de

ayuda de lo que sea y haz lo que te gusta.

—A mí lo que me gusta es estar con él. —Agacho la cabeza y la miro entre las pestañas.

—Lo sé, cariño, pero tú has decidido que no sea así. Tienes que volver a tu vida y hacer algo que te distraiga hasta que todo vuelva a la normalidad.

—Lo sé, tienes razón. De todas maneras, no puedo dejar colgado a Chris de esta manera. Esas fotos tendré que hacerlas. Después le diré que tendrá buscar a alguien para suplirme. Aparte de eso... me ha tirado la caña...

—¿Cómo? ¿Qué?

—Me ha dicho que si quería ir con él esta noche a tomar una copa para charlar sobre la web y las fotos.

—¿Lo ves? Dentro de unos días caerán a tus pies. —dice dando palmas.

—Ya, se acabó la broma. Seguro que tú sabes dónde puedo encontrar estaciones de bomberos con encantos e historia en esta ciudad.

—¡Eso está claro, niña! Cámbiate, que nos vamos.

—¿Y si te doy la Nikon y las haces tú?

—¡Ah, no, de eso nada! No tengo ni idea de utilizar tu cámara, y supongo que no querrás que las haga con el iPhone.

—Vamos, pero que esté lejos de su compañía...

—¡Claro que sí! ¡Venga, arreando! Mueve ese culito precioso que tienes. Enfúndate en unos tejanos de esos que te quedan de lujo y vamos a patear la ciudad.

Me cuesta gran esfuerzo, pero lo hago. Me noto muy cansada. Será por los dos días que he pasado en ayunas y por el dolor físico y mental que tengo.

—Llámame para lo que sea, da igual la hora. Vendré y estaré contigo, ¿ok?

—Sí, ok.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Vete con tu novio ya.

—Te quiero, Cath. Lo sabes, ¿verdad?

—Sííí. Vete ya, pesada.

La he echado del apartamento casi a patadas. Ella quería quedarse conmigo, pero desde que ha vuelto de Chicago no ha estado con James, y sé que lo echa de menos. Ha estado conmigo toda la noche y todo el día llevándome de un sitio a otro. Menos mal, porque con lo espesa que tengo la mente me hubiera perdido por los andenes del metro.

Lo he pasado fatal haciendo las fotos a dos chicos de una de las estaciones. Hemos entrado y les hemos pedido permiso para fotografiar el camión por dentro. Nos han enseñado las instalaciones y después han posado delante del camión y en el exterior de la estación. En dos ocasiones he tenido que limpiarme las lágrimas para que no me vieran llorar. Gracias a las enormes gafas de sol, mis rojos e irritados ojos no han sido descubiertos. Esto no hay maquillaje que lo tape ni arregle.

Alba ha estado atenta en todo momento y los ha distraído, mientras yo lo pasaba realmente mal. Sin duda, esto ha sido terapia de choque.

Julia me ha llamado a media tarde, pero no he podido contestarle, no me sentía con fuerzas. Me sabe fatal lo que pueda estar pensando de mí por haberla dejado tirada ayer para comer. Supongo que a estas horas ya se habrá enterado de lo ocurrido. Una pena, porque me caía realmente bien. Podríamos haber sido grandes amigas. Ahora será imposible mantener el contacto con ella y con Lorena.

Pongo la televisión y lo primero que sale es una película romántica y empalagosa de una pareja que se come la boca salvajemente. Fuera... esto tampoco. Fuera... y al tercer cambio sale *Terminator*. La última... esta la puedo dejar, aquí no habrá demostraciones de amor que me recuerden... Sí, que te recuerden a él. Mi cerebro hace horas extras para machacarme...

A las tres de la mañana me despierto sobresaltada. El móvil está vibrando debajo de un cojín del sofá. Cuando lo levanto y veo el nombre que aparece en la pantalla, mi corazón deja de latir: es William.

No me atrevo ni a coger el aparato con las manos, solamente me quedo mirando su nombre en la pantalla. Sigue así hasta que se corta la llamada. Entonces me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración mientras vibraba el teléfono y no he respirado en ningún momento. Inspiro profundamente y lleno mi sistema sanguíneo, mis pulmones y mi cerebro de oxígeno. Vuelve a llamar otra vez... Un dolor fuerte y agudo se me clava en el pecho, atraviesa mi esternón y se queda ahí clavado en alguna parte de mi cuerpo entre el pecho y mi espalda. Y quema, quema, y me duele. El dique que aguantaba las lágrimas se ha roto y estas consiguen seguir su camino saliendo de mis ojos y bajando sin control, mojando la piel de mi cara hasta llegar a mi cuello. Me levanto sin quitar la vista de su nombre en la pantalla de mi iPhone y me meto en el cuarto de baño. Cierro la puerta para no

escuchar la vibración del teléfono y caigo de rodillas al suelo.

La idea de romperme algún hueso para ayudar a mi cerebro a olvidar un dolor y centrarme en otro se hace cada vez más fuerte. Podría ser un fémur. Es grande y el dolor de tenerlo roto seguramente también lo sea.

Niego yo misma moviendo la cabeza de un lado a otro mientras lloro.

Era muy bonito y muy especial, pero no puedo perdonarle la mentira. No puedo estar con él cuando ha dejado embarazada a otra. ¿Y si también me engañó sobre el tema de que solamente conmigo lo había hecho sin condón? ¿Y si lo hizo así con todas las que ha estado antes que conmigo? ¿Le habrán sentido dentro piel con piel como lo sentí yo? Lo sentí mío, mío en todos los sentidos y, quizá no era así. No puedo tocarme más los ojos para secar mis lágrimas. Tengo la piel superirritada de tanto llorar y me escuece. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me levanto y me meto en la cama, vestida con una sudadera y un pantalón de chandal, que he llevado puestos todo el día. Meto la cabeza debajo de la almohada y consigo dormirme más tarde que pronto.

—Catherine, cariño, ¿qué haces vestida en la cama? —Alba ha entrado en mi apartamento con su llave.

—¡Cath, venga va! Cariño, ¿por qué no me has llamado si estabas mal? Ya sabía yo que no tenía que irme. Te dije que me quedaba contigo y me

echaste. Me prometiste que me llamarías.

—No he sido capaz.

—¿No has sido capaz de desbloquear tu iPhone y darle a mi nombre para llamarme?

—Él me llamó.

—¿Te ha llamado?

—Sí, me dormí en el sofá y me desperté a las tres de la mañana con su nombre en la pantalla.

—Será cabrón... Mira que le dije... —Dicho esto se tapa la boca.

—¿Lo has visto? ¿Has hablado con él? —pregunto cabreada.

—Sí. Bueno, anoche cuando llegué al apartamento de James estaba allí, pero después de saludarme se marchó.

—Pero has dicho “mira que le dije”... ¿Qué le dijiste?

—Nada, no pienses en eso ahora. Levantate y vámonos a comer a algún sitio.

—Alba, ¿qué hablaste con él?

—Eres cabezona, ¿eh? Me preguntó por ti y le dije la verdad, que estás mal. Él tampoco tenía buena cara, ¿sabes? James me ha dicho que está de una mala hostia en el trabajo que flipas.

—¿Y qué le dijiste?

—Solamente eso. Eso y que no te molestara. Que dejara pasar el tiempo... hasta que estuvieras más tranquila.

—¡Oh, Dios! ¿Le has explicado lo de Manu?

—¡Vaya! Veo que vuelves a decir su nombre...

—Sí, joder, digo su puto nombre. ¿Se lo has explicado? Ya te vale.

—Cariño, él está realmente mal, y cabreado. —La interrumpo—. Ah, vaya, él está cabreado... Esto es alucinante.

—¡Déjame hablar, Cath, joder! Dice una y otra vez que no puede ser suyo. Está cabreado porque no le hayas creído. Por eso le dije que dejara pasar tiempo y que no te agobiara. Cath, yo creo que te quiere de verdad. Ha estado atosigando a James para que me preguntara por ti, pero James no quiere meterse. Sabe que somos como hermanas y prefiere mantenerse al margen.

—Ni su primo lo defiende, para que veas.

—No, Cath, no. Lo defiende. Él me ha dicho que lo está pasando fatal, pero no quiere hablar de eso conmigo para no decir algo que a mí pudiera sentarme mal, por ti.

—¿Sabes qué? No quiero seguir hablando del tema. No tendrías que haberle hablado de Manu. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—No, lo que te hizo Manu fue mucho peor, y no te dolió ni una cuarta parte de lo que te duele esto ahora.

—Sí, pero a causa de aquello ahora mira cómo estoy.

—¿Ves como sí has comparado una historia con la otra? —dice en voz conciliadora—. Manu fue un cabronazo de los pies a la cabeza. Will parece ser que únicamente omitió la verdad en algunas ocasiones para no causarte dolor.

—Vamos, por favor, no puedo creerlo. ¿Omitió? ¿En serio lo has dicho?

—Si quieres quedarte en la cama todo el día lamentándote, hazlo. Yo estaré en el sofá. Si necesitas algo solo tienes que llamarme. —Se ha cabreado conmigo. Sé que tiene algo de razón. Cuando quiero puedo llegar a ser muy negativa y cabezona como una mula. Realmente lo mejor será dejar pasar el tiempo. No creo que esté en este estado de deshecho humano durante el resto de mis días. ¿verdad?

Ya está en la cocina abriendo la nevera y negando con la cabeza.

—No hay nada de comida. Tendremos que ir a comprar.

—Gracias. —Se gira y me mira.

—De nada, tontorrón. Tú harías lo mismo por mí.

—Sí.

—Pues venga, vamos a pasarlo todo lo peor posible y después nos vamos a dejar de llorar, que se te va a caer la piel de la cara a tiras como sigas llorando de esta manera. —Nos acercamos la una a la otra y nos fundimos en un abrazo.

—¿Puedes apretar más fuerte? —le pregunto.

—¿Más fuerte?

—Sí, si cierro los ojos puedo pensar que es él quien lo hace.

—Estamos como cuando éramos unas crías y el chico que nos gustaba no nos hacía ni caso. Escuchábamos la música más deprimente que había para inflarnos a llorar. Pues hoy te dejaré llorar lo que quieras, si es que todavía tienes alguna lágrima; después de esto, se acabó. A partir de las doce de la noche, ni una lágrima más, ¿entendido?

—Entenderlo lo entiendo, pero que mi cuerpo reaccione es otra cosa.

—Pues a tu cuerpo le voy a dar dos guantazos como no espables, ¿vale?
—Me amenaza dulcemente como solo ella sabe hacer.

—¿Qué te apetece comer? ¿Llamo y que nos traigan unas *pizzas*?

—Sí, y una tarrina de Haagen Dazs de chocolate belga.

—¿De kilo?

—Sí, porfi.

Por fin una risa decora mi desastrosa cara. Es pequeña y fugaz, pero ha aparecido. Tengo que ser fuerte y sobreponerme a esto, aunque duela.

Después de unos trozos de *pizza*, estamos en un mano a mano atacando cada una con una cuchara el tarro de helado de chocolate. Estamos en el sofá, tapadas las dos con la misma manta, viendo *El diario de Noa*. Hasta Alba ha llorado, y eso que va de dura.

Suena su teléfono: seguramente sea James. La miro y le digo que ya me voy yo, así puede hablar con él sin estar yo delante. Me voy al cuarto de baño y hago un pis. No sé cómo puedo tener algo de líquido en el cuerpo con todo lo que sale por mis ojos. Están siendo los cuatro peores días de mi vida. Y tienen que acabar ya. Me miro en el espejo. No parezco yo: el pelo mal recogido en un moño alto, los ojos rojos por dentro y por fuera, la cara hinchada y la nariz pelada. Creo que he perdido algo de peso. Me subo a la báscula y, efectivamente, cinco kilos menos desde la última vez que me pesé. Bueno, algo positivo tenía que tener esta situación.

—Vale, y yo a ti. Sí, me quedaré con ella. El lunes acabaré a las cinco. Estaré lista. Otro para ti. —Alba acaba su conversación con James.

—Bueno, parece que vais en serio, ¿no?

—La verdad es que se lo está currando mucho. Hemos hablado cada día que he estado fuera. Se escapó el fin de semana para estar conmigo. Hace que me olvide de... Lo siento, nena, no era mi intención emocionarme y contarte...

—No pasa nada. A ti puede irte bien en el amor y yo ser desgraciada, ¿y? —digo, lo más irónicamente posible, convenciéndome a mí misma de que la vida sigue—. Me gusta verte feliz.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

—Mañana. Hoy deja que acabe mis días de pena, mañana haré todo lo posible por sonreír. Además, yo tengo faena con el portátil y las fotos. Vete con él.

—No, me quedo contigo. Ya habíamos quedado en eso.

—Pero seguro que él tiene fiesta, y ya sabes lo de sus horarios, la mentalidad que tienen de aprovechar el momento, la vida...

—No, tú trabaja en tu portátil y yo lo haré en el mío. También tengo que preparar un par de reuniones para la semana que viene.

—Está bien.

Saco el Macbook del cajón y lo pongo sobre la mesita auxiliar del salón. Cojo la tarjeta de memoria de la cámara y, cuando las imágenes salen en pantalla, otro pellizco retorcido araña mi corazón. Nuestras fotos, las que nos hemos hecho todos estos días. En muchas sale él, en otras los dos, y veo que también hay algunas que no había visto de las que él me hizo a mí. Mi cara derrochaba pura felicidad. Muevo el cursor y selecciono las que necesito para retocar y pasarle a Chris con una breve explicación.

Dos horas más tarde están todas guardadas en una carpeta. He formateado la tarjeta para no verlas más.

Le envió el correo a Chris con las fotos, espero que le gusten.

—Voy a comprar. ¿Vienes conmigo?

—Si no te molesta. Mejor voy a ducharme y a ponerme la mascarilla en el pelo. Lo tengo hecho un desastre.

—Acuérdate de la crema hidratante de la cara. Deberías ponerte una mascarilla para relajar toda la zona.

—Me daré un baño y me relajaré.

—Esa es mi chica. Enseguida vuelvo. ¿Te apetece ensalada y algo de pescado?

—Lo que te vaya bien, Alba. Encima de que me estás haciendo de madre, no voy a quejarme.

—Lo has dicho, no te vas a quejar.... —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Hasta ahora, loquita mía.

—Hasta ahora.

EMPEZANDO

WILL

Hace casi una semana. Seis putos días desde que me dejó con la palabra en la boca en mitad de la calle, se montó en un taxi y se fue. No hay nada que me quite la ansiedad que siento al no tenerla conmigo cada rato, cada día, verla, abrazarla y besarla, hablar con ella, reírnos de cualquier tontería. ¿Por qué ha tenido que creer las palabras Katleen antes que las mías? ¡Joder! Si no le dije nada cuando la lianta esta me dijo que estaba embarazada es porque sé que es mentira. Ese hijo no puede ser mío, siempre me pongo condón y con ella no fue una excepción. Catherine ha sido la única excepción. Si hace dos meses alguien me hubiera dicho que conocería a una mujer de la cual me enamoraría al instante, todavía me estaría riendo en su cara. Pero, lo que son las cosas, eso ha sido lo que ha pasado. Me ha enamorado sin remedio, no puedo quitármela de la cabeza. Siento que lo esté pasando mal, pero ella lo ha querido así. Fui a buscarla a su apartamento. Estuve toda la noche del martes en los escalones de la entrada esperando a que llegara y, al ver que no

aparecía, me estaba volviendo loco pensando en lo que le podría estar pasando, ella por ahí sola. Sé que no tiene a nadie más en la ciudad, Alba estaba en Chicago. Estuve a punto de ir a denunciar su desaparición. La llamé varias veces para que me dejara explicarle, pero no ha querido escucharme.

Y hace dos noches, en un momento de debilidad y de borrachera, la llamé. Seguramente le haya molestado, eran las tres de la mañana. Puede que estuviera con otro, pasándolo bien. ¡Joder, no! ¿Cómo puedo tener esos pensamientos? Sé que me ama. No era un papel, de eso estoy seguro. Se entregó a mi completamente y le he hecho daño. Katleen nos ha jodido bien a los dos. Estoy desando hacerme las pruebas de paternidad. No voy a tragar con el error de otro. En el imposible caso de que realmente sea mío, Catherine tendría que entender que fue antes de conocerla. Se cree que le he sido infiel. Lo pasó muy mal cuando su ex la engañó, pero yo no la he engañado, no lo haría nunca. No existe otra para mí, solo ella.

Aparco el coche delante de casa de mis padres y voy hacia la puerta, entro sin llamar.

—Cariño, ¿eres tú?

—Sí, mamá.

Está en la cocina preparando algún manjar. Se gira y solo con verme la cara ya sabe que me pasa algo.

—Hijo, ¿qué te pasa? ¿Dónde está Catherine?

—Eso quisiera saber yo...

—¿Qué ha pasado?

—La he cagado, mamá. No sé cómo, pero se acabó.

Me abraza y le doy un beso en la cabeza. Me coge de la mano y vamos hacia el sofá.

—Siéntate y explícamelo.

Le resumo el tema de Katleen, el cual la sorprende bastante.

—Siempre has mantenido relaciones seguras, ¿verdad, cariño?

—Por supuesto, mamá. Únicamente con Catherine no ha sido así, pero es que... No sé como explicártelo... La amo, mamá. La amo desde el mismo momento en que clavó sus negros ojos en mí. Algo se se removió entonces en mi interior. Algo explotó en mi pecho. Sentía que era para mí y yo para ella. Sentía que...

—Sentías lo que es, hijo. Estáis hechos el uno para el otro.

—¿Qué dices, mamá? —La miro incrédulo.

—Tú sabes que leo los posos del café y sabes que nunca me equivoco.

—Sí, ¿y?

—La última vez que leí los tuyos la vi. Aparecía en ellos y no quise decírtelo para que no estuvieras pendiente de nada. Sabía que sucedería algo y esperé. Cuando la vi en la calle contigo lo supe, incluso antes de leer su taza. Al traerla al día siguiente a casa, sabía que era ella.

—Mamá, ¿qué me estás diciendo?

—Te estoy diciendo que estáis destinados el uno al otro, ya ha sido así anteriormente. Cuando tenías unos veinte años lo vi, pero no entendí o no quise entender lo que veía. Ahora lo tengo muy claro.

—¿Cómo que anteriormente? —Abro los ojos exageradamente. Ella apoya su mano en mi rodilla, que no deja de temblar.

—Vuestras almas. Habéis tenido otros cuerpos, otras fundas exteriores, pero, en el transcurso de los años (y me estoy refiriendo a cientos de años), os habéis buscado el uno al otro inconscientemente y siempre os habéis

encontrado. Nunca había visto nada parecido. Mi madre me explicó una vez que vio algo parecido, de una vida anterior, pero lo vuestro viene desde hace mucho más.

Estoy alucinando. ¿Que nuestras almas se buscan?

—Entiendo que te resulte extraño, hijo, pero es así. Habéis sido matrimonio en otras vidas, lejanas a este tiempo, pero ha sido real en su momento.

—¿Leíste su taza cuando vino?

—Sí, después de verla contigo en la calle no lo pude evitar. Cuando subiste con ella a tu habitación la leí. No me hizo falta mucho para ver que era la otra mitad de lo que leí en la tuya.

—Y entonces, ¿por qué me ha dejado, mamá? Siento un dolor inmenso en mitad del pecho que no me deja respirar.

—Lo sé, hijo. Ella tiene que aprender algunas cosas que todavía la perturban, pero te aseguro, como que el sol sale cada día, que acabaréis juntos. Me atrevería a decirte que no solo en esta vida.

Veo que le caen lágrimas y le paso el pulgar por la cara.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Porque me gustaría que mi historia de amor con tu padre fuera así de intensa y de duradera.

—¿Quién sabe, mamá? Igual en esta vida era la primera vez que vuestras almas estaban juntas y dentro de doscientos años os volvéis a encontrar. —
Sonrío a la mujer que me ha dado la vida.

—Es posible. Ahora tú tienes la certeza de que en tu caso será así. Eso que ella explicaba que la atraía hacia este país eras tú, hijo. Tu alma es el cable de acero que la hacía querer venir aquí y os encontrasteis. Sé que ahora lo estáis pasando mal. Ella también está sufriendo, pero cuando esté segura volverá a ti, estoy segura.

—¡Ay, mamá! Espero que no te equivoques esta vez...

—¡William! Nadie de mi familia ha tenido nunca unas visiones tan claras como las tengo yo, y nunca nos hemos equivocado. Ella volverá a ti cuando menos lo esperes. ¿Quieres quedarte a cenar?

El cambio de tema repentino me recuerda que tengo hambre. James ha estado visitándome en casa para comprobar qué comía y en la estación no se ha separado de mí ni un solo momento, y eso que he sido un borde de narices. He salido a correr todos los días, he batido mi récord tres veces en estos seis

días que no estamos juntos y ni así he conseguido liberarme de algo de ansiedad. La semana de trabajo ha sido intensa. La he necesitado tanto al llegar a casa... Hundirme en ella y encontrar la paz que solo ella me da.

—Huele muy bien. ¿Qué estás preparando?

—Guiso de pollo y verduras.

—¡Me comeré dos platos! —Me levanto de un brinco y voy tras ella a la cocina.

CATHERINE

A Chris le han encantado las fotos que le envié, tanto que me ha pedido una cita para el viernes. Pero le he vuelto a decir que no.

Hace una semana que no soy yo. Lo añoro con todo mi ser: sus labios, sus manos, sus ojos, el calor de su cuerpo. La sensación de estar segura en sus brazos, de plenitud... ¡Catherine, vale!

Por lo menos he conseguido pensar en él sin llorar, por lo menos durante el día, pero a la que cae la noche y estoy sola en casa sé que en un momento u

otro empezaré a llorar, por algo que me recuerde a él, que suele ser todo. Otras veces escucho una de las miles de sirenas de bomberos que suenan en esta ciudad y pienso en él, en si le pasará algo mientras esté trabajando y ya no lo pueda volver a ver jamás, o en si ya estará disfrutando entre las piernas de alguna de sus muchas seguidoras. ¡No! ¡No!

He conseguido que Alba vuelva a su apartamento. Es más práctico para ella estar allí. Tiene que trabajar y estando por mí pierde mucho tiempo. Le agradezco enormemente todo lo que hace por mí, pero tengo que salir adelante yo sola.

Esta mañana me ha llamado mi madre y no le he dicho nada del tema. La verdad es que no tenía ganas de hablar de nada y le he dicho que tenía trabajo y que la llamaría más tarde. Cuando sea capaz de explicarlo, sin echarme a llorar, se lo explicaré. Y esta vez no dejaré que me trate como a una cría que no sabe lo que quiere.

Paso la semana entre museos y exposiciones varias, y nuevas fotos que entregar el martes a Chris. No le he dicho nada de dejar la colaboración por mi propio interés, así me mantengo ocupada.

El viernes hice una donación bastante generosa a la fundación de bomberos de Nueva York. Estoy segura de que harán muy buen uso del dinero. Leí los proyectos que llevan a cabo centrándose principalmente en los más desfavorecidos, niños y ancianos, y me decidí al momento.

Por fin ha llegado el domingo. He quedado con Alba para ir a patinar en la pista de hielo que han montado en Rockefeller Center. A las cinco ya estoy

lista y salgo de casa para ir hacia allí. Llevo mi Nikon para aprovechar y sacar buenas fotos, así ya tengo las próximas que entregarle a Chris.

Llego a la zona y no la veo. Le paso un *whats* para decirle que estoy cerca de la entrada de la tienda Lego. Me contesta diciendo que está por la Tous. Voy yendo hacia ella entre el gentío. Los niños están muy emocionados por venir a patinar. Muchos mayores también tienen cara de estar disfrutando de lo lindo. He aprovechado para hacer varias fotos mientras esperaba a Alba. Aquí saben cómo contagiarte con el espíritu navideño y se respira en el ambiente. Y eso que el próximo fin de semana será Halloween... Esto también se nota por las calles, en la decoración de los escaparates de tiendas y centros comerciales. Alba me ha convencido para salir la noche del sábado y disfrazarnos. Todavía no tengo muy claro de qué. Ella es la que se encarga del disfraz. Iremos con un grupo de amigos suyos.

—¡Hola, flor! —Me abraza por detrás, me giro y nos abrazamos.

—¡Qué guay es estar aquí! ¡Me encanta! —digo, contenta por primera vez en casi dos semanas.

—¡Me alegra volver a ver tu sonrisa! Vamos, que nos guardan sitio.

—¿Quién?

—Niña, ya sabes, un amigo que tuve antes de conocer a James...

Reímos las dos. Tiene contactos por casi todo el país y, como es lógico, se aprovecha de ello.

Dejo la cámara en una taquilla y nos colocamos los patines.

—Espero no caerme —rezo, mientras me ato los cordones.

—Y si eso pasa, algunos de los muchos chicos que hay por aquí podría recogerte...

—Ya... Vamos antes de que se deshaga el hielo.

Nos acercamos a la entrada de la pista. Noto los nervios en el estómago por soltarme y dejarme deslizar sobre la blanca y fría superficie. Alba viene detrás de mí. Se coloca a mi lado y, de la mano, entramos las dos a la vez en la pista.

—¡Yuujuuu!!

Aguanto el equilibrio como puedo. Recuerdos de cuando era una niña y patinaba por las calles de mi barrio inundan mi mente. Al principio me cuesta seguirle el ritmo a Alba, pero poco a poco voy cogiéndole el truco y me deslizo con bastante gracia. Espero no caerme. Aquí parece que todos los adultos son bastante expertos en esto de patinar sobre hielo. Menos aquella rubia de allí que acaba de darse un leñazo al no esquivar a la niña que se le ha

cruzado... ¡ja, ja, ja! Ver a alguien caerse es muy divertido, sobre todo cuando ves que no se ha hecho daño pero la vergüenza le tiñe la cara de rojo intenso.

—¿Te lo pasas bien?

—Niña, esto es liberador. Vamos a venir más veces, ¿eh?

—¡Hecho!

Las personas van entrando y saliendo de la pista. A veces está más abarrotada y otras menos. Me fijo en los niños, los peques de dos o tres años. La ilusión de traer aquí a mis propios hijos algún día llena mi mente. En ese pensamiento también veo al padre de mis hijos. No puede ser otra cara que la de Will, pero eso ya no será posible. Estoy disfrutando y no quiero amargarme el rato pensando en él.

Sigo añorándolo a cada momento, pero hoy estoy disfrutando y me lo merezco. Merezco ser feliz y sentirme bien, aunque no lo tenga a mi lado. En alguna ocasión he pensado que quizá actué de manera muy impulsiva y no lo dejé explicarse ni le di el beneficio de la duda. Pero mi chasco anterior me hace ser así. Quizá aprenda algo con todo esto. Eso espero.

Alba se desliza hasta un lateral y nos quedamos cerca de Prometeo.

—¿Qué hora será? —pregunto.

—Pues no sé, casi las siete. A las nueve he quedado con James. ¿Quieres venir a cenar con nosotros?

—Creo que mejor no, otro día. Salúdalo de mi parte. ¿Sabe que estamos aquí?

—No, le dije que habíamos quedado, pero no que vendríamos aquí.

Nos quedamos unos minutos más hablando y volvemos a patinar. Después de unas cuantas vueltas, Alba se gira hacia mí. Su cara es un poema.

—¿Qué pasa? —le pregunto sorprendida por su expresión.

—No te pongas nerviosa. —Conforme lo dice, me pongo más nerviosa—. Estoy viendo a James y creo que va con su hermana, el marido de esta y la niña...

—¿Y?

—Sí, él también está.

Mis ojos lo buscan y tardan poco en encontrarlo. Sobresale de las demás cabezas. Le ha crecido la barba. Está impresionante con un jersey de punto de color *beige* y la bufanda negra alrededor del cuello. Estoy en la otra punta de la pista. Me deslizo poco a poco. Mi corazón se ha parado al verlo. Lleva a la niña sobre sus hombros. Ella se agarra a su pelo y él la tiene sujeta por las piernecitas, que cuelgan por sus hombros.

—¡Mierda! ¡James me ha visto!

—Tranquila, ¿nos damos la vuelta?

—¿Cómo vamos a ir en sentido contrario? ¿Quieres que nos aplaste el resto de patinadores?

Están a punto de entrar en la pista. Primero pasa el cuñado de James, luego este y su hermana. Estoy a cinco metros de él, cuando entra en la pista sonriente y hablándole a la pequeña. Gira la cabeza hacia su izquierda y en menos de un segundo fija sus ojos en mí. Estoy en medio de unas veinte personas y me ha visto... ¡Joder, vaya suerte tengo!

—Alba, tengo que salir de aquí.

—Nena, no va a pasar nada que tú no quieras que pase.

—Está pasando ya. Me voy.

Él se desliza en el sentido de los demás patinadores, pero gira su cabeza hacia mí y no me quita los ojos de encima. Me parece ver una pequeña sonrisa y esos ojos, esos ojos azul turquesa que veo en sueños. Bajo la mirada. Dos metros y ya estaré justo en la puerta para poder salir de la pista. Él tiene a la niña encima y va hacia la otra parte de la pista.

—Alba, me voy. Quédate con ellos. De verdad, no importa.

—Cath...

—Quédate y disfruta. Hablamos esta semana para lo del viernes, ¿ok? — digo, gritando mientras me alejo de ella. De ella y de él.

No escucho su respuesta. Me agarro a la baranda y salgo a toda leche, gracias a Dios, sin caerme. Me espabilo todo lo que puedo en quitarme los patines y recoger mis botas. Voy hacia las taquillas y saco mi cámara.

Y ahí está otra vez él...

Cuando empiezo a subir las escaleras está quitándose los patines a toda prisa. Sale descalzo detrás de mí.

Escucho su voz llamándome, una sola vez.

—¡Catherine!

Me mezclo con la gente y me alejo como perro asustado todo lo rápido que me permite la gran cantidad de gente a mi alrededor.

Su voz se repite una y otra vez en mi mente. Su forma de decir mi nombre, su forma de mirarme.

Esto no ha sido una buena idea.

Decido irme caminando hacia casa. No tengo nada mejor que hacer y caminar me distrae. Son unas cuantas manzanas y cuando llego estoy destrozada, no solo por caminar.

De camino a casa me he parado a por un bagel y eso es lo que voy a cenar. Después, pasaré las fotos que he hecho esta tarde y las dejaré listas para cuando se las tenga que enviar a Chris.

Acabo pronto y me doy una ducha rápida. Después me pongo el pijama, cojo mi ejemplar de *Orgullo y prejuicio* de la gran Jane Austen y lo empiezo de nuevo.

¿Seré yo tan orgullosa? ¿O soy más de prejuicios? ¿Habré juzgado demasiado pronto a Will por los errores que cometieron antes otros? No sé que pensar, ni tampoco sé que hacer. Una parte de mí correría hacia él, me tiraría en sus brazos y me dejaría llevar. Otra parte me dice que resista, que todo pasará y que encontraré a alguien que no me haga sufrir. Pero ¿no es cierto que todas las grandes historias de amor tienen sus momentos de dolor? ¿Es este dolor que siento el indicador de que lo nuestro era amor de verdad? Por ahora mejor me voy a la cama. Mañana será otro día.

Subo corriendo las escaleras que me llevan hasta la asustada voz de un niño.

—¡Mami, mami!

Mientras la oigo, le entrego una niña a él, mi marido. Sé que es mi marido y siento que es Will, pero no lo reconozco.

Él intentaba quitar las vigas que han caído y tapan la entrada a la habitación de nuestro (¿nuestro?) pequeño. Es demasiado grande y no cabe entre las maderas, por lo que decido que seré yo quien se cuele entre medio para sacar a nuestro niño de ahí. Él no está de acuerdo, pero no le queda más remedio que acceder. Mientras, corro hacia las vigas caídas y me abro paso para llegar hasta la camita de mi niño.

Levanta los bracitos para que lo saque de la cama. Hay mucho humo y me cuesta verlo. Me quemo un pie y ahogo un grito con la mano en mi boca para no asustar más al pequeño de ojos azules turquesa que me mira. Las llamas están muy cerca. Hace mucha calor y el techo está siendo devorado ferozmente. Por fin, tengo a mi niño en brazos y voy hacia la ventana por la que saldremos de este infierno.

La abro y veo a mi amor abajo. Con él está mi niña, mi bebé... Las llamas avanzan rápidamente y el humo sale descontrolado por la ventana abierta. Lo aviso y dejo caer a mi pequeño. Ya está a salvo, me repito una y otra vez. En ese momento, un crujido estrepitoso suena y algo me golpea la cabeza. Todo está negro. No siento ni oigo nada. Todo se queda negro.

Me despierto nerviosa y sudando, me falta la respiración. Tengo muchos tos, es como si me estuviera ahogando.

¡Vaya pesadilla! Ha sido tan real... Podía sentir que Will estaba allí, pero ni él ni yo teníamos el aspecto que realmente tenemos, éramos diferentes.

Y ese niño... Recuerdo su chillido y se me eriza todo el vello del cuerpo.

Me levanto a por un vaso de agua y acabo bebiéndome una taza de leche caliente con un poco de miel, el remedio de mi madre para cualquier malestar nocturno. Sostengo la taza caliente entre las dos manos y bebo pequeños sorbos, intentando recordar cada detalle del sueño. Ha sido muy extraño, a la vez que parecía real, casi como un *déjà vu*. Son las cuatro y media. “Vuelve a meterte en la cama ya antes de que te desveles por completo”, me recuerda mi conciencia.

Así lo hago. Ahora sueño que patino. Estoy sola en la pista de patinaje. Después de una pirueta perfecta, al poner de nuevo la cuchilla sobre el hielo aparece él a mi lado. Me sostiene de la cintura, sonriente y hacemos todo un ejercicio digno de las olimpiadas.

El martes le envié el correo con las fotos de esta semana a Will. De paso le conté que tenía unas muy buenas de la pista de patinaje del Rockefeller Center. Ya hemos quedado en que haré un reportaje sobre la inauguración de la iluminación del árbol el próximo día dos de diciembre.

Por fin es viernes. Estoy llegando al apartamento de Alba para probarme mi disfraz de Halloween para mañana. Alba lo ha recogido de la tienda. Parece ser que iremos todo el grupo de un mismo tema.

—Nena, ¿qué tal la semana? —Estos días ha tenido mucho trabajo y ha estado fuera dos días, por lo que no nos hemos visto.

—¡Bien, flor! Con ganas de ver lo que has preparado. Te aviso que, si no me gusta cómo me queda, no me lo pienso poner, ¿eh?

—Te va a encantar.

HALLOWEEN

—Espera, que te falta un poco de verde sobre las clavículas...

Alba me está maquillando. Voy disfrazada de zombi sexy *vintage*. Camisa abierta mostrando pechito, verde, eso sí. Toda la piel que se ve es de color verde. La falda es como las que llevaban en *Grease*, esas con tanto vuelo y larga hasta los tobillos, solo que la mía está remangada sobre mi pierna derecha mostrando muslo, cubierto de una media blanca y rota sujeta por un ligero.

Lo que más me gusta del disfraz es, sin duda, la ropa interior. El corpiño con ligero es precioso. Lástima que no lo vaya a ver nadie.

—Siéntate que acabe de peinarte.

Me ha hecho un moño perfecto y un poco de tupé, sujeto con un lazo rojo que da un aspecto de *pin-up* total.

Suena mi teléfono y Alba me lo pasa. Es un número que no conozco.

—¿Diga?

—¿Catherine? Hola, soy Julia. —Miro a Alba, que se encoge de hombros, dándome a entender que ella no tiene nada que ver con su llamada.

—Hola, Julia. Siento no haberte devuelto las llamadas. Estaba...

—Tranquila, corazón, no tienes que darme explicaciones. Tengo que decirte algo que es importante.

—Te escucho. Tengo el manos libres, porque esta noche voy a una fiesta de disfraces y tengo la cara verde... —Cuando me pongo nerviosa doy demasiadas explicaciones.

—Tranquila, yo te escucho perfectamente. ¿Tú me escuchas bien?

—Sí, perfecto.

—Cath, hoy tenía visita con mi ginecólogo y cuando estaba en la salita de espera ha salido de la consulta Katleen.

—No, Julia, de verdad no me interesa. —Interrumpo lo que me iba a decir.

—Por favor, Cath, deja que te lo explique, es muy importante... —Me callo y la dejo hablar. Alba sigue peinándome—. Pues, como te decía, estaba con Sam en la sala de espera. Entonces ella ha salido de la consulta. Justo delante está el mostrador de recepción. Escucha bien lo que voy a decirte. La enfermera le ha dado la enhorabuena, le ha dicho, textualmente: “La próxima revisión de un embarazo sin riesgo, como es tu caso, es a las doce semanas. Dentro de seis semanas tendrá visita de nuevo con el doctor”.

—¿Y? Julia, me da igual cómo le vaya el embarazo.

Alba deja de peinarme y coge su móvil.

—¿Está embarazada de seis semanas? —pregunta Alba.

—Eso es, Cath. Will no puede ser el padre. Se acostó con ella bastante antes de esa fecha. El niño no es suyo.

—Esperad, esperad... ¿Eso es cierto? ¿Está de seis semanas?

—Sí, Catherine. La enfermera es amiga mía y después de que me visitara el doctor le he preguntado por ella. Como sabe que nos conocemos me ha explicado que Katleen había estado en la consulta un rato antes que yo y que está de cinco semanas y seis días...

Me quedo sin palabras. Lo engañó, le dijo que estaba de más tiempo para que coincidiera con la fecha en la que se acostó con ella. ¿Todo este sufrimiento ha sido para nada? He dejado al amor de mi vida por no confiar en él y creerme las palabras de una zorra asquerosa que no conozco de nada. ¡Cómo disfrutaba viéndome llorar y discutir con él, la muy zorra!

—¡Será hija de puta! —susurro, con toda la rabia que recorre mis venas.

—Pues sí, al final la hemos descubierto antes de que sea demasiado tarde.

—Aunque no sé qué se pensaba, porque a la que se hubieran hecho las pruebas de paternidad o hubiera llegado la fecha del parto y todavía faltarle más de un mes, se habría descubierto toda la farsa. —dice Alba.

—Pero ya es demasiado tarde. Me he portado fatal con él. No quise escuchar su versión. Me obcequé en que me había mentido y no le di tiempo para nada más.

—Esta loco por ti, nena. —¿Sam?

—Lo siento, Cath, Sam está a mi lado. Él me contó lo que había pasado.

—No pasa nada. Hola, Sam.

—Ve a por él. Te ama de verdad. Y está insoportable desde que no estáis juntos.

Miro a Alba, no sé qué hacer ni qué decir.

—Gracias, Julia. De verdad, muchas gracias.

—¿Vas a ir a buscarlo?

—Tengo que pensar qué voy a hacer. ¡Au! —Alba tira de mi pelo, en desacuerdo por lo que acabo de decir.

—Está bien, bonita. Tú piénsatelo.

—No va a salir esta noche. Ha dicho que se quedaría en casa viendo un partido. —La voz de Sam suena de nuevo.

—Gracias, chicos, de verdad. Por cierto, ¿cómo va tu embarazo?

—Perfecto. Tengo una barriguita que se mueve. Ya empiezo a notarlo. Es lo más increíble que pueda pasarle a una mujer.

—¡Cuánto me alegro! ¡Muchos besos de mi parte para los tres!

—Hasta pronto.

Cuelgo y miro a Alba. Sostiene con los dientes una horquilla para acabar de fijar bien el tupé y tiene la ceja izquierda levantada acusadoramente.

—Dilo, suéltalo ya.

Coloca la última horquilla y me mira a través del espejo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—¿Vas a ir a buscarlo?

—¿Ahora? No, no quiero hacer nada en caliente. Son las nueve de la noche, dentro de una hora tenemos que estar en la fiesta.

—Déjate de fiesta y ve a por él. Tiene que saberlo. ¿No prefieres ser tú quien se lo diga?

—No lo sé, niña, no lo sé —digo lastimosa, bajando la mirada hasta mis manos.

—Dentro de diez minutos llega el taxi, yo ya estoy lista. Piénsalo con calma y todo saldrá bien.

—¿Y si no quiere verme? Después de las llamadas, de dejarlo plantado en mitad de la calle, de que viniera a por mí el otro día en la pista de patinaje y yo saliera corriendo despavorida.

—¿Y si lo entiende y te abraza y te dice que eres el amor de su vida y que él también ha sufrido todos estos días por estar separados?

—No, es más probable que pase lo primero.

—Eso no lo sabes.

—Ni tú tampoco —replico.

—*Touché*.

Varias posibilidades pasan por mi mente: ir o no ir. ¿Esa es la cuestión? ¿Y si le paso un *whastapp*? No, muy frío. Podría llamarlo, no. Pero ¿y si voy y está con otra en su cama?

—Deja de darle vueltas. Hasta Sam te ha corroborado que está loquito de amor por ti, y mejor que James y él no lo conoce nadie. Vamos para abajo, que el taxi ya debe estar esperando.

Entramos en el taxi y Alba le indica la dirección de la fiesta. Estamos bajando por la quinta avenida, acercándonos al Empire State. De repente la miro: ella me está mirando y sonreímos. Todavía podemos saber lo que piensa la otra solo mirándonos.

—Por favor, baje hasta la calle 33 —le dice Alba al taxista.

Me coge la mano y la aprieta cariñosamente.

—Todo va a salir bien.

—¿Palabrita?

—Palabrita. —Entrelazamos nuestros dedos meñiques, gesto que solíamos hacer de niñas para dar nuestra total confianza y apoyo a la que se encontraba ante una situación “peligrosa”.

El taxi por fin para delante del edificio de Will. Veo a Ricardo en su silla, detrás de su mostrador.

—Vamos, tonta, ve a por él.

Asiento. Le envío un beso con los labios y me bajo del taxi.

Tiemblo como si fuera un flan, mientras subo sola en el ascensor.

Ricardo me ha reconocido a pesar del disfraz y me ha saludado tan amable como de costumbre.

¡Ding! ¡Ding!

Es la hora de la verdad. Siempre puedo volver a meterme en el ascensor y bajar.

¡No, de eso nada! Los unicornios de crines de colores se han levantado sobre sus patas traseras y han entrelazado sus patas haciendo una barrera, como si fueran de un equipo de fútbol y quisieran evitar el gol de la falta.

Voy caminando despacio hasta su puerta. Mi brazo se mueve automáticamente hasta que mi dedo índice se clava en el botón del timbre.

Suena, pero no se oye nada más. Espero unos segundos y vuelvo a llamar. Ya que he venido hasta aquí, no me voy a ir sin insistir. Nada, no abre la puerta. Igual ha visto que soy yo y prefiere no abrir.

Agacho la cabeza y me giro para volver al ascensor. Entonces oigo unas llaves girar. La puerta se abre.

Vuelvo a mirar hacia la puerta y... ¡Ahí está! Mi Superman. Mojado, con el pelo cayéndole sobre la frente, una toalla cubriéndole sus partes nobles y dejando a la vista su escultural abdomen y esos pectorales en los que solía dormirme.

Me acerco a él. Sigue aguantado la puerta entreabierta.

Ninguno de los dos dice nada. Recuerdo que voy disfrazada de zombi y tal vez no me haya reconocido.

Cuando ya estoy a dos pasos de la puerta, habla seriamente.

—Pasa.

Abre la puerta y se aparta para dejarme paso. Al entrar roza mi brazo con su cuerpo mientras vuelve a cerrar la puerta. Con llave.

Y siento de nuevo esa electricidad, ese imán que me atrae a su cuerpo. Se acerca a mí, pero sin tocarme. Mi respiración se vuelve dificultosa, no sé bien si por los nervios o por la excitación que siento al tenerlo tan cerca. Me giro para mirarle a la cara y... ¡Dios, no puedo resistirme a él! Quiero acariciar su preciosa cara y notar la barba que le ha crecido en todos estos días que no hemos estado juntos. Miro sus labios entreabiertos y carnosos, y sus ojos, su mirada me dice que está cabreado. Se le forman unas arruguitas en el entrecejo cuando se enfada y junta las cejas. Tiene las manos apretadas a los costados de su cuerpo.

—Will, yo... —Bajo la mirada y retuerzo los dedos de mis manos.

—Tú...

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

Joder, me lo va a poner difícil.

Levanto la mirada y la clavo en sus ojos. Me observa con atención.

—Lo siento, todo. —Las lágrimas se me comienzan a amontonar en los ojos.

No dice nada y sigue mirándome con la misma expresión. Tal vez ya no tenga solución.

—Supongo que es tarde para todo esto. Será mejor que me vaya.

Me doy la vuelta y doy dos pasos hasta la puerta. Giro la llave y quito el pasador de seguridad para abrirla. La puerta empieza a abrirse y su mano pasa por el lado derecho de mi cabeza y aprieta con fuerza para cerrar la puerta.

Agacho la cabeza y me quedo mirando hacia el suelo.

Noto su respiración en la nuca, despejada de cabello gracias al moño perfecto que me ha hecho Alba. Lentamente, quita la mano de la puerta y roza su nariz en mis cervicales. Cierro los ojos fuertemente e inspiro. Mi cuerpo reacciona solo. Inclino el cuello hacia mi izquierda y pasea la punta de su nariz por mi cuello hasta la base de mi oreja. Sin separarse de mi piel,

inspira profundamente y por fin habla.

—Pareces tú, pero no estoy seguro. Tu olor me indica que eres tú y la forma en que reacciona tu cuerpo también.

—Will, no me tortures así. —Casi no puedo respirar.

—Casi un mes llevo yo torturado y aquí sigo.

Me giro y me acorrala entre la puerta y su cuerpo. Coloca las manos alrededor de mi cara en la puerta. Mi mano derecha va hacia su pecho y, cuando se posa sobre su piel, suelto el aire que estaba reteniendo y cierro los ojos para centrar todos mis sentidos en la palma de mi mano.

—Soy yo, Catherine, y lo siento en el alma. Tenías razón, no pude escucharte, o no quise escucharte y no lo aguanto más. Ahora sé que no es tuyo.

—No quiero oír ni una palabra más sobre ese tema, ¿de acuerdo? —Habla despacio, casi arrastrando las palabras y muy serio. Me corta la respiración tenerlo tan cerca. —Abre los ojos.

Lo hago y lo miro. Mi pecho sube y baja exageradamente dentro del corsé que lo aprieta. Él se da cuenta y mira el movimiento de mis senos. También tiene la respiración lenta y pesada. Entonces hago algo que llevo mucho

tiempo queriendo hacer: paseo mis dedos por el vello de sus pectorales. En un acto de valentía separo el cuerpo de la puerta y acerco mi cara a su pecho. Deslizo suavemente la nariz por el vello que tocan mis dedos y me siento de nuevo segura y en casa. Aunque todavía no sé como va a acabar esto.

—Tu olor. No puedo resistirlo más, Will.

Pone su mano fuerte y grande sobre mi nuca y me pega a su cuerpo. Con el otro brazo me rodea.

—No voy a dejar que te vayas, nunca más.

—No lo hagas, no dejes que sea tan tonta nunca más.

Paso mis brazos por su pecho y me cuelgo de su cuello. Vuelve a apretarme contra la puerta fuertemente, mientras con las manos envuelve mi cara.

Nos miramos de los ojos a la boca. Así una y otra vez. Deseo que me bese.

—Bésame. Si me perdonas, bésame —gimo a punto de llorar.

—Si te beso va a ser para siempre. Es la condición. Volveremos a vivir

juntos y no nos separaremos jamás.

—Sí, acepto.

Se acerca lentamente a mí. Mi pecho sube y baja incontrolable. Estoy jadeando y todavía no me ha tocado.

—Te amo, Catherine.

Noto su aliento en mi piel. Estiro un poco el cuello y por fin nuestros labios se rozan. Es un beso corto, fugaz pero intenso. Vuelve a echarse para atrás unos centímetros.

—Estás muy guapa así, pero prefiero comerte a ti sola, no con maquillaje de zombi verde. —Tiene la parte de la cara manchada con el espantoso maquillaje verde.

—Voy al lavabo a limpiarme y vengo.

Me cuesta separarme de él después del periodo de abstinencia al que yo misma me he sometido.

Entro en el cuarto de baño, abro el grifo del agua caliente, empapo una toalla y le pongo una pequeña cantidad de jabón. Espero que este maquillaje

salga bien de la piel.

Después de un par de minutos consigo parecer yo misma. Mi color moreno vuelve a estar presente, aunque todavía se ven algunos vestigios del verde zombi.

Abro la puerta del cuarto de baño de su habitación y voy hacia el salón. Está de pie en la cocina bebiendo de un vaso algo que parece zumo de naranja.

Me mira y deja el vaso sobre la barra. Se dirige hacia mí como un animal salvaje, un cazador sobre su presa, y sí, estoy completamente dispuesta a ser su presa y dejarme devorar por él.

Levanto los brazos y los paso por sus hombros. Él me coge por la cintura y me levanta hasta ponerme a su altura.

—Ahora sí te veo.

Me acerco a él y sin dejar de mirarnos empezamos a besarnos. Le paso la lengua por los labios y me hace cosquillas con los pelos del labio superior.

Paso mis manos por su cara y froto su barba.

—Estás guapísimo con ella. ¡Dios, cómo te he echado de menos!

Me aprieta contra su cuerpo y noto su erección en la pierna que llevo fuera de la falda del disfraz. Baja las manos y me sujeta por las piernas para que le rodee la cintura con ellas. Vamos hasta la habitación y me deja de pie a los pies de la cama. Me baja, refregándose por su duro y caliente cuerpo.

—Vamos a deshacernos de todo este montón de ropa. —Empieza a desabotonar los botones traseros de mi camisa. Mientras tanto, voy bajando la cremallera de la falda y la dejo caer a mis pies. Cuando acaba con los botones nuevo los hombros y saco los brazos del trozo de tela blanco.

Me quedo con botines negros, medias blancas y el corsé con ligero rojo. Joder, sisea detrás de mí. Pasa una mano por mis nalgas descubiertas y me hace girar para quedar cara a cara. Me mira despacio de arriba abajo.

—Puedo considerarlo el mejor regalo de cumpleaños que he tenido hasta la fecha. Ahora voy a quitar el precioso envoltorio para coger mi regalo.

Estira de las cintas de raso que hay sobre mis pechos y empieza a deshacer los lazos cruzados del corpiño. Pasa los dedos de uno a otro, lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos. A mí me cuesta trabajo mantenerlos abiertos viéndolo hacer lo que hace.

Cuando por fin saca la última cinta, la sujeción cae. Mis pechos, oprimidos hasta hace un segundo, rebotan y se colocan libremente en su forma redonda. Los pezones erizados, completamente duros, y no

precisamente porque tenga frío.

—Estás temblando —dice, cogiéndome de las manos.

Es tan grande lo que siento ahora mismo... Me parece un sueño. Tengo miedo de despertarme y que él no esté aquí conmigo. Intento evitarlo, pero al final las lágrimas empiezan a caer.

—¡Eh, cariño! —Sus brazos me rodean y apoyo la cara en su pecho—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Sollozo y lloro todo lo que he aguantado estos días. Se sienta en la cama y yo sobre sus rodillas.

—Lo siento —consigo decir.

—No tienes nada que sentir. Ya está, estamos juntos y no nos vamos a separar nunca más, ¿de acuerdo? Te amo con toda mi alma, Catherine, ¿me crees?

Levanta mi barbilla para que lo mire a los ojos y asiento con la cabeza.

—Claro que sí. Es solo que me da miedo que todo sea otro sueño, despierte y no estés aquí.

Con sus labios recoge las lágrimas que caen por mis mejillas. Me llena la cara de dulces besos. Mi respiración vuelve a acelerarse y entre beso y beso encuentro sus labios con los míos. Ahora todas sus atenciones están centradas en mi boca.

Los besos cada vez se hacen más largos y profundos. Mis manos se vuelven locas acariciando cada parte de su cara y de su cuello. Las suyas padecen la misma dolencia. Recorren mi espalda de arriba abajo rozando suavemente mis costillas y mis pechos. Me hace girar y quedo tumbada en la cama, él sobre mí. Sigue besándome. Nuestras lenguas exploran todo la una de la otra, recordando lo que hace semanas no hacían. Cuando meto los dedos entre su pelo, desliza los labios por mi mandíbula y bajan por mi cuello. Sé hacia dónde se dirige su boca y estoy a punto de explotar. Dieciocho días sin sentirlo sobre mi piel. Arqueo la espalda para ofrecerle mi cuerpo y, muy poco a poco, rodea un pecho para pasar lentamente la lengua sobre el pezón. Gimo y por fin lo atrapa con los labios. Juega con él, mientras con la otra mano prepara el otro pezón. Se coloca de rodillas entre mis piernas y se deshace de la toalla que le cubría. Se inclina sobre mí rozándome con su erección. Mis manos vuelven a sus duros y anchos pectorales. Le acaricio suavemente mientras se acerca para besarme. Ahora lo hace con sumo cuidado, delicadamente. Se separa de nuevo de mi boca, baja las manos por mi vientre y coge un tirante del ligero. Estira de este para que repique en mi piel. Suelta la media de cada muslo y, sin dejar de tocarme, sube por mi muslo hasta las caderas para bajar el tanga por mis piernas. Cuando llega a los tobillos, baja la cremallera de los botines y me los quita. Los deja caer al suelo junto al resto de la ropa y la toalla que le cubría.

Tiemblo de la emoción. Deseo sentirlo dentro de mí y quedarme así toda la eternidad. Miro al hombre que está arrodillado entre mis piernas. Este hombre que me ha enamorado, me ha robado la razón y la cordura, ha desatado en mí unos sentimientos y emociones que no conocía. Este hombre

que me ama me mira fijamente a los ojos, los labios separados, el pelo revuelto y la barba que cubre su preciosa cara. Él también está temblando. Vuelve a estirarse poco a poco sobre mí y yo me preparo para recibirlo. Sujeta el peso de su cuerpo entre sus piernas y sus antebrazos, colocados al lado de mi cabeza.

Roza mi entrada con la punta de su pene duro y caliente, y tiembla antes de penetrarme. Lo hace muy lentamente, mientras inspira profundamente justo en ese lugar que solo él encuentra. ¡Oh, Dios, es exquisito! Arqueo la espalda para recibirlo de la forma más profunda.

—Estás temblando —susurra.

—Tú también —jadeo, cuando se introduce más en mi interior.

—Te he echado mucho de menos. —Levanto la pelvis y él eleva la suya llegando a lo más profundo de mi ser—. Voy a ir poco a poco, cariño. Dieciocho días sin ti no van a ayudar a que ahora pueda durar mucho dentro de ti.

—¡Ahh! —jadeo de nuevo.

Se mueve despacio, pero hasta el fondo. Se retira hasta dejar únicamente la punta dentro de mí y vuelve a meterse con un fuerte movimiento de cadera.

Nuestros cuerpos se rozan. Tengo la cabeza entre su cuello y mis labios lo riegan de besos por la mandíbula, la oreja y el cuello, mientras mis manos recorren su espalda y su culo. Nuestras piernas enlazadas, cada parte de nuestra piel está en contacto con la del otro. Él también mordisquea en cada embestida mi cuello y mi hombro, los besa y los lame. Seguimos en esta dulce unión un poco más hasta que le pido que se mueva más rápido, más fuerte.

—¡Oh, sí, amor! Te quiero, te quiero —repite en cada embestida.

—Ah! ¡Aaaah! Siiigue, Will, sigueee. Yo también te quiero.

Abrazados y besándonos llegamos al orgasmo. Es la mejor sensación del mundo. Llegar a este nivel con la persona amada es sencillamente supremo.

Se queda tumbado sobre mí, dentro de mí. Me huele y me besa. No dejamos de tocarnos y acariciarnos. Nos miramos y sonreímos.

—¿Eres feliz? —le pregunto.

—El más feliz. Ahora sí. ¿Y tú?

—Ídem.

REGALO DE CUMPLE

—¿Has esperado expresamente para venir el día de mi cumpleaños? — pregunta mientras me besa en la cabeza.

Estamos en la cama, abrazados después de nuestra dulce reconciliación. Han sido unas semanas duras, muy duras para ser exactos. Necesito tanto su piel, su respiración y su calor pegado a mí que hace que no quiera separarme de él ni para cubrir las necesidades básicas de un cuerpo, como por ejemplo hacer pis.

—Si he de serte sincera, ni lo había pensado. —Me mira perplejo—. A ver, entiéndeme, he pensado en ti. Has estado en mí constantemente, pero no recordaba que hoy era el día. Aunque, para ser exactos, todavía faltan veinte minutos para el día 1.

—Los chicos tenían algo planeado para mí, pero no me hacía mucha ilusión estar allí. ¿Te apetece que vayamos? Creo que a media mañana James me avisará con alguna excusa para que lo pase a buscar por casa de sus padres y allí... ¡Sorpresa!

—Vaya sorpresa, si sabes el *planning* de todo lo que va a suceder.

—Sin querer los escuché planeando el día, pero, como estaba medio ido, en un primer momento no les di más importancia. Después, una vez solo en casa recordé las palabras que dijo James y todo encajó. A decir verdad, ni yo mismo pensaba en mi cumpleaños.

—Sam me ha dicho que no ibas a salir esta noche.

—¿Sam? ¿Has hablado con él?

—Sí. Bueno, con Julia. Ella es la que me ha llamado para darme la... noticia. Se encontraron con *ella* en la consulta del ginecólogo y, bueno, ahí fue cuando Julia se enteró de que solo está embarazada de unas seis semanas.

—Basta, esa maldita hija de puta. Pobre del que caiga en sus redes. No quiero volver a hablar de ella nunca más.

—¡Por mí perfecto! —digo, mientras me abrazo más fuerte a su pecho. Este pecho que me acoge y me protege, me envuelve y me hace sentir la mujer más querida del universo. Este es mi sitio. No necesito nada más, solo estar entre sus brazos.

—Nena, ¿me has escuchado?

—¡Ay, lo siento! ¿Qué has dicho?

—¿Qué te has tomado para tener esa mirada? Sea lo que sea, yo también quiero.

Le acaricio los pectorales y paso los dedos por los suaves pelos que lo cubren.

—Esto, esto es lo que me tiene así. Estar entre tus brazos es... Solamente es.

Inspiro profundamente el aroma de su piel, mezclada con nuestro sudor, simplemente embriagador.

—Mmmm... ¡Dios mío, cómo te he echado de menos!

Sus brazos me envuelven hasta el punto de casi hacerme daño en las

costillas, pero se amoldan perfectamente a mi cuerpo, o mi cuerpo a sus brazos.

Nos quedamos dormidos así, desnudos y entrelazados, sin nada que se interponga en nuestra unión. De madrugada, me he despertado con ganas de hacer pis. Estaba envuelta en su cuerpo. Me abrazaba desde la espalda, haciendo la cucharita. La primera impresión ha sido no saber dónde estaba. He abierto los ojos lentamente por si era un sueño lo que sentía, volver a cerrarlos rápidamente y seguir con el sueño, pero, por suerte, esto es real, estoy entre sus brazos, caliente con su cuerpo, su respiración me envuelve. Levanto su brazo derecho. Lo tiene sobre mi cadera. ME mantiene pegada a su cuerpo. Consigo salir de la cama sin despertarlo.

Después de hacer pis he ido a la cocina a por un vaso de zumo. Al llegar a la nevera he visto algo que me ha dado un vuelco el corazón. Una foto de los dos, del día de la barbacoa en casa de Sam y Julia. Yo sentada sobre sus rodillas, abrazados y besándonos. Me quedo mirándola embelesada, recordando lo bien que lo pasamos con sus amigos. Fue un día genial, sí. Dejo el vaso en el fregadero y voy hacía la habitación, nuestra habitación. Me vuelvo a vivir con él, los dos juntos. No pienso dejarlo escapar.

Cierro la puerta y lo veo con la leve claridad que entra por las ventanas. Se ha puesto boca arriba, con los brazos levantados a cada lado de su cabeza. Las sábanas se han bajado y tiene medio cuerpo destapado. Su pecho sube y baja pausadamente sobre su vientre. Saliendo de las blancas sábanas se eleva suave, caliente y dura la punta de su erección. Algo se tensa instintivamente en mi interior. Sé que estos momentos no hay que dejarlos pasar. Ni estos ni ningunos. La vida puede ser muy corta. Ya hemos desperdiciado el tiempo suficiente como para no desperdiciar ni un solo segundo más.

Voy subiendo a la cama entre sus piernas, la única parte de su cuerpo que sigue tapada. Sonriente, me acerco a su centro. Lo destapo con cuidado de no tocarlo hasta que la veo entera, dispuesta y lista para mí. ¿Cómo es posible que esté empalmado si lo hemos hecho tres veces antes de quedarnos dormidos? Aunque, por esa regla de tres, también cabría preguntar cómo estoy yo así de cachonda y deseosa de notarlo dentro de mí otra vez más en lo que llevamos de noche. Pero sí, así es y aquí estoy.

Me recojo en pelo en un moño alto para no hacerle cosquillas al acercarme a su piel y, con cuidado, la acojo en mi mano. Le planto un beso en la punta justo antes de sacar la húmeda lengua y empezar a lamerle todo el capullo. Se estremece y vibra en mi boca y en mi mano. Levanto la vista hacia su cara. Se ha movido, pero sigue dormido. Me centro en lo que estoy haciendo y vuelvo al ataque con más lamidas.

Empiezo a mover la mano arriba y abajo, compaginando los movimientos de la mano con los de mi boca y mi lengua. Un gemido escapa de mi boca y de la suya un jadeo exagerado, mientras una mano llega a mi cabeza y aprieta hacia abajo.

—¡Joder, Catherine, vaya manera de despertarme! —suspira.

—Feliz cumpleaños —digo entre lametón y lametón.

De mi boca solo sale un pequeño gruñido de placer mientras sigo con la tortura de darle placer a él. Me siento extasiada con él dentro de mí. Noto cómo se arquea con cada embestida de mi boca hacia el centro de su ser. Con la mano acaricio sus pelotas. Subo y bajo a lo largo de su caliente erección.

Le lamo los huevos y subo por su dura polla hasta la punta para volver a metérmela de golpe en la boca hasta el fondo, absorbiendo y apretándola contra el paladar. Su mano sigue masajeando mi cabeza y ha deshecho el moño. Ahora mi pelo cae por los lados y me tapo la cara. Levanto la mirada y lo veo mirándome fijamente, con esa cara de irrefrenable placer que tiene cuando está disfrutando al máximo y está a punto de correrse. Eso también me lo ha dejado claro la pequeña descarga de líquido caliente que ya he notado hace un rato en mi boca.

—¡Oooh, nena, me voy a correr! ¡Ooooh, joder! Sííí, así toda entera, nena.

Sigo subiendo y bajando, con desesperación y dedicación absoluta, hasta que noto las sacudidas y se deja ir dentro de mí, directo a mi garganta, mientras su pelvis y su mano me acompañan en los movimientos de mi cabeza y se vacía en mi boca gimiendo mi nombre.

Subo y bajo un par de veces más, lamiendo las gotas que me ofrece y se va recomponiendo del orgasmo que acabo de ofrecerle. Estoy tan caliente que podría correrme así, solo comiéndomelo. Pero no, sus fuertes manos tienen otros planes para mí. Se incorpora, me coge de los brazos y me insta a subirme en él. Aunque acaba de correrse, sigue estando duro y empalmado para mí.

Separo mis piernas y me monto a horcajadas sobre él. Ya la tiene cogida con la mano, preparado para meterse en mí. Me froto todo el sexo con ella antes de clavármela. Cuando dejo caer hacia atrás la cabeza, él sube y me penetra con fuerza. Se eleva y quedamos cara a cara. Sus manos, una en mi cadera y la otra en mi cuello. Las mías en sus bíceps para mantener el equilibrio con sus embestidas mientras muevo las caderas haciendo círculos.

Bajo una mano para acariciarme yo misma. Llego hasta mi clítoris y lo aprieto. Su boca cae sobre la mía y nos lamemos el uno al otro como animales. Algo salvaje y primitivo que nos devuelve a la vida. En este momento solo existimos nosotros en todo el universo, solo sus jadeos y los míos, nuestras lenguas, nuestros cuerpos sudorosos y nuestras respiraciones entrecortadas por el dulce y placentero esfuerzo mutuo.

Sin dejar de besarme baja su mano y reemplaza los movimientos en mi clítoris. A él se le da mucho mejor que a mí.

—¡Ohhh, Will! ¡Oooh, William! Estoy a punto...

—Lo sé, mi amor. ¡Joder! Lo sé, nena. Noto cómo tiembles alrededor de mi polla. Córrete, Catherine. Empápame de tu dulce jugo.

Y así, con esas palabras, me corro, tirándole del pelo y mordiendo su hombro sin dejar de cabalgarlo. Dos segundos después explota en mi interior y las oleadas del placer vuelven a recorrer mi cuerpo con otro orgasmo que me deshace.

Seguimos así, sentados uno frente al otro, encima de él y dentro de mí, acariciando la espalda el uno del otro hasta que se deja caer y me lleva consigo sobre el colchón. Hago una mueca cuando sale de mí y me gira quedando detrás, en mi espalda, haciendo la cucharita de nuevo como antes de despertarme hace unos minutos.

—Duerme, mi amor. Estarás agotada.

—Mmmm. —Es lo único que me sale de la boca.

Me acoplo a la perfección en su cuerpo. Ahora, húmedo de mí y yo empapada de él. La noto dura contra mi culo. Mi deseo se dispara de nuevo cuando empiezo a mover las caderas y aprieto mis nalgas contra su perfecta polla.

—Joder, Catherine, vas a matarme.

—Sí, y tú a mí, mi amor.

—¿Más? —pregunta, levantándose la pierna y colocando su pene cerca de la entrada de mi vagina.

—Siempre más, más de ti —digo, echando el culo hacia atrás y colocándome en posición para que vuelva a penetrarme. Y así lo hace. Suelta un bufido, pasa sus manos por mi cintura y llega nuevamente a lo más hondo de mi ser.

Despierto con un leve zumbido que llega desde la cocina. La cafetera está en marcha y el olor a tostadas invade mis fosas nasales. Su lado de la cama

todavía está caliente, por lo que no llevará mucho rato levantado. Miro mi iPhone, que está en la mesita de noche de mi lado de la cama. Son las 11 de la mañana. De repente, recuerdo que hoy es su cumpleaños. Habría estado bien hacerle yo el desayuno o bajar a comprar alguna tarta, ya que no he tenido tiempo de prepararle nada. Tampoco le he comprado ningún regalo. Ya se me ocurrirá algo.

Mientras me desperezo, estirándome entera en la confortable cama, con los ojos cerrados y haciendo un sonido de gusto mañanero, le oigo tararear. Está contento. Eso espero. Yo soy inmensamente feliz. Me levanto y me pongo una de sus camisetas y uno de sus bóxers y salgo a buscarlo por el pasillo hacia la cocina.

La imagen que me encuentro es la mejor estampa afrodisíaca para muchas mujeres y algunos hombres. Está en la cocina, con una espumadera en la mano, preparando huevos y beicon. Su pelo negro está despeinado de las veces que mis dedos se han metido entre ellos durante las últimas doce horas. Su preciosa y fuerte espalda tiene marcados cada uno de sus músculos. Su culo, duro y dominante, está cubierto solo por unos bóxers negros. Me acerco sigilosa a la barra de la cocina para verlo entero.

Efectivamente, está tarareando. Ahora reconozco la canción, Lauryn Hill... Y así es como estoy de nuevo, no puedo quitar mis ojos de su cuerpo.

—¿Vas a venir a abrazarme o vas a seguir comiéndome con los ojos?

Me mira de reojo, sonriente y mostrándome sus labios rosados y carnosos... Mmmmm, lo que sabe hacer con ellos y con esa lengua. Me

acercó a él y le abrazó pegándose a su espalda. La lleno de besos mientras, con las manos, le acaricio todo: espalda, hombros, brazos, pecho, abdomen.

—¡Listo! Esto ya está —dice y gira los mandos para apagar la llama de los fogones.

—Muchas felicidades, mi amor.

Se gira entre mis brazos y me envuelve en los suyos. Me siento tan pequeña dentro de ellos, entre su cuerpo... Me encanta sentirme arropada y protegida por él. Roza su nariz con la mía y me cautiva con su mirada penetrante y abrumadora.

—Felicidad es lo que siento de nuevo desde anoche cuando llamaste a mi puerta.

—¿Me reconociste?

—Ninguna zombi. Por más verde que fuera, podría ocultarme tu persona.

—Te amo, William.

—Te amo, Catherine.

Entre besos y roces fuimos colocando las cosas en la barra del desayuno. Disfrutamos del silencio y la tranquilidad el uno del otro.

Después de desayunar nos metimos en la ducha. Queríamos salir a dar un paseo para disfrutar de nuestra reconciliación y del día maravilloso que hacía.

Él acabó antes que yo. Mientras me peinaba la melena y me aclaraba la mascarilla, lo vi coger la maquinilla de afeitar.

—¡Quieto ahí! No pensarás quitarte la barba, ¿verdad? —pregunté, asomando la cabeza por la abertura del cristal de la ducha. Él rio con ganas, mientras levantaba las manos ante mi protesta.

—¿Tanto te gusta?

—Mucho. No para que te la dejes crecer demasiado, pero así me vuelve loca.

—Así que el verdadero motivo por el que no quieres que me la quite no es que me quede bien, sino lo que te hago sentir con ella entre las piernas.

Estoy debajo del chorro de agua acabando de quitarme el jabón del cuerpo. Lo cierro y me acerco a la puerta de nuevo para coger la toalla y

enrollarla en la cabeza.

—¿Tanto se nota? —pregunto sonrojándome.

—Nena, no te has corrido así ninguna de las otras veces que me he comido la dulzura húmeda y caliente que tienes entre las piernas. Vaya manera de apretarme la cabeza con los muslos —dice, poniendo las manos en las orejas—. Solo iba a repasármela, no pensaba afeitárla toda.

Me pasa una toalla y cubre con ella mi cuerpo. Estoy indefensa entre sus brazos, atrapada en ellos y en la toalla.

Acabo de secarme en nuestra habitación mientras recuerdo que no tengo más ropa que ponerme que el disfraz con el que vine anoche. Y el sexy conjunto de ropa interior que me regaló Alba. Pareció gustarle mucho, así que me lo pongo. Will sigue en el cuarto de baño acabando de arreglarse la barba, mientras yo me estoy secando el pelo con la toalla, inclinada hacia delante con la melena cayendo delante de mi cara hacia abajo. En ese momento veo sus pies saliendo del cuarto de baño. Una pequeña tos mal disimulada escapa de su garganta.

Justo cuando creo que va a abalanzarse sobre mí, la puerta de la habitación se abre. Echo hacia atrás la melena en un enérgico movimiento de cabeza y me incorporo, vestida únicamente con el corsé rojo de encaje, los ligeros sueltos y sin bragas. Veo cómo aparece James, que se queda ojiplático mirándome.

—¡Dios! —exclama sin quitarme la vista de encima.

—¡Joder, James! ¿Por qué cojones abres con tu llave? —Will corre hacia mí. Se agacha para coger la toalla con la que me estaba secando el pelo y me cubre con ella.

Muerta de vergüenza y él ya recuperándose de la vista casi desnuda de mi cuerpo, se gira para quedar de espaldas a nosotros. En ese momento Will va hacia él y le da una señora colleja.

—Perdona, tío, pensé que estarías solo. ¡Hola, Cath! ¡Me alegra verte por aquí de nuevo!

—¡James! —brama Will.

—No me refería literalmente, joder, quería decir que...

—Sí, ya se lo que queráis decir —suelta cabreado Will mientras a mí se me escapa la risa tonta.

—Yo también me alegro de verte de nuevo, James.

—¿Te importaría esperar en el sofá? —dice Will de mala gana.

—Por supuesto.

Nos miramos y empiezo a reír. Will no parece verle la gracia.

—¿De qué te ríes exactamente? —pregunta mientras cierra la puerta de nuestra habitación y vuelve hacia mí.

—De la situación, de los nervios, de la vergüenza... de todo.

—¡La madre que lo parió! Sí que ha venido pronto a buscarme. Menos mal que no nos ha pillado en la cama.

—O en el sofá, o en la ducha...

—Sí, nos podría haber pillado en muchas superficies del apartamento. Una suerte, porque tendría que matarlo si llega a ver cómo me pierdo dentro de ti.

—Esto debe ser cosa del karma, por haberos visto el primer día en los vestuarios de la piscina.

Me envuelve con sus brazos y me lleva hasta la cama en la que nos deja

caer a los dos, él encima.

Se me escapa un grito por la sorpresa y me tapa la boca con la suya.

—Si fueras capaz de silenciar tus orgasmos, te haría el amor ahora mismo. La visión de tu cuerpo con este trozo de tela roja va a hacer que reviente los pantalones hasta que consiga perderme en ti.

Le rodeo con las piernas por la cintura sintiendo su dura erección en mi sexo, mi húmedo e irritado sexo. Después de casi veinte días sin acción ninguna, darle el palizón que le hemos dado estas últimas horas ha sido agotador y ha dejado marca en mi zona más sensible.

—¡Ay!

—¿Qué te pasa? —pregunta, elevándose para mirarme.

—Que estoy irritada por ahí abajo.

—¿Ah, sí? Luego te daré unos besitos para curarte.

—Los besitos lo curan todo.

—Lo estoy deseando, pero ahora mismo me parece que tendremos que irnos con James y hacer ver que no sabemos nada de ninguna fiesta sorpresa para mí.

—No tengo más ropa que el disfraz. Tendremos que pasar por mi apartamento a por algo de ropa.

—Pasaremos a por algo ahora y por la tarde iremos para hacer la mudanza. No quiero pasar una noche más sin ti ni despertarme sabiendo que no estás en casa conmigo.

Me abruma que lo tenga tan claro, la verdad, es que yo siento lo mismo. Todos estos días de sufrimiento han sido demasiado y ya he aprendido la lección de no hacer pagar a otros los errores que hayan cometido terceras personas anteriormente. Lo amo y él me ama. Si alguna vez en mi vida he tenido algo claro es que quiero pasar el resto de mi vida con él, todo el tiempo que nos sea posible. Al final va a resultar que mi madre tenía razón y que solo volveré a casa por vacaciones.

—De acuerdo.

—Puedes ponerte unos pantalones de chandal míos y una sudadera. Me encanta que lleves mi ropa.

Nos damos unos besos tiernos y se levanta para darme la ropa y vestirse él también.

Se pone un jersey azul marino y unos pantalones tejanos con unas zapatillas deportivas. Está irresistible se ponga lo que se ponga, más cuando está desnudo, aunque para estar a la vista de más mujeres prefiero que lleve algo de ropa puesta. Se puede apreciar su espectacular, musculoso y definido cuerpo, pero ya queda en la imaginación de cada uno.

Cuando salimos James está hablando con alguien por teléfono. Se gira en el sofá y al vernos se despide apresuradamente.

—¡Will, felicidades, tío! —dice. Se levanta del sofá y va hacia su primo para darle un abrazo y unas palmadas en la espalda. Will le corresponde de la misma manera.

Ahora se acerca a mí. También me da un abrazo y un afectuoso beso en la cara. Me pregunta al oído si he vuelto para quedarme.

—Sí.

—Eso creía.

—¿Qué creías? —pregunta Will a su primo.

—Le preguntaba a Cath qué tal estáis.

—Juntos, esa es la respuesta.

—Felices, también.

—Prima, eso salta a la vista, no hay más que veros a los dos. La verdad es que, como pensaba que estarías solo, había venido para invitarte a comer. Vamos los tres, ¿no?

—Tendremos que pasar primero por el apartamento de Cath a por algo de ropa. Después vamos a donde quieras.

—Perfecto, pues... ¿nos vamos?

—Sí —digo yo, cogiendo el disfraz.

—Un momento, tengo que coger un par de cosas.

Vuelve a la habitación y sale a los cinco segundos.

Una vez hemos pasado por mi apartamento para cambiarme de ropa, cosa que he hecho lo más rápido posible, vamos los tres en la furgoneta de James hacia el sur de la isla.

—Me ha llamado mamá. Me ha pedido que pase por su casa a recoger unas cosas que tengo que llevarle esta tarde a la niña. Mi hermana se deja la mitad del vestuario de su hija en casa de mi madre.

Will y yo nos miramos cómplices, ya que sus sospechas de fiesta sorpresa cogen más fuerza por lo que acaba de decirnos James. Efectivamente, a la media hora estamos en Staten Island. Pasamos por delante de la casa de los padres de Will y unas cuantas casas más abajo aparca delante de una bonita casa de madera color rojiza. Will aprieta mi mano como dándome ánimos. No sé que esperar al respecto. Es posible que su familia nos linche a preguntas sobre nuestra reconciliación, aunque espero que sean más discretos y no lo hagan, porque me moriría de vergüenza. No me importaría hablar con su madre, pero no en público.

Bajamos de la camioneta y nos acercamos cogidos de la mano detrás de James hacia la puerta principal.

Al abrirla y entrar, parecía que estar todo en silencio. Hasta que Will ha girado a la izquierda siguiendo a James hacia lo que parece ser el salón y han saltado las felicitaciones a viva voz de todos los que estaban allí escondidos detrás del sofá.

Rápidamente he podido ver a sus tíos, a Sam y a Julia, con cara de alegría al ver que aparecía al lado de Will y cogidos de la mano. Su madre, Eli, empezó a cantar *Cumpleaños feliz*, limpiándose alguna que otra lágrima que corría por sus mejillas. La pequeña sobrina de James ha sido la primera en acercarse a él para darle unos sonoros besos. Will se ha agachado para besar a la pequeña Alexia. Después se han ido acercando los demás para felicitarlo y él los ha saludado a todos sin soltar nuestras manos. Cuando ha llegado el turno de Sam y de Julia, he podido ver su incipiente barriguita. Nos hemos abrazado con fuerza y ambos me han confirmado que se alegran mucho por nosotros. La prima de Will y su marido, a los que todavía no conocía personalmente, me han saludado igual de afectivos que a su primo. Escondida al final de todos estaba mi querida Alba. No la había visto con tanto barullo. Me ha dado un fuerte beso y después se ha dirigido a Will.

—Cuídala, capitán. Es única e irrepetible. —Ahora James la abraza por detrás, con una cara que podría ser el reflejo de la mía por la felicidad que desprende. No sabía que ellos iban ya tan en serio hasta el punto de presentarla en la familia.

Cuando su madre nos ha abrazado a los dos la hemos envuelto en un abrazo conjunto. Cada uno le hemos dado un beso en cada mejilla.

—Catherine, cómo me alegra volver a verte. ¿Qué tal estás?

—Muy feliz, Eli. —No puedo evitar sonreír.

—Veo tu felicidad en los ojos de mi hijo. No sabéis lo feliz que me siento yo también por vosotros.

—Mamá, todo mi cuerpo irradia felicidad hoy. Solo me falta una cosa para ser el hombre más feliz del universo.

Dicho esto, sin soltar mi mano izquierda, se ha separado un poco de mí y ha dejado caer una rodilla al suelo.

¡Oh, Dios! Esto lo he visto yo antes... En una película y en series... ¡Oh, Dios!

Sus ojos fijos en mí, la sujeción de su mano en la mía era lo que me sostenía de pie ya que temía caerme en cualquier momento por los sentimientos y la extraña sensación de *déjà vu*. Nunca se me había declarado nadie. Todo el barullo y gritos por la sorpresa que inundaban la estancia desaparecieron. El cable tensor que siempre sentía en mi interior cuando estaba en España, ese cable que tiraba de mí cuando era niña para traerme hasta aquí, ese cable por fin se recogió. Sentí que todo lo que había notado en mi interior desde que era una cría era por y para él. Toda la facilidad en aprender el idioma, la obsesión por venir a Nueva York, las ganas de investigar sobre la ciudad, el país, subirme aquel día en aquel vagón de metro, ir al gimnasio. Todo había pasado para acabar en los brazos de este hombre. Mm metió su mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita donde se podía leer claramente “Tiffany’s”.

—Catherine, hace mucho tiempo que espero este momento y creo que a ti te pasa lo mismo. —Asentí lentamente moviendo la cabeza—. Lo que

sentimos el uno por el otro no es normal, es algo extraordinario, de otra dimensión. —Mira a su madre, que está de pie a mi lado—. No voy a demorarme ni un segundo más para pedirte que pases el resto de tu vida o toda la eternidad —sonríe pícaramente —a mi lado, como mi mujer. Mi amor, mi vida, ¿quieres casarte conmigo?

Pude ver las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos cuando consiguió acabar la frase. Mis ojos se encontraban en una situación parecida. Un nudo en mi garganta impidió que saliera cualquier sonido de mi boca, así que me dejé caer al suelo entre sus brazos. Le rodeé la cara con las manos y, después de unos segundos de mirarnos íntimamente, aun estando rodeados por diez pares de ojos, nos besamos sin control, sin temor y sin remilgos.

Cuando abrí los ojos, los suyos estaban más oscuros, deseosos de pillarme a solas para cumplir la promesa que veía en ellos. Él debía ver lo mismo en los míos. No podía pasar más rato sin disfrutar de nuestra unión más íntima.

Los vítores llegaron por parte de los chicos y los aplausos por parte de ellas.

—Tío, esa forma de besarte solo puede significar una cosa... —dijo Sam.

—Sí, que cuando estén a solas... —empezó a decir James, pero Alba lo calló besándole en la boca.

Nosotros dos seguíamos en el suelo, colgada de su cuello y mirándonos fijamente.

—Sí, sí, sí, sí... y mil veces sí —digo, entre susurros.

Abre la cajita y veo un precioso diamante en corte princesa engastado en oro blanco. Es sencillo y precioso. Ni yo misma lo habría escogido mejor.

—¿Pero cuando lo has comprado? Hoy no ha podido ser...

—Lo tenía para dártelo hace tres semanas, la noche que salimos del cine e íbamos a cenar.

El dique que sostenía las lágrimas en mis ojos cede. Caen todas de golpe al escuchar lo que acaba de confesar. Lo tenía ya antes de dejarlo plantado en mitad de la calle por creerme a la mala bruja y no a él. Me iba a pedir matrimonio hace tres semanas, esas semanas que han sido un infierno tanto para él como para mí.

—Lo siento mucho —consigo decir.

—No hay nada que sentir. Era tuyo y tuyo es.

Me besa la cara, por donde lágrimas sueltas bajan hacia mi cuello. Con toda la dulzura del mundo me coloca el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

ALMAS

Nueva York, 3 de septiembre de 2016

Un año después de mi llegada a Nueva York estaba vestida de novia. Mi traje era sencillo, estilo medieval, color cava, de cintura alta, con los hombros descubiertos y unas mangas de fina gasa que acababan de forma ancha en las manos. Un fino cordón dorado entallaba mi cintura. Estaba acompañada de mis padres. Gracias a Dios mi padre ya recuperado del amago de infarto que padeció el pasado mes de marzo. Por eso pospusimos la fecha de la boda hasta el día de hoy. Estábamos en la casa que había comprado para pasar mi vida junto con mi marido y la familia que íbamos a formar. En poco más de una hora estaría casada con el amor de mi vida. “El amor de mi existencia”, me gustaba decir. Él estaba preparándose en casa de su madre, no muy lejos

de donde me encontraba yo ahora, ya que nuestra casa está cerca de la de su madre.

Llamaron a la puerta y Alba fue a abrir. Era James, su prometido. Parece ser que al final a ella no le importó ceder en su ascenso laboral para cuidar de una casa, de un marido y, seguramente en un futuro, de unos hijos. Lo que no consiga el amor no lo consigue nada.

—Prima, no se lo digas a Will, pero estás preciosa —dijo, sonriente. Me entrega un precioso ramo de flores silvestres de tonos blancos, rosas y lilas.

—Gracias, primo. Y por el ramo también, es tal cual lo había imaginado.

La celebración de la boda sería en la parte trasera de nuestra casa. Teníamos un amplio jardín y Alba me había ayudado a organizarlo todo. Ella y la novia de un compañero de trabajo, que era *wedding planner*, o sea, organizadora de bodas. La verdad es que había conseguido exactamente lo que le propuse. Un pequeño altar con la parte superior llena de pequeñas y coloridas flores, todas en los mismos tonos que las de mi precioso ramo. Las flores adornaban el centro del jardín. Las sillas blancas decoradas con tul blanco y rosa pastel, colocadas a ambos lados de un camino de pétalos de rosa, llevándote hasta el pequeño altar. Estaba impaciente porque Will llegara y salir a reunirme con él.

Mientras el fotógrafo contratado tomaba instantáneas del precioso jardín, de los invitados que esperaban a los novios, de mis padres, ellos dos solos y conmigo y Alba, James me avisó de que el coche de Will acababa de llegar.

Todo pasó muy rápido. Los momentos previos hasta que llegué del brazo de mi padre al altar fueron fugaces. Solo tenía ojos para él, mi William, mi Penetrante. Seguía conquistándome cada día con su mirada, con su amor, con su pasión por todo lo que hacía, con su personalidad generosa y dedicada a ayudar siempre a los demás. Era el hombre más bueno que conocía, y el que estaba más bueno también, me recordaron los unicornios de crines de colores azules, rosas, verdes y amarillos con un lazo de tul en el cuerno. ¡Ay, unicornios, si vosotros supierais lo que siento ahora mismo...!

Estaba impresionante con su traje negro, que resaltaba el color de su pelo. Un pequeño pañuelo azul iluminaba sus preciosos ojos azules. Parecía que había dejado de respirar hasta que tomó mi mano cuando mi padre se la entregó. Simple formalismo, yo era suya desde hace mucho. Desde siempre, así lo sentía.

En el momento del “sí, quiero”, unas gaitas sonaron, consiguiendo que hasta mi padre derramara alguna lagrimilla, él que se las tenía de tío duro e imperturbable. No es porque fuera mi boda, pero es la ceremonia más bonita a la que hemos asistido jamás.

Toda la cena transcurrió en un ambiente familiar y cercano. Éramos solamente los amigos más íntimos y la familia directa. En junio nos escapamos para pasar unos días con mis padres. Will los convenció de que tenían que venir para nuestro enlace. Parece ser que las palabras “avión” y “seguro” saliendo de su boca son más efectivas que si salen de la mía, por lo que mi madre no pudo negarse a decirle que sí. Han venido durmiendo casi todo el camino gracias a las pastillas que le recetó el médico. Por lo menos mi madre no me ha puesto más nerviosa de lo que ya estaba. Aunque parezca que por el idioma tenga que haber algún problema de comunicación, la

verdad es que se hacen entender a la perfección y está muy contenta con Eli y Mary, mi suegra y tía por parte de mi marido. Y si en algo no sabe explicarse, viene a pedir que la traduzca. Menos mal que Alba anda cerca y ella hace las veces de traductora oficial de la boda.

Por motivos médicos, hasta la semana que viene no nos marcharemos de luna de miel, así que esta noche la pasaremos solitos en nuestra casa. Mis padres se irán a dormir a casa de Eli, ¡gracias a Dios! Llevamos cuatro días con sus respectivas noches sin hacer el amor por el corte de rollo que siento sabiendo que están bajo el mismo techo. Will está que arde.

Después de despedirnos de Alba y de James, que han sido los últimos en marcharse, por fin nos hemos quedado solos los dos.

—Ven aquí, esposa mía. —Me rodea con sus fuertes y protectores brazos, ahora con la camisa blanca remangada a mitad del brazo—. ¿Cómo está, señora Carter?

—Más que bien, señor Carter —digo, pasándole las manos por el pecho y subiendo hasta el cuello.

—Por fin solos. ¡Dios, cómo te necesito, Catherine!

El ambiente estaba caldeado entre nosotros. Saltaban chispas, literalmente, por las ganas que nos teníamos el uno al otro.

Llevábamos cuatro interminables días sin sexo, más las horas del día de hoy con todos los besos y los roces que nos hemos dado durante la sesión de fotos, la cena, el baile. A cada momento he ido subiendo el tono de mis caricias, preparándome para esta noche.

Desde que estoy embarazada, mi apetito sexual no ha disminuido en absoluto; al contrario, parece no saciarse nunca, lo busco a cada momento. Él estaba preocupado por hacerle daño a nuestro bebé. Nunca me creyó cuando le dije que eso no era posible. Hizo falta que se lo confirmaran dos doctores, ya que solo con el dictamen de mi ginecólogo pareció no ser suficiente.

Una vez más carga conmigo en brazos y vamos al piso superior hasta nuestra habitación.

Me sorprendo al entrar: la ha preparado para nosotros.

Pequeñas velas encendidas por el suelo, las mesitas de noche y mi tocador, pétalos de rosa por todo el suelo y sobre la colcha, y tres globos en forma de corazón.

—Esto no lo ha preparado la organizadora de las narices. —Sonrío. No le ha caído muy bien la organizadora, todo porque él quiso pagar y yo ya le había extendido un cheque. Cosa absurda, ya que en la cuenta estamos los dos. Lo mío es suyo y lo suyo mío, así lo acordamos desde un principio.

—Ya lo veo, tiene tu sello personal. —Sonrío y me abrazo más a él.

Mis manos ya no pueden resistirlo más. Empiezo a desabrochar botones de su camisa mientras él me mordisquea y me lame el cuello.

Entre gemido y gemido temo correrme ahí mismo, por el placer que siento directamente en mi sexo cada vez que pasa la lengua sobre mi piel. Sus manos me abrasan allí donde se posan. Me enciende y ardo de deseo y de amor por él.

Por fin quito el último botón y me acerco a lamer su perfecto y caliente pecho desnudo.

—¿Como cojones te quito este vestido? Dímelo o te lo arrancaré —dice, manoteando por el escaso y delicado encaje que cubre la parte baja de mi espalda.

—Cremallera, aquí al lado. —Le indico por dónde y la baja—. Como se te ocurra romper mi vestido de novia, te dejo sin sexo hasta que nazca el niño.

—¡No! Ven aquí, mujer, y sal ya de este maldito trozo de tela —gruñe, irritado con el vestido por hacerle ir más lento de lo que él quisiera.

Río entre sus brazos mientras me ayuda a salir del precioso vestido. Me quedo en liguero, medias y braguitas de seda. Sin sujetador, el mismo vestido iba preparado para sujetar mis prominentes senos, ahora más duros y grandes

por el embarazo. También están mucho más sensibles a cualquier roce y ahora mismo con sus labios deslizándose por mi cuello hacia mi clavícula sé que van a tardar poco en estar entre sus labios y su lengua.

—¡Dios, cómo te deseo, Will!

Baja las manos y acaricia mi incipiente barriguita de embarazada de cuatro meses.

Voy hacia la cinturilla de su pantalón y desabrocho el cinturón, después el botón del pantalón. Con el contoneo para bajarle los pantalones y los calzoncillos a la vez estoy rozando mis pechos en su torso y tengo los pezones a punto de estallar de la presión que siento en los pechos.

—Estate quieta un poco y deja que me desnude yo. Quiero adorarte como te mereces, mi amor.

Se desnuda y deja la ropa en el suelo junto con la mía. Fuera bragas, medias y liguero. Me aúpa por las piernas y rodeo su cintura, notando la punta caliente y gorda de su polla en mis labios. Estoy tan mojada, tan deseosa de tenerlo dentro que casi lloro por la emoción tan intensa que siento.

Me recuesta con cuidado en el centro de nuestra gran cama. Tira casi todos los cojines al suelo y me coloca uno debajo de la cabeza para que esté cómoda. Si antes ya era atento, desde que me quedé embarazada es el hombre más atento y cuidadoso del mundo.

—¿Estás bien así? —pregunta, solícito.

—Estaré mejor cuando esto se clave en mí —digo, cogiéndole la polla y empezando a subir y bajar la mano por toda ella.

—Quieta. No querrás que me corra fuera de ti, ¿verdad?

—No, eso es para mí. Necesito que me folles y me llenes de ti con urgencia. ¿Tengo que llamar al 112 para solicitar la ayuda de un bombero en concreto?

—Tu bombero está aquí, nena. Y vengo muy preparado para ayudarte con tu calentura, que también es la mía.

Dicho esto, pasa al ataque dejándose de tanto miramiento y se come mis pezones. Lame, chupa y estira primero uno y luego el otro, alternando lengua y mano, mientras yo le recorro el cuerpo con las manos, como si estuviera ciega y me valiera únicamente de ellas para ver su perfecto, duro y fuerte cuerpo, palpando cada centímetro de su morena piel.

—¡Oh, William! ¡Dios mío, creo que me voy a correr así!

—Hazlo, nena, córrete para mí.

Con los labios sigue torturando uno de mis pezones y con la otra mano baja hasta mi sexo completamente depilado.

—¿Y esto? ¿Dónde está lo que había aquí? —pregunta curioso.

—Ya no está. ¿Te gusta?

—Espera, que voy probarlo.

Y eso hace. Se coloca entre mis piernas y baja por mi vientre, regándome de tiernos y dulces besos. Llega hasta mis mojados pliegues para lamarme entera.

—¡Joder, Will, sí, otra vez! ¡Chúpame así!

Y lo hace. Pasa la lengua de abajo arriba, dando algún golpecito certero en mi clítoris, y me corro en su cara, gritando descontrolada por el placer que me ofrece.

No sé si será por el embarazo, pero cada vez los orgasmos son más fuertes y más profundos, alguna vez incluso múltiples. Lo que sí sé es lo feliz que es él porque eso sea así. Cuando voy recuperando el control de mi cuerpo y mi respiración va calmándose introduce un dedo juguetón dentro de mí, lo

que provoca que mis jadeos vuelvan a escucharse y vuelva a encenderme de nuevo.

—Déjame complacerte —le pido.

—Todavía no, yo puedo esperar un poco más. También podría correrme viendo como lo haces. Me vuelve loco ver cómo llegas al orgasmo, ver cómo jadeas y gritas mi nombre cuando lo haces, cuando consigo llevarte al paraíso.

—Mmmm —me quejo, mientras muevo las caderas abriéndome a su mano, que sigue moviendo dentro y fuera de mí.

Sigue así unos minutos más. Mientras nos comemos la boca el uno al otro, me corro pegada a él. Gimo en su cara y él se traga mis gemidos de inmensa pasión.

—¡Te quiero dentro de mí ya!

—Tus deseos son órdenes, mi amor.

Y vaya si me obedece. Con cuidado, pero sin parar, clava en mí su perfecta erección. Me dilata para acoplarse dentro, mientras con su cabeza colocada en mi cuello besa e inspira mi olor, ese gesto que me vuelve loca de pasión.

—¡Dios mío, cómo te he echado de menos! Nunca más voy a estar cuatro días sin estar dentro de ti.

—¡No! Nunca más.

—Me da igual quien haya en casa, ¿me oyes? —dice enérgico mientras me embiste una y otra vez de manera salvaje y primitiva, llegando a lo más profundo en mi interior.

Me deshago de pasión con cada envite. Levanto las caderas para ofrecirme entera y le rodeo la cintura con las piernas, pero él tiene otros planes: me coge por el muslo derecho y levanta mi pierna apoyada en su pecho, sosteniéndose de rodillas sobre la cama.

—¡Oooh, sííí! —jadeo. Ahora sí que llega entera dentro de mí.

—Con calma, no quiero hacerte daño.

—Will, no me haces daño. Solo me duele el cuerpo cuando no estoy unida a ti.

—Despacio, nena, no tenemos ninguna prisa.

Y así, lenta y ,apasionadamente entra y sale rozando cada centímetro de mi interior, llevándonos poco a poco a la máxima expresión de amor y de plenitud, no solo física sino también emocional, ya que cada vez que hacemos el amor estamos uniéndonos, entregándonos el uno al otro en toda la amplitud de la palabra.

Nueve, diez envites más y estallo en un orgasmo poderoso que se repite una y otra vez, nublando mis sentidos y dejándome extasiada por completo. Mi amor no tarda en alcanzar el mismo clímax. Entra en lo más profundo y se sacude entero dentro de mí. Cuando las oleadas del orgasmo van remitiendo estamos los dos, mirándonos fijamente, hablando sin necesidad de palabras, mientras sus manos recorren mis piernas ofreciéndome un reconfortante masaje. Poco a poco sale de mí y se estira a mi lado. Levanta el brazo para que coloque la cabeza sobre su pecho. Mi lugar en el mundo es estar entre sus brazos, en el lado izquierdo, sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Inspiro su aroma y él hace lo mismo en mi cabeza, mientras me acaricia suavemente el brazo y el lateral de las costillas.

—Tengo que contarte algo —le digo, relajada entre sus brazos.

—Dime, mi amor.

—Hoy, durante la boda, cuando me has puesto el anillo he sentido algo en mi interior, como si ya lo hubiera vivido antes. —Noto que se tensa a mi lado —. No sé cómo explicarlo, pero no ha sido la única vez que me ha pasado.

—Yo también he sentido algo parecido alguna vez.

—¿Sí? También el día de tu cumpleaños, cuando me pediste matrimonio. Tuve la misma sensación y eso me hizo pensar en un sueño que tuve una noche durante las que estuvimos separados.

—¿Qué soñaste, cariño?

—Soñé que estaba en una casa, una casa vieja, de listones de madera, muy humilde. Escuchaba a un niño llorar y sabía que ese niño era mío, mi hijo; en realidad, sentía que era nuestro. Después me desperté en el sueño y estaba todo lleno de humo. Seguía escuchando al niño y, al salir a buscar la procedencia de su voz, subí unas escaleras y había un hombre. Aunque no lo reconocí, sabía que... eras tú. Lo supe enseguida. Sentí lo mismo que siento estando contigo. Yo llevaba un bebé en brazos y te lo entregué.

—Y te fuiste a buscar a nuestro niño, y lo hiciste, lo salvaste de las llamas. Pero ya no volviste.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando describe con exactitud pasmosa mi sueño.

—Yo también lo he soñado alguna vez.

—¿Cómo? ¿De verdad?

—Nena, tengo que explicarte algo —lo miro entre curiosa y asustada—. Sabes que mi madre tiene un don y es capaz de ver ciertas cosas en una taza de té o de café. Ella te vio hace tiempo, una de las veces que leyó mi taza. Después, el día que te llevé por primera vez a su casa y subimos a mi habitación, leyó los posos de tu café y confirmó lo que pensaba. Ella dice que...

—¿Qué dice, Will? Me estás poniendo nerviosa.

—Dice que tú y yo, hace muchos años... nuestras almas...

—¿Síííí? ¡Sigue, por Dios!

—Nuestras almas se conocieron cuando habitaban otros cuerpos. Estuvimos juntos antes, tu alma y la mía. Y lo seguiremos estando en un futuro. Mi madre no ha fallado nunca en sus predicciones y dice que lo nuestro es lo más claro ha visto jamás.

—No lo puedo creer —dije a media voz, para mí.

—¿Recuerdas que siempre has dicho que te atraía algo indescriptible, una fuerza interior te atraía hacia Nueva York? Un cable de acero dijiste.

—Sí, y el día que me pediste matrimonio sentí que ese cable estaba recogido, entre tú y yo, como si ya no necesitara estirar de mí hacia ningún otro lugar, como si ya hubiera llegado a mi destino. Lo sentí estando de rodillas en el suelo junto a ti cuando me pediste matrimonio.

—Mi madre dice que ese cable, eso que tú sentías, era yo, mi alma llamando a la tuya. Por eso nuestra relación, nuestro amor, ha sido tan intenso y tan especial siempre, desde el primer momento.

—¡Dios mío! ¿Es eso posible?

—Sin duda alguna sí. Después de que mi madre me lo contara estuve investigando sobre el tema de reencarnaciones, almas y demás. Hay un doctor que ha escrito algunos libros al respecto.

Me quedo pensando en lo que me acaba de decir. Sin ninguna duda, sé que tiene razón. Una paz interior me confirma que es exactamente lo que siento, eso que nunca he podido explicar con palabras. Era mi alma reclamando la suya. Estamos destinados a estar juntos.

—Así que... ¿eres mío para toda la eternidad?

—Y tú mía. Cuando llegue el día en que tengamos que separarnos ten por seguro que te buscaré, por tierra, mar y aire, en cualquier país o continente, siempre, hasta que volvamos a encontrarnos y nuestras almas sepan que vuelven a estar juntas.

—Te amo, William.

—Te amo, Catherine.

FIN

QUERIDA LECTORA O LECTOR

Espero que hayas disfrutado de esta preciosa historia de amor y pasión y hayas podido pasearte por las calles de mi adorada New York, sin moverte de tu lugar favorito.

Te animo a seguirme en las redes sociales:

Facebook: Davinia PWriter y Davinia Palacios Writer

Instagram: @daviniapalacioswriter

Almas es una novela auto publicada. Para que los autores *indies*, noveles... podamos seguir creando preciosas y adictivas historias necesitamos que nos ayudéis recomendando nuestras obras con vuestros amigos... recomendando a que compren los ejemplares, tanto en papel como en digital, recomendando que nos sigan en las redes sociales.

Recomienda y no piratees, todos te lo agradeceremos ;)

Y también haciéndonos llegar vuestros comentarios y opiniones sobre la obra que acabáis de leer, ya sea por email: contacto@daviniapalacioswriter.com, o por mensaje en las redes sociales. Esa, sin duda, es una parte muy gratificante para un creador de historias.

¡GRACIAS!

PLAYLIST

- Chocolate - Kylie Minogue
- Hymn for the weekend - Coldplay
- Sugar - Maroon 5
- Got to give it up - Marvin Gaye
- I'll be waiting - Lenny Kravitz
- Hello (fitness version) - Adele

- I wanna be your boyfriend - Ramones
- Hotline bling - Drake
- Alive - Sia
- Say it right-main - Nelly Furtado
- You & I (nobody in the world) - John Legend
- Valió la pena - Marc Anthony
- Ahora quien - Marc Anthony
- Darte un beso - Prince Royce
- Only girl (in the world) - Rihanna
- House on fire - Sia
- Empire State of mind - Alicia Keys